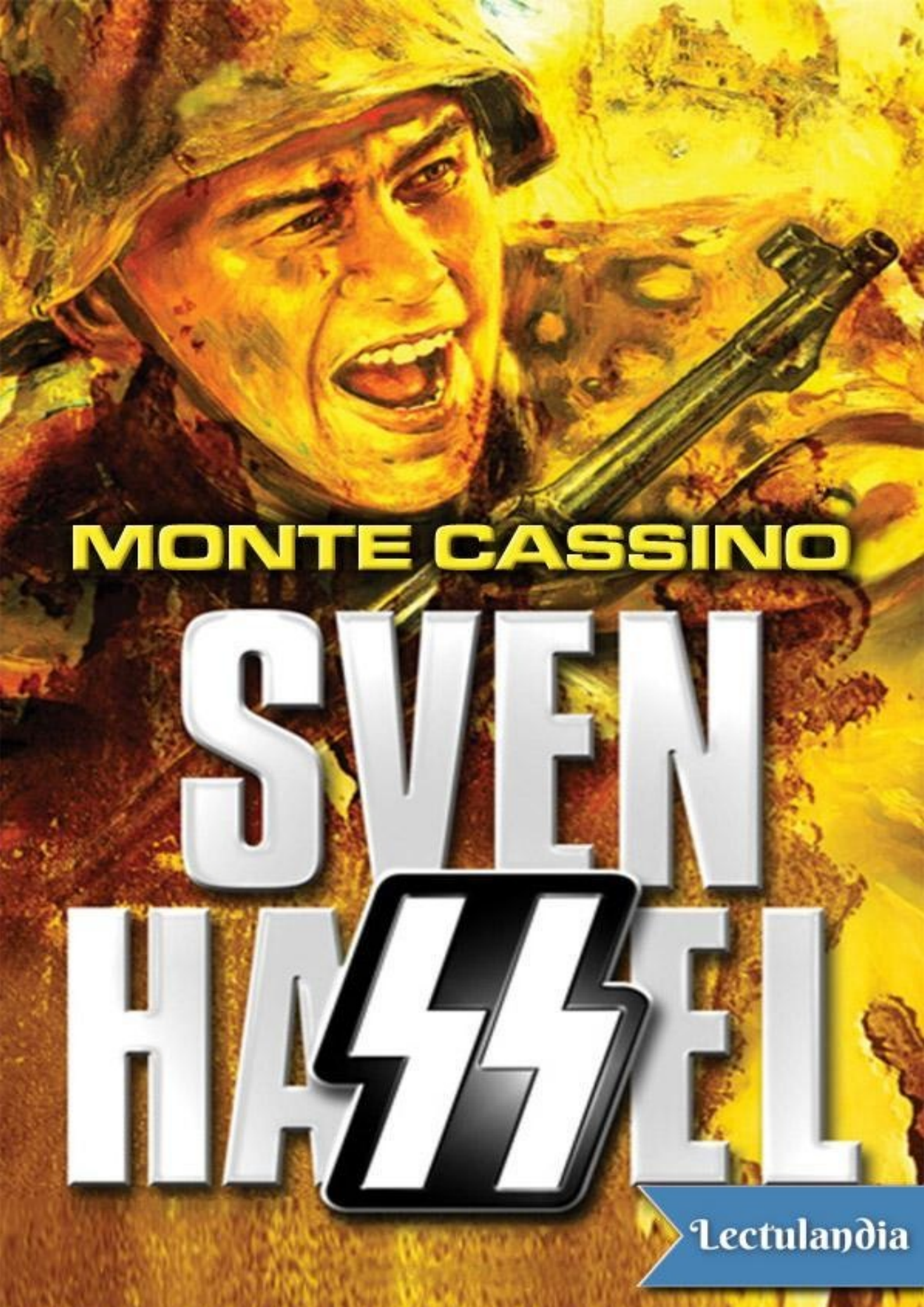




MONTE CASSINO

**SVEN
HASEL**

Lectulandia

Esta es la sexta novela de Sven Hassel. El 27.º Regimiento Disciplinario es destinado a la defensa del Monasterio de Monte Cassino.

Ahí, en una de las más feroces batallas, los conocidos personajes de la 5.^a Compañía, Sven, Porta, Hermanito, El legionario, El viejo, lucharán a las órdenes del comandante Michael Braun, un ex infante de marina.

Lectulandia

Sven Hassel

Monte Cassino

Biblioteca Sven Hassel - 6

ePUB v1.0

Ozzeman 15.09.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Monte Cassino*

Sven Hassel, 1963

Traducción: Alfredo Crespo

Diseño/retoque portada: Ozzeman (Basada en la edición inglesa)

Editor original: Ozzeman (v1.0)

ePub base v2.0

MONTE CASSINO



*Este libro está dedicado a los muertos del monasterio y de la fortaleza de Monte
Cassino.*

*Esta época de vida militar generalizada demuestra que no es en absoluto una
cuestión una cuestión de mérito o de defecto, ni siquiera de carácter, el que un
hombre lleve un uniforme en lugar de otro, o que esté del lado del verdugo, en
vez del de la víctima.*

ROLF HOCHHUTH

¡Qué manera de llover! A cántaros. Un verdadero diluvio.

Estábamos sentados bajo los árboles. Habíamos abotonado los capotes entre sí para formar una especie de tienda. Eran capotes de SS, de calidad superior a los nuestros. Seguía diluviando. Pero, bajo nuestros capotes, estábamos casi secos.

Hermanito había desplegado también su paraguas. Habíamos acabado por encender fuego en la cocina que habíamos encontrado en la villa. Nos disponíamos a zamparnos un tentempié. Cuarenta mirlos se asaban encartados en espetones. Porta confeccionaba bolitas de seso. Dos horas antes, habíamos obtenido el seso de dos bueyes muertos. También disponíamos de perejil fresco. Gregor Martín sabía hacer el Ketchup con tomate. Removía la salsa en un casco americano. Los cascos eran muy prácticos. Se los podía utilizar para montones de cosas, excepto, precisamente, para la que estaban destinados

De repente, nos echamos a reír. A causa de Hermanito. Sin ni siquiera darse cuenta, había hecho una cita clásica.

Después, Porta levantó su sombrero de copa amarillo, prometiendo dejárnoslo como herencia. Y, de nuevo, sonaron las carcajadas.

Heide orinó en mala dirección, contra el viento. Nos tronchábamos. Aún estábamos enfermos de tanto reír, cuando echamos a correr con los platos en la mano, en medio de una salva de obuses.

Un día, oí cómo un capellán preguntaba a un oficial superior:

—¿Cómo pueden reír de esta manera?

Fue el día en que nos tronchábamos porque Hermanito llevaba alrededor del cuello las bragas de Luisa la Triste.

Me atraganté con una patata y los otros tuvieron que golpearme la espalda con un obús. ¡La risa podía resultar peligrosa!

—Si no se riesen de todo y de nada —contestó el oficial—, no lo resistirían.

Porta era un hacha en la preparación de bolitas de seso. Sólo las cogía de diez en diez. De lo contrario, nos asqueaban. Él se zampaba las suyas, una tras de otra. Entre los nueve nos comimos más de seiscientas bolitas. Era mucho, y empleamos toda la noche.

¡Válgame Dios, qué modo de llover!

DESEMBARCAN LOS INFANTES DE MARINA

El estampido de los cañones podía oírse hasta Roma, a doscientos cincuenta kilómetros. No podíamos ver los grandes navíos de combate, pero cada vez que disparaban una salva, el mar se transformaba en un brasero. Primero, un resplandor que cegaba; después, un estampido de trueno.

Convertían en papilla a nuestros granaderos. En unas horas, aniquilaron los regimientos blindados, pobremente armados. De Palinuro a Torre del Greco, la costa era un infierno. En pocos instantes, poblados enteros fueron arrasados. Un poco al norte de Sorrento, un fortín, un mastodonte de varios centenares de toneladas, fue lanzado al aire, y con él toda una batería costera y su pelotón de artilleros. Por el Sur y el Oeste surgieron enjambres de «Jabos» ^[1]. Volaban a poca altura, martilleando los caminos y los senderos, destruyéndolo todo a su paso. La Nacional 19 quedó deshecha en una longitud de ciento cincuenta kilómetros. En veinte segundos, el pueblo de Agripoli desapareció de la faz de la tierra.

Los carros de asalto de protección estaban diabólicamente ocultos entre las rocas. Granaderos del 16.º formaban cobertura con nosotros, bajo los carros pesados. Íbamos a ser el regalo imprevisto para los muchachos de enfrente, cuando se acercasen a la orilla.

Millares de obuses removían literalmente la tierra, estallando y transformando en negra noche el resplandor del día.

Un soldado ascendió corriendo la pendiente, sin armas, gesticulando como un loco, ebrio de miedo.

Le contemplamos con indiferencia: un número entre los otros. También yo había conocido, de madrugada, esa angustia que te paraliza, que se te agarra a las tripas y te hace contraer las nalgas. Uno se pone rígido, con la sangre helada, el rostro descolorido, la mirada fija, como un cadáver ambulante. En cuanto los compañeros se dan cuenta, empiezan a golpear al *enfermo*. Si los puños no bastan, entran en acción los pies y las culatas. Entonces, uno se derrumba, sollozando, y los otros siguen golpeando... El tratamiento es brutal, pero casi siempre tiene éxito.

Yo tenía aún el rostro tumefacto, porque Porta me había atizado de lo lindo. Le

estaba agradecido. Si no se hubiese empleado con tanto entusiasmo, yo hubiese sido candidato a la camisa de fuerza.

Miré a *El Viejo*, tendido entre las orugas del tanque. Sonrió e hizo un ademán de aliento.

Porta, *Hermanito* y Heide jugaban a los dados. Estos rodaban sobre un paño verde; Porta lo había birlado en el burdel, en la casa de Ida *la Paliducha*.

Una compañía de Infantería bajaba de la montaña y cayó de lleno en una salva de artillería pesada de acorazado. Una mano gigante los barrió. ¡Cinto setenta y cinco hombres y sus mulos, totalmente atomizados!

«Ellos» comparecieron cuando el sol descendía en el horizonte, y nos deslumbraba: enjambres de lanchas de desembarco que arrojaban en las playas a los infantes de Marina. Soldados veteranos, profesionales, y también jóvenes reclutas asustados, alistados dos meses antes. Era una suerte que sus madres no pudieran verles en aquel momento.

El infierno de Dante era un parque de atracciones comparado con las delicias que les esperaban.

Nuestras baterías costeras habían sido liquidadas, pero detrás de cada piedra, en cada cráter de obús, se ocultaban granaderos, cazadores, alpinos, cazadores paracaidistas, preparados para desencadenar el tiro de sus armas automáticas. Ametralladoras pesadas y ligeras, morteros, granadas antitanque, lanzallamas, cañones, carabinas de repetición, minas, «cócteles Molotov», bombas de gasolina, granadas de fósforo. Palabras... palabras... palabras, pero ¡qué inefable suplicio para los asaltantes!

Cubiertos por la artillería naval, «ellos» fijan cuerdas en las rocas, trepan como simios y caen dando tumbos. Grupos enteros giran en la playa blanca, mientras el fósforo los diezma. La playa arde. La arena se transforma en lava.

Observamos en silencio: prohibido disparar hasta nueva orden.

La primera oleada de desembarco es aniquilada. «Ellos» no han avanzado ni doscientos metros. ¡Qué espectáculo para los hombres de la segunda oleada, que llegan inmediatamente! También ellos son transformados en antorchas. Pero ya comparece la tercera oleada. Con las armas por encima de la cabeza, los infantes de Marina corren a través de las rompientes, se echan de bruces en la playa y empiezan a utilizar sus armas automáticas. Pero no avanzan un metro.

Después, llegan los «Jabos», que sueltan fósforo y gasolina. Llamadas gigantes, amarillentas, se elevan hacia el cielo.

El sol se pone. Aparecen las estrellas. El Mediterráneo hostiga perezosamente los cadáveres calcinados y los mece con suavidad.

Desembarca la cuarta oleada de infantes de Marina. Los obuses trazadores se elevan hacia el cielo. También esos hombres mueren en pocos minutos.

Apenas ha asomado el sol, cuando una armada de lanchas de asalto se lanza hacia la costa. Son los soldados profesionales, las compañías de infantes de Marina entrenados que debían ocupar el terreno cuando los otros hubiesen abierto brechas. Todo el trabajo está por hacer. Su objetivo número uno: ocupar la carretera 18. Sus tanques quedan en la playa, transformados en antorchas. Tenaces, los fusileros avanzan. Son veteranos del Pacífico. Matan a todo lo que encuentran a su paso, e incluso disparan sobre los cadáveres. Han montado cortas bayonetas en sus carabinas de asalto. Muchos llevan colgando de sus cinturones un sable de samurai.

—Los infantes de Marina americanos aprenderán a conocer a nuestros granaderos —rezonga Heide—. Desde hace ciento cincuenta años, esos tipos nunca han perdido una batalla. Cada uno de ellos vale tanto como una compañía. El comandante Mike se alegrará de volver a ver a sus viejos camaradas del Far West.

Es nuestro primer encuentro con los infantes de Marina. Cada uno va vestido a su antojo.

Un soldado trota por la arena, con una sombrilla de color vivo desplegada y fija en su mochila. Detrás de él, viene un sargento chino. En cabeza de una compañía corre un pequeño oficial con un sombrero de paja al estilo de Maurice Chevalier. Una rosa cuelga alegremente del extremo de una cinta color azul cielo.

Se precipitan hacia delante, sin preocuparse en absoluto del fuego mortal de nuestros granaderos.

Un soldado alemán trata de huir. Un sable de samurai le separa la cabeza del cuerpo. Un soldado americano grita algo a sus compañeros, enarbola el sable siniestro sobre su cabeza y baja la hoja ensangrentada.

Un grupo de bombarderos «Heinkel» se precipita sobre ellos. La playa entera se eleva hacia el claro cielo. Sobre la arena ennegrecida por el humo, el soldado del sable se retuerce en medio de un charco de sangre.

El teniente Frick, nuestro jefe inmediato, se nos acerca a rastras.

—Retiraros aisladamente. Repliegue hasta el punto Y.

Los infantes de Marina han ocupado nuestras posiciones. Nuevas lanchas llegan a la playa. Tanques anfibios surgen con estrépito. En el cielo de verano, los cazas y los bombarderos están entregados a una lucha sin cuartel.

Una sección de granaderos se rinde. Es salvajemente aniquilada. Varios infantes de Marina desvalijan los cadáveres y se guardan insignias y condecoraciones.

Porta se echa a reír:

—¡Los hay que necesitan signos externos de virilidad!

—Bueno, ahora ya conocemos el paño. Había que verlo para creerlo —afirma el pequeño legionario.

Nos hemos retirado unos kilómetros al sur de Avelino. Los jefes alemanes pensaban vencer a las fuerzas de invasión en el momento de su desembarco.

Imaginaban una especie de batalla de Cannas ^[2], pero no habían contado con la enorme superioridad material de los aliados.

El mariscal Alexander y el general Clark esperaban una cabeza de puente... Se les ofrecía un verdadero frente.

Nuestras posiciones caían una tras de otra, pero nosotros seguíamos sin intervenir en el combate. En el regimiento, había pocos muertos y heridos. Nos replegábamos al norte de Capua. Durante la marcha, tuvimos tiempo de vaciar una bodega en Benevento y, en Casería, de echar una mano para el entierro de varios centenares de cadáveres. El regimiento excavó trincheras con sus palas, allí donde la Via Appia se separa de la Via Casilina.

Nuestro «Pantera» estaba semienterrado. Sobre su capó, habíamos colocado un tonel de vino de Caserta. Un vinatero italiano nos había ayudado a instalar la espita. Un lechón asado colgaba de la torreta.

Tumbados de bruces, hacíamos rodar los dados sobre el paño verde de Ida *la Paliducha*.

—¿Y si nos cargásemos al Papa y prendiésemos fuego al Vaticano? ¿Qué os parecería? —preguntó *Barcelona* entre dos andanadas.

—Obedecemos órdenes —contestó Porta, lacónico—. Pero ¿por qué quieres que nos carguemos a Su Santidad? Habría que tener un motivo.

—¡Éste es el caso! —exclamó *Barcelona*, orgulloso de conocer un secreto—. El otro día, cuando fui a informar por lo de *el Tuerto*, leí en el despacho del oficial de seguridad, en el Cuerpo de Ejército, una nota del Departamento Político. En Prinz Albrecht Strasse se afanan mucho en este momento para que el Papa tome abiertamente la defensa de los *youpins* ^[3]. Tenemos nuestros provocadores en el Vaticano. Así que el santo hombre caiga en el garlito, pegaremos fuego a su barraca. Todos los curas deben ser liquidados. Incluso puedo deciros que, mediante una palabra clave, «Rabat», un regimiento blindado disciplinario sería enviado con zapadores y la escoria de la SS, más el apoyo de unidades especiales de refuerzo. ¡La limpieza será hecha por el SS Dirlewanger! Está preparado para tomar un avión en algún punto del este de Polonia. La acción será atribuida a los comunistas. Los católicos de las unidades que hayan tomado parte en el ataque serán liquidados. —*Barcelona* enarcó una ceja—. ¿Sabéis de algún otro regimiento disciplinario que el nuestro, en el Sur? Un buen consejo a los que están inscritos como católicos: declarar que han perdido la fe y se han vuelto librepensadores.

—¡Pero no pueden matar al Papa! —exclamó Heide, estupefacto.

—Pueden hacer mucho más —afirmó Rudolph Kleber, el músico, ex SS—. Hace seis meses, un compañero que está en el departamento de investigaciones bíblicas, me explicó que sienten grandes deseos de liquidar en masa a todo el clero. Están tendiendo montones de trampas al Santo Padre. Para la Prinz Albrecht Strasse, el

Papa es el peor enemigo de Adolf...

—Todo eso nos importa un pimiento —interrumpió *Barcelona*—. Si os dan la orden, ¿vosotros iréis en busca del Papa?

Vacilábamos. *Barcelona* era un cretino, con su manía de hacer preguntas idiotas.

Hermanito, de dos metros de estatura, el analfabeto de Hamburgo, el asesino más cínico de todos los tiempos, levantó el índice, como un escolar.

—¡Prestad un poco de atención, caramba! ¿Quién es católico aquí? Nadie. ¿Quién cree en Dios? Nadie.

—¡Eh, calma, amigo! —advirtió el legionario, levantando una mano.

Pero era imposible detener a *Hermanito* una vez estaba lanzado.

—*Anda o Revienta*, sé bien que estás por Alá, y te digo como Jesús, hijo de Saúl —*Hermanito* se embrollaba siempre con sus escasas nociones de Historia Sagrada—, dame lo que es mío, y pásale alguna cosilla al emperador. Me gustaría muchísimo saber si ese Pío no sé cuántos de Roma, del que tanto habláis estos días, es sencillamente el jefe de todos los curas, una especie de general de la Iglesia, o si, verdaderamente, es el representante en la tierra del jefazo de los cielos, como decía la gachí que el otro día me ponía la pomada en mi ojo enfermo.

Porta se encogió de hombros. Heide apartó la mirada y jugueteó con los dados. *Barcelona*, absorto en sus pensamientos, encendió un cigarrillo. Yo cambié el detonador de un cohete. *El Viejo* deslizó los dedos a lo largo del cañón.

—Supongo que es el representante del cielo —murmuró pensativamente.

Hermanito tamborileaba con las uñas sobre sus incisivos.

—Al parecer, nadie está totalmente seguro. Pisáis un terreno resbaladizo. Yo, el cabo primero Wolfgang Ewald Creutzfeldt, soy un duro. Me importa un bledo un muerto de más o de menos. ¡Disparo contra cualquiera! Fusilero o general, prostituta o reina. Pero las cosas de Dios, prefiero respetarlas. Si el amo del Vaticano tiene comunicación directa con Dios, admitiendo, claro está, que Dios exista, no hay que tener mucha sesera para adivinar que nos veremos en un buen apuro si nos los cargamos a todos. La vieja excusa: «cumplimiento de órdenes», no valdrá gran cosa ante Pedro el de las llaves cuando hagamos chasquear nuestros huesos a la puerta del Paraíso. No quiero perderme mi vida eterna.

—Dios existe —afirmó el legionario—. Si se toca a un musulmán se toca a Dios. El Papa es grande, más grande que cualquier otro. Pero esperemos primero la orden, antes de calentarnos los cascos, para saber lo que hemos de hacer. Siempre habrá alguna solución. Eventualmente, podríamos dar la vuelta a nuestros cañones y pintar un par de llaves en la tortea.

—¡Vaya idea! —se mofó Porta—. Enviarán varias compañías SS contra nosotros, y no tardarán en hacerse con nuestra piel.

—La idea del legionario no es tan mala —intervino *El Viejo*, pensativo—. En el

Vaticano, poseen emisora propia. Suponed que se difunde que un regimiento blindado alemán defiende el Vaticano contra un ataque alemán. Es una noticia que armaría bastante ruido en el mundo, y que no gustaría en absoluto en Berlín.

—Verdaderamente, eres un poco ingenuo —replicó Heide con sarcasmo—. Ya te han dicho que en el Vaticano había agentes provocadores. ¿Te figuras que cuando se arme el jaleo se esconderán en los sótanos? Sin pérdida de tiempo se apoderarán de la emisora de radio y anunciarán al mundo entero que el Santo Padre ha solicitado la protección de los alemanes. Y después de una corta visita a la Prinz Albrecht Strasse, el Papa bailará al son que toque el SS Heinrich. Incluso para un Papa, el ácido en los pulmones no es ningún regalo. En cuanto a nosotros, si recibimos una orden, la ejecutamos, porque no somos más que soldados. Si se nos da la orden, nos meteremos en el trasero un cartucho de dinamita para ir hasta la Luna. Por mucho que nos resistamos, que lloremos como unos mierdosos y que discutamos el viaje, acabaremos por hacerlo.

—Estás delirando —intervino Porta—. Por el momento, estamos aquí, esperando a una banda de feroces yanquis. Ofrezco cuarenta y cinco pitillos de opio, cincuenta de marihuana y treinta de grifa a quien saque tres veces seis, porque hoy es uno de mis días generosos. Vosotros apostáis el doble para tener derecho a tirar seis veces a los dados.

Por esas seis tiradas, olvidamos al Papa. Seis dados de oro macizo, con los puntos de brillantes, que Porta había «requisado» en un garito francés. En aquella ocasión, llevaba su fusil ametrallador y el rostro cubierto con una media de mujer. La Policía militar había estado un año entero buscando al culpable, que se encontraba mucho más próximo de lo que suponía.

Recurríamos a toda clase de trucos para que la suerte se pusiese de nuestra parte. *Barcelona* dio cuatro vueltas al cañón, apoyado en los brazos y con los dados en la boca, pero sólo obtuvo cinco seises y un cinco y tuvo que retirarse a la primera vuelta.

Hermanito perdió no sólo su droga, sino también su *nagan* ^[4].

Un grupo de soldados rebasó nuestra posición, como una tromba.

—Menuda prisa tienen —observó Porta—. ¡Deben de haber visto un fantasma!

Otro grupo galopaba como si les persiguiera el diablo.

—Quizá se ha firmado la paz y se vuelven a sus casas —murmuró *Hermanito*, beatíficamente.

El Viejo se encaramó en el tanque, enfocó los prismáticos y miró hacia el Sur.

—Tengo la impresión de que todo esto está en descomposición. Desde Kiev, no había visto semejante desbandada.

—Limpiémosles las narices con un par de granadas —propuso Heide, homicida—. Estos puercos desertan.

—Es mejor que nos larguemos —gritó Porta, jovialmente—, y sigamos al pelotón de cabeza, rumbo a Berlín. La experiencia me ha enseñado a nadar a favor de la corriente, nunca en contra.

El Tuerto, con el teniente Frick pisándole los talones, llegó como un tornado.

—¡Beier! —gritó muy excitado.

—Presente, *Tuerto* —contestó *El Viejo*, tal como el general Mercedes exigía que se le llamara durante la batalla.

—Mantén la posición. Porta, dame un trago de *schnapps*.

Porta le alargó la enorme cantimplora birlada en Francia. Una cantimplora que había hecho la guerra de 1870.

El corpulento general bebió y se limpió los labios con el dorso de la mano.

—De *slibowitz* —murmuró expertamente—. No os sorprendáis si, de repente, veis aparecer japoneses ante vosotros. El 100.º Batallón está formado por japoneses nacionalizados americanos. No dejéis que se os acerquen. Liquidadlos. Llevan sables de samurai y luchan tan fanáticamente como sus compatriotas en el Pacífico. También hay marroquíes. Saltadles la tapa de los sesos. Veréis asimismo gurrkhas, que os cortarán las orejas por el único placer de alabarse luego en la plaza de su pueblo. Meteos en la cabeza que esto es una condenada guerra. Por el momento, sois el único punto de resistencia del ejército del Sur. Todos los demás se largan.

—*Tuerto* —gruñó *Hermanito*, con tono fingidamente inquieto, mientras, como de costumbre, levantaba el dedo meñique—, ¿es cierto que esos diablos negros cortan las orejas?

El general Mercedes asintió con la cabeza.

—¡Tanto mejor! —exclamó *Hermanito*—. Desde este momento, aconsejo a los del sector postal de enfrente que cuiden bien sus oídos, porque yo también hago colecciones de hojas de col.

—Yo prefiero los dientes de oro —declaró Porta—. Las orejas carecen de valor comercial.

—Veréis comparecer la jauría con todos sus efectivos —prosiguió el general—. Y que Dios os proteja si se os ocurre retroceder.

—Conocemos bien la lección, *Tuerto* —gruñó Porta—: ¡Hasta el último hombre y hasta la última bala!

El Tuerto asintió, y siguió diciendo:

—¡Qué mala sorpresa para ellos cuando tropiecen con nuestros «Panteras»! Hasta ahora, sólo han tenido relaciones con nuestros P III y P IV, y les han hecho reír. Está en camino una división SS. Os remplazará... si queda alguien a quien remplazar. Cuidado con los «Jabos». Lo liquidan todo en las carreteras. Ya han lanzado medio millón de paracaidistas. Los dos tercios no valen nada, son reclutas, soldados de guardarropía. Pero ¡cuidado con el último tercio! Son veteranos del Pacífico, y saben

quiénes sois, aunque ignoren de qué material disponéis. Por lo tanto, tened cuidado. No fanfarroneéis al ver que diez mil tipos se largan. Uno solo de los veteranos vale tanto como quinientos de los otros, y en cuanto sepan dónde os ocultáis, los tendréis encima. Y si les dais ocasión, os rebanarán hasta el pescuezo. ¡Otro trago, Porta!

—¡Me debe usted un litro, *Tuerto*! —precisó secamente Porta, alargando por segunda vez la cantimplora al general.

Inmediatamente después, el corpulento oficial desapareció tras un parapeto de tierra. El teniente Frick siguió sus pasos.

Porta dobló el paño verde de Ida, frotó su sombrero de copa con la manga y se introdujo en el tanque. Yo ocupé mi sitio tras el periscopio. *Hermanito* dispuso las granadas. Toda la instalación eléctrica fue comprobada. Porta puso en marcha el motor, e hizo avanzar y retroceder levemente el tanque. Después, lo puso en punto muerto.

Un grupo de granaderos nos rebasó a toda velocidad. La mayoría iba sin armas y sin casco. Porta declaró, burlón:

—Decididamente, los héroes están cansados. Y yo que siempre había creído lo que dice Adolph. —Imitó la voz de Hitler—:

«Alemanes, alemanes, nuestros bárbaros enemigos, los salvajes de los pantanos rusos, los bandidos americanos, los inmorales franceses, los ingleses homosexuales pretenden que nuestro ejército retroceda. Pero donde está el soldado alemán, permanece...». —Porta se echó a reír—. Si no tengo mierda en los ojos, el soldado alemán está poniendo pies en polvorosa. ¡Ah! Ahora lo entiendo. Es eso que Goebbels llama «defensa elástica». Pero ¿a dónde diablos iremos después de llegar a Berlín?

—¡Psé! —replicó *Hermanito*, despreocupado—. Seguiremos corriendo en círculo.

Resoplando como una locomotora, un *Feldwebel* de infantería se detuvo junto a nosotros.

—¡Aprisa! —gritó. Y, apoyándose con fatiga en la parte delantera del tanque—: ¿No tendrías una gota de agua? Han eliminado mi sección, han muerto todos como ratas en sus madrigueras. Tienen miles de tanques. No tenemos ni la más pequeña probabilidad.

Bebió ávidamente de la cantimplora de Heide.

—¡Vamos, vamos! —replicó *El Viejo* con calma—. Sin duda has visto visiones. Cuéntanos lo que ha ocurrido.

—¡Contar! —dijo riendo el *Feldwebel*, lleno de amargura—. De pronto, has aparecido tras nosotros, ante nosotros, sobre nosotros nubes de tanques y de «Jabos». En diez minutos, mi división ha sido aniquilada, los hombres hechos papillas en sus agujeros, bajo las cadenas de los blindados. No hacen prisioneros y liquidan a los

heridos. He visto rendirse a un grupo, unos zapadores de mi división. Los han recibido con los lanzallamas. No estoy loco. Eran japoneses. Mi comandante de compañía ha muerto con el cráneo partido por uno de esos sables japoneses. He liquidado al tipo que ha dado el golpe, y era efectivamente eso, ojos rasgados y no levantaba más de tres palmos del suelo.

—¿A qué División perteneces? —preguntó *El Viejo*, sin perder la calma.

—16.^a División de Panzers, 46.^a de Granaderos.

—¿Y dónde están ahora los de tu 46.º?

—En el infierno, quemados por los lanzallamas y por el napalm. No podéis imaginar lo que llevan como equipo, esos malditos americanos. Y se precipitan contra nuestros nidos de ametralladoras como si les disparáramos confetti. Nos aplastan antes de haber tenido tiempo de darnos la vuelta. El 2.º Panzer ni siquiera ha tenido tiempo de sacar sus P IV de las posiciones que ocupaban. Nos han echado encima montones de objetos inflamados. ¡Estoy hasta la coronilla! ¡Me largo!

—El autobús directo a Berlín te espera allí abajo —dijo Porta, riendo cínicamente—. Si te apresuras, quizás encuentres sitio en la plataforma posterior. Me han dicho que el propio Adolph está al volante...

—Cuando veas a los diablos amarillos y a los yanquis —gruñó el *Feldwebel*, lleno de rabia—, seguro que ya no tendrás ganas de bromear. Te ensuciarás en los calzones, lo mismo que tus compañeros. Dentro de tres días, no habrá en Italia ni un solo soldado alemán con vida. Lo aseguro. Y todos los badoglios ^[5] nos tirotearán desde los tejados. Incluso las mujeres nos tirarán cosas.

—Vamos, vamos... —dijo *El Viejo*, apaciguador.

—¡Largaos sin pérdida de tiempo! —aconsejó el *Feldwebel*.

—No podemos —dijo Porta, sonriendo tristemente.

—¿No tenéis gasolina?

—No es eso lo que falta, pero Adolph ha dicho que había que resistir, y nosotros somos unos muchachos muy obedientes. Hacemos lo que se nos ordena.

—¡A la mierda! —vociferó con fervor el *Feldwebel*, sin precisar si la injuria se dirigía a Porta o a Hitler—. Tendrías que haber visto a nuestros marineros de agua dulce, que debían resistir en las fortificaciones costeras. Han sido asados con napalm por los primeros «Jabos». Nuestros granaderos han tirado sus armas para cosquillear los pies de los ángeles. Los yanquis no tienen tiempo de hacer prisioneros. Sin perder ni un segundo, los dejan en posición horizontal.

—¿Y aún no te has muerto de miedo? ¿Cuántas veces te has ensuciado encima desde que has visto al primer bebedor de «Coca-Cola»? —preguntó Porta, irónicamente.

El teniente Frick se acercaba. Sonrió al ver al excitado oficial. Había oído la observación de Porta.

—¿Cuántos tanques ha visto usted, *Feldwebel*, y de que tipo? —interrogó con calma. Sacó un mapa de Estado Mayor y lo desplegó sobre la parte anterior del tanque—. Indíqueme dónde ha visto a nuestros camaradas por última vez.

El *Feldwebel* se inclinó sobre el mapa y miró nerviosamente hacia el Sur. Debía de lamentar amargamente haberse detenido junto a nosotros. Ahora, estaba atrapado.

—Estábamos en posición al norte de Bellona. Han atravesado el Volturno antes de que pudiéramos darnos cuenta.

—¡Pero no es posible atravesar ese río sin embarcaciones! —protestó Frick.

—Mi teniente, quizá no me crea, pero lo han atravesado.

Frick, pensativo, encendió un cigarrillo.

—¿Ha visto usted cómo los tanques franqueaban el río?

—Sí, mi teniente. Y camiones.

—¿Camiones normales?

—Sí, muy grandes. Y sé que el río es profundo.

—Los partisanos... —pensó Frick en voz alta—. Puentes subacuáticos... ¡Qué marranería!

Examinó al *Feldwebel*.

—Y, cuando han atravesado, ¿ha echado usted a correr?

—Han pasado muy aprisa, mi teniente. Se cargan a todo el mundo..., no hacen prisioneros.

—¿Cuántos tanques tenían?

—Varios centenares, mi teniente.

Porta se echó a reír.

—¡Válgame Dios! ¡Debes confundir los tanques con las ranas!

—Tú, espera a que se acerquen por aquí. He estado en Stalingrado, pero nunca había visto una guerra como ésta.

Frick le alargó un cigarrillo, sonriente.

—Cálmese, amigo, y reflexione bien. ¿Dónde estaban esos centenares de tanques?

—En Albignano.

Frick examinaba el mapa.

—¿Y todos reunidos en la plaza del pueblo? —preguntó Porta, suave—. Bueno, en la plaza de San Pedro. Pero quizá se colocaban en capas, los unos sobre los otros. ¿Cuántos tanques ves aquí? ¿Mil? ¿Estás seguro de que no vienes de Roma y de que no te has equivocado de camino?

—¡Cállate! —vociferó el *Feldwebel*, fuera de sí—. Había tantos que era imposible contarlos. Yo tenía, por lo menos, a diez detrás de mí.

Habíamos comprendido. La Infantería siempre ve doble cuando es atacada por los tanques. Según todas las probabilidades, el *Feldwebel* había visto veinticinco

blindados, y ni uno más.

Con ojos muy abiertos, el suboficial explicó al teniente Frick cómo los tanques habían zigzagueado entre las casas, aplastándolo todo a su paso. No cabía duda de que había pasado por un infierno. ¡No resulta divertido verse ante un ataque frontal de carros de asalto!

—¡Venga, Beier! Vamos a ver lo que ocurre. Y usted, Feldwebel, indíquenos el camino —ordenó el teniente.

El otro trato inútilmente de resistirse.

—Pero, mi teniente, los americanos están en el pueblo.

—Ya veremos —respondió el teniente Frick.

—¡Mi teniente, también hay japoneses con samuráis!

El teniente rió por lo bajo. Con un ademán, quitó una mota imaginaria de la Cruz de Hierro que colgaba de su cuello. Era el oficial más atildado de toda la División. Su uniforme negro estaba siempre impecable. Sus botas altas brillaban como espejos. Su manga izquierda estaba vacía. Había perdido el brazo en Kiev, triturado bajo la escotilla de una torreta, al ser alcanzado su tanque por un obús del 100. Se volvió hacia nosotros:

—¡Dos voluntarios conmigo!

El legionario y yo nos adelantamos. ¡No había más remedio! Era nuestro turno: nos presentábamos voluntarios sucesivamente. Me eché la ametralladora ligera al hombro. Avanzamos por el foso, con el teniente Frick en cabeza.

Estábamos en Milán para buscar nuevo material. Haraganeábamos mientras otros arrimaban el hombro. Hemos fanfarroneado en el «Biffi» y en el «Gran Italia»; no hemos peleado con oficiales de diversas nacionalidades. No nos apreciaban. Apestábamos a fiambre y hablábamos de un modo ordinario, a gritos. Pero entablamos amistad con Radi, el camarero. Era en el «Biffi», frente a «La Scala».

Bajo los pórticos, en las terrazas, bebíamos fresa, con su gustillo a fruta silvestre.

Heide y Barcelona se volvieron melómanos. Cada noche iban a «La Scala», imaginando que era el novamás: el todo Milán se reunía allí.

Me enamoré. Son cosas que ocurren cuando se bebe fresa en los veladores de las terrazas. Ella tenía veinte años. Yo, casi lo mismo. Su padre se enfureció al sorprendernos en su cama conyugal. Pero, a la vista de mi uniforme, se suavizó, por miedo, no por cariño al uniforme alemán. Así ocurría en la mayor parte de Europa, por aquel entonces. En todo caso, nadie hablaba mal de nosotros cuando había posibilidad de que le escucháramos.

Había decidido desertar. Desgraciadamente, me emborraché, precisamente con fresa. Me confié a Porta. Desde entonces, ya no tuve derecho a salir solo. ¡Desertar! Sencillamente, eso no se hacía.

Disputamos un partido de fútbol contra un equipo de Infantería italiana. El encuentro terminó en empate. Jugadores y público llegaron a las manos.

Cuando nos echaban del «Biffi» hacíamos el amor tras las columnas de los pórticos, para, seguidamente, pelearnos con los tipos de la defensa aérea, sobre los tejados.

Se decía que en Milán había jaleo. Nunca lo notamos. ¿Quizá porque bebíamos chianti y fresa con los partisanos?

Cuando el «Biffi» cerraba, íbamos de buen grado a casa de Radi, con sus colegas. Radi se alojaba en un sótano con las paredes llenas de moho. Los resortes asomaban por los sillones podridos.

Radi se quitaba sus zapatos charolados y se rociaba los pies con agua mineral. Decía que le aliviaba mucho.

LOS «PANZER» ATACAN

La cosa iba en serio, por el Sudoeste.

Se oían los estampidos secos y feroces de los cañones de los blindados, mezclados con el crepitar incesante de las ametralladoras. Se veían resplandores tras los árboles.

El teniente Frick llevaba su pistola ametralladora en bandolera, para no ensuciarse el uniforme. Se percibía el siniestro gruñido de las orugas.

Un tanque anfibio se acercaba zigzagueando por la carretera. Frenó tan bruscamente que resbaló varios metros antes de detenerse del todo. Un coronel, con las insignias rojas de oficial de Estado Mayor, se apeó de un salto. Estaba completamente cubierto de barro. En su gorra llevaba el *edelweiss* de los cazadores alpinos.

—¿Qué demonios hacen aquí? —vociferó, furioso—. ¿Son del 16.º?

—Patrulla de reconocimiento, mi coronel —contestó el teniente Frick—. 2.^a Sección, 5.^a Compañía, Batallón especial de «Panzer».

—¡Los «Panteras»! —exclamó el coronel, satisfecho—. ¡Por fin! ¿Dónde están sus cacharros?

—En el bosque, mi coronel.

—Perfecto, teniente. Hágalos avanzar, disparando con todas sus armas contra los gángsters. Vamos, apresúrese. Hay que sacar del apuro a la División.

El teniente Frick entrechocó sus tacones.

—Lo siento, mi coronel, pero no es tan sencillo. Ante todo, debo ver qué ocurre y, después, informar de la situación a mi comandante de Compañía. Un carro de combate, mi coronel, no puede atacar a ciegas. Perdón, mi coronel, no trato de darle lecciones.

—Así lo espero, amigo mío, o, de lo contrario, lo lamentaría.

La voz del coronel resonaba. Era una voz hecha para dar órdenes. Incluso un general hubiese obedecido. Una pesada pistola de reglamento colgaba de su ancho cinturón. No había duda de que la desenfundaría al menor signo de indisciplina y que derribaría con satisfacción al recalcitrante. Era un verdadero bruto.

El teniente Frick examinó el mapa.

—Hay un puente, mi coronel, pero ¿soportará nuestros carros «Panteras», que pesan cincuenta toneladas?

—Fácilmente —replicó el coronel, muy seguro de sí mismo—. Mis carros de asalto lo han franqueado varias veces.

—Permítame hacerle observar, mi coronel, que hay una diferencia muy grande entre los tanques y los «Panteras». Nuestros carros pesan casi el doble que los suyos, y nuestras cadenas son tres veces más anchas.

El tono del coronel se hizo almibarado.

—Voy a decirle algo, teniente de chicha y nabo. Si no va a buscar sus tanques en

un santiamén, para limpiar ese poblado de gángsters americanos, va a saber qué número calzo. Soy buen tirador. ¿Hará salir sus tanques, sí o no?

—Lo lamento, mi coronel, mi comandante de batallón me ha dado la orden de realizar un reconocimiento. Debo ejecutar sus órdenes, no las de usted.

—¿Se ha vuelto loco? —vociferó el coronel con voz ronca de fumador—. ¡Su tarjeta de identidad militar!

—Imposible enseñársela, mi coronel. Nada me demuestra que sea usted de los nuestros. Me llamo Frick, teniente jefe de sección en la 5.^a Compañía del Regimiento especial de «Panzer»... Y nuestro regimiento, mi coronel, depende directamente del comandante en Jefe del Sur.

—¡Por el momento se encuentra usted bajo mi mando! Soy el jefe de Estado Mayor divisionario de esta región. Y le ordeno que vaya a buscar inmediatamente a su maldita Compañía. Su negativa huele a cobardía.

—Mi coronel, es imposible ejecutar su orden.

—¡Detengan a ese hombre! —chilló el coronel, loco de rabia.

Al no moverse nadie, se dirigió al legionario.

—¿No me ha oído? ¡Detenga a ese hombre!

El legionario hizo chocar sus tacones con expresión cansada, y contestó en francés.

—No le he entendido, mi coronel.

El rostro enrojecido y brutal del oficial adquirió una expresión bovina.

—¡Maldita sea! —Y, volviéndose hacia mí—: ¡Hágase cargo del teniente!

Cuando le hablé en danés, mientras le miraba estúpidamente, su perplejidad fue completa. Se salió de sus casillas, pegó un patadón a una piedra y se volvió de nuevo hacia Frick. Ya no chillaba, sino que balbuceaba con voz sibilante.

—Teniente, ordene a sus bandidos que le detengan. ¡Por todos los diablos del infierno, haga algo! ¡De lo contrario, ya verá lo que le ocurre!

Blasfemaba, espumeaba, amenazaba.

De repente, el teniente Frick estuvo harto. Volviendo a colocarse cuidadosamente bajo el brazo su fusil ametrallador, ordenó:

—Grupo de reconocimiento, en columna de a uno, detrás de mí.

Con ademán brusco, el coronel enarboló su revólver. Vociferó:

—¡Deteneos, o disparo!

Su voz hubiera detenido a una División en fuga.

Nos paramos un segundo. Después, proseguimos sin volver la cabeza.

El coronel vaciaba su cargador.

—Está chiflado —comentó el legionario, mientras las balas silbaban junto a nuestros oídos.

El coronel seguía chillando como un salvaje. Nueva serie de balas.

Lancé una mirada por encima del hombro. El hombre había enloquecido por completo. Pegaba patadas a las ruedas del tanque anfibio; después, se encaramó al mismo, trató de ponerlo en marcha, pero sin éxito. Volvió a salir, con un fusil ametrallador en la mano.

—¡Cuidado! —grité, lanzándome a un foso.

En el mismo segundo, el teniente Frick y el legionario estuvieron junto a mí.

Sólo el *Feldwebel* ajeno a nuestra Compañía no tuvo tiempo de protegerse. Recibió toda la salva en la espalda. La sangre le surgió a borbotones, cayó y su casco rodó por la carretera.

—Nunca he visto a un cretino igual —rezongó el legionario—. Mátales, Sven.

Preparé el soporte de mi ametralladora.

—No —murmuró el teniente Frick—, es un asesinato.

—Cierre los ojos, mi teniente —insinuó el legionario—, o bien proporcione los últimos consuelos a nuestro camarada moribundo.

Apoyé la culata en mi hombro, ajusté el alza, introduje la cinta de cartuchos y preparé la ametralladora.

El coronel habla vuelto a cargar su arma. Una ráfaga de balas cayó a su alrededor. La silueta gigantesca estaba precisamente en mi visor.

—Punto de mira al pelo —dije, riendo, al legionario.

Disparé demasiado corto. Los proyectiles cayeron en la carretera, a unos metros del oficial. Este lanzó un aullido y, de un salto, se precipitó detrás del tanque, en busca de protección.

—¡Motín! —vociferó.

Un agudo silbido desgarró nuestros tímpanos. Una sombra pasó sobre nosotros. Nos tumbamos en el foso.

Un «Jabo» avanzaba hacia donde estábamos. Los cañones crepitaron. Dos cohetes dieron de lleno en el tanque del coronel. Éste fue lanzado a más de cien metros convertido en antorcha. Muy pronto, sólo quedó de él una momia calcinada.

El teniente Frick se incorporó.

—Detrás de mí —ordenó.

Partí por la mitad la insignia del *Feldwebel* muerto y me llevé uno de los pedazos.

Al llegar al pueblo, vimos a nuestros soldados y artilleros que corrían en desorden, perseguidos por los americanos victoriosos.

Un jefe de escuadrón de cazadores blindados nos cayó materialmente en los brazos.

—¡Listo...! —sollozaba—. El regimiento está aniquilado. Han cogido todos nuestros blindados. En el último momento, he conseguido saltar por la ventana del despacho donde me encontraba con mi ayudante. Las granadas nos zumbaban junto al oído. Soy el único superviviente. Todo el personal ha sido muerto en el acto.

—¿No tenían prevista ninguna cobertura? —preguntó, sorprendido, el teniente Frick.

El oficial se quitó la gorra.

—Nos creíamos en seguridad. Anoche, estaban a ciento cincuenta kilómetros. Dos de sus regimientos habían sido rechazados. Habíamos hecho prisioneros a americanos del 142.º de Infantería de Marina, y no valían gran cosa. Nos disponíamos a festejar la victoria. Sólo había situado el número de centinelas reglamentarios. Nuestros cañones de protección estaban detrás de las casas, con su cubrebocas. Los obuses estaban amontonados en los camiones...

—¿Y los centinelas? —insistió el teniente Frick—. Hubieran tenido que verlos.

—Los americanos los estrangulaban con cables. Nuestros muchachos no tuvieron tiempo de dar la voz de alerta. Corrí hacia alguien, creyendo que era uno de mis hombres. Los capotes verdes de los americanos se parecen a los nuestros. Llevaba una esclavina alemana en los hombros y uno de nuestros cascos en la cabeza... Si hubiera esperado dos segundos más para disparar, me hubiera cazado.

—No ha estado usted en Rusia —comentó el teniente Frick.

El jefe de escuadrón se derrumbó, agotado, entre nosotros. Era un viejo de cabello blanco que, hasta aquel momento, había creído que las tropas eran invencibles. Era un hombre instruido, profesor en la Universidad de Friburg, en Brisgau. Uno de esos sabios que consideran niños a todos los menores de treinta años. Soldados americanos de veinte años le habían demostrado que se equivocaba. En menos de media hora, había visto desaparecer a cuatro mil hombres, convertidos en humo. Y, ahora, estaba sentado tras un muro, para ser interrogado por otros muchachos de veinte años. Un chiquillo que vestía un uniforme negro de «Panzer», con una medalla alrededor del cuello, le daba consejos.

—Uno nunca debe creerse que está a salvo —decía sonriendo el teniente Frick—. Por las noches; cuando me acuesto, suelo guardar en las manos mi fusil ametrallador. Lo que acaba de ocurrirle lo hemos vivido frecuentemente en Rusia. La guerra es así.

El oficial de cazadores contempló su Cruz de Hierro de la Primera Guerra Mundial.

—En 1914-18 era otra cosa. Yo era ulano, bajo el mando del conde Hótzendorf [6]. Hace sólo tres meses que volvieron a llamarme. ¡Ésta es una cochina guerra!

El teniente Frick asintió.

—Y creo que vamos a perderla —cuchicheó el jefe de escuadrón.

Frick, en vez de responder, observó el espectáculo que se extendía ante sus ojos. Dejó caer sus prismáticos.

—Mi capitán, ¿qué ha sucedido? Sea breve, se lo ruego, el tiempo apremia.

El legionario prendió un cigarrillo y lo colocó entre los labios del teniente Frick.

El jefe de escuadrón se quedó boquiabierto. Nunca había visto soldados

semejantes. ¡Un suboficial, lleno de horribles cicatrices, que metía su cigarrillo húmedo de saliva en la boca de su oficial! ¿Qué le sucedía al Ejército alemán? Huyendo del pueblo, acurrucado por el momento tras un arbusto, también había oído a un soldado raso americano llamar por su nombre de pila al comandante del batallón, y le había visto compartir con él el contenido de su cantimplora. En los viejos tiempos del emperador, las cosas eran muy distintas. Las clases inferiores permanecían en su sitio. En caso contrario, no faltaban medios para enseñarles a respetar las distancias.

—Mi capitán, ¿qué ha sucedido?

—De repente, han comparecido.

Frick se echó a reír.

—Nos hacemos cargo.

El jefe de escuadrón le lanzó una mirada de reproche. Explicó, dibujando en la arena con un bastón:

—Creo que han entrado por aquí.

El teniente Frick asintió con la cabeza.

—Desde luego. También yo hubiese entrado por allí. Después, se han ocupado de sus carros de asalto, siguiendo siempre el programa, señor profesor.

—Sin duda.

Y se ocultó el rostro con las manos enguantadas.

—No entiendo cómo he podido escapar. Mi adjunto estaba tumbado en una mesa, con la espalda desgarrada. Era un joven universitario con un brillante futuro. Kant no tenía secretos para él.

La risa del teniente Frick se hizo sarcástica.

—Más hubiese valido que entendiera de cañones y de maniobras de cobertura de flancos. Hoy, lo que hacen falta son soldados, no filósofos.

El capitán levantó la mirada.

—Vendrá un tiempo, joven...

—¡Desde luego! Pero, sin duda, usted lo verá tan poco como su ayudante.

—¿Va a denunciarme por negligencia en el servicio? —preguntó, nervioso, el jefe de escuadrón.

—Ni se me ocurre —contestó Frick, indiferente—. ¡Si supiera lo poco que me importan usted y su ayudante, el filósofo! ¡Si le parece, puede proponerse para la Cruz de Hierro de primera clase! Lo único que me interesa por el momento es cómo detener la ofensiva de los de en frente, y en eso puede ayudarme. Soy teniente de una Compañía de blindados y mi misión consiste en sembrar el desconcierto entre los americanos, impidiendo su avance y el de sus tanques. Lo demás, no me concierne. Cuando nos haya contado lo que sabe, puede quitarse ese uniforme de Adolf y poner pies en polvorosa, si el corazón se lo pide. A nosotros, no nos incumbe. ¿Cuántos

tanques hay en el agujero, según usted?

—Por lo menos, una unidad.

—¡Hum...! —gruñó el teniente Frick—. Improbable, pero confío en usted. ¿Se da cuenta del lugar que necesita una unidad de blindados? De ochenta a cien máquinas, más toda la impedimenta... Un atasco que haría poner los cabellos de punta al urbano parisiense de mayor experiencia.

—Había muchos... —tartamudeó tembloroso el capitán—. De una sola andanada han destruido veinte carros de asalto...

—Eso no quiere decir nada —interrumpió Frick—. Es cuestión de habilidad. A nosotros nos ha ocurrido más de una vez.

—Una sección puede conseguirlo —intervino el legionario con orgullo—. Basta un buen tirador en la torreta y un piloto que no se duerma.

—Era una carnicería —se defendió el capitán—. He visto a mi ordenanza aplastado bajo un «Sherman». Era estudiante de Derecho, de una buena familia de Viena. En mi escuadrón, tenía a muchos jóvenes prometedores. La juventud estudiantil... Todos muertos. Formábamos una especie de Facultad. Nuestro comandante también era profesor universitario. Conservábamos el espíritu de la Universidad...

—Yo no soy quién para juzgar —observó con sequedad el teniente Frick—. Pero, en mi opinión, hubiese sido más sensato tener el espíritu militar. Hubiese podido salvar la mitad de su escuadrón. —Eliminó una vez más una motita de polvo imaginaria de su resplandeciente Cruz de Caballero—. No es filosofando como se rechaza al enemigo.

—Usted es soldado, teniente, su condecoración demuestra su valor. Sin embargo, es usted muy joven.

—Sí, soy soldado desde que me sacaron de la escuela. A sus ojos, sólo soy un chiquillo, pero ese chiquillo va a sacarle ahora las castañas del fuego a usted y a sus semejantes. Detrás de mí, ahí, está un soldado de treinta años. Aprendió su oficio, y bien aprendido, con los franceses, bajo la bandera de la Legión Extranjera. Y el muchacho de la ametralladora es uno de esos que usted desprecia. Fue recogido en el arroyo. Ni él ni el pequeño suboficial han oído hablar de Kant ni de Schopenhauer, pero conocen la dura ley de Marte. Ustedes, los universitarios y los aristócratas, olvidan a esos soldados natos en los días felices de la paz. Escriben eruditos artículos sobre los legionarios de César, y, ¿qué saben de ellos? ¡Patrañas! Ni siquiera imaginan lo que eran esos hombre; que combatían por la gloria de Roma. Se burlaban ustedes de la guardia rusa. Sonreían ante las historias de soldados de Rudyard Kipling. Si mencionan al valeroso soldado de la legión que se deja asar voluntariamente en el desierto, es para calificarlo de criminal fugitivo. Pero, señor profesor, un criminal nunca es un buen soldado. Hay multitud de razones que

impulsan a un muchacho a alistarse: el hambre, la angustia, el patriotismo, las convicciones políticas o el gusto por la aventura. Un criminal que se oculta en el Ejército deserta al primer ataque. Nosotros, soldados, nos hacemos matar sin protestar. Y ¿qué hacen ustedes, usted y sus colegas de la Universidad? Se atiborran el cráneo con una filosofía que es inútil en la lucha por la vida. ¿Cree, tal vez, que matamos por gusto a los de en frente? No, pero hemos aprendido a ejecutar una orden, cualquiera que sea.

El capitán miró con fijeza al joven teniente. Asomó una sonrisa a sus labios.

—¿Mataría a su propia madre si su comandante se lo ordenase?

—Sin duda alguna... Y también pasaría sobre su cuerpo si se colocara ante mi tanque.

—¡Pobre mundo! —murmuró el universitario vestido con uniforme de oficial, que imaginaba que podía hacerse la guerra discutiendo sobre Kant—. No es usted, teniente, más que un niño que se ha hecho adulto demasiado de prisa.

Se levantó, tiró su pistola y su gorro a la cuneta y se marchó caminando recto ante sí, solitario.

El legionario le siguió con la mirada y encendió un nuevo cigarrillo con el que aún tenía en los labios.

—Con ese pobre ingenuo desaparece una generación.

El teniente Frick se aseguró la condecoración que había recibido por haber destruido una unidad de tanques rusa.

—Que crea lo que quiera. Que reviente con sus ilusiones. De regreso, haremos un hermoso informe. Diremos que lo hemos encontrado, único superviviente de su escuadrón, detrás de una pieza de artillería. Es demasiado duro para los padres descubrir que los hijos están mejor dotados que ellos. ¡La paz sea con él!

—Alá sabe lo que hace —murmuro el legionario.

Regresamos por un sendero que seguía el lecho desecado de un arroyo.

El comandante Michael Braun, llamado Mike, nuestro nuevo jefe, que antes de la guerra había servido en la Infantería de Marina americana, escuchó nuestro informe, en silencio. Se volvió riendo hacia *Barcelona*, el radiotelegrafista, y con su vozarrón de bebedor de cerveza, ordenó:

—Llama al regimiento y solicita la palabra clave para el desencadenamiento general de la carnicería.

Envío un escupitajo contra un lagarto que, alcanzado de lleno en la cola, se apresuró a ocultarse tras una piedra.

Barcelona llamo por radio:

—Aquí *Rinoceronte*, *Rinoceronte* llamando a *Trucha*. Cambio.

—Aquí *Trucha*. Habla, *Rinoceronte*, te escucho. Cambio.

Le tocaba a *Barcelona*. Todos habíamos inclinado la cabeza para escuchar mejor

la conversación. Aquello era chino para los no iniciados.

—Aquí *Rinoceronte* que transmite a *Trucha*. Punto 12 AZ agua 4/1. Una camada de perros ahogados. Cuatro mamás. Indecisos sobre si hay más. Jabalíes difusos. Solicitamos palabra clave. Mike. Cambio.

—Aquí *Trucha*, adelante, *Rinoceronte*. Mike responsable palabra y acción. No hay jabalíes suplementarios. ¡Buena suerte! Cierro.

—¡Vaya novedad! —dijo Mike riendo—. El comandante de unidad es el responsable. En cien años que llevo en el oficio, nunca he oído que el jefazo sea responsable.

Se sentó en la parte delantera del 523, nuestro tanque.

—Que se acerquen los jefes de los carros.

Se metió uno de sus gigantescos cigarros entre los labios.

Los jefes de los tanques se acercaban sin apresurarse. Sus pañuelos de seda brillaban con todos los colores del Arco Iris. Cada tripulación tenía uno distinto.

Mike balanceaba sus grandes pies. Calzaba el cuarenta y ocho, y los tenía planos como los de un pato. Nos dominó con la mirada.

—Culo al suelo y abrid bien las orejas. No hay tiempo para repetir. Y si entre vosotros hay algún puerco que no lo entiende a la primera, le prometo que las pasará moradas. Amigos míos, los yanquis se han cargado varios regimientos nuestros. Están marcándoles el trasero con sus bayonetas. Creen ya que pueden ponerse la *sejrsskorte* ^[7]. Han empezado a escribir tarjetas postales explicando sus victorias. Este éxito rápido se les ha subido a la cabeza. Vamos a hacerles perder la confianza. —Saltó al suelo—. Sacad los mapas. Hay que caerles encima como un rayo. Hay un agujero aquí. —Señalaba el mapa—. Es por donde entraremos. Hay que recorrer tres kilómetros más allá del bosque, a descubierto. Es una lata, ya lo sé, pero hay que pasar, cueste lo que cueste. Y nadie vendrá a ayudarnos. Estamos solos. Ni granaderos blindados ni artillería. Los cow-boys lo han aplastado todo. —Se rodeó de una humareda azulada—. He aquí lo que vamos a hacer. —El cigarro pasaba de derecha a izquierda—. Cuatro «Panteras» bajan a toda velocidad y se meten en el poblado. Pescaremos a los *boys* en pleno pisolabis. —Sacó el cigarro de su boca y lo levantó con ademán amenazador—. Lo que hace falta es que los yanquis no sospechen nuestra existencia hasta que estemos junto a ellos, administrándoles nuestra medicina. —Mike enarcó una de sus gruesas cejas—. Nada de luces, y cerrojos de seguridad en todas partes. También es preciso que los yanquis no puedan disparar.

—¿No sería mejor enviarles una tarjeta postal? —sugirió irrespetuosamente Porta, que estaba en última fila.

—Calla y escucha. Los dos primeros tanques atravesarán el avispero y cerrarán la salida por el otro lado del agujero. Ya veis, en el mapa, que no hay puerta de salida.

Después, dais media vuelta: con los cañones apuntando en dirección opuesta. El jefe de sección disparará una bala trazadora roja, después de haber bloqueado la salida. Luego, seguirán otros cuatro tanques. Con ocho «Panteras» tendríamos que poder limpiar ese nido. Herbert —se volvió hacia el teniente recién llegado que habíamos recibido cuatro días antes—, tú te quedas aquí en el lindero del bosque con los ocho últimos «Panteras». No avanzarás, escucha bien lo que te digo, hasta que veas una estrella amarilla. —Cogió al joven teniente por el cuello de la chaqueta—. Y si por desgracia te mueves antes de haber visto brillar la estrella amarilla en el cielo del buen Dios, vendré a desoxidarte yo mismo. Y cuando haya terminado, tendrás el cuero lo bastante curtido.

El teniente Herbert, que sólo tenía diecinueve años y descendía de una de las familias más nobles de Alemania, se ruborizó hasta las orejas. Nunca se le había hablado de aquel modo en la Escuela de Guerra de Postdam. ¡Pero había tantas cosas que nunca se contaban a los alumnos de Postdam! Ninguno de los instructores había conocido a un comandante Mike o a un general *Tuerto*. Ninguno de ellos había visto a un infante de Marina americano desembarcar con una sombrilla roja, ni a un soldado alemán de blindados, tocado con un sombrero de copa amarillo.

El comandante Mike escupió la colilla de su cigarro y sacó de su bolsillo una caja de metal, ligeramente oxidada. Olfateó un pedazo de mascar y, contrayendo los labios, le pegó un mordisco. Después, lo pasó a *El Viejo*.

—Coge un pedazo, Beier.

Eran los únicos que mascaban tabaco. El comandante colocaba siempre su pedazo entre el labio inferior y los dientes. *El Viejo* prefería pegarlo a la mejilla derecha. Parecía sufrir un enorme absceso.

—Es formidable —cumplimentó *El Viejo*.

—Lo he hecho macerar en zumo de ciruelas durante dos semanas —explicó el comandante Mike mientras enrollaba el resto del tabaco en espiral.

Volvió a guardarlo en la caja oxidada.

—Ante todo, hay que acostumbrarse. Al principio, te produce vértigos y los ojos te lagrimean, pero el tabaco macerado con zumo de ciruelas es excelente, tanto contra la tos como contra el hormigueo en las piernas. Fue un viejo pescador de sardinas quien me dio la receta. En San Pedro.

El teniente Herbert movió la cabeza. Allí había un comandante, un oficial alemán, que compartía su tabaco con un *Feldwebel*, un vulgar truhán de los barrios bajos de Berlín. Desde aquel momento, podía esperarse cualquier cosa. Si contara aquello a su padre, éste se negaría a creerlo.

Con su velluda mano de gorila, Mike se quitó la boina y las gafas de tanquista y las echó a sus pies. Se rascó a conciencia su negra cabellera, terminó de acicalarse sonándose con los dedos, recogió la gorra y ahuyentó unas avispa.

—Como acabo de explicar, llegaremos al pueblo lo antes posible y, en cuanto los dos primeros tanques lancen la señal roja, limpiaremos el burdel. Dispararemos sobre todo lo que se mueva.

Se hurgó una oreja con un dedo.

—Algo me dice que los cowboys han dado luz verde a su División y, si algunos de vosotros se equivoca, la cosa puede adquirir inmediatamente un tinte rojizo. Brandt, ponte en posición con el vehículo-radio en el lecho desecado del arroyo. Pégate al cuarto «Pantera». Camuflaje inmediato. Saca la antena. Escucha hasta que se te caigan las orejas. Y guarda tus fotos pornográficas para no distraerte. Si tengo que esperar aunque sólo sea un segundo, tú también noticias mías. Más valdrá que te despidas de compañeros.

Una vez más, Mike escupió un espeso salivazo que cayó en una roca, más alejada.

—Cuatro tanques en el pueblo. Los dos primeros atraviesan. Bloquead la salida. Disparad contra todo lo que se mueva. Señal roja: iniciar el baile. Estrella amarilla: atacar en toda la línea. Ocho tanques de reserva. No hace falta señal de repliegue. Liquidamos a los cowboys o ellos nos liquidan a nosotros. ¿Alguna pregunta?

Porta adelantó un paso. El comandante le salió al encuentro.

—Joseph Porta, te liquido aquí mismo si tratas de burlarte de mí.

Porta se hacía el tímido, se secaba las manos en los calzones.

—Querría saber, mi comandante, si una enfermedad cardíaca dispensa de la fiesta.

—¡Lárgate de aquí! Ni una enfermedad del corazón ni las tripas hechas pedazos. ¿Más preguntas?

Desde la última fila, *Hermanito* levantó un dedo. Casi esperábamos oírle preguntar: «Señor, ¿puedo salir?».

—¡Mierda! ¿Qué ocurre ahora? —gruñó Mike—. De todos modos, tú no entiendes nada de nada.

—Mi comandante, según el reglamento de 1925, el del general Blomberg, todo soldado que ha servido durante más de siete años puede ser dispensado de participar en los combates. Mi comandante, he servido durante nueve años. Solicito permiso para escabullirme por la escalera de servicio.

Hermanito se disponía a sacar su cartilla militar, para demostrar sus afirmaciones. Mike le paró en seco con un ademán.

—Aunque hubieses servido durante ciento nueve años, coloca tu gordo trasero en el asiento de tirador-cargador del 523. Y en cuanto al reglamento del general Blomberg, puedes usarlo para limpiártelo. Si hay otras preguntas, guárdalas para Navidad.

—Amén —murmuró Porta, levantando la mirada hacia el cielo.

Mike se encasquetó su boina grasienta y ordenó con tono seco:

—A vuestros puestos. ¡Poned los motores de los tanques en marcha!

Mientras pasaba por encima del depósito auxiliar, *Hermanito* gritó:

—¡Porta, vamos de nuevo a la guerra! Cuando pienso que soy voluntario... Aquel día debía estar mal de la azotea.

Se inclinó sobre el pañol de municiones, en el interior de la torreta, metió su chaqueta negra de tanquista dentro de la batería, y se quitó la camisa, que siguió idéntico camino. Después se anudó al cuello la combinación rosa pálido que le había dado Luisa *la Triste* cuando nuestra última visita a casa de Ida *la Paliducha*. Atrapó dos piojos sobre su velludo pecho y los aplastó contra el periscopio.

—Y la guerra, Porta, es peligrosa. Uno puede recibir de manera detestable, pero también puede enriquecerse fabulosamente. ¿Llevas tus pinzas de dentista, Porta?

—¡Cómo no! —replico Porta, riendo, mientras sacaba el instrumento de una caja.

Después se inclinó sobre sus aparatos, comprobó los indicadores de gasolina y de aceite, ensayó el embrague, examinó los frenos e hizo describir un círculo al pesado vehículo.

Hermanito soltó una carcajada:

—¿Te acuerdas del chinito con sus catorce dientes de oro? ¿Y del comisario Iván que nos los birló?

—¡Que ese hijo de perra se pudra hasta la médula! —maldijo Porta.

—No hay que ser rencoroso —dijo *Hermanito* con generosidad—. Aquel tipo era como nosotros. Un tipo inteligente que pensaba en el futuro, ¿eh?

Mike se encaramó en su tanque de mando. Permaneció un momento sobre la torreta, con las piernas bien abiertas, firme como una roca. Envío un salivazo hacia el freno de la boca del cañón. Con gran sorpresa por nuestra parte, lo alcanzó en el extremo. Una hazaña de campeón, que nadie podía imitar. Se colocó las gafas de protección y se deslizó por la escotilla. Le oímos discutir con la tripulación. Su cabeza volvió a asomar. Agitó la mano derecha: en señal de marcha.

Todavía gritó a *El Viejo*:

—¡Beier, pégate a mí! El legionario y *Barcelona*, detrás. Los otros en diagonal. ¡Adelante, «Panzer!»

Porta apretó a fondo el acelerador y canturreó:

Wozu sind die Strassen da?

Zu marchieren, zu marchieren.

Los millares de caballos-vapor relinchaban. La tierra se estremecía. Todo el bosque temblaba bajo el terrible peso. Uno tras otro, los tanques ocuparon sus posiciones. En medio del camino había un árbol. Cayó hecho añicos.

El comandante nos alentó desde su torreta. Mordió otro pedazo de tabaco.

El legionario contestó desde su propia torreta, encendió un cigarrillo y se anudó al cuello un pañuelo azul, blanco y rojo.

Barcelona se cambió de bolsillo su vieja naranja disecada de Valencia.

*¿Por qué, por qué están los caminos allá?
Para andar, para andar al paso.*

Porta se inclinó, escupió sobre el acelerador y, con un dedo, dibujó dos cruces en el polvo del tablero de a bordo. Yo anudé una liga en el periscopio.

Hermanito fijó su barrita de carmín sobre la luz de señalización.

Heide examinó si el cable de alimentación del lanzallamas funcionaba bien. Puso el seguro a su fusil, rectificó la posición de su cartuchera y, después, se colgó del cuello un elefantito de tela azul.

Se comprobó el funcionamiento de todas las radios. Era muy importante. Debían responder perfectamente. De ellas dependían montones de cosas.

Colgados del cañón por los brazos, los artilleros retiraban los cubrebocas. «¡Listo!», anunciaba cada tanque, uno tras de otro.

—*Rinoceronte* listo para el combate —resonó la voz de Mike por la radio.

Entonces, salimos del bosque, que, hasta entonces nos había protegido.

El terreno estaba despejado hasta los americanos que, con tres tanques, protegían la salida del pueblo por su lado Norte.

A toda velocidad, a descubierto, nos lanzamos hacia ellos.

Porta cantaba, despreocupado:

*Eine kleine Reise im Frühling mit dir,
Sag'mir, bitte, leise,
Was gibst du dafür...*

*(Un viajecito en primavera contigo.
Dime en voz baja, dime,
qué me das tú a cambio de eso...)*

Puesto en pie, Porta apretaba el acelerador. A cada momento, esperábamos que empezara el jaleo. Nadie podía seguirnos. Por radio, oímos que *Barcelona* blasfemaba horriblemente:

—¡*Caramba*, Scheisserey! ¿Cómo lo hace para correr de este modo?

—Sólo Alá lo sabe —contestó el pequeño legionario, mientras en su fuero interno maldecía a su propio piloto.

Ahora, todo era cuestión de rapidez. Al primer asalto, los tres «*Sherman*»,

situados a la entrada del pueblo, no reaccionaron. ¡Sabe Dios en qué estarían pensando! En todo caso, carecían de experiencia: ni un solo disparo.

En un santiamén, los del primer tanque estuvieron en medio del pueblo, seguidos de cerca por el comandante Mike. El legionario, cien metros detrás de nosotros, observó que las torres de los «Sherman» empezaban a girar. Se detuvo. Con la velocidad del rayo, su cañón se desplazó: diez segundos más tarde, los tres «Sherman» ardían.

—Proseguimos —siseó el legionario.

Encendió un nuevo cigarrillo, éste de grifa. Necesitaba reír.

A continuación, todo ocurrió muy aprisa. Recorrimos las calles tortuosas del poblado; todo lo que llevaba insignia o estrella blanca era liquidado. Disparábamos a quemarropa. Imposible no hacer blanco.

Asomando por un callejón, escupiendo fuego sobre varios metros, un tanque lanzallamas, un «M-5», se precipitó hacia nosotros. Una granada le alcanzó. Estalló en mil pedazos.

Del naranjal salió, bamboleándose, un «C-14» de cuarenta y dos toneladas. La torreta se desplazaba de un lado a otro. No sabía adonde apuntar.

—¡Fuego, maldita sea! —vociferó *El Viejo*.

Apreté el gatillo. En el acto, el tanque enemigo ardió. Una humareda espesa, negra, nauseabunda, surgió del mismo. Las llamas rojas sacaban la lengua por la escotilla del piloto. Un teniente intentaba desesperadamente salir de la torreta, cuya tapa cayó adelante. El hombre quedó atracado. Las llamas corrían sobre su uniforme, prendían en sus cabellos. Se incorporó a medias, lanzando un grito atroz. Con sus manos desnudas trataba de apagar el fuego. Nuevas llamaradas surgieron por la escotilla. El teniente se cubrió con las manos el rostro, que se consumía lentamente. Después, desapareció en el infierno del blindado.

Olfateamos un olor asfixiante a carne quemada. Alguien enarboló una granada. No tuvo tiempo de lanzarla contra nosotros. Un instante después, quedaba aplastado bajo las cadenas.

Un grupo de soldados se pegaba a una pared, con la ingenua esperanza de pasar inadvertidos.

Heide rió malignamente. Su ametralladora ladró. Los soldados cayeron en montón, con el vientre perforado.

Un artillero corría por la plaza, tratando de refugiarse detrás de uno de los «Sherman» que acababa de consumirse. Una ráfaga de la ametralladora de la torreta, y el hombre se detuvo en seco, como si hubiese chocado contra una pared, se tocó la cabeza y lanzó un grito penetrante. Su casco rodó por el polvo. Giró sobre sí mismo y se derrumbó; movía débilmente las piernas. Un «Sherman» salió con estrépito de entre unos arbustos y le arrancó un brazo, que quedó enganchado a las orugas. Daba

la impresión de que decía adiós al cadáver. Dos obuses del 88 alcanzaron al «Sherman», que estalló. La torreta, proyectada hacia arriba, cayó con un ruido estridente. El largo cañón se clavó en el suelo.

Surgió un nuevo «Sherman». Un disparo a quemarropa le arrancó la torreta, lanzándola directamente hacia una casa. Se veía el interior del tanque. De su comandante, sólo quedaba la parte inferior del cuerpo. Había sido segado en redondo por la mitad. Enganchados entre el piso y el pañol de municiones, colgaban los restos del artillero. Unos intestinos rodeaban lo que, dos minutos antes, había sido el periscopio.

El tanque de Mike, que llevaba dos lanzallamas pesados montados en la torreta, asó a un destacamento de soldados. Algunos levantaban las manos en señal de rendición. Murieron bajo las cadenas. Los tanques no pueden hacer prisioneros. No se discute con esos artefactos bélicos. Se los destruye o se es destruido por ellos. Las calaveras gesticulantes de nuestras solapas simbolizan perfectamente nuestra arma.

Después, todo terminó, todo quedó silencioso. «Ellos» no habían tenido tiempo de disparar una sola vez, y ninguno había conseguido escapar. Les habíamos caído encima tan repentinamente como ellos habían sorprendido a nuestra infantería unas horas antes. Estábamos vengados.

Salimos de los tanques. Levantando las gafas protectoras hasta la frente, bebimos, como caballos sedientos, en la fuente de la plaza, y tratamos de limpiar nuestros rostros de aceite y de la pólvora. Teníamos los ojos inyectados en sangre a causa del aire viciado del interior de los tanques. Respirábamos con dificultad. La garganta y los pulmones nos dolían.

Unos supervivientes surgían de no sabíamos dónde. Nos miraban asustados. Uno de ellos sabía algunas palabras de alemán...

—*Nicht schiessen, Kamerad. Wir nicht Juden, nicht Japsen. Wir von Texas. Wir O.K.* [8].

Y dos minutos después, habíamos iniciado una animada conversación. Nos enseñábamos fotografías; empezábamos a reír juntos, a intercambiar recuerdos. Nosotros habíamos perdido un solo hombre. El artillero del tanque del teniente Herbert. Se había encerrado herméticamente y nadie observó que había un corto circuito en el ventilador. Había muerto asfixiado. También teníamos dos heridos. Uno, era el jefe del tanque 531, el *Feldwebel* Schmidt. Tenía el brazo derecho aplastado. Se había inclinado para recoger un mapa en el piso de la torreta cuando el cañón retrocedió. El brazo de Schmidt se había convertido en una especie de papilla. Unos huesos puntiagudos asomaban por el hombro.

Un prisionero, enfermero americano, le hizo una transfusión sanguínea allí mismo, junto a la fuente. Formamos círculo alrededor de ellos, muy interesados. En el fondo, el *Feldwebel* estaba de suerte. Para él la guerra había terminado. Pero si el

americano no hubiese estado allí con su portátil banco de sangre, Schmidt habría muerto desangrado.

El otro herido era un subalterno, que llevaba poco tiempo con nosotros. Le había alcanzado una ráfaga de ametralladora en los pulmones. Su jefe de tanque, el *Feldwebel* Brett, había querido volver a cargar su fusil ametrallador. Se le había disparado, alcanzando al pobre diablo. Esta historia habría de seguir su curso hasta terminar en Consejo de Guerra.

Tres meses después, nos enteramos de que Brett había sido condenado a muerte. Algo más tarde, fue ejecutado en Torgao. El subalterno murió al cabo de dos semanas en un hospital de Roma. Se rumoreó que se trataba de un golpe preparado. Pero la Policía militar investigó durante mucho tiempo sin poder encontrar pruebas suficientes. De todos modos, el resultado hubiese sido el mismo para Brett. No se podía nada contra el subalterno. Murió solo en un rincón.

Cuando se pasó lista de los prisioneros, escondimos al enfermero americano —un cabo de Lubbock que había efectuado la transfusión a Schmidt—. Cuatro días después, lo llevamos con nuestro tanque para que pudiera regresar a las líneas americanas. Le amoratamos un ojo y le arrancamos un diente; un diente de oro que, curiosamente, tanto Porta como *Hermanito* rechazaron. Después, pegamos con nuestros cinturones en las tibias del individuo, que se hincharon enormemente. Era un medio judío. Arreglado de esa manera, sería reexpedido a los Estados Unidos y no volvería jamás al frente. Había tenido una buena idea al solicitar que le pegáramos. Hay que ser idiota para ir voluntario al frente. Pero es cierto que voluntarios los había en ambos lados. No puedo decir que se les despreciara. Casi todos nosotros habíamos sido voluntarios, por lo que sentíamos admiración por aquellos tipos que no retrocedían ante nada y que sabían aceptar la plena responsabilidad de sus actos.

Muchos acariciaban la idea de recibir un *Heimatschuss* ^[9]. Lo mejor era que un soldado enemigo te acertara en un buen lugar. Cosa fácil para un tirador escogido, armado de un fusil con teleobjetivo. Si la bala daba en el hueso, podía estarse tranquilo. Pero, ante todo, era preciso un buen ángulo de tiro para que nadie pudiese olfatear la estratagema.

A menudo, se contaba cómo un herido había sido sacado de su cama en el hospital, colocado junto a un muro y ejecutado, por mutilación voluntaria.

Un día, nuestro grupo fue designado para una ejecución de este tipo. Se trataba de un suboficial. Había utilizado una granada, pero calculó mal las distancias. Habían tenido que amputarle ambas piernas, a la altura de las caderas. Le ataron a una camilla y la apoyaron contra un muro. Una porquería de ejecución. Todas lo son, pero ésta era el colmo, como decía Porta cuando fuimos a recibir nuestra ración de *rab* —una botella por barba—; era como si se le hubiese pegado una patada a un chucho moribundo que gime pidiendo un pedazo de pan. *El Viejo* se sintió enfermo, pero esto

le ocurría a menudo. Nunca sería un verdadero soldado. Por el contrario, lo que nos sorprendió fue que un veterano como Julius Heide tuviera un ataque de cólera, él, que, por lo general, ejecutaba cualquier orden sin hacer preguntas.

—Disparar contra un inválido... ¡Qué maldita tarea! —exclamó pegando un puntapié a una cazuela—. Tenían que curarlo y, después eliminarlo. Es lo reglamentario. —Suboficial también el, sabía que el tipo lo había hecho adrede, y que merecía su suerte—. Un buen soldado no se porta de este modo. Hay que eliminar a los cobardes como él, pero es repugnante hacerlo antes de que salgan del hospital ¡Poner ante el piquete a un hombre atado a una camilla...! Hubiesen tenido que esperar unos meses Lo hubiesen llevado en un cochecito de invalido. Entonces, me lo habría cargado con placer. ¡Sucio desertor! ¡Como si fuese peor para él que para nosotros!

En cierto sentido, Heide tenía razón, pero *Barcelona* defendió al tipo de la granada.

—Nunca hay que juzgar tan aprisa. La gente siempre tiene excusas cuando comete tonterías. La ley no siempre es igual para todos. Un crío de cuatro años roba en la despensa porque tiene hambre, y la mayoría de los homicidios los cometen los desesperados. Un desertor actúa torpemente porque, de repente, le entra miedo o añoranza. El Estado exagera un poco con las ejecuciones capitales.

Los Consejos de Guerra del Ejército alemán nunca buscaban disculpas para un hombre. Los jueces sólo conocían los párrafos mas severos del código. Celebraban concursos entre ellos: a ver quien conseguía más cabezas. Un día, en un restaurante, oí a cuatro jueces militares alabándose del numero de penas de muerte que habían dictado. Ningún otro Ejército del mundo entero poseía tantos Consejos de Guerra como el de Adolf Hitler. Eran verdaderas fábricas. Pero, terminada la guerra, nuestros adversarios demostraron que habían aprovechado la lección aprendida de los jueces del Führer.

Tendimos a los heridos en la carretera. Llamamos por radio a los tanques anfibios y a los SPW ^[10]. Amontonamos en ellos a los hombres ensangrentados y gemebundos.

Porta y yo levantamos a un fusilero de blindados. El pulmón le salía por la espalda a través de un enorme boquete.

Hermanito se presentó con un cabo entre los brazos. La mitad del cráneo había estallado; se veía el cerebro.

Tras un estercolero, encontramos a un oficial, con el rostro arrancado por un estallido de obús.

Lo peor eran las quemaduras. Cuando se las tocaba, la carne se desprendía de los huesos, deshaciéndose. Muchos heridos morían entre nuestras manos. Algunos nos daban las gracias. Otros nos maldecían. Un negro trató de matar a *Hermanito* con un

cuchillo.

Formamos dos enormes montones con los muertos. Algunos no eran más que momias calcinadas.

Millares de moscas zumbaban alrededor de los cadáveres. Hicimos una fosa común no muy profunda. Sólo se trataba de recubrir los cadáveres de tierra. El olor dulzón que desprendían nos daba náuseas.

Un sargento de Estado Mayor, prisionero, estaba sentado en la parte delantera del tanque del comandante Mike. Se le había ofrecido aguardiente y estaba algo embriagado. Empezó a desembuchar. El regimiento estaba de permiso porque se consideraba la región limpia de enemigos.

Sus camaradas le miraban con repugnancia. Después, leyó el desprecio en nuestros ojos, se dio cuenta de la vil acción que acababa de realizar. De un salto, se apoderó de la pistola de *Barcelona*, metió el cañón en su boca y oprimió el gatillo. Su cerebro salpicó hasta la empuñadura. Hubiésemos podido detenerle, pero nadie se movió.

Con desdén, el comandante Mike tocó el cadáver con la punta de sus botas.

—¡Y pensar que era un viejo soldado...!

—¿Cómo es eso? —preguntó el teniente Frick, sorprendido.

Mike lanzó un salivazo amarillento hacia el rostro del muerto.

—Las insignias que este puerco lleva en la manga indican veinticuatro años de servicio. Hubiera podido pudrirse en Barrack Fields. Ha condenado a muerte a sus compañeros.

—La guerra es un asco —murmuró *El Viejo*.

El comandante pergeño un informe para el suboficial radiotelegrafista:

Rinoceronte a Trucha. Habla el comandante. Treinta y seis carros de combate, diez camiones, diecisiete vehículos, liquidados. Numero de muertos y de heridos, desconocido. Nuestras pérdidas: un muerto, dos heridos, un Feldwebel y un suboficial. Espero encuentro con regimiento blindado enemigo. Continúo bajo mi propia responsabilidad. Interrumpo el contacto. Cierro.

Nosotros sonreíamos; habíamos entendido. Mike quería liquidar por sí solo el regimiento enemigo. El comandante salido de las filas quería brillar ante aquellos caballeros. Quería demostrar a los que llevaban las insignias rojas del Estado Mayor que no eran ellos los únicos que sabían espabilarse. La interrupción del contacto por radio era muy astuta. Nadie podría comunicar con nosotros durante las próximas tres o cuatro horas. Mike jugaba fuerte. Si triunfaba, se cubriría de gloria. Si no, y a condición de que volviera vivo, acabaría en Torgao. Era la dura ley de la guerra.

Como decía a menudo el pequeño legionario:

—Arriésgate, amigo mío. Después verás si eres un héroe o un criminal. No todos los días se pesca una medalla en un combate decidido por nuestros jefazos. A menudo, es fruto de un impulso, en el que se apuesta todo a una sola carta. Lo esencial es ponerse en manos de Alá.

El pequeño legionario era un tipo extraño. Era el más creyente de todos nosotros y, sin embargo, el más cruel. En una ocasión, cortó el estómago de un SD ^[11] muy lentamente, con ayuda de su largo cuchillo árabe. Y, todo, porque el individuo había disparado contra un viejo calvario que había junto al camino.

Terminada la carnicería, el legionario se encarnizó pegando patadas en los testículos de su víctima, mientras murmuraba:

—No hay que tocar las cosas sagradas... No hay que tocarlas.

—¡A sus puestos! —ordenó Mike—. ¡«Panzer», en marcha!

Asomados por las escotillas abiertas, avanzábamos entre los pequeños arbustos; después, por el lecho de un río lleno de agua estancada y de barro pestilente. Las reses muertas desprendían un olor nauseabundo.

El tanque del teniente Herbert se encalló.

El comandante Mike empezó a blasfemar como un pagano. Saltó de su tanque. Hundido en el barro hasta las rodillas, pegó un puntapié a una rata muerta y miró, colérico, al teniente, que asomaba por su torreta.

—¡Maldita sea! ¿Qué diantre estaba haciendo?

—Accidente fortuito —balbuceó el teniente.

—¡En mi unidad eso no existe! —aulló Mike, fuera de sí—. No se está usted paseando por la Kurfürstendamm. Estamos en guerra y es usted responsable de un tanque que vale un millón de marcos. El millón me importa un bledo, pero necesito el chisme. ¿Quién es el imbécil que le ha hecho a usted teniente? ¡Sácale de ahí, Beier!

Hermanito y el artillero del tanque en dificultades engancharon los cables de remolque.

—Atornilla el chisme de la derecha —dijo, riendo, *Hermanito*.

Los gruesos cables de acero vibraban, tensos como cuerdas de violín. Había peligro de que se partieran en cualquier momento, y si el latigazo alcanzaba a alguien lo mataría en el acto. Otras veces había ocurrido.

El encargado del remolque se puso nervioso. Soltó su cable y corrió a esconderse detrás del tanque. *Hermanito*, a falta de otra cosa mejor, le tiró un puñado de barro a la cara.

—¡Espera a que me ocupe de ti, puerco!

Encaramándose en el cable, lo sujetó con todo su peso sobre el gancho del remolque.

—Si los cables ceden, está listo —murmuró *El Viejo*.

—Es un buen soldado —asintió el legionario.

—¡Pero más bruto que el trasero de una vaca! —dijo Porta, riendo.

—Esto ocurre con todos los soldados valerosos, y es lo que les impide tener la noción del peligro.

—Cuidado —amenazó Heide—. No estarás insinuando que soy un estúpido, ¿verdad? En los últimos veinte años no ha salido de la escuela otro suboficial con notas tan buenas como yo. ¿Quién de vosotros es capaz de vencerme en táctica?

—Pero ¿eres valeroso, aspirante a general?

Heide golpeó la cruz de oro que colgaba ostentosamente de su pecho.

—¿Imaginas, quizá, que me he encontrado esto en el burdel?

La cruz alemana de oro era el orgullo de Heide. No se separaba de ella, ni siquiera para bañarse.

—Sí, sí —intervino *El Viejo*—, pero tu valor no es el de *Hermanito*. Tú combates porque te gusta. Te divierte matar. *Hermanito* no comprende lo que hace. Mata sin pensar en ello. Si yo fuese Dios, guardaría un sitio en mi paraíso para *Hermanito*. Pero a ti te echaría. Hoy estás eufórico porque matas a los que llaman nuestros enemigos. Cuando la guerra haya terminado y puedas hacer el ganso en el patio de un cuartel, te las arreglarás para conseguir que los reclutas revienten poco a poco, si te ponen nervioso o tienen una jeta que no es de tu agrado. Eres un asesino sádico, pero nada puede hacerse contra ti. La ley te protege. Pocos hay tan bien considerados como tú en el Ejército. Eres un oficial formidable, un soldado extraordinario, correcto hasta el extremo de las uñas. Cuando hayamos terminado la lucha, serás el orgullo de la División, un ejemplo para los nuevos. Pero te aseguro que resultas repugnante.

—¡Amén, y a vuestra salud! —exclamó Porta, levantando su vaso—. El sermón del pastor Beier ha terminado.

Julius Heide tenía el rostro escarlata. Sólo *el Viejo* podía permitirse hablarle de aquel modo. Cualquier otro lo hubiera pagado con una cuchillada en la espalda, a la primera ocasión.

—¡Vamos, vamos, aprisa! —gritó el comandante Mike, agitando el brazo.

Lentamente, empezábamos a extraer el tanque del fangal. *Hermanito* se tendió de bruces sobre los cables de acero. El comandante le ayudó a mantenerlos fijos en los ganchos. Renegaba como un carretero, llamando de todo al teniente Herbert, quien, imponente, nos observaba desde su torreta.

En cuanto el tanque estuvo en terreno firme. Herbert fue obligado a abandonar la torreta, en donde le sustituyó Lehnert, un suboficial. Pero nadie se mofó del pobre oficialillo. Se había visto a un capitán destituido y reemplazado a la cabeza de su Compañía por un *Feldwebel*, en pleno ataque. Durante la batalla de Bjelgorod, un coronel había sido despojado del mando de su regimiento. Había permanecido tumbado entre las piernas del radiotelegrafista, mientras había durado el combate. Un

joven comandante ocupó su sitio en la torreta. Aquel coronel terminó mal. Se le reexpidió a Alemania, y se le condenó a pasar cinco años en Torgao. Cuando los rusos ocuparon la ciudad, fue muerto por error por uno de sus compañeros de reclusión.

Ocupamos posiciones detrás de un largo dique e, inmediatamente, empezamos a ocultar los tanques. Las anchas huellas de las cadenas fueron disimuladas con rastrillos; colocamos pedazos de musgo, ramas de árboles... a causa de los aviones. Los rusos nos habían enseñado el arte del camuflaje. Tres «Jabos» picaron desde las nubes. Porta y yo estábamos precisamente en terreno abierto, comprobando las operaciones. Nos pegamos al suelo. Después, empezaron los fuegos artificiales. Aparatos invisibles sobrevolaban el campo. Brotaron centenares de pequeños cráteres. Estábamos de suerte. Lanzaban obuses explosivos, no incendiarios. Uno de los aviones la tenía tomada con nosotros. Ascendió derecho hacía el cielo y, después, picó sobre nosotros, no menos directamente. Sus cañones automáticos dispararon con furia.

—¡Quédate donde estás! —advirtió Porta.

El «Jabo», desencadenado, describió un círculo. Nos sobrevoló en vuelo rasante. Parecía que iba a rozar el suelo con la panza. Pero recuperó altura y desapareció tras la montaña, con sus camaradas.

—Un Julius Heide canadiense —observó Porta, malévolo—. Dentro de unos minutos, se vanagloriará en la cantina de haber liquidado a dos tipos de los «Panzer».

—¿Crees que ha corrido un riesgo tan grande sólo para eso?

—¡Pardiez! Quería tener nuestra sangre en su avión. ¡Si alguna vez me lo encuentro una noche en la tasca...! No tenía ninguna necesidad de burlarse de nosotros antes de desaparecer. Pero si el buen Dios está de nuestra parte, nos vengaremos. Si liquidamos los tanques que deben pasar por aquí, y los jefazos de ese tipo saben que han sobrevolado nuestras posiciones...

Pese al miedo que tenía, no pude contener la risa.

—Sí, tienes razón, seguramente se vanagloriará de haber liquidado a dos tipos de los «Panzer».

—Y, luego, su jefe le echará cuentas —añadió Porta, jubiloso—, y el tipo del Canadá ira a parar a chirona, por lo menos.

El comandante Mike llamaba a las tripulaciones. Nos acurrucamos a su alrededor, entre los arbustos.

—Ante nosotros, hay tres kilómetros de carretera descubierta —empezó a decir—. Cuando los americanos asomen, el primer tanque avanzará hasta el recodo, allí donde el camino penetra en el bosque, Será el tuyo, Beier. Permanece en el flanco izquierdo. Flick, tú, a la derecha. Ocúpate del último tanque de la columna, en el momento en que éste asome por la curva detrás de la colina. Pero os advierto, no

hagáis el cretino. Si a alguno de vosotros se le ocurre disparar demasiado pronto, yo mismo me lo cargaré. —Estuvo a punto de tragarse su grueso cigarro y prosiguió jovialmente—: Los dieciséis cañones dispararán a la vez. Cada obús, directo al blanco. Después de la primera salva, el terreno será dividido en zonas. Cada tanque limpiará lo que hay frente a él. —Envió un salivazo hacia un pájaro que picoteaba, lo alcanzó y exhibió una ancha sonrisa—. ¡Le he dado! —exclamó con orgullo.

»Es posible que el artillero que envíe una granada al aire siga el mismo camino, si le echo la mano encima. Conservad la cabeza fría, amigos, dejad que los americanos inicien la gran peregrinación hacia el Monte de las Lamentaciones. No sospechan nuestra presencia y no pueden descubrirnos. Lo demuestran los tres «Jabo» que han pasado hace un rato. Permaneceremos aquí ocultos. —Miró a su alrededor con recelo y preguntó con voz almibarada—: ¿Supongo que no habrá novatos entre los artilleros? De lo contrario, que los sustituyan inmediatamente por tipos entrenados, ídem de ídem en cuanto a los comandantes de tanques. Aquí no es cuestión de grado, sino de experiencia. Me importa un rábano quien trepe a la torreta, con tal de que sea un veterano. Si uno sólo falla, los cowboys nos desollarán vivos. —Se levantó y ordenó con sequedad—: ¡A vuestros puestos! ¡Posición de combate!

Nos deslizamos hasta nuestro sitio. Probamos la radio, comprobamos el dispositivo eléctrico de disparo. Heide conversó en voz baja con los radiotelegrafistas de los otros tanques. El *Feldwebel* Slavek se había casado por poderes. Le felicitamos. Tuyo que explicar todo lo que había hecho con su novia, a la que sólo había conocido quince días. Se encontró con ella cuando su último permiso.

Para un soldado profesional era sensato casarse. La mayoría de los veteranos se casaban. De este modo, su mujer cobraba la pensión completa, pues, de lo contrario, ésta iba a parar al Socorro de Invierno. No sentíamos mucha estimación por esta obra, después de nuestra experiencia en el frente del Este.

Para matar el tiempo, jugábamos a los dados. De pronto, *Hermanito* preguntó con retintín:

—Oye, Porta, ¿quién es tu heredero? ¿Y si te mataran? Yo te lo dejo todo a ti, ¿sabes? —Se apresuró a añadir—: Si algún día estiro la pata, el oro que llevo en la bolsa verde, colgado del cuello, es para ti.

Porta sonrió torcidamente y agitó los dados en el cubilete.

—¡Pero qué listo eres! ¿Tendré tu oro? Sé lo que estás pensando. ¿Y se te ha ocurrido a ti solo?

—¡No puedes saber lo que yo pienso! —protestó *Hermanito*, indignado—. Tendrás mi oro, palabra de honor. He hecho testamento, lo mismo que esa que salía en el libro que leímos el otro día.

—Gracias —dijo Porta, riendo—. Pero no te preocupes por mí. En Rumanía, un tipo estupendo, guardián de caballos durante el día y ladrón de ricos por la noche, me

predijo el porvenir. Una noche que nos habíamos quedado bebiendo café regado con *slibovitz*, me propuso leer en el marro del café. Resultaba inquietante. De pronto, tras estarse diez minutos largos contemplando el marro, mientras yo pensaba en una pequeña de Bucarest que me había reservado para mí solo, empieza a berrear: «Porta, veo aquí tu rostro radiante, aureolado de gloria. Perdón, me equivoco, es de neón. ¡Formidable! Tu nombre en todo Berlín. Serás un gran hombre de negocios. No perjudicarás a las prostitutas. Darás a la celestina lo que le corresponde. Robarás sin que te atrapen. Sobrevivirás a una guerra terrible. Tanto tus amigos como tus enemigos quieren tu piel, pero conseguirás seguir adelante. Sobrevivirás a toda la banda, asistirás a numerosos entierros, pero el tuyo está tan lejos en el futuro que ni siquiera lo veo en el marro. Llegarás a centenario. No veo la muerte».

—¿Crees que debería hacerme echar las cartas? —preguntó *Hermanito*, interesado, mientras acariciaba tiernamente su bolsa verde.

—¡Nunca es perjudicial! —afirmó Porta—. Si te predicen calamidades, se les pega una buena tunda. Si te hablan de cosas agradables, se les da dinero y se cree en su cuento con firmeza. Pero ¡un consejo, *Hermanito*!: desconfía de los testamentos. Son peligrosos, sobre todo si tus herederos tienen idea de tu riqueza.

Hermanito arrugó la frente. Estaba tan absorto en sus pensamientos que se olvidaba de los dados, y cuando se lo recordaron, la advertencia no surgió ningún efecto. Tenía la mirada perdida en el aire, y hacía resbalar maquinalmente el pulgar por encima de la lámpara de control, sobre el cargador.

Por último, estalló:

—¡Cochino, granuja, sabandija! ¿Matarías a un amigo por un poco de oro?

Porta se encogió de hombros.

—¡No soy más que un hombre, y el diablo es muy listo! Te impulsa a hacer cosas extrañas. Pero es como acabo de decirte: los testamentos no valen un higo.

Hermanito agitó los dedos, pegó una patada a un proyectil y exclamó fuera de sí:

—¡No te burles de mí! ¡Lo he entendido! ¡Podré con todos vosotros! —Eché mano a una granada—. He pedido a un tipo de las oficinas que me hiciera un papel en el que te legaba todo lo mío, siempre que yo herede lo tuyo cuando mueras, claro está. De lo contrario, no tendrás nada.

—Me parece algo complicado —dijo Porta, riendo—. Lo esencial, cuando se hace testamento, es asegurarse contra los demonios de las tinieblas. Me dices que soy tu heredero. Yo soy hombre de negocios, y esa gente, pese a sus cuellos almidonados y a sus uñas pulidas, son de mucho cuidado. Si uno de ellos te da un cigarro, es con la esperanza de que le devuelvas una caja entera. Los hombres de negocios tienen todos línea directa con Satanás. Es indispensable, a causa de la concurrencia. Es la ley de la selva. Métete esto en la sesera, cabo primera Wolfgang Creutzfeldt; sólo los fuertes salen adelante. Son muchos los que prueban el oficio, pero muy pocos los elegidos.

Los competidores te espían, ocultos en los arbustos, preparados para arrancarte tu última camisa. Pero si sabes arreglártelas, la pasta vendrá sola hasta tu bolsillo. Y todos los compañeros, aunque te detesten, te harán parabienes. Cuanto más grande seas, y más odiado, mayores serán las genuflexiones. Escupe en la alfombra de la casa de tu enemigo, lo encontrarás gracioso. Puedes telefonar a las dos de la madrugada a un presidente de tribunal para abroncarlo, y te dará la razón. Agita bajo sus narices un fajo de billetes de Banco, y tendrás a todos los tipos a tus pies. Pero no hay que escatimar medios. Hay que tener secuaces capaces de urdir un pequeño accidente. Aserrar el eje delantero del «Jaguar» de tu rival no es ninguna mala idea.

—¡Pero esa gente son unos gánsters! Reprochó *Hermanito*.

—Si se quiere ser hombre de negocios, así es. También hay que tener muchas espías; tienes que meterlas en la cama de tus adversarios. Sobre la almohada, todo se sabe. Esas gachís son como los exploradores en el Ejército, te informan de todo.

El rostro de *Hermanito* se distendió.

—¿Se puede organizar la cosa como los militares?

—Exactamente. Por eso me muestro tan atento en los cursos de táctica. Tus jefes de venta son como las tropas blindadas. Tus matones de confianza, los comandos de choque.

—¿Y mi infantería? —preguntó *Hermanito*, interesado.

—Todos los pobres diablos que trabajan por un magro salario. Todos los chupatinteros de las oficinas. Cuando una gachí te haya hecho un gran servicio, debes de ofrecerle un abrigo de astrakán.

—No se lo que es eso —exclamó *Hermanito*—. ¿Qué aspecto tiene?

—Negro y rizado.

—¡Ah! *El Tuerto* anda por ahí con una cosa parecida a eso.

—¡Qué cretino! —gruñó Porta, despectivo—. Lo que lleva son una especie de restos de *caniches* sarnosos que una especie de judío le vendió como astrakán.

—¡Ah, ya sé! —dijo *Hermanito*, riendo suavemente—. En la esquina de la Reeperbahn había un astuto judío. ¡Y qué cantidad de pasta tenía! Escogía abrigos de pieles en las tiendas de lujo y, después, iba a buscarlos cuando los vendedores se habían marchado. Era divertido ver cómo los burgueses venían a disfrazarse con pieles de zorra y de oso. Primero, el viejo Rosenstein observaba a sus clientes por el agujero de la cerradura. Con gran rapidez, calculaba lo que podía sacar de ellas. Y no era calderilla lo que debían soltar aquellas putas arias. Samuel y sus dos hijos, Joseph y Nathan, se habían hecho rectificar las napias por un célebre profesor. El padre Samuel era endiabladamente astuto. Tenía ascendencia sobre Sommer, un jefazo SS que, en época anterior, había sido mozo de recados en su casa. Es todo lo que pude averiguar, pues se trataba de un asunto GK ^[12]. Eso ocurría antes de que Adolf hubiera empezado a reclutar mozos de recados para convertirlos en jefes SS y en

otros *Gauleiter*.

»Un día Sommer se presentó en uniforme de gala. Pero se quedó sin habla cuando Samuel le saludó:

»—¡Caramba, tú por aquí, Ferdinand! ¡Vas vestido como la sota de bastos!

«Después, entraron juntos en la trastienda. Charlaron un cuarto de hora largo y se bebieron unas cuantas copas. Cuando el SS Sommer se marchó parecía un globo deshinchado. Nunca se molestó a Samuel, ni se le pegaron letreros en sus escaparates. Tampoco sus hijos tuvieron el menor problema.

«Poco antes de la guerra, embarcaron hacia los Estados Unidos, y el señor Sommer los acompañó hasta el barco. Mientras estrechaba la mano del viejo, murmuró:

»—Nunca te olvidaré, Samuel.

»—Tampoco yo te olvidaré, pequeño Ferdinand —prometió Samuel.

»Yo estaba allí para ver si todo salía bien. Nathan, el hijo mayor de Samuel, era mi mejor amigo. Me enseñó fotografías del SS Heinrich y de Goebbels, y me dijo:

—«Estos dos bandidos tendrán un sitio de honor en nuestro taller de los Estados Unidos. Cuando sintamos nostalgia de Hamburgo, nos bastará con mirarlos.

Porta, ¡si hubieses conocido a Natham! ¡Cómo presentar un abrigo de pieles a una zorra, con gestos refinados, mientras con la mano ocultaba los sitios apolillados! Con guiños de los ojos, cuchicheaba en tono confidencial.

»—Querida señora, le hago un precio especial, pero no diga nada a mi padre. Márchese aprisa con el abrigo. Diez mil marcos son una ganga para esta maravilla.

»La fulana quedaba conmovida. Las protestas de su fulano quedaban ignoradas, apagadas por el parloteo de Nathan.

»—Nathan era fantástico —soñó *Hermanito*—. En veinte minutos vendía conejo teñido como si fuese zorro plateado. ¡Sabía desenvolverse! Cuando la comadre se había marchado con el abrigo, iba a buscar a su padre y le decía:

»—Le he hecho un precio especial, papá. Se ha llevado uno de los abrigos que Felipe, el de Viena, nos entregó entre los lotes no escogidos.

»—Que el buen Dios le castigue con la peste —murmuraba Sam. Es lo que decía cuando se le hablaba de un colega inteligente—. Espero que no lo habrás vendido por menos de seis, Nathan.

»—He sacado diez, papá. Y la dama se ha ido muy contenta.

«Samuel se rascaba su hermosa nariz recién estrenada.

»—Y supongo que sin garantía.

»—Naturalmente, papá. Y sin factura.

»Un día, la directora tuvo que ir a comprar una botella de *kirsch* a la tienda de la esquina. Samuel tenía un diez por ciento de rebaja en casa de ese comerciante. Le hacían descuentos en todas partes. Incluso en la María Klein Strasse, en el tugurio de

que era cliente el 25 de cada mes, con tal de que no fuese sábado. Samuel observaba estrictamente el *sabbat*. Los sábados, nunca iba a la tienda, pero nos daba sus órdenes desde el patio.

«Queríamos mucho al viejo Sam. Y, sin embargo, ¡qué feo era! Su pelambrera se parecía al trasero de una perra. Había perdido un ojo en una pelea, en Berlín. Y, además, no levantaba tres palmos del suelo. Mucha gente creía que Sam era incapaz de luchar. Pero la paliza más formidable de mi vida se la debo a él. Había hablado mal de Mier, el judío de la Paula Plantz. Después de haberme atizado el rapapolvo, Sam me dijo:

»—Wolfgang, ese Mier es el último de los cretinos, y merecía la peor de las suertes. Pero no hay que burlarse a causa de su nariz, él no la ha escogido. Puedes meterte con un hombre o una chica por la manera como se visten o andan, pero nadie escoge su piel ni sus huesos.

La radio zumba:

—Tanques enemigos. Cada uno a su puesto. Interrumpir el enlace radiofónico con el exterior.

Ocupo mi puesto tras el periscopio. Porta pone en marcha la dinamo. *Hermanito* comprueba los cierres de seguridad. Mete una granada antitanque en la recámara.

—Carga efectuada —anuncia maquinalmente, con una nueva granada en las manos. Los pañoles de municiones están abiertos. Las largas granadas brillan bien alineadas. Tienen un aspecto inocente, pero dentro de unos minutos, esparcirán el terror y la muerte, vomitarán fuego, harán aullar de dolor a hombres presos del pánico.

Las escotillas abiertas nos permiten seguir con la vista a los numerosos tanques enemigos que avanzan en formación cerrada por la carretera, bajo el sol.

Aprieto ligeramente el pedal. El motor eléctrico vibra. La torreta gira silenciosamente. Mi punto de mira estará exactamente entre los dos árboles; entonces desencadenaré el fuego.

El comandante Mike acecha a ras de la torreta. Con sus prismáticos ante él, disimulados por un manojo de hierba. Cuando llegue el momento de abrir fuego, agitará su casco.

Era un regimiento completo de tanques. El sueño de todo comandante de blindados. Nos lo servían en bandeja de plata.

—Es increíble —murmuró *El Viejo*—. Si no nos ven dentro de dos minutos escasos todo habrá terminado para ellos.

Una alondra lanza sus trinos en el cielo azul. En el lindero del bosque, un rebaño de vacas observa con curiosidad todos esos tanques. Dos campesinos, sentados en una carreta cargada de estiércol, beben chianti. Descansan un poco, ignorando lo que hay detrás del dique. Dentro de unos segundos quedaran atrapados en un combate

entre dos colosos.

Saludan sonrientes a los americanos, que les contestan risueños.

Estamos tan tensos que nadie se atreve a hablar. Mis ojos están pegados a la mirilla del periscopio.

Un perro corre por el campo. Uno de los campesinos le lanza un palo. Las abejas zumban alrededor de las flores que disimulan el cañón. Un lagarto trota sobre la torreta. Una corneja picotea un gordo caracol.

Allá abajo, ahora se ponen a cantar. Destaca una hermosa voz de barítono.

He aquí el primer tanque ante mi objetivo. Aparte del piloto, toda la tripulación se ofrece como blanco.

Mike agita su casco.

—¡Fuego! —ordena *El Viejo*.

Los dieciséis cañones pesados escupen a la vez. El desplazamiento de aire tumba los arbustos. Las dieciséis granadas dan en sus objetivos. Los hombres salen disparados por el espacio. Llamas gigantescas surgen por doquier.

La salva siguiente incendia nuevos tanques.

Hago girar la torreta. *Hermanito* empuja la carga con la frente. El sudor empapa su torso desnudo. Disparamos granada tras granada.

Los caballos de la carreta se desbocan. Uno de los campesinos se ha quedado enganchado en ella. Las vacas derriban la cerca y se precipitan hacia la línea de fuego.

Todos los tanques se consumen en la carretera.

—¡Obuses explosivos, fuego! —ordena el comandante Mike.

Los obuses estallan en medio de los hombres que aúllan, locos de dolor. Incluso los muertos saltan por el aire y quedan más destrozados aún. Para poner punto final enviamos obuses «S».

La carretera es ahora un océano de llamas.

—En marcha los motores —ordena Mike—. ¡«Panzer», adelante!

Les toca el turno a las ametralladoras y a los lanzallamas.

Avanzamos a lo largo de ese infierno ardiente. Las torretas giran, las ametralladoras ladran. Los heridos y los muertos son lacerados por los proyectiles.

Un soldado, enloquecido, surge de un montón de cadáveres, con los brazos extendidos, la boca abierta, la mirada fija. Un lanzallamas lo lame con su lengua de fuego amarilla. Se carboniza en una humareda negra.

Mike indica que nos detengamos.

—¡En columna de marcha! ¡Dirección: el regimiento!

Se frota las manos.

Se restablece el contacto radiofónico. Reímos. Los yanquis no han disparado una sola vez. Ni el menor arañazo en nuestros tanques, y hemos exterminado a un

regimiento, gracias a un viejo sargento americano demasiado locuaz.

El comandante Mike llamó al Estado Mayor del regimiento; su voz dejaba traslucir el entusiasmo y el orgullo.

—*Rinoceronte* llama a *Trucha*. Cambio.

—Aquí *Trucha*, hable, *Rinoceronte*.

—*Rinoceronte*, el comandante. Regimiento de blindados enemigos liquidado. No hay prisioneros. No hemos sufrido pérdidas. Coste: mil quinientas granadas blindadas, ochocientos obuses explosivos, trescientos obuses «S». Para observación aérea: mapa n.º 3, carretera 6, punto A-2. Terminado. Cambio.

—*Trucha* a *Rinoceronte*. Felicidades. Preséntese a informar. Cierro.

—Prefiero retroceder que avanzar —declaró Barcelona.

Henos aquí sorbiendo fresa. Mañana, si avanzamos, habrá que meter el hocico en charcos de agua repugnante. Cuando se avanza, no nos hacen regalos. Por otra parte, estoy harto de las chicas de casa de Ida. Se han convertido en camaradas del frente. Conozco cada pelo de su trasero. Hace dos meses que Ida nos promete otras nuevas. Miente como respira.

—Mañana —gritó Porta, con los ojos brillantes, mostrándonos dos bolitas de seso—. Mañana quiero dormir en la cama del emperador de Abisinia, violar a la reina y a todas las princesas.

—Quizás estén de acuerdo —meditó Gregor Martín—. Quizá les guste el dinero y los tipos que huelen a fiambre.

—Estamos en pleno epifenómeno —decretó El Viejo—. Un buen día, todo habrá terminado y deberemos lavarnos.

—Cuando lleguemos a Roma, quiero beber un mar de champaña, hasta que me salga por la nariz y las orejas —dijo Porta—. Quiero atiborrarme hasta llorar lágrimas de champaña. Y, después, buscaré camorra a algún tipo, para cargármelo. Un cretino a quien no le gusten ni la cerveza ni las chicas.

—Si en Roma tenemos tiempo —dijo Heide—, y si los otros no están demasiado próximos, ante todo, quiero meterme en un enorme lecho de baldaquino, almohadas de seda. Y puerco como estoy, no quiero desnudarme. Luego, quiero dormir sin que nadie me despierte. Y, después, saldré y me buscaré una verdadera dama, con elegante ropa interior. Le haré el amor, y más de una vez. Y, entonces, podremos seguir retrocediendo.

—¡Más fresa! —gritó Porta—. Vamos a seguir de esta manera. Vaciar sus barriles, violar a sus mujeres, ensuciar sus lechos. ¡Roma, Milán, Innsbruck y, para terminar, la despedida en Berlín!

El sonido de un silbato nos volvió a la realidad.

—¡A vuestros puestos! ¡Reunión ante los tanques! —ordenó el comandante Michael Braun.

—¡Qué sueño tengo! —gruñó Porta.

Llegamos titubeantes hasta nuestro tanque. Hacía cuatro días que no dormíamos.

—Me dormiré mientras marchemos —amenazó Porta.

—Si me duermo, voy a echar patas arriba toda la columna —dijo Porta.

—¡La reina no querrá saber nada contigo, si tienes tanto sueño! —dijo Heide.

—Me importa un pito la reina —rezongó Porta—. Quiero dormir.

—No estará nada satisfecha —insistió Heide, que estaba de humor quisquilloso. Iniciamos la marcha.

Dos tanques cayeron en un barranco: sus pilotos se habían dormido.

EL COMANDANTE MICHAEL BRAUN

Los «Jabo» surgieron a centenares, barriéndolo todo. Un tanque salía a descubierto y dos aparatos picaban sobre él.

Los «Jabo» habían sembrado el desorden en el segundo batallón. El ataque había durado dos horas. Nuestra Compañía había perdido todos sus «Pantera» y la mitad de sus hombres.

Porta tuvo que revolcarse en la cuneta para apagar su uniforme ardiendo.

En espera de refuerzos, nos habíamos atrincherado en las montañas. Sus tanques estaban ya allí, «Tigre», de sesenta y ocho toneladas con cañones del 88, de gran eficacia. Los nuevos no llegaban, como de costumbre, en formaciones cerradas. Entre ellos, no habían novatos, todos eran viejos zorros experimentados. Muchos llevaban aún su uniforme del frente del Este.

El *Hauptfeldwebel* Hoffmann, el mayor cerdo de todos los de su grado, los acogió. Adoraba su voz y fanfarroneaba a diestro y siniestro. Cuando quería dárseles de amable, interpelaba a sus suboficiales con nombres bíblicos. Cuando estaba de mal humor, utilizaba todos los términos escatológicos. Cuando normal, empleaba denominaciones misteriosas: toro de estercolero, cráneo de conejo, rata de paraguas, cerdo de mi trasero, etcétera.

Hoffmann disponía de dos ordenanzas, cuando, en realidad, no tenía derecho a ninguno. Uno de los hombres actuaba de ayuda de cámara. Antes que un triste destino le hiciese pasar el servicio del *Hauptfeldwebel*, era mayordomo en uno de los palacios más grandes de Berlín. El otro era criado para todo, y también tenía a su cargo el servicio de la mesa, cuando Hoffmann comía solo.

Un día, como *Hermanito* fumara durante la formación, Hoffmann le hizo trepar veinticuatro veces hasta la copa de un roble. Cada vez que *Hermanito* llegaba a lo más alto, Hoffmann le ordenaba graznar.

Hoffmann tenía un favorito: *el Verraco* ^[13], el ex *Stabsfeldwebel* de la prisión militar de Hamburgo-Altona, nombrado jefe de oficina de la Compañía. Habíamos tratado de malquistarle con Frick y con Mike. Sin éxito. *El Verraco* seguía allí, como un caracol en su concha, desafiándonos.

Una noche, le hicimos una fea jugarreta. Nos apoderamos de él mientras dormía.

En un santiamén, lo atamos a un árbol, con los ojos vendados; después, apuntamos hacia él una ametralladora italiana.

Por la mañana, cuando lo liberaron, *el Verraco* no era más que un guiñapo.

Hoffmann encontró la historia muy graciosa, y trató a sus autores de bromistas. Pero el día en que fue lanzada frente a él, sobre la mesa, una granada sin el seguro, los bromistas se convirtieron en asesinos, en sabotadores comunistas y en no sé cuantas cosas más.

Puso sobre aviso a la Policía Secreta, que delegó a un comisario de la Criminal, quien no salió de su borrachera durante tres días, gracias a la bodega de Hoffmann; por fin, se fue sin haber resuelto nada. Sin embargo, no olvidó llevarse cuatro cartones de «Camel», dos jamones de cordero ahumado, y prometió a Hoffmann que regresaría muy pronto para proseguir la investigación.

Hoffmann contestó con una serie de gruñidos. Se quejó ante el regimiento, donde, por todo consuelo, se le comunicó que era él quien había llamado a la Policía Secreta. Hoffmann juró que, en lo sucesivo, seguiría el consejo de la gente sensata: no despertar nunca a las autoridades, dejarlas dormir. Después es difícil conseguir que vuelvan a adormilarse.

Estábamos ante el puesto de mando y teníamos frío. El cretino se hacía esperar, como cada mañana. Sólo lo hacía para ponernos un poco nerviosos, los veteranos llevaban una arpillera por encima del uniforme. De este modo, estábamos seguros de ser escogidos para servicio técnico. El único donde nadie podía controlarnos. Porta empuñaba una pinza y cuatro llaves. Una caja de bujías asomaba ostensiblemente por uno de sus bolsillos. *Hermanito* sostenía una bomba de gasolina bajo el brazo. Hacía quince días que andaba con ella. Hoffmann no había olfateado aún la estratagema.

Los nuevos estaban alineados a la izquierda, con sus macutos ante ellos. Llevaban capotes y máscara antigás, nuevos, colgados del hombro; su casco de acero estaba unido al cinturón.

Porta disimulaba en la mano un cigarrillo encendido. Si Hoffmann lo veía, era capaz de sufrir un ataque.

Éste salió del Puesto de Mando, con *el Verraco* pisándole los talones, llevando la orden de servicio para el día y los seis lápices de colores. Se mantenía exactamente a tres pasos del *Hauptfeldwebel*, deteniéndose y avanzando a la misma cadencia que éste.

Hoffmann se plantó ante la Compañía, con las piernas muy separadas. Abrió su boca, de la que surgió una especie de mugido salvaje.

—¡Compañía, firmes! ¡Media vuelta, derecha!

Esperó unos segundos para ver si alguien se atrevía a moverse, y sonrió satisfecho.

—Descanso —ordenó—. Bueno, cebras rosas, ¿creéis que cada día os va a salir

bien ese truco del servicio técnico? Hoy es la última vez, atajo de apestosos. ¡Que salgan los técnicos!

Los dos tercios de los hombres abandonaron las filas. Los otros permanecían con la mirada fija en el vacío.

Siempre seguido por *el Verraco*, Hoffmann se dirigió hacia ellos.

—¡Usted, ahí! —gritó, señalando con el dedo a un cabo primero—. ¿De dónde ha sacado esa pistola que le bailotea sobre las nalgas?

El cabo primero tuvo que entregar su arma. El cretino estaba radiante. Quitarle la pistola a un soldado es como arrancarle el alma.

Por tres veces hizo hacer la instrucción a los hombres, a través de los pantanos, con el pretexto de que se movían mal, de que eran indisciplinados. En deseaba demostrar su poder absoluto.

Cuando, cubiertos de barro y de hierba, los hombres volvieron a cuadrarse ante el *Hauptfeldwebel* Hoffmann, éste exclamó triunfalmente:

—Bueno, amiguitos, espero que ya sabréis dónde estáis: es una verdadera Compañía prusiana donde reinan el orden y la disciplina. Ahora, os daréis cuenta —añadió, muy seguro de sí mismo— de que valéis menos que nada. Aquí soy yo quien manda, y sólo yo. Si se me antoja aplastaros las narices, os las convertiré en papilla. Pero si, lo que me dejaría atónito, alguno de vosotros demuestra que tiene algo de redaños, lo ascenderé a suboficial.

No se daba cuenta de que minimizaba la importancia de los suboficiales, afirmando que bastaba un poco de valor para conseguir los galones. Los tipos como Porta habían comprendido desde hacía tiempo y no mostraban ningún interés por ese grado:

—Los idiotas quieren ascensos, los listos se mantienen disimulados —repetía Porta, con cierta frecuencia.

Tres de los nuevos fueron destinados a nuestra sección. Uno de ellos, un cabo primero con ocho años de servicio. Tenía la mochila llena de objetos robados. Se adelantó hacia *El Viejo*.

—¿Eres tú el jefe de sección? Soy el antiguo chófer del comandante en jefe de Venecia. He sido especialmente instruido para el servicio en retaguardia... No sé nada del servicio en el frente... ni deseo saberlo. Si me pides que te traiga el uniforme del jefe de la División, no tienes más que decirlo y en seguida serás servido. Me llamo Gregor Martin. Soy cabo primero. Antes de defender ese pedazo de tierra al que llaman Patria, era chófer transportista. He entrado prácticamente en todas las casas reservadas, para entregar mis muebles de época, recién salidos de fábrica. Mi jefe me había enseñado a maquillar la mercancía, y puedo hacer que una silla de madera aún tierna parezca haber servido para el trasero de Napoleón.

—¿Por qué no te has quedado con tu general, en Venecia? —preguntó Porta,

curioso.

—La vieja historia: una gachí —explicó Gregor Martin. Había sollozos en su voz—. Me hizo un signo a través del canal. Quise verla más de cerca y atravesé el puente de Rialto. Tenía prisa y, como quizá sepáis, en ese maldito puente hay mucho tránsito. Uno se encuentra con todo el mundo. Me di de narices con un cretino de teniente de navío. ¡Así se lo coman los tiburones! No nos pusimos de acuerdo sobre cómo debe saludar un cabo primero. No pude contener mi lengua.

—¿Qué le dijiste? —preguntó *Hermanito*, curioso, tras sonarse con los dedos.

—Ya no me acuerdo muy bien. De todos modos le expliqué que no había que confundir el Rialto con el patio de un cuartel. Me cogió por las solapas y quiso llevarme consigo. No sé bien cómo ocurrió, pero le aticé con la derecha. También vacilé un poco cuando trataba de largarme. Esto me ha enseñado que nunca hay que discutir en un puente, porque, de repente, los «sabuesos» comparecieron cerrándome ambas salidas.

—Yo me habría lanzado inmediatamente al agua —dijo Porta.

—¡Date uña vuelta por el Rialto! A ambos lados han construido un no sé qué. El marino de agua dulce amenaza liquidarme con su «Walther», los «sabuesos» tuvieron que contenerlo. Después, fueron ellos quienes quisieron liquidarme porque, en la confusión, pegué una patada en la cabeza de uno y aticé a los otros dos con una maceta. Me refugié en una tasca. Para reír un poco vociferé desde la puerta: ¡Frente rojo, abajo Mussolini!

»—¿Es cierto? ¿Han liquidado a los nazis? —gritó el dueño del bar, lleno de alegría.

»—Hace dos minutos —contesté. Y era cierto, estaban por el suelo en el Rialto, entre las flores.

«Inmediatamente, empezamos a festejar la victoria. El dueño invitó a champaña. Teníamos tanta prisa que ni siquiera nos entreteníamos en descorchar las botellas, sino que las rompíamos contra el mostrador. Quemamos las fotos de Hitler y de Mussolini en medio de la sala. Entretanto, todo el mundo cantaba: *Qué bien se está en brazos de una rubia...*

»Dos desertores fueron a buscar sus uniformes y sus fusiles. Empezaron a disparar por la ventana. Un policía se apresuró a tirar su uniforme a un cubo de basura. Después, vino a ayudarnos a festejar la victoria.

»Nos contó que hacía mucho tiempo que estaba en contacto con los partisanos. De repente, se puso un brazal verde, blanco y rojo y se nombró a sí mismo jefe de la Policía de Venecia, con efectos inmediatos. Estaba decidido hacía tiempo. Confió una misión a cada uno.

»Yo estaba en los retretes, con el pantalón por las rodillas, cuando se armó el alboroto. Oí disparos, ordenes bien conocidas. En esos retretes de Italia raramente

hay ventanas. Así, pues, traté de escabullirme en silencio, pero un hijo de perra me vio. Me encarcelaron en Mestre. Después, en Chioggia. Pero nuestro I a ^[14], un puerco de coronel, no quiso saber nada de mí. No me apreciaba, ni a «Porsche» ni a mi general.

—¿Qué diantre tenía que ver «Porsche» con todo esto? —preguntó *Barcelona*, sin saber a qué carta quedarse.

—Pues verás, cuando el general y yo estábamos en Rusia, cerca de Kerch, averigüé que el viejo sentía debilidad por los automóviles deportivos. Reflexione bien y me dije: Gregor el camionero, aquí está tu oportunidad. Si has sido capaz de transportar quince toneladas por carreteras de montaña, y transformar una silla nueva en otra antigua, también serás capaz de ocuparte de automóviles deportivos. Empecé a hablar de una carrera de automóviles en la que había intervenido... ¡sólo en sueños, claro está! Conté que conocía personalmente a Sir Malcolm Campbell. Por último, el viejo ya no podía más. Me hizo llamar y me invitó a sentarme en su sofá... ¡Sí, señor!

»El viejo se interesaba tanto en mis descripciones de los automóviles que estuvo a punto de olvidar que tenía que atravesar el estrecho de Kerch con su división.

Le hice aficionarse a los «Porsche». Se las arregló para conseguir dos. Hay que confesar que los generales conocen trucos que no están a nuestro alcance. En resumen, heme convertido en su chofer favorito. ¡Cómo nos la pasábamos cuando íbamos a Graz o a Innsbruck! El viejo se olvidaba de su División. La dejaba en manos del I a, aquel puerco de coronel. Tenía mi alojamiento especial. Disponía de tres hombres para ayudarme a cuidar de los vehículos. Cuando me sorprendían durmiendo en pleno día, no tenía más que decir: «Orden del general. Debo descansar antes de llevarle». Tenía uniformes hechos a medida. Fijaos, aún me queda uno. ¡Eran los buenos tiempos! Tenía pasta en abundancia. Vendía gasolina en el mercado negro. ¿Por qué tendría que comparecer aquella gachí por el Rialto?

»El coronel me hizo llevar a casa del general, en el «Lido». Mi jefe empezó por pegarme una bronca de mil demonios. Pero trató de sacarme del atolladero. Podían acusarme de lo que quisieran, a mi general le importaba un higo. Quería viajar aprisa en «Porsche» y sabía que podía contar conmigo. Pero, por desgracia, había un camisa negra que me había visto orinarme en Mussolini, bueno, en su retrato. Armó tal alboroto que el viejo indicó a la Policía Militar que se llevara al tipo a dar un paseíto. Cuando lo detuvieron unos días después, la cabeza le daba vueltas. Yo estaba presente, y fui y le dije:

»—Quizás esto te enseñe, cernícalo, a acusar a los hombres de confianza de la «Wehrmacht».

«Incluso le tiré una piedra antes de que doblara la esquina, mientras pensaba: «No volverás a ver a ese cretino». Pero no fue así. Aquel hijo de perra tenía un papá que conocía en Roma a un zángano que conocía al mariscal Kesserling. Entonces,

descubrí la poca cosa que somos. Mi general se olvidó hasta de mi nombre. Me dejó caer como si yo fuese una mierda. Después, siguieron las desgracias: me metieron en chirona, con las esposas puestas, entre dos caballos de la gendarmería italiana. ¡No se le hace esto a un chofer! Si me hubiesen hecho correr detrás de un auto, no hubiera dicho nada. ¡Pero, unos jamelgos! ¡Ah, eso, no! Y heme ahora entre vosotros, dispuesto a compartir la misma suerte.

El Verraco se acercaba.

—A formar —murmuró.

—¿Y por qué? —preguntó Porta lentamente.

—El comandante quiere desearos los buenos días y ver a los nuevos. Esta mañana las cosas van mal. Ha hecho salir cinco veces a los chupatinteros.

—Y yo, ¿sabes lo que voy a hacer? —dijo Porta, riendo entre dientes—. Un día te llevaré conmigo a primera línea, y, después, te enviaré con los gurkhas o los maoríes con uno o dos dedos seccionados en tus bolsillos. *Come trista la vita!*

El Verraco desapareció rápidamente.

Rudolf Kleber, nuestro músico ex SS, tocó con su trompeta unos compases del toque de retreta.

—¡Mil diablos! No criará huesos viejos —comentó riendo el legionario.

Acudimos a la formación, no sin antes haber cuidado de tizarnos un poco las manos con grasa. Éramos del equipo técnico y a Hoffmann podía ocurrírsele comprobar nuestras zarpas.

El comandante Michael Braun ya estaba allí, recostado en la pared, haciendo bailar su grueso cigarro de un rincón a otro de los labios. Circulaban los más extraños rumores acerca del comandante Mike. Algunos pretendían que no era alemán, sino americano. Julius Heide, bien informado, como de costumbre sabía que había sido cabo en la Infantería de Marina americana. Había nacido en Berlín. Inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial, había emigrado con sus abuelos y sus siete hermanos y hermanas. Su madre se caso en segundas nupcias con un hombre de negocios americano a quien sólo le interesaba el *business* y las mujeres. Para él, los Estados Unidos eran el universo entero. Quien no opinaba lo mismo no era más que un cochino negro.

Cuando Michael Braun regresó de la guarnición de Hawai atiborrado de nuevas ideas políticas, su padrastro le puso inmediatamente de patitas en la calle, con estas palabras de despedida:

—Eres una mancha en el honor de los Estados Unidos.

Michael subsistió cierto tiempo gracias a su prima de desmovilización. Después, vivió como gigoló con una actriz de Los Ángeles que tenía cierta notoriedad. Pero, una noche, en alegre compañía de un *drugstore* de Lincoln Road, Mike se fue de la lengua. De regreso a casa de la dama, encontró a ésta muy excitada a causa de nueve

whiskies, dos ginebras, tres jengibres y el rumor que le habían transmitido por teléfono. Hubo una escena violenta, todos los muebles quedaron hechos añicos y Mike se encontró de nuevo en el arroyo.

Probó el oficio de limpiabotas, en el extremo del malecón. Por desdicha, aún no había aprendido a ser prudente. Se acostaba con la mujer de un *guardsman*, una mexicana de cabellos azabache, a quien le gustaba juerguearse de cuando en cuando. El *guardsman*, que era irlandés, no sabía oponerse. Pagaba a dos japoneses de Yokohama para que se ocupasen de la pequeña. Uno de ellos tenía una lavandería en Little Street. El otro era ayudante de panadero en casa de un emigrado austriaco que fabricaba «pasteles vieneses», que ningún vienes hubiese reconocido jamás.

Michael se metió en una juerga, filmada mediante cámaras ocultas. La cosa terminó en un escándalo. Michael no estaba de suerte. Volvió a verse en chirona, acusado de haber tomado las fotografías. De todos modos, tuvo cierta chiripa. Hubiese podido sacar diez años. Sólo recibió uno, porque el juez acababa de almorzar opíparamente y estaba de buen humor. Había apreciado las fotografías que constituían las pruebas de la acusación. Fueron reproducidas en varios ejemplares para una distribución general al juez, al acusador, al defensor y a los altos funcionarios de la Policía Criminal.

Puesto en libertad condicional, Michael Braun se marchó a Nueva York, viajando de polizón en un tren de mercancías. Fue a presentarse a la oficina de reclutamiento del Ejército, en Washington Road. Llegó muy seguro de sí mismo. ¿No era un antiguo infante de Marina que ya había demostrado su aptitud? Pero un maldito sargento con una medalla en el pecho —era un veterano del Somme, y se enorgullecía de ello— le reclamó un certificado de buena conducta. Michael trató de arreglarlo con buenas palabras, y de saltarse a la torera el año de cárcel en Los Ángeles. Con rostros muy risueños, le invitaron a pasar a la trastienda. Allí, recibió el primer palizón de su vida. Le hicieron «comprender» que el Ejército no quería saber nada con los criminales.

Mike fue al Millwall Dock, se ocultó a bordo del *Bremen*, de la línea «Hapag». Fue descubierto a trescientas setenta y cinco millas al este de Halifax. ¡Qué sorpresa se llevó al descubrir la cantidad de platos que un hombre es capaz de lavar en un solo día! Cada vez que rompía uno, tenía derecho a recibir en la cabeza un porrazo con la tabla de cortar carne. Cuando llegó a Hamburgo, fue puesto en manos de la Policía de Seguridad. Los golpes de los tres sargentos de la oficina de reclutamiento de Nueva York eran caricias comparados con los que recibió en Stadthausbrücke, número 8.

Pasó nueve meses en Fuhlsbüttel, al cuidado de *Marabú*, el *Obersturmbannführer* SS, el más detestado de todos los de su ralea. Instintivamente, Michael comprendió que si quería salvar la piel tenía que doblar el espinazo y jurar fidelidad. Se consolaba pensando que «el luto le sienta bien a Electra» ^[15]. Su viejo instinto de soldado le

condujo hasta un chivato que había entre los reclusos. Soltó una palabra por aquí, otra por allí, acerca de la Infantería de Marina norteamericana; del campo de Shuffield; del trabajo de los prisioneros en las canteras; de las inhumanas marchas disciplinarias bajo un sol ardiente. Hizo alusiones a la nueva carabina semiautomática «M 1», y, asimismo, dejó entender que conocía el fusil «276 Garand de Pedersen».

Marabú empezó a interesarse. Durante dos horas, Mike permaneció cuadrado como sólo un infante de Marina es capaz de hacerlo. *Marabú* asentía con la cabeza, satisfecho. Lo pusieron a prueba. Mike desarmó con las manos desnudas a tres SS de los más duros. Esto ocurría en el patio que da al aeródromo, allí donde ejecutaron a André.

Marabú estaba sorprendido. Disimulado tras una cortina del segundo piso, observaba la escena. Después, Mike tuvo que correr durante un trecho de tres kilómetros, y eso, después de haber ayunado seis días. Luego, lo metieron en la cámara de frío, lo sacaron casi congelado. Entonces, lo ataron a un radiador, y cada cuarto de hora le lanzaban al rostro un cubo de agua helada. Mike empezaba a echar de menos los calabozos de la guarnición de Schuffield, donde reinaba *el Cortado*, el más miserable de todos los sargentos miserables.

Marabú escupió a Mike, pero en el cerebro de éste resonaba el toque de corneta de Schuffield. *Marabú* había cometido un error. Había aplicado a un viejo soldado el tratamiento reservado a los políticos. Mike se cuadró, a través de una espesa niebla, y miró a *Marabú* directamente a los ojos. Por cuatro veces, *Marabú* le golpeó el rostro con su fusta.

Setenta y tres horas más tarde, Mike fue transferido a un campo de trabajo, cerca de Eisenach. Por vías tortuosas, consiguió relacionarse en el interior del Partido, un *Gauletier* se hizo amigo suyo. Ambos tenían el sentido de los negocios; sobre todo, turbios. En un tiempo incomparablemente corto, Mike se convirtió en jefe de Compañía de una *Allgemeine SS*. Un compañero le cuchicheó al oído que la Policía examinaba el asunto. Sorprendía a las altas esferas que buena parte de los productos racionados hubieran desaparecido de Eisenach sin dejar huellas. Mike comprendió que era el momento de cambiar de escenario. Con frases grandilocuentes, dio a entender que su deber le inducía a ponerse a disposición del Ejército. Su superior, el *SS Gruppenführer* Nichols, absorbía sus parrafadas patrióticas como si se tratase de ambrosía.

Un día de abril, frío y lluvioso, Mike se presentó en el 121.º regimiento de fronteras, en Tibor Lager; pero el jefe de la segunda Compañía, el capitán Tilgner, no apreciaba mucho aquel extraño semialeman. Mike, fue expedido a un lejano agujero, Tapian, en Prusia Oriental, cerca de la frontera polaca. Durante seis meses sirvió en el 31.º Batallón de Ametralladoras. Allí, destacó por la precisión de sus disparos. Ganó el concurso de tiro de ametralladoras. Cuando el comandante le preguntó cuál había

sido su grado en la Infantería de Marina, el antiguo cabo contestó audazmente:

—¡Teniente, mi comandante!

Se escribió a Berlín acerca de Michael Braun. Ocho días más tarde, éste era nombrado *Oberfeldwebel*, con las insignias de oficial alumno de reserva en sus hombreras. Tres meses más, ya era aspirante de segunda clase; y un año después, de primera. Casualmente, recibió aviso de que se tenía la intención de enviarle a la Academia Militar de Potsdam. Allí, su superchería sería descubierta en pocas horas. Por diversos conductos, puso sobre aviso a sus relaciones en el Partido.

Mike viajó de nuevo. Pasó algún tiempo en el 2.º Batallón de Pioneros, en Stettin. Aprendió a hacer construir pontones, y cada vez que oía hablar de la Academia Militar, se las arreglaba para escabullirse. En 1939, cuando la declaración de guerra, había pocas guarniciones alemanas que no conociese. Terminó la campaña de Polonia en Lemberg, como teniente comandante de una Compañía. Era muy apreciado y, frecuentemente, invitado al otro lado de la línea de demarcación, donde bebía numerosos vasos de vodka con los oficiales rusos.

Mike se enfadó con su jefe, que se había metido en la cabeza enviarle de buen o mal grado a la Academia Militar. Mike acabó por ser transferido al 79.º, y su cartilla se enriqueció con la siguiente nota: *Indisciplinado, espíritu pendenciero e indócil. Se desaconseja darle un mando independiente.*

Un comentario de esa clase no facilita los inicios en un nuevo regimiento. Durante seis meses, Mike recorrió el país como jefe de una Compañía de camiones de avituallamientos. Un buen día, reapareció por Eisenach, con sus camiones, naturalmente, y la mitad del cargamento desapareció en los almacenes de su compinche, el *Gauleiter*.

Así terminó el servicio del teniente Michael Braun en el Arma de Transportes. En un tiempo imbatible, llegó a capitán y, cinco semanas más tarde, a comandante, todo gracias a su amigo el *Gauleiter*. Lo más sorprendente era que el comandante Michael Braun nunca había olfateado una escuela de oficiales a menos de cien kilómetros de distancia. En todos los combates a él le tocaban las misiones más feas, los problemas insolubles. De una u otra manera, se las arreglaba, pero el honor del triunfo era reivindicado por otros. Como su último coronel añadiera otra nota desagradable a su cartilla, Mike fue enviado a un regimiento disciplinario. El motivo era grave. Ebrio, había enviado una jarra de cerveza contra un retrato de Hitler, vociferando: ¡A tu salud!

Su amigo el *Gauleiter* nada podía ya hacer por él. Desde hacia dos meses partía piedra en la construcción de una nueva autopista. El solo hecho de conocerle se había convertido en peligroso. Mike se apresuró a olvidar al compinche.

He aquí el personaje, el comandante Michael Braun, que quería saludar a los nuevos de la Compañía. Era capaz de blasfemar durante una hora y media sin

repetirse nunca.

—Pandilla de cretinos —vociferó—, soy vuestro jefe. ¡Aquí no quiero a ningún granuja! Si alguno de vosotros siente deseos de dispararme una bala en la nuca, que empiece por hacer testamento. Tengo ojos en el cogote y un radar en el trasero.

Señaló a *Hermanito* con un dedo:

—Creutzfeld, ¿cuál es el jefe de Compañía más duro de pelar que has conocido?

—¡Eres tú, Mike!

El comandante mostró una ancha sonrisa. Señaló al legionario.

—A mi derecha, el suboficial Kalb. Escuchad sus consejos y tendréis una posibilidad de salvar vuestra piel. ¡Ha estado con los moros y sabe todos los trucos! El gran bandido del pañuelo amarillo a la izquierda, en primera fila, y que se permite llevar estrellas de *Oberfeldwebel*, es Marlow. Procede de los comandos de paracaidistas del mariscal Goering. Maneja demasiado bien el cuchillo. Por eso fue expulsado. Os enseñará la técnica del cuerpo a cuerpo. El suboficial Julius Heide os dará a conocer lo que son el orden y la disciplina. El *Oberfeldwebel* Willie Beier, llamado *El Viejo*, os iniciará, por su parte en el arte de mandar a los hombres y también en el humanitarismo. Este último punto no servirá para gran cosa. El cabo primera Joseph Porta os enseñará a robar. Si necesitáis de buenas palabras para la serenidad de vuestra alma, dirigios a vuestro capellán, el padre Emmanuel. Pero no os engañois. Es capaz de derribar un toro de un izquierdazo.

El comandante enarboló su pesado «P-38».

—Como habréis observado, llevo una pistola ametralladora, no una «Walther», esos juguetes preferidos por la mayoría de los oficiales. Si entre vosotros hay algún hijo de perra que muestre la menor cobardía cuando los americanos lleguen me lo cargo personalmente. No creáis que estáis para conseguir una Cruz de Hierro. En la SS, hay que estar propuesto dos veces para la Cruz antes de que sea concedida. Entre nosotros, las veces son seis. Sois la escoria de la Humanidad, pero os convertiréis en los mejores soldados del mundo.

Inspiró profundamente y se guardó su pistola con lentitud.

—Aprended las lecciones de los hombres de que acabo de hablaros. —Volviéndose hacia el *Oberfeldwebel* Hoffmann, Mike ordenó—: Dos horas de ejercicio especial en el río. El que mate a un compañero tendrá tres semanas de permiso. Un cartucho de cada diez y una granada de mano de cada veinte están cargados. Quiero, por lo menos, un brazo roto. De lo contrario, cuatro horas suplementarias de ejercicio.

Entonces, empezó uno de esos ejercicios favoritos de Mike y que hacían que le odiásemos. Pero eran ellos los que nos endurecían, los que nos volvían inhumanos. Un buen soldado debe de conocer el odio. Ha de poder matar a un hombre como si aplastara una pulga. Habíamos tenido muchos jefes de Compañía y comandantes,

pero el germano-americano, el comandante Michael Braun, que nunca había puesto los pies en una escuela de oficiales, nos entrenaba en esto como nadie lo había hecho. Nos manifestaba su desprecio y nos escupía en el rostro a las once; a las doce, nos hacía matar; pero, a la una, bebía whisky y jugaba a los dados con nosotros.

De tipos salidos del arroyo obtenía supersoldados. Nos obligaba a marcar el paso de la oca en pantanos donde nos hundíamos hasta las rodillas. Y la banda a la cabeza: diez trompetas, diez flautas, diez tambores. Había conseguido que nuestros músicos pudieran llevar una franja de piel alrededor del casco.

Numerosos cartuchos habían sido aserrados y destinados a su nuca. Lo que no impide que Porta y el legionario le hubiesen traído dos veces, herido, desde la tierra de nadie. Mike ni siquiera les había dado las gracias Si la misión era especialmente difícil: infiltrarse por sorpresa tras las líneas enemigas; volar un objetivo especial, cubrir por grupos la retirada, descebar minas, nadar bajo el agua con los zapadores, apoderarse de un general enemigo, Mike intervenía personalmente, casi siempre como un soldado más Un día, trajo a tres heridos sobre sus hombros y al día siguiente, por la mañana, salió a buscar el cuarto, quien, cegado, se había quedado en las alambradas.

Tampoco era fácil que olvidásemos la historia de Lukas. Le estuvimos buscando durante todo el día. Le oíamos llamar a su madre allí, en la tierra de nadie. Estaba tumbado con la cabeza entre la hierba y resultaba muy difícil de localizar. Nos enloquecía con sus gritos. Todos le buscábamos, tanto nosotros como los de enfrente. Lanzábamos granadas con la esperanza de liquidarle, para que nos dejara tranquilos. Mike se liberó de su equipo y franqueó las alambradas. Buscó a Lukas durante cuatro horas. Le cubríamos con ocho ametralladoras. Mike recuperó al individuo se lo echó a los hombros y regresó, erguido. Tanto nosotros como los de enfrente le aclamamos. Olvidamos que éramos enemigos. Gritábamos hurras y lanzábamos nuestros cascos al aire. Mike saltó la trinchera y puso a Lukas en manos del capellán Emmanuel, para que lo condujese al puesto de socorro principal. Después, nos llamó de todo porque no habíamos disparados contra los americanos cuando éstos se habían mostrado al descubierto.

Hubo también el día en que nuestra artillería disparaba demasiado corto. Mike fue a rastras hasta el encargado de la puntería, que estaba herido, lo arrestó por negligencia y ocupó su sitio. Durante dos horas, dirigió el fuego de los cañones, lo que nos permitió ocupar las posiciones enemigas casi sin pérdidas.

Otro día retrasó diez minutos un ataque ordenado por el Estado Mayor. El éxito del ataque superó todas las esperanzas, gracias al comandante Mike.

Era muy capaz de dejarnos metidos en el agua hasta el cuello, en una noche fría, con el pretexto de entrenarnos en el manejo de las armas. Pero siempre se las arreglaba para que hubiese paja seca cuando regresábamos de primera línea. Y

desdichado del cocinero que no llevase su cocina portátil hasta los combatientes más avanzados, aunque hubiese un fuego de barrera tres kilómetros más atrás de primera línea.

Mike era un granuja, pero honrado. Hacía lo que consideraba necesario, sin circunloquios. Y, sobre todo, se entregaba por completo. Mike es el único comandante que he conocido que no tenía asistente. En menos de un santiamén, era capaz de dejar blandas como la manteca unas botas duras como el hierro. Sabía conquistar una trinchera con unas pocas granadas; conocía los disparos breves que proporcionan la máxima eficacia a un lanzallamas. Cuando íbamos al ataque con Mike era, como todos nosotros, una rata de alcantarilla, que, a falta de algo mejor, había ido a parar con los militares, en un regimiento cuya bandera no estaba condecorada.

Su mejor placer era hacer preguntas.

—¿Cuáles son, los mejores soldados del mundo?

Conocíamos la respuesta que deseaba: los infantes de Marina americanos, pero nos divertía hacerle enfadar. El legionario respondía con naturalidad:

—La Legión Extranjera.

El comentario de Mike era siempre el mismo:

—¡La hez de las cloacas europeas!

Y el legionario palidecía cada vez. Si Mike interrogaba a *Barcelona*, la respuesta no se hacía esperar:

—4. *Ingeniero del Ejército Español* ^[16], los más valientes de todos.

El comandante se reía, calibrando a *Barcelona* con la mirada.

—¡He oído decir que todavía sueñas con los naranjales! ¿Cómo fuiste a parar a la guerra civil?

—Navegaba en una de esas grandes embarcaciones donde las mujeres de los ricos se tuestan al sol mientras tratan de olvidar a los maridos impotentes.

—¿Y te aprovechaste de esas gachís?

—Alguna vez ocurrió, mi comandante. Estaba en Barcelona el día en que el general desembarco en el Sur. Al principio, la gente se reía. Lo consideraba una broma. Pero era en serio.

—Pero ¿cómo fuiste a parar al Ejército Español, *Feldwebel*?

—Así, pues, estaba en Barcelona, y antes de poder decir ni mus, me encontré en un camión con todo un grupo. Nos enviaron a Madrid después de habernos hecho aprender de memoria una serie de frases sobre Marx y Engels. Pero no nos sirvió de gran cosa, una vez tumbados en nuestras trincheras, frente a Madrid. Un día, me largué con un compañero. Fue durante la lucha en la Ciudad Universitaria.

—¿Estuviste en el Ebro, *Feldwebel*? ¡Ah, si hubieseis tenido allí uno sólo de nuestros batallones de infantería de Marina! ¡Hubiese acelerado las cosas!

Barcelona no sentía deseos de protestar. ¿Cómo podía explicar a un militar fanático los horrores de una guerra civil? Para Mike, Guadalajara sólo era un nombre. No comprendía hasta que punto fue atroz la mañana en que las aguas del Ebro enrojecieron. El regimiento de *Barcelona* iba en cabeza. La víspera, los camisas negras, unos muchachos de veinte años, habían intentado una ofensiva. Querían que la victoria de Franco se debiera a Mussolini. Esto hacía reír a los generales españoles, pero dejaban hacer. Los jóvenes italianos ignoraban que, al otro lado del río, estaban algunos de los mejores soldados del mundo, políticos fanáticos, hombres que habían sacrificado mujer e hijos por el polvo rojo de España.

Un viernes, los camisas negras trataron de atravesar, pero sin éxito. Los chiquillos huyeron a la carrera. Incluso se quitaban las botas para poder correr más aprisa... Una derrota completa. Los españoles de ambos bandos se reían. El sábado por la tarde, al ponerse el sol, los legionarios de Ceuta, con un general español en cabeza, atravesaron el Ebro y se aferraron a la orilla Norte. Se degollaban como lobos hambrientos. Los soldados victoriosos del Ebro no recibieron ninguna medalla. Por caminos polvorientos, avanzaban hacia el Norte, en etapas interminables, regando las cunetas reseca con su sudor, y disponiendo como ración cotidiana de una naranja averiada.

—¿Qué costó la guerra civil española? —preguntó un día el comandante.

—Un millón de muertos, mi comandante.

Mike no hizo más preguntas. Un millón de muertos es mucho, incluso aunque la nación sea grande.

—¡Ninguno de vuestros regimientos llega ni a las rodillas de los *marines* americanos! —vociferó. Se golpeó orgullosamente el musculoso pecho—. Yo, vuestro jefe, me vanaglorio de haber pertenecido a los fusileros marinos.

Un día, después, de una declaración del comandante, *el Viejo*, comentó, enfurecido:

—Mike es un tipo peligroso. Sólo tiene un dios: el Ejército. Le admiramos cuando atraviesa un fuego nutrido para ir a recuperar un herido. No lo hace por el herido, sino porque la cosa es emocionante. Es un megalómano, la enfermedad profesional de los militares. Si nos librásemos de él y de sus semejantes, el mundo habría dado un gran paso hacia la paz perpetua. Un solo Mike es más peligroso que todo un ejército de reclutas.

—Es un buen sujeto —dijo *Hermanito*

—Sí, es un buen sujeto —repitió Ole Karlsson.

—Ya lo veis —exclamó *el Viejo*—. Esto demuestra que tengo razón. Es un asesino protegido por el Estado, y le gusta volver del frente lleno de sangre. Sin duda, le agradaría colgar en su habitación las cabelleras de sus enemigos. Sinceramente, espero que lo maten antes de que termine la guerra.

—Habrá otros diez de su especie para sustituirlo —replicó Porta, riendo—. Encuentro que es un tipo estupendo. Y nunca te he visto rehusar cuando te ofrece su tabaco.  Bueno!  Os ven  a las letrinas a jugar a los naipes?

Se encamin  hacia la colina donde estaban, en círculo, nuestros grandes tarros de mermelada.

Nos instalamos cómodamente. Porta tenía una sorpresa para nosotros, una barrica llena de habichuelas rojas. Sacamos los cuchillos de nuestras botas. La barrica de habichuelas fue colocada de modo que todos llegásemos a ella. Las habichuelas estaban frías, pero eso carecía de importancia.

Barcelona sacó un cigarrillo y lo partió en tres pedazos: aspirábamos una bocanada los unos después de los otros.

Porta repartió las cartas.

—Decid, muchachos —sonrió *El Viejo*—.  No os parece que se est  bien aquí, en la cocina, sentados en las letrinas, jugando a los naipes ante una barrica de habichuelas y sabiendo que estamos prácticamente a salvo de los obuses?

Pensábamos como él. Si pudiéramos permanecer como estábamos en aquellos momentos, no nos importaría que la guerra durase cien años. La mayoría no habíamos cumplido los veinticinco. Hacía ya mucho que habíamos olvidado la vida civil. Nuestro mayor lujo era unas letrinas confortables, en una colina, bajo el cielo del buen Dios. Había centenares de maneras de matar. Nos las habían enseñado en el patio del cuartel. Cuando mat bamos lo hacíamos, sobre todo, por miedo. Si veíamos un ruso, un americano o un inglés muerto en una cuneta, no nos causaba el menor efecto. Por otra parte, lo mismo ocurría si se trataba de un alemán o de un italiano.

Un día llegamos a un pequeño poblado, no lejos de Cassino. Los gendarmes de la Policía Militar —a quienes detest bamos— habían venido a buscar tres prisioneros de guerra fugitivos que se habían escondido en una casa. Había un inglés y dos australianos. Mataron al inglés a culatazos. Luego, como hacía demasiado calor, se limitaron a fusilar a los australianos. Para castigar a los campesinos por haber ocultado a los prisioneros, los gendarmes arrojaron a tres viejas y a varios chiquillos a un pozo inutilizado. Después, obligaron a los campesinos a cegar el pozo con tierra.

 Nos afectó esto en algo? Sin duda. Pero  hicimos algo para evitarlo?  No! Ametrallamos con la mirada y con palabras incendiarias —cuchicheadas— a aquella Policía Militar aborrecida por todos.  Cobard a? Quizás. *El Viejo* lo llamó prudencia. Ni siquiera los partisanos, en las montañas, nos ayudarían si huy semos. Habíamos visto a desertores ir al encuentro de los partisanos. Las hormigas sólo dejaron sus cráneos desnudos y algunos jirones de uniforme.

Un día, los partisanos ataron a dos cazadores de blindados a una rueda. Los rociaron de gasolina, les prendieron fuego y empujaron la rueda por una pendiente hasta las posiciones alemanas. Un comando SS se veng  atrozmente en un pequeño

poblado montañoso. Después, los partisanos replicaron a la primera ocasión. La cosa empeoraba a cada vez. Como decía *El Viejo*, el mundo estaba lleno de maldad.

En Via di Porta Labicana, dos secciones de tanques formaban cobertura.

—Sbrigatevi, ¡por Baco! —gritaron unas voces roncas en la oscuridad.

Gentes aturdidas saltaban de los carros.

Individuos de los Servicios de Seguridad y de sus homólogos fascistas pululaban por doquier. Unos perros furiosos ladraban. Había chiquillos que lloraban. Una niña perdió su muñeca. Una anciana dio un traspiés. Botas claveteadas repartieron puntapiés. Las gruesas puertas fueron aherrojadas con cadenas. La locomotora escupió vapor.

—¡Puercos! —rezongó alguien—. Tanta gente en cada vagón. Ni siquiera pueden sentarse.

—¿Y si lanzáramos varias granadas a esos cerdos de la Seguridad? —propuso Hermanito, siempre entusiasta.

—No serviría de nada —murmuró El Viejo, furioso.

—Fue mucho peor cuando cogieron a los judíos de Varsovia —contó Porta—. Aquí, no utilizan látigos. Lo hacen a patadas.

—¿Por qué no tratan de escapar? —preguntó Barcelona, sorprendido.

Llegaron nuevos vagones y se llenaron de gentes silenciosas.

—Me pregunto si pensarán matarlos a todos —dijo el músico, antiguo miembro de la SS.

—¡Ya lo creo! —exclamó Heide, riendo—. Destino, Polonia. Término, la cámara de gas.

—Los hombres no pueden hacer esto a otros hombres —murmuró ingenuamente El Viejo.

—¿Acaso ignoras que la flor de la creación es el hombre, ese cerdo? —exclamó Porta con ironía.

Aquella noche, se deportaba a los judíos de Roma. Dos secciones de tanques del Ejército alemán aseguraban el embarque en la estación principal.

En pleno día, se había hecho una razzia de judíos, hasta bajo las ventanas del Vaticano. En Vicolo del Campanile hubo un breve y violento combate cuando se detuvo a dos mujeres y a un anciano. Una de las mujeres fue arrastrada por los pies hasta el vagón de mercancías aparcado en Via della Conciliazione.

La acción estaba supervisada por el jefe de la Gestapo en Roma, el SS Obersturmbannführer Kappler en persona. Se trataba de provocar una protesta oficial por parte del Papa. Eso hubiese dado luz verde a ese viejo sueño de Hitler, de Himmler y de Heydrich desde su ascenso al poder: la liquidación del Pontificado.

Si el Vaticano hubiese protestado aquel día, hubiera firmado su condena a muerte. En Berlín, en la oficina central de Seguridad, las manos se alargaban ya

hacia los teléfonos, y los labios articulaban la palabra clave «Rabat», que debía poner en marcha la operación.

EL GARITO DE PORTA

Disfrutábamos de varios días de tranquilidad, sólo interrumpida, de noche, por la reorganización de nuestras posiciones y la instalación de campos de minas. Evidentemente, se sufrían bajas por aquí y por allí. Pero, de todos modos, era una buena época. Nuestro trabajo no era terrible. Sólo una noche tuvimos verdaderos problemas. Sorprendidos por un nutrido fuego artillero, nos desconcertamos y franqueamos nuestras líneas. El error nos costó cuarenta y tres muertos y doble número de heridos. Pero nosotros, los veteranos, regresamos indemnes. Incluso pudimos reírnos de Heide, al que una esquirla de obús rapó a medias. Todo un lado de su cabellera negra lisa, que constituía su orgullo, fue arrancado. Necesitamos dos paquetes de compresas para recubrir la piel ensangrentada. Heide estaba tan furioso que había que oírle maldecir hasta el infierno. Estuvo a punto de disparar contra *Hermanito* cuando éste se presentó con un enorme espejo, birlado del salón de un castillo vecino. Pero hubo que tener cuidado para no romper el espejo, pues ello nos hubiese valido siete años de desgracia, como todos saben. Maldecíamos aquel condenado espejo; se convertía en un verdadero problema. Se lo ofrecíamos a todo el mundo, nadie lo quería. Por fin, lo trasladamos al prostíbulo, a casa de *Ida la Paliducha*, donde conseguimos fijarlos en el techo, en una de las habitaciones. Entonces, tuvimos la sensación de haber escapado a un destino adverso. *Ida la Paliducha* pensaba también que era un lugar seguro, pues los techos eran altos en su tugurio.

Porta localizó una casa, aislada, en un bosque de pinos, protegida de las miradas curiosas. Abrió un garito en ella. *Stalin*, el gato, reinó en él, instalado en una pajarera colgada sobre la cabeza de Porta.

El gato tenía por lecho un almohadón rojo que, originariamente, había servido para las nalgas de una de las chicas de casa de *Ida*. *Hermanito* se lo llevó una noche en que nos zurrarnos con unos italianos del 7.º Alpino. No podíamos ni olerlos, pero ignorábamos el motivo.

Porta había «encontrado» una elegante mesa de juego. *Hermanito* se instalaba sobre un cubo colocado en una mesa. Desde allí, vigilaba a los jugadores, para el caso

de que se armara jaleo, y siempre se armaba. Los dados estaban cargados, claro está, pero con maña. Se los podía mirar de cerca, si se deseaba, pero era poco frecuente que alguien experimentara tal veleidad al ver a *Hermanito* instalado, con un fusil ametrallador en las rodillas y una cachiporra de policía americano colgando descuidadamente de su muñeca.

El jefe de garaje, el *Oberfeldwebel* Wolf, tenía aquella noche una racha de suerte. El montón de dinero no cesaba de aumentar ante él. Canturreaba *Drei Lilien*, tan grande era su alegría y su orgullo.

—El señor tiene suerte —dijo Porta, sonriendo amablemente.

—Haré saltar la banca —exclamó Wolf, riendo, sin reparar en el cuchicheo de Porta a *Hermanito*.

—¿Quieres que me ocupe de ese cretino, cuando se marche?

Porta le dijo que «no» con la cabeza. *Hermanito* no lo entendía. Sin embargo; era muy sencillo pegar un cachiporrazo en el cráneo de Wolf y aligerarlo de sus ganancias cuando hubiese salido de la cabaña: Pero, aquella noche, Porta tenía un plan especial.

Wolf se levantó y recogió toda su pasta. Llevaba los bolsillos atiborrados. Sacó una pistola de una de sus botas y la hizo piruetear sobre un dedo.

—Supongo que no ignoraréis que este juguete es un «Colt» 11. Por si os puede interesar, os advierto que sé utilizarlo... He tomado lecciones con un tipo del garaje... Un viejo gángster que se dedicaba a atracar en San Francisco. Salió de la cárcel a causa de la guerra. Si alguno de vosotros abre la puerta antes de que hayan transcurrido cinco minutos desde que yo salga, se encontrará con un agujero, además del que tiene entre las nalgas. Y me dirijo especialmente a ti, Creutzfeldt.

Sonreía ampliamente, con el revólver en la mano, y salió caminando hacia atrás. Soltó sus dos enormes perros lobos, que estaban atados a un árbol. Dos bestias feroces que siempre le seguían. Habían estado a punto de destrozar a *Hermanito*, un día en que éste quiso birlar un jeep que Wolf había decidido guardarse para sí.

Wolf acudió triunfalmente, advertido por los aullidos de *Hermanito*. Como castigo, éste tuvo que trabajar tres semanas en el garaje, y se había jurado conseguir la piel de Wolf. Pero no resultaba fácil, pues el otro siempre estaba en guardia. Se le había oído vaciar el cargador de su ametralladora a través de la puerta, antes de entrar en su dormitorio. Se había intentado envenenar a sus chuchos, pero sólo comían lo que recibían de su amo. Además de los perros, Wolf tenía dos soldados del ejército de Vlasov como guardias de corps. Eran dos chinos a los que llamábamos *Wong* y *Thung*, pues nadie era capaz de pronunciar bien sus nombres. Un suboficial de la 3.^a Compañía fue sorprendido por los dos chinos cuando trataba de cargarse a Wolf. Lo encontramos atado a un árbol con alambre de espino. En el hospital, los matasanos necesitaron seis semanas para dejarlo en buenas condiciones. El suboficial aseguraba

que los culpables eran unos partisanos, pero todo el mundo sabía a qué atenerse.

El personal del garaje está formado por una pandilla de bandidos. Ignorábamos quién había autorizado a Wolf a utilizar prisioneros de guerra. Pero comprobábamos que su personal aumentaba cada vez que traíamos prisioneros. Y escogía antes de la llegada del oficial de Seguridad. Los elegidos eran siempre individuos que habían tenido dificultades con la ley en sus países de origen. Cuanto más graves eran esas dificultades, más satisfecho se mostraba Wolf.

«Un hombre no es digno de este nombre si no ha estado en chirona —decía—, lo mismo que una puta que no ha sido fichada por la brigada de buenas costumbres no es una buena puta».

El propio Wolf había pasado dos años en Torgau y un año en Glatz, antes de la guerra. Y por lo que nosotros sabíamos, era el único que había hecho la pared en Torgau. Él nunca hablaba de eso. Nos lo había contado *el Verraco*.

Así que Wolf averiguo que *el Verraco* estaba en la Compañía, demostró tal entusiasmo que resultaba sospechoso. Pidió «prestado» *el Verraco* a la oficina, lo envió al techo de un gallinero junto con dos bloques de motor oxidados, y no lo soltó hasta que los chismes estuvieron brillantes como si fuesen de plata. El trabajo duró cuarenta y ocho horas.

Cuando *el Verraco* hubo terminado, Wolf le dijo con tono bastante misterioso:

—Hasta una próxima vez, Stahlschmidt. Esto no es más que un principio. Tenemos muchas cuentas que saldar.

El Verraco entrechocó ruidosamente los tacones y gritó:

—¡A sus órdenes, mi *Oberfeldwebel*!

Habíamos interrogado a *el Verraco*, pero sin poderle sacar nada. Ni siquiera cuando *Hermanito* le pinchó las nalgas con la punta de su bayoneta.

Se oía la risa de Wolf mezclada con los ladridos de sus chuchos, mientras se alejaban por el caminito, entre los pinos.

Hermanito saltó de su atalaya y se precipitó hacia la puerta. La abrió y se dio de bruces con la jeta amarilla de *Wong*.

—Tú no salir. *Pan* ^[17] jefe garaje prohibirlo. *Njet, njet*!

Hermanito retrocedió ante el fusil ametrallador ruso cuya boca apuntaba a su estómago. Algo más lejos, entre los pinos, se distinguía a *Thung*.

Hermanito cerró cuidadosamente la puerta y se volvió a su cubo.

—¡Qué tipo más condenado es ese Wolf! —exclamó, indignado—. ¡Azuzar a unos asesinos contra la gente honrada! ¡Qué comparezca por el frente aunque sólo sean unos minutos!

—¡Nunca lo hará! —profetizó *Porta*—. ¡Señores, hagan juego!

Y agitó su campanilla de plata.

Hermanito golpeó con su cachiporra una herradura que colgaba del techo. *Porta*

lanzó los dados. Estaban cargados, como ya he explicado. Apretando en cierto lugar, se desplazaba un peso, con el maravilloso resultado de que los dados caían siempre según los deseos del *croupier*.

—¿Puedo jugar con vosotros? —preguntó *el Verraco* tímidamente, desde su rincón.

Hermanito bajó del cubo y lo dejó sin sentido de un cachiporrazo.

—Vacíale los bolsillos —ordenó Porta—. Ya ha jugado y lo ha perdido todo. Esto le ha producido un colapso.

—Este granuja tiene dos muelas de oro —comentó *Hermanito*, mientras examinaba al inconsciente ex *Oberfeldwebel*.

—No por mucho tiempo —decidió Porta—. ¡Por aquí!

Hermanito arrancó las muelas de oro.

—¿Para qué necesitará muelas de reserva un cretino como él? —dijo Porta, riendo.

El hizo desaparecer las dos muelas de oro en un saquito de tela, donde había ya muchas más.

—Por cierto, ¿cuántas tienes ahora? —preguntó Heide, curioso, mirando de reojo la bolsita.

—¿Qué diantre te importa? No son para ti.

Escupió hacia *el Verraco*, que empezaba a moverse.

—Fíjate en ese animal. Hace tres meses era un pez gordo. *Hauptund Stabsfeldwebel* —se burló—. Me pegaba patadas en el trasero y me abrumaba de injurias. Se colocaba a la puerta de la cárcel sacando el pecho y tomándose por un general prusiano.

Levantó una de las manos de *el Verraco*.

—El muy cerdo se hacía manicurar las manos. ¡Creía que eso le convertiría en un caballero!

—Enviémosle a los americanos con un dedo cortado en el bolsillo —propuso Marlow.

El Verraco se incorporó con dificultad. Se enjugó la frente obtusa y, blasfemando, se palpó la nuca, allí donde tenía un chichón.

—¡Me has golpeado! —gritó a *Hermanito*.

—Sí, ¿y qué? —replicó éste, riendo provocativamente—. ¿Qué te creías? Después de haber perdido, has tratado de robarnos.

—¿Perdido...? —murmuró *el Verraco*, atragantándose y registrándose los bolsillos con una expresión aturdida en el rostro.

—¡Me habéis robado! ¡Ni siquiera he jugado! —aulló.

—Cuidado con lo que dices —advirtió Porta—. Ahora no tienes galones.

—No entiendo nada. Estoy seguro de que no he jugado. Me han vaciado los

bolsillos. ¡Mi reloj! —aulló *el Verraco*, fuera de sí.

Sus gritos se convertían en sollozos que partían el corazón:

—¡Y mi anillo de plata con el águila del Reich, el que el *Gauleiter* Lemcke me había dado!

Abrió la boca. En sus ojos había la expresión que se observa en los tipos que, después de una buena redada, se despiertan en una celda acolchada. Paseaba su lengua pastosa por su boca.

—No es posible —murmuró, rehusando creer lo que sentía. Lentamente, comprendió. Su orgullo, las dos muelas de oro que tanto se enorgullecía, habían desaparecido—. ¡Mierda! ¿Dónde están mis muelas de oro? —ladró, lanzando miradas de desesperación a todo su alrededor.

Unas risotadas triunfales fueron la única respuesta a su pregunta.

—¡No se puede arrancar los dientes a la gente, de esta manera!

—¿No te encuentras bien? —preguntó Porta con un tono frío—. ¿De qué dientes estas hablando?

—Ya sabes de qué te hablo —lloriqueó *el Verraco*—. Hace diez minutos tenía dos muelas de oro. —Desesperado, se volvió hacia Marlow y *Barcelona*—. Vosotros dos sois *Feldwebels*. Debéis protegerme contra esos bandidos. ¡Os aseguro que es la cosa más increíble que nunca me haya ocurrido! ¡Presentaré una denuncia!

—¡Caramba! ^[18] —rió *Barcelona*, encantado—. Si piensas afirmar que te han robado tus muelas, nadie te creerá.

Marlow se retorció de risa.

El Verraco movió la cabeza. Sentía deseos de chillar, de armar jaleo, el medio más seguro para un suboficial que quiere salir de apuros. Pero algo le incitaba a la prudencia. No le gustaba la expresión de los tipos que había en aquel garito lleno de humo. ¡Ah! ¡Los hermosos días en la cárcel de la guarnición de Altona! Incluso se contentaría con estar de nuevo en Neumünster, en el 46.º de Infantería. Su voz de mando era célebre, envidiada y admirada. En cuanto aparecía, los reclutas se ensuciaban en los calzones. ¡Allí no había nadie que se atreviera a engañarle! ¡Arrancar las muelas de oro de un *Oberfeldwebel* prusiano y miembro del Partido! ¡No, no y no! Era demasiado. ¿Qué diría de esto el Führer? El pensarlo reanimaba el estado moral de *el Verraco*. Ya se veía transportando a toda la 5.ª Compañía a Neuengamme.

—*Hermanito*, haz salir a este caballero —ordenó secamente Porta.

Hermanito dejó la cachiporra y la metralleta, abandonó su trono, abrió la puerta, situó a *el Verraco* en el umbral, retrocedió y le pegó una patada de la que no hubiese renegado un jugador del equipo nacional.

El Verraco voló hacia los pinos.

Se reanudó el juego.

Un cuarto de hora más tarde, el *Oberfeldwebel* Hoffmann compareció. Una expresión enérgica se dibujaba en su rostro.

Como a nadie se le ocurrió gritar: «¡Firmes!», el mismo lo hizo. Claro está, nadie se movió. Hoffmann estaba estupefacto, y no llevaba bastante tiempo en la Compañía para saber que había que desconfiar siempre de Porta.

—¿No habéis oído que he ordenado que os cuadréis? —Luego, señalando a Porta con un dedo—: ¡Quítese ese cilindro amarillo!

—¡Imposible, mi *Feldwebel*! Sólo tengo dos manos. En una tengo los dados y en la otra el bastón. Si lo suelto, se ha fastidiado el juego.

Hoffmann mugió:

—¡Rebeldía! ¡Insubordinación! —Nos insultó a placer, antes de añadir—: Os prohíbo cualquier juego de azar.

Porta sacó una enorme libreta de un bolsillo interior y, después de humedecerse el meñique, la hojeo pensativamente. Con ademán cómico, reafirmó su monóculo rosa.

—A ver, a ver... Falsificación de documentos... Incesto... —Siguió pasando páginas—. Robo de bienes de la Wehrmacht... Violación...

Hoffmann abrió y cerró la boca varias veces. No entendía nada.

Porta prosiguió, pensativo:

—Defraudación, falso testimonio... Intendente Meissner, menudo granuja; terminará en Torgao.

Porta hojeaba rápidamente su libretita negra. Fijó una mirada preocupada en Hoffmann.

—Mi *Oberfeldwebel*, mi servicio de información me ha comunicado que cierto coronel Engel, que mata el tiempo en un Estado Mayor de División, ganó diez mil marcos hace ocho días. En el Cuartel General, aquellos caballeros jugaban a adivinar el número de billetes de cien marcos que había en un fajo. Entre dos apuestas, decidían sobre los nuevos ataques que todos estamos esperando. Es confidencial, mi *Oberfeldwebel*. El coronel Engel es un superdotado. Gana todas las apuestas.

Porta se tiró del lóbulo de una oreja y ofreció un pedazo de tabaco de mascar a Hoffmann.

Este rehusó, furibundo. Su rostro iba adquiriendo un color violáceo.

—Es increíble lo que se llega a averiguar —prosiguió Porta, jovialmente—. Esta mañana he oído hablar de cierto *Oberfeldwebel* de nuestro regimiento honesto y disciplinario. Figúrese que ese caballero ha enviado seda de paracaídas a su esposa. El Tribunal de Guerra llama a esto robo de material del Ejército. Consecuencias desagradables... Degradación, Torgao, fortaleza de Gernersheim o de Glatz... Muy molesto. Arriesgar esto por un pedazo de seda de paracaídas ¡Caramba! He llegado a la conclusión de que la única gente honesta de la Wehrmacht son los cabos primera.

Porta acarició los dos galones que llevaba en la manga. Cerró la libreta, dejó caer

su monóculo y Se metió un grueso cigarro en la boca.

—Brasileño —explicó sonriente—. Me lo dieron con motivo de mi última visita a las posiciones de los ingleses. Esos tipos están bien relacionados. Líneas directas con Río. Esto me recuerda a cierto señor Balum. Su nombre de pila era Otto. Vivía...

A Hoffmann le castañeteaban los dientes como si tuviese fiebre. El color de su rostro pasó del violeta al amarillo. Tartamudeaba:

—Ca... ca... cabo primera Porta. Ocurre algo. ¡Sí! Esto no puede durar...

Giró sobre sí mismo y huyó. Vacilaba al andar El último comentario que oyó fue el de Porta al legionario:

—Pronto tendremos otro *Oberfeldwebel*.

—¿Por qué? —inquirió *El Viejo*, sorprendido.

—¡Eh! —gruñó Porta—. ¿Aún no sabes que hay que tener siempre los ojos y los oídos bien abiertos? Es indispensable en un país civilizado. Si se aprecia la piel hay que saber cosas de los demás. Tú, *Viejo*, ¿crees que todo lo que hace Adolf está bien? ¿Crees que es un sucio granuja, verdad?

—¡Desde luego! —murmuró *El Viejo*.

Porta rió, volvió a sacar la libretita negra y, concienzudamente, hizo una anotación.

—He aquí una fea mancha que sólo lavará la derrota incondicional del Ejército alemán. Yo, en tu lugar, iría a ver al capellán para rezar porque los *boys* de la Marina americana desfilen muy pronto por Berlín.

Porta cogió su flauta y todo el mundo cantó:

*Nos reímos de Hitler,
y de Goering, también.
Nos gustan los traidores,
detestamos los héroes.*

—Estáis chiflados —dijo Marlow, riendo—. Hoffmann se vengará.

Porta dio un pedazo de salchichón al gato, que estaba en su jaula.

—Si vuelve, será para jugar con nosotros. De ahora en adelante, si se lo pido, me limpiará las botas. ¿Conocéis su almohadón verde, con ciervos, del que tanto se enorgullece? Mañana será mío.

—¡Y pensar que no eres *Feldwebel*...! —dijo Marlow, sorprendido.

—¡Cretino! —dijo Porta—. ¿Aún no has comprendido que, como cabo primera, constituyo la columna vertebral del Ejército? Soy yo quien decide si mi superior ha de tener dolor de muelas, lumbago u otra cosa. En Ucrania, tuvimos a cierto capitán Meier ^[19] decorado con estrellas, que se hacía pasar por profesor. Murió a causa de ello.

—¿Qué le sucedió? —quiso saber Gregor Martin.

—Apoyó su enorme trasero en una mina —explicó amablemente Porta—. ¡Vamos, señores, hagan juego! ¡Uno contra mil, el dólar o la libra por el marco de Adolf!

—¿Aceptas también el dinero de Churchill? —preguntó Gregor Martin, interesado.

—Desde luego, mientras proceda del «Bank of England». Por lo que a mí respecta, podéis traer yens, rublos, zlotys y coronas. Es mi menda y la Bolsa de Nueva York quienes decidimos sobre el cambio. Pero cuidado con el marco, está bajando de hora en hora. Las perlas, los chismes de oro y otros objetos son valorados en dólares. No es necesario un certificado de propiedad. Cuando hayamos terminado de jugar, será mío de todos modos.

Y los dados corrían. Pasaban las horas. Se puso el sol. Los mosquitos zumbaban, picaban los brazos desnudos y los cuellos. No se los sentía, sólo se veían los dados. La sala estaba llena de humo. La llama de la linterna vacilaba: faltaba oxígeno. Perlas, anillos, cuadros, billetes de los dos hemisferios, pistolas originales y armas blancas cambiaban alternativamente de mano, en una cabaña semiderruida de Italia.

El *Feldwebel* Marlow fue a dar una vuelta, un poco antes de que amaneciese. Regresó con tres cortes de seda. Un teniente italiano de *bersaglieris*, un conde auténtico, echó un fajo de papeles ante Porta: era un certificado de propiedad de un castillo cerca de Venecia.

—Veinte mil dólares —murmuró.

Porta pasó los papeles al legionario. Este los examinó cuidadosamente, mientras conferenciaba en voz baja con Porta, quien lanzaba miradas oblicuas al conde.

—Gracias a que es usted italiano, le ofrezco diecisiete mil quinientos. Si fuese un Graf prusiano, con la Cruz de Hierro y la de Mérito alrededor del cuello sólo recibiría diez.

—Dieciocho —replicó el conde, con tono que quería ser indiferente.

—Diecisiete.

Porta sonrió amablemente.

—¡Pero si hace un momento eran diecisiete quinientos!

—Hace un momento, señor conde, pero los acontecimientos van aprisa. Mañana, su castillo corre el riesgo de ser incautado por los comedores de maíz, y ¿a quién cree capaz de vender un castillo incautado? Incluso un judío auxiliado por diez griegos, se vería impotente.

El conde tragó saliva.

En aquel momento, un cabo de Cazadores hizo «cameron». Con ojos brillantes retiró un grueso fajo de billetes.

El conde contemplaba, como hipnotizado, el sombrero amarillo de Porta, después,

su mirada resbaló hacia el gato de la jaula y, por último, sorprendió el segundo golpe de suerte del cazador. El italiano no sospechaba que aquello era una táctica psicológica. No tardó en convencerse de que el castillo veneciano apenas era más que una ruina. Con un grito inarticulado, haciendo girar el sombrero de plumas entre las manos, aceptó la oferta de Porta. Una jugada de dados y ya sólo era el ex propietario de un castillo próximo a Venecia. Sin embargo, le quedó tiempo para maldecir a ciertos individuos antes de que *Hermanito* le expulsara.

—¡Soy teniente del ejército real italiano! —aulló frente al sol naciente.

—Mejor para ti —respondió *Hermanito* antes de cerrar de un portazo a sus espaldas.

Indignado, el conde se alejó por el caminito. Poco antes de llegar a los tres robles, se encontró con una patrulla mixta de gendarmes mandada por un capitán fascista italiano y por un teniente alemán. El conde había olvidado la cartera con toda la documentación en el garito. El asunto quedó pronto zanjado. Se acababa de proclamar la ley marcial porque muchos hombres huían a sus casas.

—¡Maldito Badoglio! —exclamó el capitán, vengativo, obligando al conde a arrodillarse.

Lanzaron al aire su sombrero de plumas, le arrancaron insignias y hombreras. Cuando iban a fusilarlo, el teniente gritó algo relativo a un «garito clandestino y desvalijamiento».

—¡Vaya cerdo! —gruñó el capitán fascista, escupiendo sobre el cadáver—. ¡Llamar garito a la Italia de Benito!

En menos de una hora, el castillo del conde tan repentinamente fallecido cambió cuatro veces de propietario. Ocho días más tarde, Porta dio el documento como pago a un afilador, quien, ni por un momento, creyó en la autenticidad del mismo. Se agachó en una cuneta y lo utilizó para limpiarse el trasero mientras maldecía la Wehrmacht. Después de la guerra y del término de la ocupación americana, el Estado italiano se apropió del castillo. Ahora sirve de residencia a altos funcionarios. El retrato del desdichado conde sigue colgando de una pared: símbolo del héroe asesinado por las hordas fascistas.

Por la tarde, un médico aspirante, que vino a visitarnos, perdió su Hospital Militar a los dados. Generoso, Porta se lo prestó hasta el final de la guerra.

Cuando el sol se puso de nuevo, Porta ordenó una pausa de tres horas. Grandes exclamaciones de protesta de los asistentes; pero con ayuda de su cachiporra, *Hermanito* hizo entrar en razón a todo el mundo.

Porta comprobó satisfecho que la banca no había sufrido ninguna pérdida... sino todo lo contrario.

Todos deseábamos festejar algo. Declaramos, pues, que era el cumpleaños de *Stalin*, el gato. En un santiamén tuvimos a mano los elementos básicos de toda fiesta:

bebida y mujeres.

Hermanito y Porta «encontraron» un cerdo bien cebado. Fue nombrado teniente y miembro de honor del Partido.

Dos hombres se llegaron al almacén, una botella de coñac y la amenaza de ser denunciado a los gendarmes o a la Gestapo indujeron al *Oberfeldwebel* a dejarles su mejor uniforme. El capote de ordenanza le sentaba bastante bien al cerdo... Sólo el cuello le venía algo estrecho, pero el cerdo gruñía por tener que llevar el uniforme alemán. Lo atamos a una silla y fijamos ésta a la pared. Y el tocino, sentado, parecía hermano gemelo de un oficial alemán que hubiese comido en exceso.

El Viejo reía tanto que acabó por descoyuntarse la mandíbula. *Hermanito* se la encajó de un potente puñetazo.

Hubo que renunciar a poner botas al maldito cerdo, y tuvo que contentarse con el pantalón, la gorra y el capote de ordenanza.

Marlow le colgó un letrero al cuello: *Yo, teniente Cerdo, soy el único cerdo aceptable de todos los cerdos de la Wehrmacht.*

—¡Maldita sea! —juró Heide—. He de haceros observar que no tengo nada que ver en esta historia. Puede costarnos la cabeza. Es más que una broma, es una verdadera ofensa al Ejército alemán.

—¡Bah! Si tienes canguelo, lárgate —replicó Porta, arrogante—. No te retenemos.

—Cretino... —gruñó Heide, ofendido—, ya sabes que no puedo prescindir de vosotros.

—¿Queréis que le atice en el coco? —preguntó *Hermanito*, agresivo, enarbolando su cachiporra.

Heide sacó una granada de una bota.

—Pégame si te atreves, bruto.

Hermanito empezó a balancear los brazos.

La expresión «si te atreves» siempre lo ponía en trance.

El médico y el jefe de garaje Wolf, ayudado por Krabbe, el furriel, trajeron un barril de cerveza. Era un peligroso rival para Porta. A Krabbe se le podía comprar todo, incluso un crucero acorazado, si era preciso. Porta y él se profesaban un odio feroz, pero siempre se hablaban con la mayor cortesía.

—¡Caramba! —exclamó Porta, al ver el barril de cerveza que entraba por la puerta—. ¿No habrás cometido algún robo, Krabbe?

Krabbe irguió la cabeza.

—¡Estás acusando a un cabo furriel. *Obergefreiter* Porta! Esta cerveza procede de las raciones que he economizado para una gran ocasión, y creo que esta noche es una de ellas.

—Krabbe, eres nuestro invitado, pero, ante todo, ve a buscar a *el Verraco*.

Necesito una cabeza de turco.

—¡No es difícil! —dijo *Hermanito*, interviniendo en la conversación—. Lo he pescado hace un rato. Salía del despacho del comandante del regimiento y se pavoneaba con un largo informe en la mano. Lo he atado sobre el estercolero, con unos calzones sucios en la boca... Cuando le he advertido que mañana íbamos a pegarle fuego, se ha puesto a berrear de una manera desagradable.

—Que lo traigan —ordenó Porta.

Trajeron a *el Verraco*. Con ayuda de las botas de *Hermanito*, rodó como un proyectil hasta los pies de Porta.

—Cuádrate, besugo —ordenó éste—. No parpadees de ese modo tan estúpido. Esta noche, serás mi ordenanza personal. Pero ante todo saluda al jefe que está sentado en la silla... Y colócate junto a él.

El Verraco tuvo que saludar al cerdo uniformado. Primero pasando cinco veces ante él; después, de frente. A cada gruñido del cerdo, *el Verraco* decía:

—A sus órdenes, mi teniente.

Se le entregó un cubo lleno de cerveza y de agua mineral, y cada cuarto de hora tenía que dar de beber al cerdo y, después, beber un sorbo del mismo recipiente.

—Lo que vale para un cerdo vale para otro —decía Porta, riendo satisfecho—. Entre trago y trago, apoya tu gordo trasero en una silla, ante el teniente, y saluda.

El Verraco protestó, pero *Hermanito* le hizo comprender que era mejor mostrarse razonable.

—Esto me hace pensar en el cura de Pistolenstrasse. Quería presentar denuncia contra su obispo, Su Excelencia Niedemeyer —intervino Porta—. Escribió durante tres días...

—¡Cállate, Porta! —gritó *el Viejo*—. ¡Hoy, no!

Porta movió la cabeza y señaló a *el Verraco*.

—¡Ya ves, pedazo de atún, para qué sirven las denuncias! ¡La Historia se ríe de ellas! Si recibes algún mal tanto, considéralo como un gaje del oficio. Pórtate bien, y la vida será tolerable para ti. Quéjate, y te pongo en manos de *Hermanito*. Te hará estallar como un cohete el 31 de diciembre, cinco minutos antes de la medianoche.

El Verraco se puso a trabajar, pálido y resignado.

Después de la tercera jarra de cerveza, Porta preguntó a una de las chicas por qué llevaba bragas. Después de la cuarta. Marlow reclamó una canción.

—¡Una canción de guerra! —vociferó, marcial, golpeando su Cruz de Hierro. Todos entonamos:

In Afrika rollen die Panzer ^[20]

Pero cambiamos un poco el texto:

*Ubre die Schelde, den Maas un den Rhein,
Rollen die englischen Panzer herein.
Vorwärts, US-Marineinfanterie!
Die Nutten warten in Berlin* ^[21]

Después de la quinta jarra, Krabbe propuso un póquer. La cerveza pura ya no nos interesaba. No causaba bastante efecto. Rellenamos el gran tonel, semivacío, con todo lo que teníamos: whisky, *chianti*, vodka, jengibre. Para completar el combinado, añadimos medio litro de salsa inglesa. Es lo que se hacía en los sitios elegantes, aseguró Porta.

El Verraco tuvo que empujar dos veces el tonel hasta lo alto de la colina, para que la mezcla fuese homogénea.

La segunda vez que bajó, estaba llorando.

Cantamos:

*Es geht alles vorüber
es geht alles vorbei,
den schnapps vom Dezember
kriegen wir im Mai.
Zuerst fällt der Führer
und dann die Partei* ^[22]

Después de unos cuantos vasos de nuestro mejunje, llegó la hora de los discursos. Porta fue el cuarto que tomó la palabra. Se levantó con dificultad. Le ayudamos a izarse sobre la mesa. Habíamos instalado allí un pulpito construido con bidones de gasolina vacíos. Porta llevaba unas bragas rojas en la cabeza. Por encima de su uniforme de camuflaje, llevaba un chaleco de piel de cabra. Un trozo de camisa azul asomaba por su bragueta desabrochada.

—¡Camaradas! —empezó a decir—. Como se hace en estas ocasiones, creo que todos os habéis dado cuenta de que estamos en una guerra condenadamente seria. Vamos a luchar hasta el agujero del culo de la Tierra. Esta maldita montaña al sur de Monte Cassino. Nuestros enemigos son feroces cazadores de cabezas, guardianes de avestruces, caníbales, pieles rojas, caballeros de canguros, gánsters y otras personas decentes. Quieren matarnos. Es normal, porque también nosotros queremos matarles a ellos. No es esto lo que me preocupa. Comprendedme.

Hipó, envió un bidón de gasolina a la cabeza de *el Verraco*, quien, por un momento, había dejado de saludar.

—No, lo que me produce cólicos es que ya no existe moralidad. ¡El sentido de la responsabilidad desaparece! Mal síntoma de camaradería. Nuestro Führer, a quien

Dios proteja, se metería los cinco dedos y el pulgar en el trasero si supiese lo que ocurre. No te hagas el despistado, Marlow, tú eres de los peores. Y tú, Gregor Martin, hace mucho que hubiesen debido de ahorcarte. Adondequiera que me vuelva, sólo veo rostros como traseros. Sólo pensáis en las mujeres y en beber. Tomad, por ejemplo, a *el Verraco*. —Porta le envió otro bidón de gasolina a la cara—. ¡Helo ahí sobre su enorme trasero, frente a mi teniente Cerdo! ¡Que un tipo como éste exista aún...! ¡Que aún no se haya convertido en polvo...! Esto demuestra que ya no os queda nada en el vientre. Si cuando yo era recluta un cabo primera se hubiese atrevido a susurrar tan sólo: «Ese tipejo me exaspera», el mierdoso hubiese desaparecido en dos segundos de la superficie de la Tierra. Me bastaría con pensar que su respiración me molesta, para que ese tipo dejara de respirar. Y, sin embargo, me tropiezo por todas partes con esa rata de alcantarilla, que, cada día que pasa, cada hora, está más gorda. ¡Contra y recontra, soy un hombre verdaderamente decepcionado!

Hermanito se levantó, incorporó a *el Verraco* y, con una cuerda, formó un nudo corredizo.

—Todo tiene un final —dijo jovialmente, rodeando el cuello de *el Verraco* con el lazo—. He aquí una cuerda bien sólida. Sal, y demuestra que eres un hombre. Encuentra un buen árbol y ahórcate.

Seguido por *Hermanito*, *el Verraco* trotó hacia la puerta. Lanzó un chillido cuando un puntapié lo envió rodando por la pendiente. La cuerda voló en pos de él.

—¡Cuando llegues abajo —berreó *Hermanito*—, encontrarás un buen árbol a la izquierda!

—Éste es un buen trabajo —asintió Porta, riendo—. *Hermanito* tiene la moralidad que os falta a vosotros.

Rodando como una bola, hipando sin cesar, el médico, embriagado, hacía la corte al furriel, a quien tomaba por Greta Garbo.

—Sus bragas son de una tela muy burda, Miss Garbo.

Krabbe le golpeó en los dedos con la parte llana de su bayoneta.

—¡Aparta las patas, especialista en lavativas!

El médico estalló en sollozos. Luego, su jeta se iluminó como después de un entierro. Escupió en el suelo.

—Le extiendo el certificado de defunción.

Escribió en una falda: *el ex Oberfeldwebel Stabsfeldwebel Stahlschmidt ha fallecido. Suicidio*. A continuación, se derrumbó sobre Marlow, quien bebía tumbado en el suelo.

—¡Eres un cadáver! —gritó, obstinado.

¡No quiero ver un cadáver emborrachándose! ¡Cadáver, vete a la hierba o te hago buscar por la *Feldegendarmerie*!

—Prohibición al cura de que dé su bendición a *el Verraco* —berreó Heide.

—¡Ah! Si alguna vez tiene la desvergüenza de regresar vivo... —amenazó Porta, desde lo alto de la mesa—. Camaradas, demos gracias al buen Dios.

Heide se levantó para el ritmo del canto.

Cantamos puestos de pie, todos enlazados. *Hermanito* lloraba, conmovido:

*Todos agradecemos a Dios
Con corazón, boca y manos.
Ese Dios que nos envía
lo superfluo,
que, desde el seno de nuestra madre
y desde la infancia,
ha cuidado de nosotros
y nos ha dado
todo con tanta generosidad.*

Después, se pasó al saludo de ritual. Los superiores saludan a los inferiores. Cuando dos hombres tienen el mismo grado, el más condecorado saluda a otro. Porta empezó. Levantó su jarra ante el médico que era aspirante, es cierto, pero un verdadero aspirante.

—Has entrado en nuestra asociación al salir de la Universidad. Llevas uniforme y ni siquiera conoces la diferencia entre una metralleta y una honda. Eres incapaz de ordenar a una banda de hambrientos que vayan a comer sopa. Te saludo.

El médico se levantó titubeante y vació su jarra, como prescribe el rito. Porta, que saludaba, apenas humedeció los labios en la suya.

Después, Heide saludó al médico. Luego, Marlow. Cuando llegó el turno a *el Viejo*, el matasanos ya no podía con su alma. Se derrumbó como un pelele dislocado. Lo sacamos al son de un himno fúnebre, y lo depositamos en el estercolero.

Wolf, el jefe del garaje, quería saludar a Porta, pero fue orgullosamente rechazado. Porta se acarició su pecho constelado de medallas.

—¿Por quién me toma? Traedme un mechón de pelo de un infante de Marina norteamericano, y, después, podremos hablar. Una vez, se lo negué a un general de brigada. El infeliz creía que la guerra era una cuestión de transportes. Estaba tan orgulloso de las franjas rojas de su guerrera, que se las había pintarrajeado en los muslos para poderlas admirar cuando estaba en el retrete. El día que exigió que las chicas de casa Ida le llamaran «mi general», por poco se mueren de risa.

—Entonces, discúlpame —dijo Wolf.

Trató de hacer una pirueta, pero perdió el equilibrio. Cayó ante el cerdo uniformado, a quien tomó por una muchacha.

—Querida señorita, es usted indecente —gritó—, está paseando sin bragas en un lugar público. Voy a llevármela a Prinz Albrecht Strasse. —Besó al cerdo en el hocico, rió estúpidamente y gritó—: ¡Sus labios son fríos e irresistibles!

Después, se volvió bruscamente. De repente, se fijó en las medallas del uniforme. Saludó con torpeza, con los dedos muy separados.

—Mi teniente, a sus órdenes. Mi teniente, es usted un cerdo.

Luego, reparó en *Hermanito* y decidió saludarlo. Lo hizo dos veces y, después, se derrumbó, lanzando un profundo suspiro.

Nuevo enterramiento. Lo llevamos hasta el estercolero y lo dejamos junto al matasanos, mientras cantábamos:

*Metido en los problemas de este mundo,
No adviertes hasta qué punto
tu vida se acerca a su fin.*

Asomó el padre Emmanuel. Permaneció un instante junto a la puerta, moviendo la cabeza. Marlow le invitó a entrar, pero cayó en el estercolero como una masa inerte. A la vista del cuerpo exámine del médico, *Hermanito* tuvo un ataque de desesperación, se acusó de haberlo matado, y juró que no volvería a hacerlo.

Luego, al ver al jefe de taller Wolf, su pesar no conoció límites, y empezó a sollozar.

—¡Padre nuestro que estás en los cielos, soy un asesino!

De pronto, recordó todo lo que Wolf le había hecho pasar, y escupió sobre el pretendido cadáver.

Fue el momento que escogió éste para incorporarse. *Hermanito* lanzó un grito de horror, cogió su pistola y vació el cargador, aunque ninguna de las ocho balas dio en el blanco.

—¡Por los cuernos de Satanás! —aulló Wolf, enarbolando una granada.

La lanzó contra *Hermanito*, aunque, por fortuna, se olvidó de quitarle el seguro.

Hermanito regresó al garito como un huracán.

—¡Hay un cadáver que lanza granadas! Yo me largo. Estoy harto de esta guerra.

Wolf llegó titubeante. Con ademán acusador señaló a *Hermanito*.

—¡Asesino!

Hermanito empuñó su fusil ametrallador. Se lo arrancamos de las manos, pero no se calmó hasta que Wolf consintió en saludarle.

Porta le explicó por qué estábamos en Italia.

—Combatimos en el agujero del culo de la Tierra, Esto demuestra lo importante que es. ¿Has visto a alguien vivir sin agujero en el culo? Es tan importante como la tráquea.

En aquel momento, compareció el matasanos. Como era un especialista, se sintió obligado a puntualizar aquella interesante discusión.

—La tráquea... —hipó, escupiendo en el suelo, y señalaba a *Hermanito* con el dedo, como si él fuese la tráquea—, la tráquea —repitió con obstinación— es el canal directo hasta los pulmones, que consisten en dos bolsas, una junto a la otra, y que exigen una aportación constante de oxígeno. —Oscilando peligrosamente, levantó un índice. *Barcelona* lo sostuvo—. El tubo digestivo se encuentra un poco más atrás. En la parte inferior del cuerpo está el ano, la cloaca del hombre, al que ciertos seres inferiores llaman popularmente el agujero del culo.

—¡Derribadle! —ordenó enfurecido Porta—. ¡Vaya cretino!

Hermanito golpeó dos veces con su jarra de cerveza, pero el médico resistía.

—¡Pegas a alguien que es casi oficial! —gritó después de recibir el primer golpe.

—Tú no eres más que un excremento de médico —vociferó Porta. Después, prosiguió su erudito discurso sobre nuestros combates en Cassino—. Se trata de nosotros o de los marines. Los burgueses se enteran de nuestra existencia cuando las cosas van mal dadas en una guerra. Y este héroe de la aspirina nazi, este distribuidor de orinales, este oficial de mis pecados que ha obtenido un diploma no se sabe cómo se atreve a tratarnos a nosotros, los héroes, de seres inferiores. ¡Adelante, *Hermanito*! ¡En la misma jeta!

—¡Conozco bien mi juramento profesional de médico! —gritó incoherentemente el matasanos, antes de sumergirse en la inconsciencia.

El ex paracaidista Marlow se levantó de un salto, y aguzó el oído. En el garito, reinaba una confusión espantosa. Porta explicaba al gato un punto estratégico importante en el ataque con tanques.

Barcelona discutía un asunto de alta traición con un recolector de naranjas italiano.

—¡Alerta, tanques! —aulló Marlow.

En un abrir y cerrar de ojos, nos habíamos serenado y habíamos empuñado nuestras armas. Todos oímos el familiar ruido del acero, que helaba la sangre en las venas incluso a los más valerosos.

—Los infantes de Marina —dijo Porta con una ancha sonrisa, sujetando cuatro granadas alrededor de una botella de gasolina.

—¡Maldita sea! Sin duda, se han enterado de que estábamos divirtiéndonos —rió el legionario.

La puerta se abrió de golpe. Un centinela tocado con casco asomó la cabeza y exclamó:

—¡Vaya, vosotros también! Toda la Compañía está completamente borracha. Mike duerme en el gallinero con una gachí. ¡A vuestros puestos! ¡Ruido de tanques procedente del valle!

Barcelona le dirigió un ademán desdeñoso.

—Está bien, pequeño. Ya nos arreglaremos.

Hermanito estaba a gatas debajo de la cama, buscando una granada antitanque. Salimos titubeando levemente. Ahora, se oían los motores. *El Viejo* iba en cabeza, con un racimo de granadas en cada mano. Le seguía Marlow con una mina «T».

—Motores «Maybach»... —observó el *Oberfeldwebel* Wolf.

—Cadenas de «Tigre» —contestó Porta.

—Hay algo que no encaja —prosiguió Wolf—. No tenemos tanques en el garaje y somos el único batallón de «Tigre» en este sector del frente.

Nos deslizábamos a través del bosque de pinos. Había, por lo menos, cinco o seis tanques. Se oían voces que blasfemaban en alemán.

—¡Cambia de marcha, cretino!

Los piñones de los embragues chirriaban. Los motores se aceleraban. Porta y Wolf se miraron.

—Aficionados —cuchicheó Wolf.

—No han aprendido a manejar un «Tigre» —dijo *Hermanito*—. No son de los nuestros, seguro.

—Sabrán cómo me llamo yo —intervino *Barcelona*— enarbolando un «cóctel Molotov».

Heide se echó detrás de una vieja piedra de molino nunca había pensado servir como soporte para un lanzagranadas. Hundió el extremo de su arma, bloqueando el fondo. Así causaba más efecto, pero estaba prohibido. El truco podía matar a un hombre en un radio de cincuenta metros, si fallaba el golpe. Pero, si tenía éxito, el tanque enemigo quedaba pulverizado. Era una de esas peligrosas estratagemas que habían ideado los soldados del frente. Todas las armas que nos daban tenían defectos y las mejorábamos a nuestra manera. Muy peligroso, pero eficaz. Nuestra vida estaba en juego. Un fallo podía sernos fatal.

Mirábamos a Heide, que taponaba el fondo del arma. El padre Emmanuel se nos había reunido. Trazó el signo de la cruz. Era el único de la Compañía que no estaba borracho.

—Que Dios nos proteja —murmuró.

Nadie se preguntó por qué Dios había de protegernos.

Porta se plantó, con las piernas abiertas, en mitad del camino. Se rascó el pecho con una granada de mano. En la izquierda, sostenía una taza de alcohol de arroz.

El ruido de las orugas se hacía infernal. *Barcelona* colocó su ametralladora detrás de un árbol muerto. Había tratado inútilmente de que alguien le ayudara. Apoyó los pies del trípode en el suelo, comprobó la mira, corrigió un poco el alza y, después, situó a un lado tres «cócteles Molotov».

Con la ayuda de hilo eléctrico, Marlow y Wolf fijaron una granada de setenta y

cinco milímetros en un árbol. En pocos segundos quedó transformada en una trampa extremadamente peligrosa. ¡Desdichado del que rozara uno de aquellos alambres!

En lo alto de la pendiente, se encontraba el legionario con dos lanzallamas unidos. Quien quisiera avanzar, encontraría una muerte segura. Tendría que atravesar una muralla de fuego.

El primer tanque asomó por el recodo del camino. Ante todo, se vio el extremo del cañón, con su matafuegos. Después, la torreta. Era un «Tigre II», nuestro último modelo, con la torreta a un lado. Por la escotilla abierta se veía una silueta que vestía un uniforme negro, pero habían cometido un error terrible enviando a hombres de los comandos. El jefe del carro, en la torreta, llevaba boina, tocado que ningún soldado de tanques, llevaba boina, tocado que ningún soldado de tanques llevaba desde 1942. A veces, usábamos alguna durante un permiso, para darnos pisto.

Pesado, ancho, enorme, el «Tigre» ascendía la colina bamboleándose. Le seguía otro tanque, a corta distancia.

Porta permaneció plantado en mitad del camino. Levantó la mano hacia el monstruo de acero, se encontró frente a la boca del cañón del 88 y dijo sonriente al comandante del tanque que asomaba por la torreta.

—¡Sed bien venido!

El otro contestó amablemente:

—¡Hola! Ha sido difícil dar con vosotros. Supongo que sois de la 5.^a Compañía del 27.º Regimiento. Soy el *Oberfeldwebel* Brandt, del II. Traemos los nuevos tanques lanzallamas. ¿Estáis al corriente?

Porta bebió un sorbo de alcohol de arroz y besó al gato que llevaba en la nuca.

—Está que ni al pelo, ¿verdad, *Stalin*? ¡Vaya número! ¡Podría hacerlo en un circo!

Hermanito empezó a manosear una granada.

—¡Quieto! —cuchicheó Porta.

Sus ojos lanzaban llamaradas.

—Este bestia de sajón es para mí —gruñó *Hermanito*, jugueteando con el anillo del seguro—. Me lo he de cargar yo.

El Viejo apartó a Porta y a *Hermanito*. Andaba con calma, se adelantó hasta el enorme tanque.

—¡Salud! ¿El santo y seña?

—*Scharnhorst* —contestó, riendo, el otro.

Marlow pegó un discreto codazo a Heide.

—¿Te has fijado en que ese cerdo lleva las calaveras al revés? Si los *marines* de Mike son así, me dan ganas de vomitar.

—Es una vergüenza —murmuró el legionario—. Deben de tomarnos por imbéciles.

Dirigieron el primer tanque hacia la barrera del camino, donde había ocho minas «T». Nos encaramamos en el vehículo.

El jefe se puso nervioso al ver nuestros «cócteles Molotov».

—¿Quieres un cigarro? —ofreció Porta, amable, alargándole una granada.

El anillo de porcelana bailaba peligrosamente en el seguro desenroscado.

El segundo «Tigre», un «Tigre I», se detuvo en el acto detrás del primero. ¡Una táctica burda! Casi no dábamos crédito a nuestros ojos cuando vimos que los otros cuatro hacían lo mismo.

—¿Tenéis chicas? —preguntó el jefe del primer blindado.

—Tenemos todo lo necesario —replicó Porta, sonriendo.

—¿Venís de Roma? —inquirió Marlow, lanzando al aire una granada de mano, como si fuese malabarista profesional.

—¿Por qué tenéis tanques de todas las religiones? —interrogó Porta, inquisitivo—. Si es por nosotros os advierto que hace tres meses que ya no utilizamos los «I». ¿Dónde has hecho el aprendizaje, compañero?

—En el 2.º Panzer, en Eisenach.

El Viejo me hizo avanzar de un empujón.

—He aquí a uno de tus compañeros de regimiento. ¡Sonreí al compañero!

—No me acuerdo de ti. ¿En qué compañía estabas?

—En la 4.^a

—Bien, vuestro jefe era el capitán Krajewski. ¿Quién era el comandante?

—El mayor Von Strachwitz.

Estaba bien informado. El conde era el jefe de la 1.^a sección.

El Viejo me pegó un codazo. No acertaba a comprender qué quería de mí. Pregunté al azar.

—¿Te acuerdas del nombre del *Oberfeldwebel* del regimiento? Nunca consigo recordarlo.

—Von Kleist —replicó el otro, riendo.

—¿Cuándo dejaste el 2.º?

—Inmediatamente después de Ratibor.

—¿Sabes dónde está ahora el conde Von Strachwitz? —pregunté.

El tipo no conseguía ya ocultar su nerviosismo.

—Pero ¿que os ocurre? —gritó, exasperado—. Despejad el camino para que podamos pasar. Estamos aquí en misión especial.

Nos alargó unos documentos, y señaló los sellos con un dedo.

—Fijaos, procedemos directamente del OKH ^[23]. Abrid.

—Está bien, cálmate —dijo Porta, riendo—. No hay tanta prisa. Hay que ver dónde se pone los pies. Salid de los tanques, nos ocuparemos de ellos. El comandante Mike prefiere ver rostros conocidos en las torretas.

—¿Es el comandante que estuvo con los marines?

—Sí, compañero. En Shuffield Barracks. Hawai.

El jefe extranjero contuvo una blasfemia.

Colgado de los brazos, *Hermanito* dio la vuelta al cañón. Colocó una granada de mano en su boca y jugueteó con el seguro, como un chiquillo inconsciente.

—¿Qué estáis imaginando? —aulló el *Oberfeldwebel*.

Y dijo a la tripulación algo que no pudimos oír.

Un lanzallamas empezó a moverse. El legionario, que se había sentado en la parte posterior, miró con interés el interior de la torreta.

—¡Cortémosles las orejas!

Y volvió su pulgar hacia el suelo. En el mismo segundo, su fusil ametrallador empezó a disparar.

El jefe cayó de bruces, convertido en una criba. «Cócteles Molotov» cayeron por las abiertas escotillas.

Wolf echó hacia atrás un brazo. Con un tiro maestro, lanzó una mina «T» bajo la torreta del tercer «Tigre».

Una deflagración irresistible. Quince toneladas de acero quedaron hechas añicos. Un cañón del 88 voló hasta un bosque de pinos. Cuerpos triturados se esparcieron por doquier. Surtidores de gasolina inflamada, una explosión tras de otra: era como la erupción de un volcán.

En medio de aquel infierno, el médico vacilaba con el maletín en la mano. Gritaba palabras incomprensibles. Tenía sangre por todas partes y le faltaba la mitad de la nariz.

El calor nos alcanzaba como un impacto. El aceite inflamado, la gasolina y el nauseabundo olor a carne quemada.

Los seis tanques se consumían.

—Traidores —murmuró el médico, buscando refugio a un lado de Porta.

—Americanos nacidos en Alemania —corrigió Porta—. La guerra es la guerra. Si esos tipos hubiesen tropezado con una Compañía que tuviera sus tanques en reparación, y si no hubiesen escogido un regimiento disciplinario, habrían triunfado con su estratagema.

—Hubieran debido llevar calaveras reglamentarias en el cuello —gruñó *Hermanito*—. Todo el mundo sabe que no hay blindados SS en el agujero del culo de la Tierra.

Porta se incorporó, y observó con indiferencia el mar de llamas.

—¡Bueno! ¡Yo voy a seguir la juerga! —anunció.

Plantamos entre los pinos cuarenta y dos abedules con los nombres de los comandos blindados norteamericanos. Cada uno tiene lo que se merece.

Monte Casino, ¿un nombre, un monasterio semiolvidado en algún punto al sur de Roma? No, un infierno tan indescrptible que hasta el hombre dotado de mayor imaginación no sabría describir su horror. Un lugar donde los muertos mueren cinco veces. El país del hambre, de la sed y de la muerte. Un cementerio para jóvenes de veinte a treinta años.

Los cadáveres se amontonan en las trincheras. Hay tantos, que hemos renunciado a librarnos de ellos. Les pasamos por encima, es imposible evitarlo. Retrocedemos, helados de miedo, cuando el muerto gime un «¡a-a-a-ah!». Después, otro «¡a-a-a-ah!». Perdón, camarada, te creía muerto.

El camarada está muerto. Los gritos salen de su boca abierta de par en par cuando se pisa su estómago hinchado por los gases.

¿Qué es lo peor? ¿El fuego? ¿El hambre? ¿La sed? ¿Las bayonetas relucientes, el aceite hirviendo del lanzallamas? ¿O las enormes ratas, grandes como gatos? Lo ignoro. Pero lo que ni yo ni los demás combatientes de Monte Casino olvidaremos nunca es la pestilencia, el olor dulzón a cadáver y a cloro. En el hospital, ese olor se pegaba a los heridos durante meses, produciendo náuseas a los médicos y a las enfermeras. Se quemaban los uniformes, pero la pestilencia parecía haber penetrado hasta los huesos; la pestilencia de Monte Casino.

Nueve columnas de abastecimientos de cada diez eran presa de la muerte. Se puede comer corteza, hojas de árboles, sí, incluso tierra, cuando se tiene hambre. Pero ¿y la sed? Luchamos como bestias salvajes alrededor de un cráter de obús lleno de agua. Un grupo de ratas bebe golosamente. Les lanzamos una granada para dispersarlas y, sin esperar nos precipitamos bebemos, bebemos.

Por la tarde, las explosiones de las granadas han vaciado el agujero. En el fondo yacen varios cadáveres hinchados. Están allí desde hace tiempo Vomitamos hasta deshacernos el estómago. Pero, al día siguiente, descubrimos un nuevo cráter y volvemos a beber.

Esto es Monte Cassino, la montaña sagrada.

COMANDO SECRETO

Las cimas de las montañas quedaban ocultas por una niebla densa y azulada. Avanzábamos a través de la misma. Una bandada de cuervos cayó sobre un cadáver olvidado. Una enorme gaviota los rechazó. Quería los ojos: un bocado escogido para las gaviotas. Los fusileros detestan las gaviotas.

—¡Cómo se está poniendo!

Porta observaba interesado al enorme bicho, que alargaba el cuello para mejor tragarse un ojo.

—¡Qué animal más puerco! No puedo ni verlos —declaró Gregor Martin, asqueado, arrojando un estuche de granada vacío contra el pájaro.

Estábamos de mal humor, cansados después de una noche de trabajo en las fortificaciones, que nos había costado doce hombres. Uno fue alcanzado de lleno entre los ojos. Corría dando vueltas. Fue preciso matarlo. Sus gritos hubiesen podido descubrirnos. Era un chiquillo de diecisiete años. No tendrían que enviar gente tan joven a un regimiento especial. Desde hacía algún tiempo, recibíamos verdaderos críos. ¡Un crimen! Cuanto más, duraban ocho días. Y, esta vez, habíamos tenido suerte. La última vez que trabajamos en las fortificaciones habíamos perdido la mitad de la Compañía.

Llegaban los primeros obuses. proyectiles del 105. Golpeaban con ruido de puerta metálica que se cierra de golpe. Por fortuna, no eran granadas rompedoras. De lo contrario, hubiesen liquidado a la mayoría.

Porta y yo desenrollábamos un carrete de alambre espinoso cuando los condenados obuses empezaron a llover. Durante dos horas, permanecimos en la tierra de nadie. Ellos atacaban. Oleadas de infantería. No nos habíamos llevado armas pesadas, a causa del trabajo. Tuvimos que utilizar como armas los carretes de alambre espinoso y los piquetes. Un piquete de acero bien puntiagudo valía tanto como una bayoneta. Tuvimos bastantes bajas. Nuestra propia Infantería disparaba corto: nos tomaban por ingleses.

Mike dejó sin sentido al jefe de la Compañía extranjera. Cuando llegamos a la posición, el teniente Ludwig se derrumbó ante su comandante. Las tripas se le salían por un boquete. Ludwig aún no tenía dieciocho años. Era su primera salida. El comandante extranjero vomitaba.

El trabajo en las fortificaciones era una misión ingrata, lo mismo que las guardias de noche. A nadie le gustaba, pero había que hacerlo. Siempre se producían bajas. La tarea correspondía a las secciones que estaban de descanso.

Por el Norte, se oía un nutrido fuego de artillería. Lo que podía significar que había actividad por el lado de Forli. Cuando se nos hablaba de la destrucción de toda una División, apenas nos afectábamos. No conocíamos a los individuos. Nos habíamos vuelto egoístas. La guerra nos había hecho indiferentes al dolor de los demás.

Cuando llegamos al lugar donde los camiones debían esperarnos, éstos no estaban. Furiosos, tiramos nuestros cascos al suelo y maldijimos los chismes de todo corazón. Detestábamos a aquellos chóferes... Eran unos emboscados, lo mismo que los cocineros.

El teniente Frick surgió de la niebla, flanqueado por dos oficiales del Ejército del Aire. Lentamente, pasaron revista a la Compañía, y escogieron hombres a los que ordenaban formar al otro lado del camino.

El Viejo meneó la cabeza.

—Otro trabajo duro en puertas. Esto huele a comando especial.

Casi toda la segunda sección fue escogida: diecisiete hombres en total.

—¡Mierda! —gruñó el legionario, estremeciéndose de frío—. ¡Bonito desayuno!

El teniente Frick se llevó aparte a *el Viejo*. Hablaron en voz baja. Después, Gregor Martin y Marlow fueron enviados con nosotros.

—Vaya, no pueden prescindir de nosotros —dijo Marlow riendo, mientras se situaba junto al legionario.

Los oficiales aviadores nos examinaban cuidadosamente, a uno tras de otro. Los camiones llegaban por fin.

—¡5.^a Compañía, embarquen! ¡Los hombres escogidos, media vuelta, derecha! —ordenó Mike.

Los afortunados se encaramaron en los camiones, satisfechos. Nos saludaron con la mano. Les contestamos escupiendo al suelo. Eso era insuficiente para *Hermanito*, quien no se contentó con escupir sino que les lanzó un pedrusco.

—¡En columna de a uno detrás de mí! ¡De frente, marchen! —ordenó el teniente Frick.

Nos condujeron a Teano en camiones del Ejército del Aire. Pasamos el día esperando detrás de la estación. Un soldado pasa la mitad de su vida esperando.

Jugábamos a los dados. Hacia mediodía, forzamos un vagón de abastecimientos que estaba en una vía muerta. Dos cajones de botellas de coñac resucitaron nuestro optimismo. Porta descubrió cuatro lechones. Los asamos.

—Te ahorcarán por eso —rezongó *El Viejo*.

—¡Me importa un higo! —replicó Porta—. Por lo menos, moriré con el vientre lleno.

A medianoche, nos despertaron para conducirnos a un bosquecillo donde había quince camiones SS. Estábamos atónitos. Todos los camiones pertenecían a la 20.^a División SS de Granaderos, compuesta esencialmente por hombres procedentes de los Países Bálticos. Sólo una vez nos habíamos tropezado con aquella División en Bielorrusia. En los camiones, había cascos y capotes SS.

—¡Maldita sea! —gruñó *el Viejo*, desconcertado—. Ahora, nos quieren hacer ingresar en la SS.

Barcelona y *Hermanito*, entusiasmados, se estaban probando ya los capotes. *Hermanito* le había echado el guante a uno que llevaba las insignias de *Unterscharführer*.

Con tono de superioridad, interpelló a *El Viejo*, quien le observaba boquiabierto.

—¡A ver si se cuadra cuando pase un *Unterscharführer*, antigualla! ¿O acaso tiene ganas de ir a darse una vuelta por un campo de concentración, para aprender a vivir?

Compareció el teniente Frick.

—¡A callar, Creutzfeld, y quítese ese capote!

—Bien, señor *Untersturmführer*. El *Unterscharführer* SS Creutzfeldt se da de baja.

Tiró el capote y el casco dentro del camión, regresó ante el teniente Frick e hizo chocar sus tacones.

—Mi teniente, el *Feldwebel* Creutzfeldt a sus órdenes.

El teniente Frick hizo un gesto de exasperación.

—Métase en un camión, lo más lejos posible, y hágame el favor de dormirse.

Poco antes del alba, llegamos a la plaza que había frente al monasterio del Monte Cassino. Había ya cierto número de camiones pesados de la *Luftwaffe*. Algunos jóvenes oficiales de la División «Panzer» «Hermann Goering», que acudieron a la carrera, nos ordenaron disimular los camiones y mantenernos fuera de la vista de los aviones. Soldados aerotransportados estaban ya borrando las huellas de los vehículos.

Hermanito no conseguía permanecer tranquilo. Había vuelto a ponerse un capote y un casco SS. Un comandante aviador le dio un rapapolvo, amenazándolo con todas las desdichas posibles si se atrevía a ponerse de nuevo aquella indumentaria.

Esperamos toda la mañana, sin que sucediera nada, excepto que el cielo estaba surcado por los bombarderos aliados. En previsión de que eso sucediera, nos habíamos llevado suministros cogidos del vagón.

—Van a volar todo el tinglado —anuncio *Hermanito*, radiante.

—¡Mierda! —gritó Porta—. Hubiesen podido encargárselo a los zapadores. Esta noche, hay fiesta grande en casa de Ida. Habrá gachís de lujo, de esas que huelen a agua de rosas, llegadas especialmente de Roma.

Hermanito daba rienda suelta a su imaginación. Babeaba de placer:

—¡Ahí dentro hay monjas!

Heide guiñó un ojo.

—Libertad de saqueo. No te vendría mal, ¿eh?

Hermanito tragó saliva y se pasó la lengua por los labios.

—¡No me hables! ¡Voy a estallar!

Porta intervino:

—¿Os he contado cuando fui jardinero en un convento de monjas?

Reíamos, apretujándonos más bajo el camión, con el estuche de la máscara antigás bajo la nuca, para estar más cómodos.

—¿Era en la Dubovila? ^[24] —preguntó *el Viejo*.

—¡No! Fue cuando me prestaron al 2.º regimiento de «Panzer».

—No recuerdo —dijo *El Viejo*, con la mirada perdida.

—Nunca has tenido una memoria extraordinaria —replicó Porta—. Así, pues, el 2.º regimiento y yo estábamos allí con los campesinos del Mar Negro. Un día, me paseaba solo, en busca de algo importante.

—¿Unos muslos? —inquirió *Hermanito*.

—¿Es que sólo tienes esto en la sesera? —dijo Porta, meneando la cabeza—. La derrota, he aquí lo que buscaba. Acababa de escuchar la radio de los *Tommies* anunciando que la derrota estaba próxima. Los combates del valle del Struma serían decisivos. Examinaba, pues, cuidadosamente, cada pulgada de terreno. De repente, oigo un grito de mujer. Caramba, caramba, me digo, los hay que se rinden ya. Pero, por el grito, más parecía que se hubiese arriado la braga que la bandera. Los gritos procedían de un convento. Me encaramo en la pared y lanzo una ojeada. Y, ¿qué veo? Nuestras valerosas tropas de refuerzo estaban auxiliando a las hermanitas. Yo no recuerdo lo que dije, pero nuestras valerosas tropas de refuerzo se escabulleron. Aterricé en un macizo de tulipanes y fui recibido como un rey.

—Algo así me ocurrió una vez en Bernhard Nocht Strasse, junto al puente —interrumpió *Hermanito*—. Estaba con dos compañeros. Una mujer se puso a chillar. Había dos que trataban de aprovecharse de ella. Echamos los individuos al Elba. Después, nos aprovechamos de la gachí en el patio de la Escuela de Navegación. Pero ojalá que nunca hubiese intervenido en aquello, porque al salir de allí, nos enchiqueraron. En el puesto de la Davidstrasse, nos registraron. Ya sabéis lo que ocurre, no siempre es posible justificar todo lo que se lleva en los bolsillos. Entonces, nos enviaron a Fuhlsbüttel en el coche celular, al mismo tiempo que una ramera de cincuenta y ocho años. Quise consolarla, pero, de pronto, empezó a chillar pidiendo socorro. El brigada Burg me atizó tal rapapolvo que no podía respirar. Pero la muy zorra tuvo lo que se merecía. Una noche, la expulsaron de un garito, en Bremerreihe, y le gritaron que sólo era una vieja inútil.

«Intentó actuar en otro garito, cerca del «Teatro Hansa». También allí tuvieron que echarla. Entonces, empezó a operar por las calles. Encontraron su cadáver ante la estación de servicio de Hansa Platz.

»La Brigada Criminal me buscó las cosquillas, pero no tenían ninguna prueba. Ahora, ya he comprendido: hay que limitarse a las putas profesionales.

—¿Ya está? ¿Has terminado? —preguntó Porta, sarcástico—. ¿Me permites que continúe? Por cierto, ¿sabes como se libra uno de un enemigo?

—¿Qué tiene que ver eso con tu oficio de jardinero entre las monjas? —quiso

saber *el Viejo*.

—Tienes razón. Lo había olvidado. Pues aquellas buenas mujeres no eran tan santas como parecían. No eran verdaderas hermanitas, sino miembros de la resistencia. Un día, la gendarmería militar vació todo el convento y...

El interesante relato de Porta fue interrumpido por el teniente Frick.

—¡Firmes! —gritó.

Un teniente que llevaba las insignias blancas de la División «Panzer» «Hermann Goering», nos examinó.

Un avión de observación pasaba y volvía a pasar sobre el monasterio.

—Un observador de artillería —dijo Heide—. Si nos localiza, estamos arreglados.

Unos monjes nos trajeron té caliente. Tiramos la mitad y lo sustituimos por ron. Seguíamos sin saber que hacíamos allí.

Del interior del monasterio llegaba ruido de sierras y de martillos. A lo lejos, el fuego incesante de la artillería.

—La cosa pinta mal detrás de las montañas —dijo *el Viejo* pensativo—. Ya veréis, pronto nos tocará a nosotros. Lo percibo hasta en los huesos.

Las profecías de *el Viejo* siempre se realizaban. Era un veterano del frente y sentía llegar los malos tragos.

—¿Qué diantre hacemos aquí? —rezongó Heide, al que el frío hacía temblar.

—Ni la menor idea —contestó *el Viejo*, pellizcándose la nariz—. Todos esos tipos con las insignias blancas, y esos uniformes SS en los vehículos, no me gustan en absoluto. Me huele a chamusquina. En cien ocasiones nos han prometido las desdichas del mundo si nos acercábamos al monasterio, y henos ahora en él, armados hasta los dientes. ¿Y si fuese el inicio de la persecución de los católicos?

—¡Ah! ¡Muchas gracias! —exclamó *Barcelona*—. La sangre nos llegará hasta el cuello.

El Viejo encendió su pipa con lentitud.

—¿Os acordáis de las monjas que encontramos muertas de un pistoletazo en la nuca?

—Sí... Y se las habían cargado con unas «0,8», el arma favorita de los tipos de la SD —subrayó Porta.

—Esto no me gusta. Creo que ya hay comandos especiales en acción —dijo *el Viejo*, inquieto.

Cuando la noche ocultó las montañas, se ordenó que los camiones avanzaran lentamente hasta la puerta del monasterio.

Prohibición estricta de encender luces. Un teniente de aviación nos ordenó que depositáramos las armas en las cabinas de los camiones. Ningún hombre armado debía franquear el umbral.

Un poco a regañadientes, echamos nuestros fusiles ametralladores en la cabina.

Sin armas, teníamos la impresión de estar desnudos.

Hermanito trató de hacer trampas; su «P-38» asomaba por el bolsillo de su pantalón. El teniente le increpó con dureza.

—Hacer la guerra sin armas es una locura —no pudo dejar de murmurar *Hermanito*.

—Cállese usted, *Obergefreiter* —replicó el teniente—. De lo contrario, le espera el Consejo de guerra. Y yo me ocuparé de usted.

El legionario se acercaba tranquilamente, con un cigarrillo en los labios, desafiando abiertamente al oficial. Su voluminoso fusil ametrallador ruso se balanceaba, provocativo, sobre su pecho.

—¿Consejo de Guerra, mi teniente? ¡Cáspita! Bromea usted.

—¿Qué diantre le ocurre? —gritó el teniente, fuera de sí.

—Soy yo quien se lo pregunta, mi teniente. Me gustaría saber lo que diría un Consejo de Guerra al enterarse de lo que ocurre aquí. —El legionario encendió tranquilamente un nuevo cigarrillo, lanzando una bocanada de humo a los ojos del oficial aviador—. Rehusamos abandonar nuestras armas, mi teniente, y no hacemos sabotaje. Por lo que respecta al Consejo de Guerra, seguro que usted y sus colegas tienen más motivos que nosotros para temerlo.

—¡Usted está loco! —chilló el oficial, con voz insegura—. ¿Qué quiere insinuar?

El legionario, con una sonrisa de lobo en los labios, se volvió hacia nosotros, que escuchábamos con interés:

—¡Nos está dando la tabarra!

—¡Lo he oído, granuja!

El teniente estalló. Hubiérase dicho que iba a estrangular al legionario.

Este examinaba tranquilamente el cargador de su pistola.

Estábamos boquiabiertos, no entendíamos nada. El legionario era un auténtico soldado. Tenía mucha sangre fría, desde luego, pero nunca se extralimitaba. Por lo tanto, debía de saber algo. En dos segundos, recuperamos nuestras armas y granadas de mano y formamos círculo alrededor del legionario.

El teniente desapareció por la escalera.

—¡La que se armará! —cuchicheó Rudolph Kleber—. Esto me recuerda el motín del Florian Geyer ^[25].

—No ocurrirá nada —afirmó el legionario, muy convencido—. Si se vuelven demasiado cargantes, los liquidamos. Ello nos valdrá la Cruz de Mérito.

—¿Qué has averiguado? —preguntó Heide—. ¡Cuéntanoslo por Cristo! Me muero de curiosidad.

Y enarboló ferozmente su metralleta. Una «Beretta» italiana.

Porta levantó el depósito del lanzallamas y se lo sujetó a la espalda.

—¡Quemémosles el pelo del trasero!

—¡Calma! —dijo el legionario apaciguador—. Si hay que cargarse a esta banda de granujas, quiero ser el primero en disparar.

—¡Bueno!, ¿y esa explicación? —gritó Marlow, nervioso.

—Están sabotando una orden personal de Adolf y de Kaltenbrunner.

Un grupo de oficiales bajó rápidamente por la escalera. Nuestro teniente Frick, con una sonrisita en los labios, se mantuvo a cierta distancia. Nos conocía. No iba a intervenir en aquello.

El teniente del Ejército del Aire cloqueaba como una gallina nerviosa. Un comandante de anchos hombros le hizo callar. Ninguno de ellos llevaba armas, ni siquiera cinturón.

Algunos de los nuestros se apostaron detrás de las columnas. El legionario, provocativo, se plantó junto al pozo, en medio del paso. Tenía un dedo apoyado en el gatillo. Hacía pensar en un comisario ruso que tuviese a Stalin pegado a sus espaldas.

El comandante de los hombros anchos se aproximó. Abultaba como dos legionarios. Llevaba abierta su guerrera. No cabía duda: no iba armado. Los dos hombres se observaban en silencio. Porta jugueteaba distraídamente con su lanzallamas.

—¿Qué hay, mi comandante? ¿Alguna novedad? ¿El Consejo de Guerra?

—Quisiera hablar a solas con usted, cabo.

El legionario sonrió, enigmático.

—No, mi comandante. No tengo ningún deseo de que me liquiden de un balazo en la nuca en algún oscuro subterráneo. Ya he oído hablar de eso que llaman el Consejo de Oficiales. Yo sólo soy un cabo primera, un hombre anónimo de la Legión Extranjera.

Porta canturreó:

—*Sólo un soldado sobre el que puedes escupir...*

—¡Malditos oficiales! —gritó Marlow, con desdén.

Un capitán se adelantó. El comandante lo detuvo con un ademán.

—Le doy mi palabra de que no le ocurrirá nada.

—¡La palabra de un oficial a un sencillo soldado!

El legionario se encogió de hombros.

El comandante inspiró profundamente. Su rostro iba enrojeciendo.

Hermanito se disponía a aportar su granito de arena, pero, de un puntapié en la espinilla, Porta se lo impidió.

El legionario, muy tranquilo, encendía un nuevo cigarrillo.

—¿Adonde quiere ir a parar, cabo? ¿Desea ver aniquilada una civilización milenaria sólo porque un loco lo ha ordenado?

—¿Un loco? Esta palabra puede costarle la cabeza, mi comandante.

El comandante avanzó un paso, disponiéndose a apoyar una mano en el hombro

del legionario.

Este le esquivó y rechazó al oficial con el cañón de su metralleta.

—Un inferior ha de permanecer a tres pasos de su superior, mi comandante.

El capitán quiso intervenir de nuevo.

—¡Ya le he dicho que no se meta! —gritó el comandante—. Cabo —prosiguió, volviéndose hacia el legionario—. ¿Sabe qué es Monte Cassino? ¿Sabe que es uno de los centros más antiguos de la cultura europea? ¿Que es el primer Monasterio de la Orden Benedictina y que tras estos muros se encuentran las reliquias más preciosas de la Cristiandad? ¿Desea usted que una biblioteca de setenta mil volúmenes insustituibles sea presa de las llamas? ¿Una colección de obras que los benedictinos han tardado siglos en reunir? Eso, sin hablar de los centenares de cuadros de maestros célebres, de los antiguos crucifijos, de las piezas de orfebrería secular. ¿Podría Destruir esto a conciencia? Es usted un soldado bueno y valeroso, cabo, lo sé. Se enorgullece de haber servido bajo la bandera francesa, en un cuerpo célebre, famoso por su gallardía. Pero no olvide que precisamente, el Ejército francés ha defendido durante siglos la fe cristiana. ¿Y quiere usted, un soldado francés, porque en el fondo lo es, impedirnos que transportemos todos estos tesoros a un lugar seguro? Usted y sus camaradas pueden matar a todos los que se encuentran en el Monasterio..., empezando por mí y terminando por el abate Diamare. No sólo arriesgará nada, sino que será condecorado por esta brillante acción. Sólo, y esto se lo garantizo, el Ejército francés renegará de usted. Ya no tendrá derecho a llevar esta cinta roja que adorna su pecho. No temo la muerte, cabo. Tampoco mis oficiales. Sabemos que nos jugamos la piel y, sin embargo, estamos decididos a oponernos al aniquilamiento de estos tesoros. Sólo somos hombres. Podemos ser sustituidos, pero lo que hay aquí, no podría ser reconstruido ni en su mínima parte. San Benito se instaló en este sitio el año 529. Dentro de poco, esta montaña será el centro de desesperados combates. ¡Los muros, las estatuas, la Basílica, todas esas obras admirables...!

Con ademán de impotencia, levantó los brazos hacia el cielo.

El viento hacía oscilar su guerrera y agitaba sus cabellos grises.

—No podemos salvar las piedras de la mutilación y de la destrucción. Pero, en unas pocas noches, podemos transportar a Roma, donde estarán en seguridad, estos tesoros insustituibles.

—¿Y si nos pescan, mi comandante? —preguntó el legionario sonriendo—. Nosotros estamos dispuestos a ayudarles, puesto que tanto les interesa, pero no queremos ser maltratados y amenazados por sus oficiales. Usted mismo acaba de decirlo, somos soldados. Y desde hace tanto tiempo, que ya sólo somos capaces de matar, incendiar, saquear: se ha convertido en nuestra profesión. Nacidos en el estercolero militar, moriremos en él. Pero comparecer ante un Consejo de Guerra por haber saboteado una orden del Führer es un asunto muy distinto. No nos tome por

tontos. Van a disfrazarnos de SS para llevar a cabo un transporte ilegal. Esta excursión de placer costará varios litros de gasolina, mi comandante. Nuestro batallón de «Tigre» carece de ella. El despilfarro de unos litros puede costarnos caro. Y no sentimos ningún deseo de caer entre las garras de la Gestapo, en la Via Tasso de Roma. He oído hablar del *Sturmbannführer* Kappler, que reina en el antiguo departamento cultural. No queremos dejar; nos liquidar por un montón de material sacro. Si nos deja las manos libres bajo la forma de un orden regular, estamos con ustedes.

—¡Bravo! —resonó la voz de Porta.

—Si todo va bien —filósofo *Hermanito*—, quizá podremos recuperar una estatua. Me gustaría instalarme allí abajo, admirar la vista sobre este valle feliz.

—Podrías instalarte en el campanario y sustituir al gallo de la veleta —dijo Porta, riendo.

—¡Chitón! —susurró el legionario.

—¡Bien! Voy a redactar una orden de misión. Reglamentariamente, pertenecen ustedes a mi División. Si hay pegas, nadie les hará responsables de ellas.

—Esperémoslo —murmuró el legionario—. No estoy ya tan seguro. Afortunadamente, no nacimos ayer.

Los oficiales desaparecieron por la escalera que conducía a la Basílica.

El legionario empuñó su metralleta. Contuvimos el aliento. Creíamos que iba a liquidarlos. Lanzó una risotada sardónica.

—Somos unos verdaderos tontos. Si los tumbáramos a todos y contásemos la historia, obtendríamos un ascenso. Tal vez, incluso, nos enviasen a retaguardia. Este asunto no me huele nada bien. Me he encontrado con un tipo disfrazado de fraile. Era un SD, miembro de una banda de individuos que, según el plan Heydrich, entraron en las Ordenes para minarlas desde el interior. Me ha hablado de una misión ultrasecreta.

—¿Cómo lo has hecho para que se te confiase? —preguntó *El Viejo*, sorprendido.

El legionario rió con malicia y sacó de un bolsillo un carnet del Partido. Lo reconocimos: lo había birlado al SS que había ido a parar entre nosotros por cobardía, y al que precipitamos desde lo alto de una montaña ^[26].

—Lleva poco tiempo aquí. Ha venido con unos refugiados, pero está enterado de todo lo que ocurre. Tiene la misión de velar para que nada salga del Monasterio. Todo debe ser quemado, aniquilado..., pero por los de enfrente, claro está.

Porta lanzó un silbido de admiración.

—No es mala idea. Los combates decisivos tendrán lugar aquí, en la Montaña Sagrada. Defendemos el Monasterio frente a las armas de los colegas. Y Goebbels habrá preparado ya un extenso memorándum sobre las atrocidades cometidas por los bárbaros que han llegado de ultramar para destruir los tesoros de la civilización europea. Nosotros hubiésemos deseado trasladar estos tesoros y ponerlos a buen

recaudo, pero la artillería de esos salvajes nos lo ha impedido. Y todas las almas ingenuas aceptarán esto como artículo de fe. A Goebbels le bastará con repetir: ¿Acaso han sido nuestros obuses los que han destruido el Monasterio? No, señor, han sido los de los otros. No me sorprendería en absoluto que, la próxima vez, le tocase el turno al Vaticano... Tengo la impresión de que la Montaña Sagrada sirve de globo sonda. Si resulta, el Papa está listo.

—Hay algo de cierto en lo que dices —intervino Heide—. Es la vieja historia. Su rostro resplandecía con animación.

—Cuando estaba en un comando de caza, antes de venir con vosotros, durante el entrenamiento secreto nos dijeron que en cuanto hubiésemos acabado con los chuletas nos ocuparíamos de la cléricalla. Incluso voy a deciros más: Heydrich, el auténtico jefe de los comandos de caza, odiaba al santo hombre de Roma más que a todos los judíos del mundo reunidos. Una vez, nos dijo, durante las clases especiales en la Almiral Schroder Strasse: «Siempre sabemos dónde podemos encontrar a los judíos, mientras que los curas se meten por todas partes, son nuestros peores enemigos». Nunca se sabe cuándo vamos a tropezamos con los tipos de los comandos de caza. Se disfrazan con todos los uniformes imaginables. Compañeros de nuestro comando que estaban en misión en un Monasterio, fueron atrapados en flagrante delito por la Policía. Como no se podía echar tierra al asunto, se les metió en chirona y se les sometió a un proceso, por pura fórmula. Se habían cargado a varios frailes. El Consejo de Guerra estaba formado por oficiales. Condenaron a muerte a toda la pandilla. El comandante de la plaza, un general de brigada, ratificó la sentencia. El día antes de la ejecución, un destacamento oficial se presentó en Torgao con orden de hacerse cargo de los tipejos. Nunca volvieron allí. Yo formaba parte de aquel comando. Los condujimos a Mauthausen. Permanecieron allí, algún tiempo, y luego los doce fueron a parar a otro comando, con un ascenso. El comandante de la plaza y el Consejo de Guerra fueron los que dieron con sus huesos en Torgao. Los religiosos del Monasterio fueron pasados por las armas. Se había investigado en su pasado. Así siempre es posible encontrar algo, si se busca bien. Todo el grupo fue ejecutado al amanecer, en la cantera que hay detrás del pequeño canal. Fue Larsen de Dachau quien dirigió la operación. Por entonces, éramos grandes amigos.

—Larsen de Dachau, lo conocí bien —intervino *Hermanito*—. Me encontré con él en Minsk. Los dos formábamos parte de la brigada de Dirlwanger. ¡Larsen! Los partisanos lo enterraron junto con el *Hauptsturm* Lessner... en un hormiguero. Sabíamos que tenían que dejar la piel. Wanda, una resistente que limpiaba la oficina del comandante, nos lo había dicho. Se entretenía registrando las papeleras.

—¿Quién delató a Wanda? —dijo Porta, en voz alta—. ¡No estaba nada mal! Es una pena que se la cargasen antes de haber tenido tiempo de pasar juntos un buen rato.

El legionario prosiguió con su arenga:

—Es condenadamente peligroso. ¡No creo que esos oficialillos de tres al cuarto adviertan hasta qué punto! Imaginan que, en el peor de los casos, les espera el Consejo de Guerra y el piquete de ejecución. Pero no ocurrirá así. Lloraremos la muerte. Suplicaremos que terminen con nosotros. Un hombre puede durar mucho tiempo cuando cae entre las garras de un artista. Fue Kaltenenbrunner quien imaginó ese golpe del monasterio. Es un devorador de curas, aún peor que Heydrich. Los tipos de la Via Tasso nos matarán a fuego lento.

—Un día, vi a un teniente a quien habían reventado el estómago inyectándole aire comprimido durante un interrogatorio. Otras veces, utilizaban agua —explicó *Hermanito*.

—Cambia de disco, *Hermanito* —intervino *El Viejo*.

—He aquí lo que propongo —continuó el legionario—. *Hermanito* y yo liquidaremos al tipo de la SD. Había prometido ponerme en contacto con él, y tenemos una cita detrás del viejo crucifijo. *Hermanito* se acercará al individuo por detrás y le echará una cuerda al cuello. Después, lo colocaremos bajo un camión. ¡El pobre habrá sido atropellado tontamente! Nadie sospechará nada. Después, opino que tenemos que largarnos de aquí lo más aprisa posible. No hay que contar con que nos feliciten. Todos los honores serán para los oficiales, mientras que a nosotros nos olvidarán.

—Por otra parte —dijo Porta con astucia—, considero estúpido dejar destruir cosas preciosas. Hay gente que cometería locuras por estas viejas chucherías. ¿Y si desapareciesen algunas durante el transporte? ¿Entendéis lo que quiero decir?

—Esto nos valdría un buen jaleo cuando la guerra termine —observó *El Viejo* secamente—. Hacéis mal si creéis que bastará la firma de unos cuantos generales para que todo haya terminado; será entonces cuando empezará el verdadero jaleo. Cada uno se apresurará a quedar todo lo limpio posible. ¡Y nosotros, los pobres diablos, pagaremos los platos rotos!

—¡Tienes razón, sargento! —asintió el legionario con seguridad.

—¡Gallinas mojadas! —exclamó Gregor Martin—. Cuando yo y mi general visitábamos un museo, siempre nos marchábamos con una o dos piezas selectas bajo el brazo.

—¡Bravo! —gritaron al unísono Marlow y Porta.

El legionario hizo un ademán a *Hermanito*.

Este hizo restallar ferozmente su lazo. Llegaron junto a la puerta y, por el senderito, desaparecieron en la oscuridad.

—¡Vaya avisperos en que uno puede meterse en la guerra! —dijo Heide, nervioso.

Empezamos a ocuparnos de las cajas y a cargarlas en los camiones. Las botellas

de licor circulaban de mano en mano. Rudolph y Heide se permitieron el lujo de beberlo en un cáliz.

El legionario y *Hermanito* regresaron. La cuerda asomaba a medias de un bolsillo de *Hermanito*.

—¡Vaya lata! Menuda historia con ese SD —explicó, gesticulando—. Se ha dado cuenta antes de que yo haya tenido tiempo de colocar mi cordel. *Anda o Revienta* ha tenido que estropearle el cráneo. Lo hemos lanzado pendiente abajo, y no se detendrá hasta Nápoles.

—No armes tanto jaleo —aconsejó el legionario.

Nervioso, recorría con la mirada la cripta donde resonaba la voz de *Hermanito*.

Estábamos sentados en el suelo. Hablamos ocultado los vehículos. Permanecíamos al abrigo de las miradas del enemigo. De cuando en cuando, caía un obús. Encima de nosotros, los camiones levantaban remolinos de polvo al pasar por la carretera. El polvo se posaba en nuestros uniformes, que estaban como enharinados.

Al pie de la montaña, serpenteaba el río. Su agua era tan azul como el cielo.

Nuestras escudillas estaban llenas de spaghetti. Los hombres habilidosos sabían enrollarlos en los tenedores. Ése era, por ejemplo, el caso de Heide, que tenía habilidad para todo. Porta levantaba su tenedor, del que colgaban los spaghetti, y los engullía ruidosamente. Hermanito, que no tenía cubierto, comía con los dedos.

Cada vez que un obús caía por allí, nos arrojábamos al suelo de bruces, con la escudilla entre los brazos. Después, pasada la alarma, reíamos de buena gana y pasábamos lista.

Porta señaló con un ademán dos cadáveres descompuestos que flotaban en el agua. El hedor llegaba hasta nosotros.

Barcelona se echó a reír.

—Poco importan los comensales, con tal que la comida sea buena.

Porta lamió un pedazo de tocino, para limpiarlo de aceite y de salsa de tomate, y se lo metió en un bolsillo, como reserva. Porta pensaba siempre en el futuro.

Nadie tenía recuerdos de su oficio, ni los unos, ni los otros. Por esto odiábamos todos la guerra. Por otra parte, habíamos olvidado lo que la vida era antes. Sólo Porta pretendía recordar cosas; pero era tan embustero...

Teníamos una bombona de ácido llena de vino. Tenía un poco de regusto, pero no importaba. Tapándose la nariz, se podía beber casi sin notarlo.

Un rosario de abusos azotó el agua. Las salpicaduras llegaron hasta nosotros.

Hermanito lamía las escudillas. Así, no habría que lavarlas. Lamía siempre las grandes ollas. Jamás se hartaba. Aunque hay que reconocer que tenía un buen odre que llenar.

Habíamos pasado allí toda la mañana. Era un buen escondrijo. Seguramente, nos estaban buscando desde hacía muchas horas. Nos importaba un bledo. No éramos nosotros quienes habíamos de ganar la guerra. Nosotros no contábamos.

UNTERSTURMFÜHRER SS JULIUS HEIDE

Hermanito, con un crucifijo antiquísimo sobre las rodillas, iba con Porta en el primer camión. Discutían abiertamente sobre lo que, «vendido a un rico coleccionista», podía producirles el objeto.

Una monjita estaba sentada entre los dos. No comprendía una palabra de sus obscenas chanzas y reía de buen grado al ver cómo se embromaban.

En Cassino, nos detuvieron por primera vez. Eran los dogos. Los rayos de sus linternas se reflejaban en las insignias SS de nuestros uniformes.

—¿Qué deseáis? —gruñó Porta. Bajo el casco de acero su semblante era brutal.

—¿Comando especial? —farfulló uno de los dogos.

—Eso mismo —respondió Porta, con aire preocupado—. Misión confidencial ordenada directamente por el *Reichsführer* SS.

Heide, envuelto en un capote de *Untersturmführer*, se acercaba a paso de carrera. Sobre su pecho oscilaba la pistola ametralladora.

—¡Sangre de burdel! ¿Quién se atreve a detenernos? —tronó.

El dogo ayudante, un poco nervioso, hizo chocar los tacones y murmuró:

—Tengo orden de examinar todos los camiones, Herr *Untersturmführer*.

—¡Sus órdenes me importan un bledo! ¡Puede metérselas donde estoy pensando! —rugió Heide—. Yo sólo acato una orden: la del *Reichsführer* SS. —Blandió su metralleta—. ¡Deje pasar a mis camiones, maldita sea! Deje de hacer el imbécil, o le costará caro. Y recuerde que nuestro transporte es confidencial.

—Bien, Herr *Untersturmführer* —gritó el dogo.

—Puede meterse el Herr en el culo. Hace mucho tiempo que esto no se usa en la SS. —Heide levantó un brazo con ademán arrogante y gritó en la noche—: *Heil Hitler!*

La barrera fue levantada y la columna de camiones reemprendió la marcha.

El teniente Frick saltó a nuestro vehículo.

—Julius está majareta perdido. Esto no le saldrá siempre bien —masculló.

Los «Jabo» nos atacaron dos veces en la carretera de Roma. Descargamos los camiones en el castillo del Santo Ángel. Mejor dicho, otros tipos los descargaron por nosotros, mientras descansábamos a la sombra bebiendo vino. Porta había requisado una enorme olla de coles. Algunos pazguatos trataron de participar. Salieron con las

manos a la cabeza. Un cabo barrigón se puso pesado: le costó dos dientes.

Al ponerse el sol, emprendimos el regreso a Cassino. Un capitán de granaderos de la División «Panzer» «Hermann Goering» extendió nuestra orden de marcha.

En el camino del Monasterio tuvimos un tropiezo: un «Büssing» de diez toneladas en medio de un viraje cerradísimo. Porta maniobró hábilmente con su camión y logró empujar el «Büssing» al precipicio. Estalló al tocar el fondo. El teniente Frick tenía sudores fríos. Esto habría podido perdernos.

Durante el segundo viaje sólo nos detuvimos en Valmonte, a unos veinte kilómetros de Roma. Heide logró sacarnos de apuros una vez más, representando su papel de SS; sólo que, esta vez, fue más difícil, porque tropezó con un teniente, una especie de gigantón con granadas de mano en el cinto.

—¿Su orden de transporte? —exigió, en tono arrogante.

Y se veía brillar en su mirada una horca con una gruesa cuerda.

Heide, como hipnotizado por su uniforme SS, no veía el peligro. Balanceándose sobre las rodillas, se acercó al dogo y se echó atrás el quepis con la calavera.

—¡Por todos los diablos del infierno! ¿Qué mosca le ha picado, merengue? ¡Es la segunda vez que me hacen retrasarme en mi misión secreta! ¡El *Reichsführer* estará contento cuando se entere!

Pero aquel coloso no era de los que se dejan impresionar por las bravatas.

—¿Su orden de marcha, *Untersturmführer*? El *Reichsführer* SS tampoco estaría muy satisfecho si dejase pasar un convoy como ése sin comprobarlo.

—Si quiere usted informes, teniente —rugió Heide, tomando como testigos a las casas oscurecidas de Valmonte, donde se adivinaban rostros curiosos detrás de los postigos cerrados—, diríjase a la «casa de cultura» de la Via Tasso. Allí le enseñarán a no sabotear las órdenes del *Reichsführer*. ¡Le doy diez segundos para levantar la barrera! ¡Después, dispararemos y podrá distraerse contando sus muertos!

El gigantón se ablandó un poco. Hizo un ademán nervioso que quería ser un saludo. En tono explosivo, se dirigió a su ayudante, que estaba perezosamente apoyado en el camión.

—¡Levanta la barrera, idiota! ¡No te quedes ahí pasmado! ¿Acaso quieres sabotear las órdenes del *Reichsführer*? ¿O añoras las nieves del frente Oriental?

El ayudante se puso en movimiento y empezó a chillarle al chofer.

Para subrayar su triunfo, Heide bebió un trago y no le ofreció al teniente.

Con las piernas ligeramente separadas, echado sobre la nuca el quepis con la calavera, y con el dedo apoyado en el gatillo, permaneció plantado como un tronco, observando los camiones que desfilaban ante el teniente y su patrulla. Aquí y allá, breves destellos de linternas de bolsillo brillaban sobre los mojados cascos de acero.

Despreocupado, burlándose del oficial de Policía, empezó a silbar:

*Ja, wir sind die Garde,
die SS-Standarte,
die Adolf Hitler liebt* ^[27]

El teniente observaba la insignia de la manga de Heide, una insignia que éste mostraba deliberadamente: *Reichssicherheitshauptamt*.

Heide puso su brazo bajo la nariz del oficial de la Policía Militar.

—¿No le gusta mi brazal, teniente?

—Si hubiese usted dicho en seguida que venía de la RSHA, le habría dejado pasar sin discusión. Pero aquí estamos acostumbrados a ver de todo: tipos provistos de los papeles más inverosímiles firmados por generales que no saben lo que hacen. ¡Pero los muchachos de Heinrich son otra cosa!

Ofreció un cigarro a Heide.

—A propósito, ¿adonde van ustedes? —preguntó, con curiosidad—. ¿En busca de los picaros del Vaticano? Me gustaría participar en una operación así. Habría que liquidar a toda esa canalla sin pérdida de tiempo. ¡Ah, Stalin se mostró más inteligente, en Moscú! Conocía a sus verdaderos enemigos.

—Cualquiera diría que está usted criticando al *Reichsführer* SS —dijo Heide, en un tono veladamente amenazador.

El teniente, visiblemente inquieto, empezó a agitarse como una gallina enferma.

—¡Por el amor del cielo! ¡No me ha entendido usted, camarada!

Heide inclinó la cabeza.

—Así lo espero, por su bien. Mucha gente ha muerto por haber sido mal comprendida.

Un «Krupp» de diez toneladas pasó despacio por delante de ellos. El teniente Frick, tocado con un casco de la SS, les miraba pasmado desde la cabina del conductor. Saludó maquinalmente. Si Heide hubiese tenido menos serenidad, aquello podía haber sido un error fatal.

—¿Dónde se imagina que está? ¡Maldición! ¿Cree estar todavía en el Ejército? ¿No se ha dado cuenta aún de que nosotros no saludamos estilo «Junker»? —Con amplia sonrisa, se volvió hacia el teniente de Policía—. ¡Un legado de la *Luftwaffe*! ¡No sé qué vamos a hacer con todos esos cagones! En Cracovia, nos endosaron a diez mil tipejos de esta clase. Gracias al general Hausser. Jamás debieron nombrarlo jefe. ¡Ah, no! Papá Eike o Sepp-Dietrich habrían estado mucho mejor.

—¿A qué unidad pertenece usted? —preguntó el oficial.

—Primera, 15. SS División de Granaderos.

El teniente emitió un largo silbido.

—¡Seguro que va a pasar algo! Son ustedes quienes custodian todos los transportes de judíos. Yo estuve en un convoy que se dirigía a Auschwitz, escoltado

por tipos de la Primera. No eran angelitos, y, sin embargo, yo he visto más que la mayoría de la gente. ¡Me hallaba en Kiev el día en que liquidaron a unas mil personas en dos horas!

—El *Reichsführer* nos aprecia mucho —declaró Heide, con orgullo—. Ejecutamos las órdenes que sean, pasito a paso.

El oficial se acercó confidencialmente a Heide.

—Dígame, *Untersturmführer*, ¿acaso Pío se ha delatado ya? ¿Ha llegado ya la hora? Dicen que las represalias contra los judíos no han tenido más objeto, aquí, que provocar al viejo zorro y a sus malditos cardenales.

Heide se echó a reír..., con una risa que se prestaba a todas las interpretaciones.

El teniente meneó la cabeza, mientras acariciaba su pistola.

—En las reuniones secretas del Partido, el año 34, nos prometieron que la peste de la Cristiandad sería exterminada.

—Lo sé. Ellos y nosotros no cabemos en el mismo mundo —gruñó Heide—. Y no seremos nosotros quienes nos desinflamos.

—Me gusta oírle decir esto —dijo el teniente, riendo y frotándose las manos con satisfacción.

—Así lo espero —afirmó Heide—. En otro caso, podría darme el antojo de llevarle con nosotros.

El teniente emitió una risita forzada.

—Sobre todo, no me interprete mal, *Untersturmführer*. Sé que su transporte es ultrasecreto, pero ¿van ustedes a Roma?

Heide se irguió.

—¡Claro que vamos a Roma!

El teniente se acarició la cuadrada barbilla, pareció vacilar, y dijo:

—¿Sabe usted que tendrán que cruzar otras dos barreras? Las han montado hace veinte minutos. Orden de la Via Tasso.

Heide se mordió el labio inferior y se apretó el barboquejo del casco.

—¡Al diablo! ¡Haré castigar como es debido a esos imbéciles, si me hacen perder más tiempo! Todavía resuenan en mis oídos las últimas palabras del *Reichsführer*: «Tenga mano dura, *Untersturmführer*, si le meten palos en las ruedas». Pero es mejor que me diga cuál es el santo y seña, amigo.

—¡Oh! Compréndalo... Es un riesgo muy grande, *Untersturmführer*. —El gigantón estaba cada vez más inquieto—. Las órdenes de la Via Tasso también son secretas.

Heide bajó el cañón de su metralleta y apuntó al ombligo del teniente.

—¡El *Reichsführer* me dio orden de disparar si alguien entorpecía mi marcha!

—«¡Waterloo!» —murmuró el teniente palideciendo e incapaz de apartar los ojos del cañón amenazador de la metralleta.

Una amplia sonrisa de satisfacción iluminó el semblante de Heide.

—¿Y la respuesta?

—«Blücher».

Heide bajó la metralleta.

—Gracias, camarada. No me gusta pringar a un colega, si no es absolutamente necesario.

El gigantón se mostró, de pronto, apresurado. Se precipitó a una garita levantada al borde de la carretera.

—¡Esos malditos cretinos!

Empujó a un suboficial para llegar al teléfono, hizo girar la manivela del aparato y farfulló, jurando y maldiciendo, una serie de palabras en clave por el micrófono.

—*Oberfeld* —le gritó a su interlocutor, al otro extremo del hilo—, si el convoy que llegará dentro de un momento no pasa la barrera como un cohete, prepárese para la horca. ¡Orden del *Reichsführer*, pedazo de imbécil! ¡Nada de preguntas, idiota! Ha comprendido, ¿eh? ¿Que está cansado de la vida? ¡Haré que lo envíen al frente del Este!

Y colgó con tal fuerza que el auricular saltó en pedazos.

«¡Cretinos, más que cretinos! ¡Yo les enseñaré el pie que calzo!».

Con todos los faros apagados, el pequeño vehículo anfibio SS de Heide esperaba a la orilla de la carretera.

—Sígueme —gritó el teniente, saltando a su enorme «Kübel», oculto entre los árboles.

Con estruendo infernal y salpicando barro, el pesado vehículo arrancó y enfiló el camino de Roma.

Heide subió a su anfibio y, con sonrisa astuta, animó a Gregor.

—Pégate a su trasero, Gregor. Demuestra que eres un ex conductor de camión de mudanzas. No dejes que se nos escape. ¡Si empieza a reflexionar, estamos pringados! Te garantizo que, en este momento, se está meando de miedo. ¿Qué te parezco como *Untersturmführer*?

—Estás completamente chalado —gruñó Gregor Martin, apretando el acelerador a fondo—. Tendría que intervenir el diablo para que saliéramos de ésta. A propósito, ¿has visto qué lindos son los cuadros que llevamos en el tercer camión?

—¡Que si los he visto! —dijo Heide burlón—. ¡No me gustan esas beaterías! Prefiero las escenas de batallas. Al menos, éstas pueden comprenderse.

—No, tú no comprendes nada, cabezota. Me importa un bledo lo que representan. ¡Pienso en su valor! ¿Te das cuenta del poco sitio que ocuparían una vez quitados los marcos?

Heide emitió un largo silbido de admiración. Su rostro adquirió una expresión soñadora.

—¿Quieres insinuar que deberíamos echarles mano? —Heide chupó su largo cigarro—. No me interesa. Esto podría perjudicar mi carrera. Quiero ser oficial en el Ejército, cuando acabe la guerra. Toda mi vida he hecho lo mismo. Soy el único soldado sin una mala nota al cabo de ocho años de servicio.

—¿No te gustaría ser rico? —preguntó Gregor Martin, zalamero.

—No, —sonrió Heide—, no me, interesa. Soy soldado. Con tal de cobrar mi sueldo estoy contento. El Ejército es mi hogar, y un buen hogar.

—No entiendo una palabra. ¿Por qué, entonces, haces con tanto entusiasmo este transporte que podría costarnos la vida? Porta, *Hermanito* y yo hemos venido porque esperamos ganar lo bastante para vivir cómodamente después del fregado. Vale la pena.

—Te creía más listo —se chanceó Heide, desdeñoso. Y, poniendo el índice bajo la nariz de Gregor, explicó—: ¿Qué es lo que asegura la buena marcha de este convoy? ¿Qué es lo que hace levantar todas las barreras? ¡Un SS—*Untersturmführer* RSHA! Son ya varios los que han visto este brazal, que es el único de su clase en toda Italia. Cuando los otros hayan ganado la guerra, buscarán a la persona que, con su astucia, logró realizar este transporte. Buscarán a este oficial. Y, cuando vean que no lo era, sino sólo un simple suboficial, mi fortuna estará asegurada. Me abrirán las puertas de la Academia Militar. Desde pequeño, sueño con charreteras doradas.

—Si tienes pasta —dijo Gregor Martin, filosóficamente—, si tienes mucha pasta, podrás ingresar en la Escuela de Oficiales que prefieras. Aprovechémonos un poco, en vez de llevarlo todo al castillo del Santo Ángel. Una vez allí, será de todos modos desvalijado... por los otros. Unas semanas más, y el viejo monasterio de allá arriba habrá desaparecido de la faz de la tierra, así como los monjes y toda su ralea. Sorprendí una conversación entre el padre Emmanuel y el sacristán del convento. Todos los religiosos, permanecerán en su agujero. No creen en el peligro. Dentro de poco, nadie sabrá lo que salió del Monasterio. Nadie podrá demostrar que se haya sustraído el menor objeto. Acusarán a los gatitos de Hermann Goering. Cuando la guerra haya terminado, el mero hecho de haber servido en esta División será una tara.

—No quiero saber nada —escupió Heide.

—¡Vaya! Olvidas que el jefe no eres tú, sino el teniente Frick. Desde que te disfrazaste con ese gorro y ese capote, no haces más que delirar. Cuida de tu pellejo, mi viejo amigo, pues podría darle a alguien la tentación de dejarte tieso.

—¿Por qué no lo intentas? —dijo Heide, jugando perezosamente con su navaja de muelle—. A quien quiera impedirme llegar a oficial, le cortaré el cuello.

—Estás loco de remate. ¿Te gustaría ser oficial con los rojos?

—Me da igual llevar una cruz o una estrella sobre el pecho... Lo único que quiero es ser oficial de una gran nación en que el Ejército tenga su importancia y sea respetado.

—Son muchos los que saben que no puedes ver a los judíos, Julius. Y esto podría perjudicar tu carrera —dijo, burlón, Gregor Martin.

—¿Y tú fuiste chófer de un general, Gregor? El pobre debió de alegrarse como un bendito cuando se libró de ti. Cítame una nación que ame a los cuervos. Por lo demás, nada tengo contra ellos, aunque siempre resulta peligroso defenderlos. ¿Crees que los quieren al otro lado del Atlántico? Dicen que luchan por ellos. ¡Bah! Yo te digo que ni lo piensan. ¿Recuerdas a mi compañero, el comisario judío a quien ocultamos durante tanto tiempo? No, tú no estabas entonces con nosotros. Era un tipo al que habíamos pillado en Nova Bavaria, cerca de Cracovia. Un nombre difícil de pelar, que se había cargado a la mayoría de los chicos de su unidad cuando se habían negado a avanzar. Nuestro comandante de entonces, Papá Lindenau, no quiso matarlo, a pesar de la orden especial. Lo metió en nuestra Compañía, como *Hiwi* [28]. El hombre estuvo casi un año con nosotros. Después, un día que estábamos reagrupándonos en Minsk, dejamos que fuera a reunirse con los partisanos. Pues bien, ese hombre es amigo mío. Tengo su dirección de Moscú. Iré a verle cuando termine esta maldita guerra. ¡Ya ves! Me contó muchos de sus trucos, y un día me habló de un judío que se llamaba Vladimir Jabotinski. Un judío terriblemente valeroso. Era él quien mandaba a nuestros petroleros al infierno. Si los calabacines de Londres y de Washington hubiesen apoyado a Vladimir, Hitler no existiría. Mi amigo el comisario me dijo que, desde el principio del Tercer Reich, Vladimir había propuesto un bloqueo económico. Pero los otros no quisieron saber nada. El único que encontraba buena la idea de Vladimir era un tipo importante del Vaticano. Pero nadie quiso comprometerse boicoteando a Adolf para ayudar a los judíos. A éstos se les puede ayudar, se les puede compadecer, pero sin gritarlo por las calles. Tampoco en Rusia quieren demasiado a esos narices de gancho. Todavía no les mandan a las cámaras de gas, como en nuestro país, pero mi amigo el comisario me contó algunos detalles bastante chuscos. ¡Ahí tienes el caso de Mike! Es más americano que alemán. Y ya has oído como habla de los curas y de los judíos. Y el caso es que no ha tomado su repertorio de nosotros, sino de los marines. Cuando está de mala uva y se enfurece con alguien...

—Quieres decir que lo trata de «maldito negro» y de «puerco judío...».

—Exacto —dijo Heide riendo—. Esto muestra de qué pie cojea Mike. Dispararía contra cualquier negro y contra cualquier judío con la misma tranquilidad con que mataría una pulga.

Gregor lanzó un juramento, frenó bruscamente y evitó, por un pelo, el choque con un camión parado. El ligero vehículo anfibio resbaló de costado, a lo largo de la columna, giró dos veces sobre sí mismo y aterrizó en un campo.

En medio de una ola de juramentos, sus ocupantes salieron indemnes del camión convertido en chatarra. El robusto teniente acudió corriendo, seguido de dos

guardianes. Servilmente, empezó a limpiar el uniforme de Heide. Éste lo rechazó, irritado.

—¿Qué significa esto, teniente? ¿Ha vuelto a detener mi convoy? —rugió—. Informaré al *Gruppenführer* Muller, en Berlín. ¡Su vigilancia le costará cara!

—Todo está en regla, *Untersturmführer* luz verde para su convoy. En cuanto al responsable de esta detención, un mocoso oficial ayudante, tendrá que vérselas conmigo.

El mocoso, que se encontraba precisamente detrás del excitado teniente, trató de farfullar una excusa.

—¡Y un cuerno! —rugió el teniente, fuera de sí—. Es usted un vulgar saboteador. Irá a dar un paseo por las carreteras rusas. Así aprenderá a vivir. De momento, lárguese de aquí.

El oficial ayudante emitió un murmullo confuso.

El teniente sacó la pistola.

—¿Quiere cerrar el pico de una vez? Si no, lo dejo seco por desobediencia.

Plantado en mitad de la carretera, con la metralleta cruzada sobre el pecho. Heide sonreía ampliamente. El propio Himmler le habría tomado por el mejor de los oficiales de su guardia. Heide parecía haber nacido para este papel..., y así era, en cierto sentido.

—¿Por qué no castigarle en el acto, teniente? Esos soldados de mantequilla no sirven para estar en nuestras filas.

El oficial ayudante desapareció velozmente en la oscuridad, maldiciendo interiormente a la camarilla de los jefes de la SS. Habían bastado unos segundos para convertir en enemigo a un admirador del régimen.

—¡Vaya cerdo! —murmuró uno de sus subordinados.

—Ya cambiaré de opinión cuando lleguen los americanos —gruñó el oficial ayudante—. De buen grado me inscribiré en la nueva Policía Militar que crearán nuestros enemigos de hoy después de su victoria. Y me dedicaré a cazar a esa chusma de oficiales de la SS.

El camión anfibio estaba ardiendo. El teniente ofreció generosamente su «Kübel» a Heide.

Heide aceptó de buen grado y le prometió dejarlo, a su regreso, en el puesto de control.

El teniente Frick temblaba de nerviosismo. Estaba estupefacto y, al mismo tiempo, espantado por la actitud de Heide. Si el teniente de Policía empezaba a sospechar, las consecuencias serían espantosas.

Porta se echó a reír, despreocupadamente.

—En tal caso, nos buscarán en la 1.^a División SS.

—¿Y cuando se den cuenta de que ésta no se halla en Italia? —preguntó Frick,

moviendo la cabeza.

—Nos buscarán entre los partisanos de los montes, mi teniente —respondió Porta, indiferente, levantando una pesada caja—. Jamás se les ocurrirá investigar en el 27.º Disciplinario. No hay que olvidar que sólo nos conoce un reducido número de personas del Mando principal del Sur.

—Nuestra presencia en Italia es tan secreta —gritó *Hermanito*, desde el sótano del castillo del Santo Ángel, donde transportaba una pesada caja— que ni nosotros estamos seguros de que no sea un sueño.

Entonces se produjo un episodio verdaderamente granguñolesco.

Barcelona tropezó y dejó caer una enorme caja llena de reliquias, que rodó escaleras abajo, pulverizando los dedos de *Hermanito*. Éste profirió un grito salvaje y retiró la mano tan de prisa que las puntas de sus dedos quedaron debajo de la caja. Subió la escalera de una zancada y saltó al cuello de *Barcelona*. La sangre brotaba a chorros de su mano mutilada.

—¡Maldito cabrón español, lo has hecho adrede!

Y arrancando un antiguo crucifijo de las manos de Porta, lo enarboló sobre la cabeza de *Barcelona*, que echó a correr, presa de pánico.

El padre Emmanuel, que se encontraba en la puerta cochera con dos religiosos, comprendió rápidamente la situación. Jamás se supo si quiso salvar a *Barcelona* o el crucifijo; lo cierto es que le echó una zancadilla a *Hermanito*, el cual cayó cuan largo era y resbaló sobre el vientre. Inmediatamente, los monjes se apoderaron del crucifijo.

Hermanito se levantó, rojo de cólera.

A Heide, que galleaba con las manos a la espalda, en su falso uniforme de SS, le fallaron los reflejos.

—¡Me has echado la zancadilla, cerdo! —rugió *Hermanito*, arrojándose en tromba sobre él.

Heide emprendió la huida, pero fue alcanzado en la mitad del Puente del Santo Ángel y precipitado en el río como un obús de mortero. Un *crawl* dificultoso lo llevó a la orilla. Se izó, tambaleándose. El teniente Frick quiso ayudarlo, pero fue brutalmente echado a un lado.

Hermanito se había armado de una gruesa estaca.

Aplaudimos entusiasmados. Era lo que nos faltaba: un verdadero combate entre machos.

El teniente Frick amenazó a todos con el Consejo de Guerra si no volvíamos inmediatamente al trabajo. Pero nadie le escuchó. Una riña entre *Hermanito* y Heide era un espectáculo que no podíamos perdernos.

—¡*Hermanito*, Julius ha dicho que jamás podrán vencerle! —gritó Gregor, provocativo.

Hermanito enrojeció como un pavo y, con su mano herida, se tino el rostro de sangre.

—Se va a desangrar —murmuró, inquieto, el padre Emmanuel.

—Imposible —dijo Porta, riendo—. Tiene muchísima. Antes de que vierta la última gota, Julius habrá sido estrangulado.

—¡Cazador de judíos, tendré tu pellejo!

—¡Maldito bruto! —silbó Heide—. ¡Ha llegado tu última hora!

Recogió un madero y lo arrojó contra *Hermanito*.

Éste se lanzó al ataque, empleando la estaca como un ariete. Heide cruzó volando la puerta cochera. Pero *Hermanito* había tomado demasiado impulso para conservar su ventaja. Se oyó un espantoso ruido de cristales rotos y de madera quebrada: *Hermanito* había reventado un postigo y una gran ventana. Inmediatamente, se puso en pie, asió el postigo y lo volteó sobre su cabeza como una maza gigante.

Entonces sí que creímos que había llegado la última hora de Heide. Pero, tumbado en el suelo del patio y un momento antes de que el madero cayese encima de él rodó hacia un lado y sacó el cuchillo que llevaba metido en la bota. *Hermanito* tuvo el tiempo justo de esfumarse detrás de la puerta antes de que el cuchillo se clavase en ella. Después, atrapó a Heide por los tobillos y le hizo dar la vuelta. Si este no hubiese llevado el casco, se habría abierto la cabeza contra el muro.

Hermanito le salto con los pies juntos sobre la barriga y empezó a dale patadas en la cara. Loco de rabia, se descuidó un segundo. Heide lo aprovechó para escapar y refugiarse debajo de uno de los camiones. Allí cogió un extintor, apuntó y dirigió el chorro contra *Hermanito*, el cual, en un abrir y cerrar de ojos, quedó transformado en abominable hombre de las nieves. Cegado, y ahogado a media, empezó a correr en círculo y agarró por error a Gregor Martín.

—¡Suéltame, *Hermanito*, que soy Gregor!

Medio segundo más, y los puños de Heide les derribaron a los dos por más de la cuenta.

La muerte, ¿qué es la muerte? Golpea sin previa aviso. Nosotros estamos siempre dispuestos a recibirla. Se ha convertido en una compañera, en un hábito. Ninguno de nosotros es creyente. No hemos tenido tiempo de serlo. A veces, hablamos de ello. Ignoramos si hay algo más allá. ¿Cómo podríamos saberlo?

Vale más pensar en la muerte como en un sueño eterno, sin sueños. Nos han amenazado tan a menudo con el Consejo de Guerra y la ejecución, que ya no nos impresiona. Poco puede importarnos quién nos mate, cuando llegue nuestra hora. ¿Cómo y dónde nos enterrarán? Sea en una fosa, bajo un casco enmohecido, o en un hermoso cementerio, bajo una llama perenne, incluso esto nos importa un bledo.

Lo único que nos importa es que la muerte llegue de prisa, sin dolor. El pelotón de ejecución es siempre preferible a la muerte lenta y atroz dentro de un carro en llamas.

La mayoría de los camaradas desaparecieron aquí ante Monte Cassino, en los días navideños de 1943. Sólo quedamos treinta y tres de los cinco mil que salimos juntos en 1939. La mayoría murieron entre llamas. Es el clásico fin del soldado de tanques. Algunos se arrastran, sin brazos y sin piernas. Otros se quedan ciegos. Visitamos a algunos en los hospitales, de pasada. Estaba Schröder, el más postinero de todos los postineros. En su desesperación, empezó a tragar arena cuando perdió los dos ojos a causa de una de esas granadas que explotan dos veces. Se había quedado sin rostro.

Ninguno de nosotros olvidará jamás el espectáculo que nos ofreció el hospital. Su cabeza sólo era una serie de agujeros: agujeros en vez de ojos, un agujero en vez de nariz. La boca era agujero sin labios. No quería que lo viésemos, el elegante ayudante Schröder. Nos lanzó los frascos de medicina a la cabeza.

Nos sentamos en la escalera del hospital a comer el chocolate y a beber vino que habíamos llevado para él. Nos echaron de allí; estaba prohibido sentarse en aquella escalera, reservada para los mutilados.

Aquella noche, Hermanito le rompió la jeta a un médico de Estado Mayor. Después, nos sentimos mejor.

TRANSPORTE VATICANO

Estábamos sentados en las gradas de piedra del teatro romano. Encima de nuestras cabezas se elevaba el Monasterio. Mirábamos hacia Cassino, donde la gente se afanaba en sus quehaceres, sin sospechar que su pueblo sería arrasado dentro de poco. Delante del «Hotel Excelsior», un grupo de oficiales italianos y alemanes charlaba alrededor de una botella de chianti.

—Escucha, Porta, he visto una hermosa pieza —empezó Gregor, balanceando las piernas—. Esta vez iremos al Vaticano. Tenemos nuestra gran oportunidad. Recuerda que la Compañía de mecánicos de la PDHG ^[29] hace la mayoría de los transportes, y no sospechan siquiera que existamos. Como dice *Hermanito*, nuestra presencia es tan secreta que apenas si podemos asegurar que no sea un sueño.

Lanzó un salivazo a un lagarto que cruzaba el camino.

—Aprovechémonos un poco de esta guerra. Siempre podremos esconder la mercancía en casa de Ida, hasta que vuelva la calma. Es muy astuta, esa muchacha. ¡Nadie sospechará de la hija de un tipo forrado de dólares! Ha ocultado ya a dos desertores de la SS y a uno de la Gestapo que tuvo que poner pies en polvorosa. Éstos le confeccionaron un montón de documentos secretos, haciendo constar que fue obligada a dirigir el burdel. Ahora, ella y el tipo de la Gestapo se dedican a ayudar a los patriotas italianos. Les darán brazales de primera cuando llegue, por fin, su liberación. Ida se sentará a la derecha del general Clark y se hinchará de lechen asado. Creo que su padrino es persona importante. Un dictador o... ¿cómo lo dicen allá abajo?

—Supongo que querrás decir senador —dijo Porta burlón—. ¡Dictador! No pronuncies jamás esta palabra, porque es tabú. Incluso deberás olvidarla, cuando lleguen ellos. Pero ¿crees que Ida *la Paliducha* es digna de confianza? Una chica que sabe cubrirse tan bien por todos lados podría sentir deseos de engañarnos y quedarse con todo el beneficio.

—Ya he pensado en esto —dijo Gregor, riendo, muy seguro de sí mismo—. No soy un recién nacido. ¿Olvidas que he sido chófer de un general? Ida no se atreverá a gastarnos una mala pasada. Podría costarle caro. ¡No es tonta, esa urraca! Es la alcahueta más grande a este lado del ecuador. Y no le interesa que se sepa en los Estados Unidos. En cambio, hay que desconfiar de Julius. Tiene la monomanía de que el sagrado transporte le abrirá las puertas de una academia de oficiales. Vela por él como si fuese su fortuna personal. Desde que se puso ese capote de SS se cree salido del muslo de Júpiter. Esta mañana, se ha pasado media hora contemplándose en el espejo. ¡Le falta poco para exigir a los muchachos que le saluden! ¿Y te has filado en su manera de levantar la mano derecha? Ni Adolf lo haría mejor. Si sigue haciendo el imbécil, soy capaz de estrellar mi camión contra un árbol, con tal de liquidarle. No puedo soportar a esos quieroy no puedo. Mi general no era así, y, sin embargo, era un tipo por todo lo alto.

Llegaron *Barcelona* y *Hermanito*.

—¿Qué estáis tramando ahí? —gritó *Hermanito*, con una voz que resonó en los montes—. ¿Habéis encontrado la manera de birlar la mercancía en cuestión? Propongo que pongamos a un lado un camión entero. En las callejuelas hay muchísima gente que se dedica a comprar antiguallas. Yo he visto, incluso, cajas llenas de oro y de plata.

—¡No grites tanto, idiota! —gruñó Gregor.

Subían lentamente hacia el Monasterio. Hacia el Sur roncaba la artillería. Una sección del Regimiento «Panzer» «Hermann Goering» entró con paso cadencioso en el patio. Rápidamente, cargaron varios camiones. Les observaron en silencio. Eran soldados que se limitaban a ejecutar las órdenes recibidas. Sus insignias blancas resplandecían. Trabajaban en un silencio agobiante. Bien distribuidos, unos se encargaban de levantar los bultos, y otros, de transportarlos. ¿Qué querían de nosotros? Sombríos pensamientos acudieron a nuestra mente.

Un suboficial, con ojos de merluza congelada y uniforme extraordinariamente limpio, avanzó hacia nosotros con paso autoritario.

—¡Oigan! —gritó—. ¿Creen que han venido de visita? ¡Entren inmediatamente! ¡También hay trabajo para ustedes!

Surgió el legionario, con un receptor de radio en la mano.

—Cierre el pico, camarada, y escuche lo que dicen los amigos de enfrente.

Y aumentó al máximo el volumen del aparato.

«Aquí, la emisora aliada «Italia del Sur». Patriotas italianos, vamos a repetir nuestras instrucciones: agrupaos para combatir a los bandidos que saquean vuestras iglesias y vuestras tumbas. En este preciso instante, la División «Panzer» «Hermann Goering», al mando de un oficial de Estado Mayor, está saqueando el monasterio de Monte Cassino. Un convoy ha partido ya, con tesoros incalculables. Patriotas italianos, ¡defended vuestros bienes! ¡No permitáis que esos salteadores se salgan con la suya!».

El legionario cerró el receptor.

—¡La cosa está que arde amigos míos! ¡Por nada del mundo quisiera yo llevar insignias blancas!

—Estamos aquí cumpliendo órdenes —protestó el suboficial.

Pero su arrogancia se había esfumado.

—¡Cumpliendo órdenes! —se mofó Porta—. ¿De Adolf?

—Apuesto uno contra mil —dijo Gregor, en tono zumbón— a que una Compañía de Policía Militar se encuentra ya en camino.

—Nuestro jefe les recibirá como merecen —gritó el suboficial, desesperado—. ¡No sois más que una pandilla de cobardes! ¡Sólo pensáis en largaros!

Una granada de mano le rozó la cara, y diez metralletas apuntaron contra él.

—¡Cerdo! ¡Repite esto, y eres hombre muerto! —dijo Porta, con voz sibilante—. Tenemos más Cruces de Hierro en nuestro pecho que pelos tienes tú en el culo. Si aquí hay cobardes, sois vosotros, con vuestras blancas insignias de enchufados.

—Liquidémosle —insinuó, entonces, *Hermanito*, siempre sanguinario—. Así podremos decirles a los guardias: «Pasábamos por aquí casualmente, empujados por las circunstancias, y pudimos salvar sus tesoros». Tal vez nos levantarán una estatua, como recompensa. ¡Seremos unos héroes!

El suboficial giró sobre sus talones y desapareció. Los soldados miraron inquietos a su alrededor. No sabían muy bien dónde se hallaban.

Un cabo mecánico preguntó, prudentemente:

—¿Qué sucede, camaradas? Me ha parecido entender que es algo confidencial.

—Y has acertado —dijo Porta, riendo—. Tan confidencial que ni el mismo Adolf está enterado. Mas, por lo visto, los colegas de más allá de Nápoles se lo están revelando. La heroica División «Panzer» de Hermann se ha convertido en una banda de ladrones. ¡Uf! Mañana os acusarán de haber violado a las buenas hermanas. Quítate las insignias blancas, camarada, y te venderé un par de color de rosa. A nosotros nos soltarán. A vosotros, en cambio, ¡os van a ahorcar! Aunque me ascendiesen a coronel, no querría yo estar con vosotros. Sois leprosos, apestados. Ningún hombre honrado querría ser hoy de los vuestros.

—¿Qué estás diciendo, camarada? —gruñó el cabo—. Durante toda mi vida, estuve arrancando carbón de bajo tierra. Sólo para que no me destinaran a una unidad de minadores, me presenté voluntario a la División «Panzer» «Hermann Goering». Te diré, en confianza, que me cagó en Hermann. Se imagina que todos estamos a su servicio personal.

Sus camaradas asentían con la cabeza, sin pronunciar palabra.

—¡Qué canallada habernos hecho venir para esto! Ya les había dicho a los otros que a mí no me gustaba. ¡Una compañía de mecánicos convertida en agencia de transportes! Nuestra misión no es ésta. A mí, que me den los carros «Pantera» y los «Tigre». ¿No podría ser de los vuestros?

Todos aquellos tipos gritaban al mismo tiempo. Dos de ellos se habían arrancado ya las insignias blancas y azules de las mangas. Nos ofrecían sumas fabulosas para que los admitiéramos en nuestro grupo.

Con un terrible rechinamiento de frenos, un «Kübel» seguido de cerca por cinco camiones, se detuvo ante el Monasterio. Dos secciones de dogos, al mando de un teniente, entraron en tromba por la puerta principal. Las placas brillaban en forma de media luna. Incomprensibles voces de mando resonaron entre los viejos muros.

Los cazadores de cabezas sonreían, satisfechos. Adoraban esta clase de operaciones.

—¿Conque robando, eh, hatajo de bandidos? ¡Esto os costará la piel! Conocemos

a la chusma de vuestra especie. ¡No veréis ponerse el sol!

Nos habíamos echado de bruces detrás de las cañas.

—¡Muévete! —me susurró Porta, al ver que tardaba en soltar el seguro de mi ametralladora—. ¡Si no ocurre un milagro, estaremos todos muertos antes de una hora!

Cargué, me eché el arma al hombro y miré a *El Viejo*, que estaba tendido detrás de una gran piedra con la ametralladora pesada.

—Dispara, ¡maldita sea! —murmuró Porta, asiendo la anilla de una granada de mano—. ¡Si tenemos que ir al cielo, nos llevaremos cada uno a un dogo por delante! ¡Barre el patio de izquierda a derecha!

—Yo no disparo si no lo manda *El Viejo* —protesté.

—¡Si serás imbécil...! —gruñó Porta, largándome un puntapié en las costillas que me hizo soltar la ametralladora.

Se apoderó de ella. Yo no me atrevía a respirar, tal era mi miedo. A tan corta distancia, Porta podía matar a todo el mundo, comprendidos los soldados de las insignias blancas.

El legionario, de rodillas detrás de un árbol, apretaba una granada anticarro. Por lo visto, tenía intención de enviarla en mitad de un grupo de policías militares.

Desde las ventanas del Monasterio, monjes y religiosas observaban el grotesco espectáculo con inquietud.

Entonces, llegó un comandante del Ejército del Aire.

—¿Qué sucede? —preguntó al oficial de policía—. Su actitud pondrá nerviosos a mis hombres. Les he dado orden de estar alerta contra los partisanos.

—Mi comandante —el oficial dogo hervía de entusiasmo—, he venido aquí por orden personal del comandante en jefe del Sur. Hemos sabido por la radio clandestina aliada que tropas alemanas estaban saqueando el Monasterio. Se me ha confiado la misión de averiguar lo que ocurre. Debo pedirle, mi comandante, que me acompañe hasta el Cuartel General. Viendo lo que pasa aquí, debo confesar que la radio enemiga está bien informada.

—Desgraciadamente, no tengo tiempo de acompañarle —respondió, sonriendo el comandante—. El abad Diamare puede atestiguar que no se ha realizado ningún saqueo. Si un soldado robase algo, aunque no fuera más que una astilla, sería ejecutado en el acto.

Hermanito dio un codazo a Porta.

—¿Has oído? ¡Y pensar que servimos a semejante pícaro...!

—¿Oíste lo que dijo? ¡Una «astilla»! ¡Para robar astillas íbamos a estar!

—Supongo que estará pensando en los cuadros —dijo *Hermanito*, desconfiado—. Y, a propósito, ahora que pienso en ello, Gregor escondió uno bajo la rueda de recambio del 5. No me gusta. No quiero jugarme el pellejo por una estampa vieja.

—No pienses demasiado, *Hermanito*, pues de nada te sirve. Deja hacer a Gregor —dijo Porta, ladino—. Cuando lo venda, tendremos nuestra parte. Pero, hasta que esté todo arreglado, nosotros no sabemos nada.

Hermanito estallo de gozo.

—¡Formidable! Esto es la guerra psicológica, ¿no? ¡Bien! No perderé de vista a Gregor. Le seguiré donde vaya.

Porta se divertía de lo lindo.

—El ex chófer de vía estrecha sabrá lo que cuesta ser rico.

—Yo creo que trabaja con Ida *la Paliducha*.

—Es poco astuto para ello —dijo Porta, moviendo la cabeza—. Ida es una urraca. Vendería su madre a un moro, si se la pagaban a buen precio.

—Teniente —prosiguió el comandante—, puede decir al Cuartel General que yo me hago responsable de la seguridad del Monasterio. Dentro de unas horas, les informaré personalmente. Y, ahora, váyase, antes de que los aviones enemigos empiecen a darse cuenta de esta acumulación de tropas.

El teniente y sus perros se retiraron.

Sudamos durante muchas horas, acarreado las pesadas cajas. Mucho antes del crepúsculo, arrancó el primer convoy, en dirección al monasterio de la Vulgata, en San Girolamo.

Al cerrar la noche, le llegó el turno al envío destinado a San Paolo.

Un poco más tarde, empezaba el baile. El aire se llenó de los ronquidos de los primeros «Jabo» que sobrevolaban el Monasterio. Las bombas llovían a nuestro alrededor.

Porta, que estaba sentado debajo de un camión, tratando de vaciar por las buenas una botella de alcohol de arroz, se encontró súbitamente sin protección. El enorme camión había sido levantado del suelo y proyectado en el aire como una pelota de tenis, estrellándose en la torrencera. Un paracaidista que dormía en la cabina, salió disparado a través del techo y fue a clavarse en un haz de fusiles sobre el que cayó.

Después, vino la segunda ola. Daba la impresión de que subía del valle, rozando la pendiente. Balas trazadoras salían del morro de los aparatos.

Un oficial ayudante de paracaidistas, que cruzaba corriendo el patio, fue literalmente partido en dos. Movido por el impulso, su cuerpo sin torso dio todavía algunos pasos.

Porta se había quedado sentado en medio del patio, agitando la botella vacía encima de su cabeza.

—¿Ya vuelves a estar aquí, mi viejo Charley? —gritaba a los aviones que se lanzaban en picado—. ¡Fallaste, compañero! ¡Ya te creía muerto de una indigestión de *spaghetti*!

Los obuses de los «Jabo» estallaban a su alrededor, sin alcanzarle. Imperturbable,

cantó a pleno pulmón:

*Ein Tiroler wollte jagen
einen Gemsbock silbergrau...* [30]

Permanecía allí, solo, mientras las balas trazadoras daban a la noche la claridad del día.

—Está loco —murmuró un monje al teniente Frick—. ¡Hágalo entrar!

Porta se levantó, con la ametralladora ligera en brazos. Manejó con cierta torpeza la tira de cartuchos y, después, dejó cuidadosamente a su lado su sombrero de copa y se ajustó el roto monóculo.

—¡Fuego! —ordenó.

Y vaciló ante el retroceso brutal de la ametralladora. Ésta escupió acero ardiente contra los «Jabo» lanzados en picado.

—¡Charley, Charley, te saludo, viejo hermano!

¿Estaba borracho, loco, o ambas cosas a la vez?

Había colocado una nueva tira de cartuchos y se apoyaba en los restos de un camión.

Una granada luminosa, lanzada por un «Halifax», lo envolvió todo con su luz blanca. Era como una aureola alrededor de la montaña sagrada.

El lugar estaba siendo acibillado por los disparos de los «Jabo» y de los «Mustang».

—¡Porta! —gritó *El Viejo*, fuera de sí—. ¡Te matarán! ¡No puedes salir con bien de ésta!

—¡Que vayan a buscar a ese chiflado! —ordenó un oficial del Ejército del Aire—. ¡Tres días de permiso al que vaya!

Una nueva granada luminosa brilló en el cielo negro. Un poco al Norte, resplandeció un ciprés.

Porta bebió un trago de su cantimplora y encendió un cigarrillo. Después, separó los pies de su ametralladora, ajustó la mira y estalló en una risotada de borracho.

—¡Hola, Charley! ¿Vienes? ¡Te espero!

Se hubiera dicho que estaba en comunicación directa con los pilotos enemigos. Surgió el primer avión, entre un estruendo horrible. Una bomba estalló como un trueno. El aparato osciló y describió una curva sobre el ala izquierda. Enormes llamaradas brotaron de él.

—Buenas noches, Charley, ¡y gracias por el combate! —vociferó Porta, iniciando una danza guerrera alrededor de los restos de su camión.

Llegaron otros dos aviones, uno detrás de otro. Estallaban las bombas. Un mar de fuego ocultó a Porta a nuestros ojos; pero le vimos salir entre una nube de humo,

indemne, mondándose de risa, y siempre con la ametralladora entre los brazos.

Giró sobre sus talones, dando saltitos. Dos segundos más tarde, dirigió el cañón de su arma contra el «Mustang». Después, disparó sobre la cola.

Una explosión espantosa. Porta debió de tocar la bomba amarrada debajo de la carlinga. El aparato quedó destrozado, reducido materialmente a polvo.

—Buenas noches, Charley —volvió a gritar Porta—. ¡Enviaré una postal a tu mamá!

—Es fantástico —exclamó un oficial de paracaidistas—. ¿Quién es ese tipo? ¿Un demonio? ¿Un fantasma?

—Un soldado desconocido que ha bebido demasiado aguardiente y que cree que la guerra es un juego —le respondió *El Viejo*.

—¡Va a hacerse matar!

Un personaje gigantesco salió de entre los pinos, arrastrando un proyector. Era un trabajo para el cual solía utilizarse una grúa. Dos hombres que habían permanecido en la sombra estaban instalando unos cables. *Hermanito* acudió en su ayuda. Sin preocuparse de los obuses que estallaban a su alrededor, se saludaron, se estrecharon las manos y se descubrieron.

—Vamos a darte la bienvenida, Charley. ¡Contacto! —gritó *Hermanito* a los hombres que estaban entre los pinos.

—No podrán ellos solos —gritó Heide—. Voy para allá. Jesús, María y José, ¡ayudadme!

Doblado por la cintura, cruzó en zigzag la plaza iluminada por un resplandor blanco, inhumano. Se tumbó debajo del proyector, que era una verdadera placa giratoria viva.

Los haces luminosos barrieron el cielo con una claridad que quemaría los ojos de los pilotos.

—¡Ya lo tengo, al muy cerdo! —exclamó triunfalmente *Hermanito*—. Vas a entregar el alma, Charley.

El primer piloto murió en un mar de gasolina en llamas.

Apagaron el proyector. *Hermanito* daba puñetazos en el suelo, lleno de entusiasmo.

—¡Ya lo he pillado! ¡Ya lo he pillado!

El fuego prendió en sus cabellos despeinados. Heide apagó el incendio con su capote.

El proyector encendió de nuevo el cielo. Un «Mustang», con dientes de tiburón pintados en el fuselaje, se lanzó en picado.

—Lo tengo. Voy a quemarle los morros.

El tiburón volador bajaba en espiral, tratando de escapar a los rayos mortales.

Hermanito apagó su aparato y escucho el ruido del motor. ¿Casualidad, o cálculo

diabólico de un cerebro que nada sabía de matemáticas? Lo cierto es que, en el mismo instante en que volvió a encender el proyector, atrapó al avión que trataba de remontarse de nuevo y cegó al piloto para el resto de sus días.

Heide, despatarrado bajo el aparato proyector e inclinando los hombros a uno y a otro lado, seguía los esfuerzos de otro piloto que intentaba escapar. Después el avión se estrelló contra el suelo a quinientos kilómetros por hora. ¡Y ya eran tres!

Dos «Halifax» y cuatro «Mustang» atacaron entre un estruendo infernal. Una serie de bombas encendieron la montaña sagrada.

El zumbido de los motores se extinguió en la noche. Los asesinos de California habían echado todo el lastre. No les quedaban municiones: sólo la gasolina precisa para volver a su base.

Justo antes de la salida del transporte, se oyeron golpes de azada en la terraza al pie del Monasterio, el lugar en que la División polaca del general Anders hallaría descanso unos meses más tarde. Eran Porta, *Hermanito* y Heide que cavaban una tumba para los esqueletos calcinados de los Charley.

Cuando la fosa estuvo lista y hubieron depositado los cadáveres cuidadosamente, uno al lado de otro, en la tierra mojada, con un casquete americano entre lo que habían sido sus manos, los de la segunda sección, con el padre Emmanuel a la cabeza, fuimos a reunimos con ellos.

El Viejo arrojó la primera paletada de tierra, pronunciando unas palabras que nos parecieron estúpidas:

—Por vuestras madres y por Dios.

La segunda paletada fue arrojada por el teniente Frick.

La última, por el limosnero Emmanuel. Éste habló del Buen Dios y de un montón de cosas que nadie comprendía.

Después, se cantó un Avemaría. La tumba quedó pronto rellena. Cinco minutos más tarde, emprendimos la marcha.

Fue el más duro de los dos transportes, íbamos dos en cada cabina de conductor, y llevábamos una ametralladora antiaérea.

Enjambres de «Jabos» atacaban por la espalda. Se hubiera dicho que habían desplegado una alfombra de balas trazadoras a lo largo de la Via Appia.

Convoyes de varios kilómetros de longitud avanzaban en sentido inverso: artillería, tanques, material de pontoneros, reservas de municiones y ambulancias.

Caían bombas sobre los camiones cargados de municiones, haciendo estallar su carga.

Un gran «Mercedes», con las insignias de general en su placa, se escabullía entre los vehículos más pesados, seguido de policías motorizados.

—¡Lleven su derecha! —gritó un comandante de los dogos.

Era de esos que derriban cuanto se les pone delante.

En el mismo momento, cuatro «Jabos» atacaron.

Hermanito los descubrió en el momento en que, saliendo de entre las nubes, picaban sobre nosotros.

Buscando un apoyo mejor, salté sobre el capó. *Hermanito* me sostenía, a fin de que el retroceso no me hiciera caer.

Heide fue el primero en disparar. Servía la ametralladora del camión que nos seguía.

—¡Agáchate, imbécil! —gritó Porta desde la cabina—. ¡No veo nada!

Se oyó un grito y un ruido de hierros destrozados: un comandante y su motocicleta se había metido debajo de las dobles ruedas.

Salía fuego del coche del general. Una silueta envuelta en pieles se levantó, trató de salir, pero volvió a caer entre las llamas. El coche vaciló, volcó y estalló. Una ambulancia chocó con un cañón del 28. Se abrió su puerta trasera, y ocho camillas cayeron a la calzada. Un herido, amputado de ambos brazos, empezó a reptar, buscando refugio.

Su véndale se enganchó en el camión de Gregor Martin. Un chorro de sangre brotó del muñón. La venda enrojecida ondeó como una bandera en el parachoques.

Un suboficial herido rodó de costado para librarse de las pesadas ruedas del camión. Bajo su capote lleno de barro, veíase un gran vendaje que cubría su vientre. Sólo tenía un pie. La oruga de un tractor le aplastó la cabeza.

Un dogo quiso detener el convoy. Cayó de bruces, bajo la ráfaga de ametralladora de un «Jabo» en picado.

Toda la Via Appia aparecía bañada de una luz cruel. Un bombardero «Halifax» vomitaba granadas luminosas.

—¡Atención! —gritó Porta—. Voy a salir de la carretera.

Inmediatamente, el pesado camión giró hacia un lado, aplastando en su carrera a un coche anfibio.

Un teniente de Infantería disparó hacia nosotros, antes de desaparecer en el ramillete de fuego de una bomba explosiva.

Los cuatro camiones de nuestra sección siguieron al de Porta. Los dos monjes que iban en cada camión rezaban, de rodillas sobre el piso de los vehículos. Cruzamos un cementerio, derribando lápidas y hollando tumbas recién cavadas.

Hundimos una capillita: un crucifijo quedó prendido en el parachoques.

El camión de *Barcelona* se caló. El primer cable de acero se rompió como si hubiera sido de algodón. El segundo resistió tan sólo unos minutos. No es fácil sacar de un cementerio enfangado a un camión parado de veinte toneladas.

Fuera de sí, Porta saltó de su cabina, arrojó un casco hacia Marlow y reclamó un nuevo cable. Quedó pronto tendido, y Gregor lo tomó en sus manos.

A Porta le dio un ataque al ver que aquél llevaba guantes de trabajo.

—¡Oh, no! ¿Quién se imagina que es, ese rufián? ¡Quítate esos estuches!

Gregor gruñó y amenazó a Porta con el cable de acero roto. Un segundo después, todos estábamos peleando entre las tumbas.

Se encendió una bomba luminosa. Un avión de caza surgió en el cielo. Un paracaidista corría en circulo. Su cabeza había desaparecido. Otro cayó del camión, con el pecho acribillado de agujeros de los que manaba sangre. Un monje se dobló como un cuchillo de muelle. La capota de uno de los camiones ardía. Otro monje, trataba de apagar el fuego con los extintores.

El teniente Frick rugía en su altavoz, amenazándonos con el Consejo de Guerra, Torgau y la ejecución.

Yo escupí dos dientes sobre las rodillas de Heide. Un jirón de piel ensangrentada cubría el ojo izquierdo de Porta. Heide había recibido una buena cuchillada en una nalga. *Hermanito* tenía la boca rajada hasta las orejas. ¡Menuda sarracina!

El cabo enfermero y el padre Emmanuel tardaron dos horas en componernos. El capellán nos sermoneó.

Colocamos un cable alrededor del camión agotado. Gregor y Porta se restañaban mutuamente la sangre. Después se repartieron amigablemente el contenido de una cantimplora.

—¡Allá voy! —gritó Porta, desde su cabina—. ¡Alejaos del cable!

Con una lentitud increíble, el camión se puso en movimiento. Las granadas luminosas se habían apagado. Quedaban en el suelo cinco cadáveres mutilados. El incendio del camión había sido extinguido y su preciosa carga estaba intacta.

La Via Appia se había convertido en un infierno. Aparentemente, ardía en una longitud de cien kilómetros como mínimo.

El Viejo y el teniente Frick iban delante, en el «Kübel», inclinados sobre el plano en busca de un atajo.

En San Cesara, fuimos atacados por un grupo de partisanos. Perdimos tres hombres, entre ellos el enfermero Frey. Una granada de mano le arrancó las dos piernas y provocó una hemorragia mortal.

El sol despuntaba en el horizonte cuando entramos en Roma.

Una casa aislada estaba ardiendo. El cadáver de un niño de unos diez años estaba tendido en medio de la calzada. El primer camión pudo esquivarlo, pero el segundo le pasó por encima.

Dos hombres cubiertos con largos capotes y armados de metralletas surgieron de detrás de un coche parado.

El legionario empezó a canturrear: «¡Ven, muerte, ven!», y apoyó su metralleta rusa en el marco de la ventanilla.

Una lengua de fuego perforó el alba gris. La siniestra crepitación retumbó entre las casas. Ambos hombres cayeron al suelo: un casco rodó hasta la cuneta. Un hilo de

sangre se mezcló con agua de lluvia.

—¿Qué ha pasado? —preguntó uno de los monjes.

—Dos picaros que querían charlar con nosotros —dijo Porta, riendo.

El religioso se santiguó.

Junto al Tíber, nos cruzamos con una columna de granaderos SS y con una Compañía de la División musulmana. Llevaban fez rojo adornado con una calavera de plata. Cantaban:

Avanzaremos siempre hasta más lejos

Hoy, Alemania es nuestra.

Mañana, todo el mundo lo será.

Una moto avanzó hasta nosotros. Un *Hauptsturmführer*, con la Cruz de Hierro colgada del cuello, estaba sentado en el sidecar con su capote de cuero brillando bajo la lluvia. Se levantó a medias y extendió la mano derecha para saludar.

—¡*Heil Hitler*, camaradas! ¿Procedencia? ¿Destino? ¿Unidad?

Porta se disponía a abrir el pico, pero se le adelantó Rudolph Kleber, ex músico SS.

—Comando especial, *Hauptsturmführer*, bajo las órdenes directas del *Reichsführer* SS. Sección mixta de la 8.^a División de Caballería SS «Florian Geyer».

El *Hauptsturmführer* se echó atrás las gafas de protección de su arrugado gorro.

—«Florian Geyer»... —murmuró—. Es extraño. ¿De qué escuadrón?

—Del 4.º, *Hauptsturmführer*.

—¿Quién es tu jefe?

—El *Hauptsturmführer* Gratwohl.

—¿Cuánto tiempo hace que estás en «Geyer»? —continuó preguntando.

—Cuatro años, *Hauptsturmführer*.

—¿Se llamaba 8.^a División de Caballería cuando ingresaste en ella?

—No. Tomó este nombre en 1941. Antes, éramos la División de Caballería SS.

—¿Quién era tu primer comandante?

—El *Brigadenführer* SS Kramer.

—¿Dónde se encuentra actualmente vuestra guarnición?

—En Cracovia, *Hauptsturmführer*.

Por fin, el *Hauptsturmführer* pareció satisfecho.

—Está bien, camarada, quería asegurarme. Hay tipos que se pasean disfrazados con nuestros uniformes y se hacen pasar por bálticos. Si os tropezáis con ellos, ¡disparad sin previo aviso!

Nos tendió una circular; una circular que se refería... ¡a nosotros!

—Buen viaje. Buena suerte. *Heil Hitler*!

—*Heil Hitler, Hauptsturm* —gritaron a coro Porta y Rudolph.

La pesada «BMW» desapareció entre la lluvia.

En la Piazza di Roma, Porta se equivocó de camino por primera vez. Fuimos a parar a la Piazza Ragusa, donde nos detuvo una patrulla regular del Ejército.

Cambiamos cigarrillos y licor.

Un suboficial de infantería nos puso en guardia contra ciertos partisanos disfrazados con uniforme alemán. Incluso se decía que vestían uniformes de la *Feldgendarmerie*.

—Si tenéis la menor sospecha, disparad —nos aconsejó—. Aunque os equivoquéis y esto nos cueste algunas bajas, el asunto no será grave.

—Dispararemos en cuanto veamos la placa en forma de media luna —dijo Porta, riendo—. Me gusta meterme con los dogos.

—Desconfiad de los sopladores de *spaghetti* —añadió el suboficial—. Empiezan a acosarnos. Tumbad a cualquier *spaghetti* que se os ponga delante. Cada día se muestran más atrevidos. No hace mucho tuvimos que liquidar a todo un pueblo en el Norte: ya habían empezado a celebrar la victoria.

Seguimos nuestro camino, paralelamente a la vía del ferrocarril. Después, Porta volvió a equivocarse. Toda la columna le siguió. No sabíamos dónde estábamos, y siempre volvíamos al mismo sitio. Preguntamos el camino a dos prostitutas que hacían la carrera entre la Via La Spezia y la Via Taranto. Las hicimos subir a la cabina. Pero, en la Via Nazionale, la Policía las hizo bajar.

Cuando equivocó el camino por tercera vez, Porta provocó una crisis. Estábamos cerca de la Piazza Barberini.

—¿Hay zorras por aquí? —preguntó a un italiano que estaba plantado en la acera.

El hombre movió la cabeza, sin comprender.

Hermanito apeló a su autoridad.

—¡*Mani in alto*, pedazo de bruto!

El pobre hombre levantó las manos.

—*Mascalzonata! Dice sul serio, Circolare!*

El hombre no sabía a qué santo encomendarse, y echó a correr. *Hermanito* lo alcanzó y volvió a traerlo al coche.

—*Diamine!* —rugió—. ¡Putas, chicas, fornicar, *tuggi, tuggi!*

Barcelona le ayudó, en español:

—¿*Casa de putas, señor?*

Por fin, el italiano comprendió; sonrió ligeramente y se lanzó a una prolija explicación.

Porta también empezó a interesarse y se detuvo. ¡Los cuatro grandes camiones cortaron toda la circulación! El teniente Frick echaba chispas.

Porta anotó las explicaciones del hombre sobre la topografía de aquellas

importantes casas.

—He comprendido —dijo, jubiloso—. Las putas de Roma tienen su cuartel general en la Vía María de' Fiori, y el señor *Spaghetti*, aquí presente, dice que las hay a montones.

A *Hermanito* empezaba a caerle la baba.

—¡No estaría mal ir a dar una vuelta por allí!

Dos corpulentos guardias de tráfico llegaban al galope, gritando y gesticulando. El ruido infernal de los altavoces hizo temblar los cristales de las casas vecinas.

De pronto, sonaron las sirenas de alarma. En un abrir y cerrar de ojos, todo el mundo había desaparecido como por ensalmo. Los autobuses quedaron vacíos, abandonados. Un silencio de muerte cayó sobre la gran ciudad, como si ésta hubiera sido atacada por la peste. Y este silencio era tan pesado, que todos bajamos instintivamente la voz.

Se oyó el paso cansino de un caballo. Apareció un carrito de trapero, tirado por un rocín. No había refugios subterráneos para él. Su propietario huyó, presa del pánico, al oír las sirenas. El viejo caballo le miró con asombro y, con seguro instinto del animal, hizo lo único que era razonable: volver a casa. Apreciaba visiblemente la calma de la calle, de la que era único dueño. Dobló la esquina, resoplando.

Le habíamos seguido con la mirada, sin decir ni una sola palabra.

Entonces, aparecieron un gendarme italiano y un dogo alemán. Una de esas patrullas mixtas tan conocidas, durante la guerra, en todos los países ocupados. Un cóctel igualmente detestado por unos y otros.

—¿Quién es el jefe del convoy? —preguntó el dogo, un suboficial que lucía en el pecho la medalla de los veinticinco años de servicio.

—¿Qué te importa a ti? —dijo *Barcelona*.

—¡Cuidado con lo que dices! —tronó el dogo.

Barcelona, apoyado descuidadamente en el camión, soltó su risa provocadora.

—¿Quieres saber algo más, cerdito mío?

—¡Nombres y destino! —rugió autoritariamente el dogo, seguro de sí.

—Los llevo escritos aquí —respondió *Barcelona*, señalando sus grandes nalgas.

El dogo se puso nervioso. No sabía cómo salir de la situación.

—Tengo derecho a saber quiénes sois —insistió.

—Si no te largas inmediatamente, tendrás derecho a una buena zurra —gritó irrespetuosamente Porta, desde lo alto de la cabina.

Llegaron Frick y *El Viejo*.

El dogo, advirtiendo en el acto las condecoraciones, hizo chocar los tacones y saludó.

El teniente, enfurecido, increpó a los dos policías e hizo que *El Viejo* anotara sus nombres.

—Pero ¿qué hemos hecho nosotros, mi teniente? —protestó el dogo.

—Ya lo sabréis mañana, cuando vuestro jefe reciba mi informe —gritó el teniente Frick—. Largaos, y que no vuelva a veros, si no queréis que olvide mi providencial amabilidad.

—¡Sección, alerta! —ordenó. Y, volviéndose a Porta—: ¡Eres un cretino! ¿Te imaginas que estamos haciendo turismo? ¿Por qué no te has detenido antes de meterte en este agujero? Y, ahora, seguid el «Kübel». ¡Bandera roja en todos los camiones! Así, nadie nos detendrá.

Dio la señal de partida y la larga columna reemprendió la marcha.

De pronto nos encontramos en la plaza de San. Pedro. *Hermanito* se quedó mirando, boquiabierto.

—¡Ah! ¡Decidme si esto no es hermoso! ¿Es ahí donde tiene el Papa su pesebre? Nadie le respondió.

—Y, sin embargo —prosiguió, meditabundo—, no me gusta. ¡Quién sabe si a veces lo ve todo, como el Buen Dios!

—Pero tú no crees en el Buen Dios —dijo el legionario, sonriendo.

—Prefiero no hablar de esto, mientras andemos por aquí.

Dimos media vuelta y bajamos por el Borgo Vittorio hasta la Via di Porta Angélica.

Se abrió una enorme puerta. Por lo visto, nos esperaban. Después de cruzar otra puerta, nos metimos por una angosta calleja. Dos guardias suizos nos indicaban el camino. Estábamos nerviosos. Aquello era una cosa nueva. El propio Porta permanecía mudo. No se oía un solo juramento. De ordinario, no se podían decir tres palabras sin soltar un taco. Son cosas de la guerra.

Quitamos los toldos. Sonaron breves voces de mando, y empezamos a descargar rápidamente.

Desayunamos en el cuartel de la guardia suiza.

Entró un guardia con una alabarda en la mano, y *Hermanito* y Porta abrieron unos ojos como naranjas.

—¿Son ésas las armas anticarro del Papa? —bromeó *Hermanito*.

Un oficial les hizo una seña para que se callasen, pero los dos hombres estaban entusiasmados.

—¿Son ustedes soldados de verdad? —preguntó Porta, con interés.

Hermanito se sintió dichoso cuando le permitieron empuñar una alabarda y probarse un casco adornado con rojas plumas. Resultaba muy cómico, con aquel yelmo en la cabeza. Éste no hacía mucho juego con su uniforme moderno. Ofreció su pistola ametralladora y su casco de acero, a cambio del yelmo; pero esto no estaba en venta.

Porta señaló con el dedo una alabarda.

—¡Menuda cuña para abrirle el cráneo a un *marine*!

Al volver al patio, Porta y *Hermanito* intentaron nuevamente comprar un yelmo y una alabarda; pero los guardias meneaban la cabeza.

Porta echó el resto. Sacó del bolsillo un puñado de cigarrillos de opio. Pero los guardias eran incorruptibles.

Hermanito añadió tres dientes de oro y una caja de *schnouff*. ¡Ningún hombre normalmente constituido hubiera podido resistir a esto!

Los soldados del Papa rechazaron la oferta.

Porta y *Hermanito* no salían de su asombro, habrían vendido su alma al diablo por este precio...

Hermanito les mostró sus zapatos. Eran botas de aviador americano. El cuero no podía ser más suave. Él era su quinto propietario. Los cuatro anteriores habían muerto. Porta debía heredarlas. Habían firmado un documento en toda regla.

Los guardias suizos no mostraron el menor interés.

Estaban sentados en el bordillo de una acera.

Un oficial de la guardia noble había venido a buscar al padre Emmanuel y al teniente Frick. Un cuarto de hora más tarde, le llegó el turno a *El Viejo*. Pasó casi una hora.

—Me pregunto qué estarán haciendo esos tres —gruñó Porta—. Si no han regresado dentro de diez minutos, iremos a buscarlos. Nuestras municiones están en el 5. No nos costará mucho dominar a los suizos.

—¿Has perdido la cabeza? —protestó Marlow—. ¡Si Dios existe, no nos lo perdonaría jamás!

—Tomaré yo el mando —decidió Porta—. Así, no te verás comprometido.

Marlow meneó la cabeza.

—Si Dios existe, también debe saber que soy suboficial y que ningún suboficial normal acepta órdenes de un maldito cabo primera.

—Hazte pasar por loco —propuso, astutamente, *Hermanito*.

—El Buen Dios no se dejaría engañar. Me miraría a los ojos y me diría: «Tu sitio no está aquí, Marlow». Y me enviaría al infierno, entre las llamas. No, debemos actuar con diplomacia. Enviaremos primeramente a *Hermanito* a hablar con ellos.

—¡Jamás en la vida! —protestó *Hermanito*, echándose atrás—. Estoy dispuesto a tomar yo solo una trinchera americana, si me lo pedís. ¡Pero no pondré los pies en esa barraca! ¡Son muy peligrosos!

Pasaron dos horas. Todos teníamos los nervios de punta. La mayoría habíamos ido en busca de pistolas, y las habíamos ocultado en las botas.

Porta jugaba con una granada de mano.

—¡Larguémonos! —propuso Heide.

—Cierra el pico, engendro nazi —gruñó Porta—. ¡No vamos a dejar a *El Viejo*

ahí!

—Ni a nuestro capellán —añadió *Barcelona*, que tenía inmenso respeto a todo lo católico.

Era algo que le venía de la guerra civil, pero jamás había querido darnos ninguna explicación, y siempre se negaba a responder a nuestras preguntas.

Por fin, *El Viejo* regresó. Estaba extrañamente tranquilo.

—He visto al Papa.

—¿Le has visto? —murmuró *Hermanito*, pasmado.

El Viejo asintió con la cabeza, mientras llenaba su pipa.

—¿Le has tocado? —preguntó *Barcelona*, mirándole con un respeto nuevo.

—No lo he tocado, pero habría podido hacerlo, tan cerca estuve de él.

—¿Qué uniforme llevaba? —preguntó *Porta*—. ¿Tenía aspecto de caballero?

—Estaba magnífico —murmuró *El Viejo*, todavía bajo la impresión de su gran aventura.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Heide, curioso.

—Que os transmitiera sus saludos. Y me bendijo.

—¡Ah! —exclamó Heide—. ¡Te bendijo!

—¿Has visto algún cardenal de verdad, con su hábito rojo? —preguntó Rudolph Kleber.

Las preguntas llovían sobre *El Viejo*.

—¿Había oído hablar de mí? —preguntó *Hermanito*.

—No de ti en particular, pero conocía la segunda sección. Me dio un anillo.

—¿Para toda la segunda sección? —preguntó *Barcelona*.

—Sí, he recibido el anillo como un general recibe una medalla militar. Lo llevaré en nombre de la segunda sección.

—¿Puedo probármelo? —dijo Heide, con una expresión en los ojos que hubiera debido poner en guardia a *El Viejo*.

Pero éste no había vuelto aún a la realidad y, sin desconfiar, tendió el anillo a Heide.

Heide nos dejó admirar la sortija en su dedo. *Hermanito* quiso tocarla y recibió un golpe de bayoneta en la mano.

—Devuélveme mi anillo —dijo *El Viejo*.

—¿Tu anillo? ¿Por qué tienes que llevarlo tú?

El Viejo abrió y cerró la boca, alelado.

—Es mi anillo. El Papa me lo ha dado.

—Lo ha dado a la segunda sección. Este anillo pertenece a la segunda sección. Tú no eres la segunda sección. Yo, Sven, Porta, nuestras pistolas, nuestros 8'8, el 5, todo esto es la segunda sección.

Heide sacó brillo a la sortija echándole el aliento y frotándola con la manga.

—Desde que he visto este regalo de Su Santidad Pío XII, ya no estoy seguro de no creer en Dios.

—Dame el anillo —gritó *El Viejo*, fuera de sí.

—¡Baja las patas! —gruñó Heide—. Lo llevaré yo en nombre de la segunda sección. Si un día revienta, podrás llevarlo.

—¡De ninguna manera! —chilló Porta, codicioso—. Cuando la diñes, el anillo será para mí. *El Viejo* ha visto al Papa, y esto debe bastarle.

Barcelona sacó el cuchillo de la bota y empezó a limpiarse las uñas. No porque le molestase la suciedad, sino para subrayar la importancia de lo que iba a decir.

—¡Cuidado, Julius, te expones a morir joven!

Heide le miró de reojo, pero hundió en el bolsillo su mano ensortijada.

El Viejo se ahogaba de rabia. Todavía trató de obligar a Heide a devolverle el anillo. Pero Heide se burló de él.

Fue a mostrar el regalo a los guardias suizos. Y, entonces sufrió el primer atentado. Una alabarda pasó volando a pocos centímetros de su cabeza. Nadie vio de dónde venía, pero se sospechó de *Hermanito*.

Heide corrió al número 5 y se metió dos pistolas cargadas en el bolsillo. El anillo bendito nos había dividido. Era peligroso llevarlo, y, sin embargo, todos lo querían.

El segundo atentado se produjo veinte minutos más tarde. Heide estaba tumbado en medio del patio, admirando el anillo, en compañía de dos paracaidistas. Instintivamente, volvió la cabeza. Un segundo más tarde un camión de veinte toneladas pasaba por el sitio en que había estado Heide y los dos paracaidistas.

—¡Es curioso que un camión se ponga en marcha él solo! —observó Porta, pensativo.

Heide se enjugó la frente y, con las manos en los bolsillos y el casco sobre la nuca, se acercó amenazadoramente a nosotros.

—¡Pandilla de asesinos! Pero no tendréis la sortija. A mí no se me mata tan fácilmente.

—¡Quién sabe! —bromeó *Barcelona*.

—El que viva lo verá —dijo secamente el pequeño legionario.

Cuando salimos del Vaticano, era casi de noche y estuvimos a punto de marcharnos sin *Hermanito*. Bajó corriendo por la Via del Pellegrino, con un gran paquete bajo el brazo.

El teniente Frick se lo arrancó. Apareció un magnífico casco de suizo.

—Me lo han dado —se defendió *Hermanito*—. El muchacho me dijo que era para recompensarme por todo lo que había hecho durante los últimos días.

—Mientes como un bellaco, Creutzfeld. ¡Lo has robado!

—Jamás haría yo una cosa así —exclamó *Hermanito*—. ¡No sé robar en lugar sagrado, mi teniente!

—Tienes razón —dijo el teniente sonriente—. Por eso iremos los dos a devolver el casco que has tomado prestado.

—Es que me lo han dado —porfió *Hermanito*—. Se lo juro, mi teniente, es un regalo.

—Bueno, ¡ven conmigo, Creutzfeld!

Desaparecieron en la oscuridad; las protestas de *Hermanito* se hacían cada vez más indistintas. Más tarde, mientras rodábamos por las calles de Roma, nos confesó que despreciaba a los oficiales.

—¡Obligar a un hombre a devolver lo que le han regalado! —exclamó, temblando de furor—. ¡Pero tendré uno, un casco con plumas, aunque tenga que estrangular a uno de esos imbéciles!

Perdimos tres vehículos y siete hombres al regresar por la Via Appia. Marlow resultó gravemente herido. Lo metieron en una ambulancia que pasaba. Su piel tenía ya el aspecto del pergamino. Sus labios habían adquirido un tono azul. Todavía tuvo fuerzas para protestar cuando *Barcelona* se apoderó de su pistolón.

—¡Es mía, déjala!

—Te la devolverá cuando vuelvas —le prometió *El Viejo*.

—Dame mi pistola. Tendré cuidado. No dejaré que me la roben.

Pero nosotros sabíamos a qué atenernos. Habíamos observado el tono amarillento de su piel, las señales de la muerte que conocíamos tan bien, y no era cuestión de exponerse a que cualquier enfermero robase la pistola de Marlow, incluso antes de enfriarse su cuerpo.

Marlow, el duro, lloraba. *Hermanito* cometió una torpeza. En el momento en que iban a llevárselo, le quitó su capote; un buen capote impermeable, de esos que suelen llevar los paracaidistas. Cualquiera se hubiera batido por una prenda como ésta, y Marlow era de la misma talla que *Hermanito*.

Marlow pugnó por salir de la ambulancia. Nos llenó de maldiciones.

Un sanitario lo empujó y cerró la portezuela, lanzando un juramento.

Seguimos la ambulancia con los ojos. Se oían los gritos de Marlow.

—¡Quiero quedarme con vosotros! ¡No quiero morir! ¡Devolvedme mi pistola!

—No llegará al hospital —dijo *El Viejo*, en voz baja.

Todos meneamos la cabeza, sin decir palabra. Sabíamos que *El Viejo* decía la verdad. Y Marlow también lo había comprendido. Sólo veinte minutos antes, se burlaba con nosotros de *Hermanito*. Porta murmuró, poniendo el motor en marcha:

—Me alegro de que ganase al póquer las dos últimas veces.

El legionario estudiaba atentamente la pistola, que había cambiado ya a *Barcelona*.

Rápidamente, cargó el pistolón, el bien máspreciado de Marlow, y lo metió en su magnífica funda de cuero amarillo.

Se levantó en la cabina del camión y golpeó la funda con la mano:

—Va muy bien.

Se advertía que apreciaba la pesada pistola. Le tranquilizaba, como había tranquilizado a Marlow.

El contacto de la pistola tiene mucha importancia para los soldados del frente; es como la protección de una mano amiga. Y estas pistolas grandes dan siempre esta impresión de seguridad. Las apreciábamos mucho. Se las habíamos quitado a los rusos, jugándonos la vida. Teníamos cinco de ellas en la segunda sección, y cuidábamos muy bien de no perderlas. Cuando un hombre iba a morir, le quitábamos siempre su pistola. Una vez muerto, sus bienes pasaban a otros. Pero, mientras vivía, él y todo lo suyo pertenecían a la segunda sección. Lo malo era que el moribundo advertía casi siempre que le quitaban la pistola, la pistola que era garantía de su vida. Pero, tratándose de esto, no podíamos mostrarnos sentimentales.

Al día siguiente, por la mañana, partimos del monasterio. Pero, antes, fuimos todos a la basílica.

El abad Gregorius Diamare estaba ante el altar. Alzando los brazos, cantó:

—*Gloria in excelsis Deo.*

En diez minutos, celebró la más conmovedora de las misas; incluso nosotros, viejos paganos, nos sentimos impresionados.

Al terminar aquélla, monjes, religiosas y asilados cantaron un salmo que resonó entre los muros venerables.

Partimos en silencio, en formación de marcha. *Barcelona* y yo nos miramos. Compartíamos un secreto que debía permanecer oculto para los demás, pues se habrían burlado de nosotros. Habíamos hecho juntos la guardia, antes del alba, al final de la columna de camiones. Las nubes corrían por el cielo. La luna brillaba de cuando en cuando. Habíamos guardado nuestras pistolas bajo los capotes, para resguardarlas de la noche glacial. Mirábamos en silencio por encima del muro, con esa impresión de seguridad que nos da la presencia de un verdadero camarada.

No recuerdo cuál de los dos la vio primero. Surgió allá abajo, detrás de los árboles. Era como una sombra, una silueta envuelta en amplia pelerina. Una figura encorvada, presurosa.

—¿Un monje? —preguntó *Barcelona*.

De pronto, la silueta se detuvo en terreno descubierto, precisamente allí donde más tarde había de ser enterrada la División polaca.

La silueta amenazó al monasterio. Llevaba algo sobre el hombro, bajo su pelerina.

Durante un segundo, mostróse la luna entre las nubes que huían. Entonces distinguimos la silueta con toda claridad, y nuestros corazones dejaron de latir. El viento había levantado la pelerina, ¡y vimos la Muerte, con su guadaña sobre el hombro!

La sangre se heló en nuestras venas. Después, llegó hasta nosotros el ruido de una risa, de una larga risotada triunfal. Y la visión se desvaneció.

Casi no nos aguantábamos sobre las piernas cuando entramos de nuevo en el cuerpo de guardia. Todos dormían: *El Viejo*, Porta y los otros. Nos castañeteaban los dientes. Yo había perdido mi pistola.

—Es preciso que vayas a buscarla —me dijo *Barcelona*.

¡Ni hablar de ello! Preferí robar la de un paracaidista dormido.

Cuando despuntó el día, empezamos a buscar mi pistola perdida: no la encontramos.

Los otros se daban perfecta cuenta de que pasaba algo fuera de lo ordinario; pero nosotros no nos atrevimos a contarles nuestra aventura.

De momento, pensamos en ir al encuentro del limosnero; pero, después, resolvimos que era mejor callar. Como dijo *Barcelona*, muy acertadamente:

—Hay ocasiones en que un hombre debe saber guardar silencio sobre lo que ve.

Ambos simulamos no pensar más en ello.

A fin de hacerse una idea de su próxima cosecha, la Muerte había visitado la montaña sagrada. Por casualidad, *Barcelona* y yo la habíamos visto y habíamos escuchado su risa de triunfo.

José Grapa era judío. Le habíamos conocido una noche en que fuimos a la residencia de un grupo de desertores. Era bajo el tejado de una casa de detrás de la Estación Termini. Se llegaba allí a través de una trampa disimulada en el techo. Una de las muchachas de la casa de Ida había tenido que retirarse de la circulación.

Al ver a Grapa, Heide no dio crédito a sus ojos.

—Con que andamos escondiéndonos, ¿eh, Schmaus? ^[31] —gritó, en tono provocador—. ¿Que te parecería un billete de ida a la Via Tasso?

Porta se limpiaba las uñas con un machete, Hermanito se rascaba ruidosamente la cabeza.

Heide se calmó un poco. Grapa y él se contentaron con lanzarse acusaciones mutuas a la cara.

—Toda mi familia y todos mis amigos fueron deportados a Polonia —dijo Grapa, con voz tranquila.

—No te lamentes, Schmaus —bromeó Heide—. Todos los judíos que sobrevivan tendrán su venganza. Seréis protegidos, como vacas sagradas. No me extrañaría que se prohibiese trataros de judíos. Adolf os está prestando un gran servicio. Ganaréis ventaja sobre los católicos. Porque vosotros los detestáis tanto como los odian Heydrich y Himmler, ¡Os estoy viendo acusando al Papa de haber gaseado a los judíos!

—Ningún judío honrado haría semejante cosa —protestó Grapa.

—No hay un solo judío honrado —dijo Heide riendo y señalando a Grapa con dedo acusador—. Existen montones de documentos que pueden utilizarse contra el Papa. El Vaticano se halla en la situación de una pulga entre dos uñas. Compréndeme bien. No me gustan los ratoncillos. No me importaría bajar el pulgar para que nos librasen de ellos.

Y se frotó las manos, gozando con la idea.

—¿Por qué no protesta el Vaticano? —exclamó Grapa—. Con ello, terminarían las deportaciones. No se atreverían a continuar.

Heide se golpeó los muslos.

—¿Atreverse? ¡Qué ingenuo eres! ¿Te imaginas que tienen miedo del Papa y de su camarilla? ¡Si protestasen...! ¡Tal vez Stalin y Hitler volverían a ser amigos! ¿Sabes quién hubiera debido protestar? ¡El presidente de los Estados Unidos! ¡El rey de Inglaterra! Todos los que poseen fuerzas armadas importantes. ¿Y qué hicieron? Ni siquiera soltar un pedo, cuando se enteraron de que os estaban asesinando. El mundo entero sabía lo que pasaba en 1935, por no hablar de 1938. ¡Y el mundo entero se tapó los ojos y los oídos!

—¿Crees que hubiesen podido impedir el genocidio? —preguntó Grapa.

—Con una sola protesta aislada, no. Pero un bloqueo económico, incluso en 1938, y las cosas habrían sido muy diferentes. En cambio, Adolf no teme al Papa ni a un Primer Ministro que gesticule bajo un paraguas. Además, ¿quién ha dicho que nuestros enemigos deploren que os envíen a la cámara de gas? Ni siquiera quisieron rescataros por unos cuantos camiones. No será el padrecito Stalin quien os llore. En cuanto a lo que dice el Papa, lo ignoro; pero creo sinceramente que es el único que se pone de vuestra parte. Mas sus protestas actuales no producen mayor efecto que una paloma blanca que empezara a arrullar delante del palacio de los Dux. Vosotros, los judíos, estáis metidos en la mierda, y en ella seguiréis estando siempre. Podéis sacar la cabeza algunas veces. Pero siempre hay entre vosotros quienes quieren echar el gallo, y todo el mundo se os vuelve a echar encima. Tendríais que tener un Estado para vosotros solos. Entonces, todo iría mejor.

Porta escupió todo su desprecio en el suelo.

—¡Ciertamente, él hombre es el animal más estúpido de la tierra!

SANTO Y SEÑA: «RABAT».

Berlín había tenido noticia de los hechos acontecidos en Monte Cassino. Siguiendo millares de pequeños canales, el rumor había llegado hasta el número 8 de Prinz Albrecht Strasse. Y, una bella y soleada mañana, un bombardero «Heinkel» aterrizó en el aeropuerto Dell'Urbe, cerca de Roma.

Con una cartera negra bajo el brazo, el jefe de la oficina de personal del Ejército, general de Infantería Wilhelm Burgdorf, descendió del avión. Sacudió unos granitos de polvo imaginario de sus puños escarlata, y sonrió, afable como siempre. El general era un hombre que consideraba el mundo entero como una única e inmensa farsa. Llamaba general a un coronel, o alargaba una ampolla de veneno a un mariscal, con una sonrisa que era siempre la misma.

Sonrió amablemente al estupefacto comandante del aeropuerto y se informó sobre su estado de salud..., cosa que tuvo por brillante resultado que el rostro del comandante se pusiera verde. El general Burgdorf sonrió ampliamente.

—Deme un coche, comandante, con un chófer que sepa conducir. Importa poco que esté preso por delitos comunes o que sea mariscal. Debo reunirme lo antes posible con el comandante del Ejército del Sur.

Saltaba a la vista que el comandante no se sentía muy tranquilo. Las imprevistas

visitas de Burgdorf solían ir seguidas de un alud de suicidios.

—Mi general —dijo el comandante, haciendo chocar por dos veces sus tacones—, tenemos una sección blindada de disciplinarios en el cuartel de la Via de Castro Preterio. Allí podemos encontrar un chofer de primer orden.

Fueron juntos al despacho personal del comandante. Ningún oficial estaba a la vista. Nadie sentía el menor deseo de encontrarse con el general. Algunos pensaban, con razón, que era el hombre más poderoso del Ejército. Una palabra suya, y un general era degradado... Un joven teniente podía, en un tiempo récord, trocar sus charreteras de plata por un galón dorado. Una cosa era cierta: ningún oficial era ascendido sin que el general Burgdorf tuviese noticia de ello.

El comandante del aeropuerto dictó sus órdenes. Un tornado sopló sobre todo el edificio. Diez teléfonos sonaron a la vez en el cuartel de los blindados. Diez hombres garrapatearon la misma orden.

—El general Burgdorf —murmuraban todos, en tono alarmado.

Un teniente y un comandante tuvieron que ser hospitalizados en el acto por trastornos gástricos agudos. Se empezó a respirar cuando se supo que el temible general sólo deseaba un coche y un chófer. El ayudante Hoffmann estuvo a punto de tragarse el secante cuando, después de vociferar en el aparato, según su grosero estilo habitual, se dio cuenta de que estaba hablando con el comandante del cuartel en persona. Sus ladridos se convirtieron en tímidos maullidos. Lleno de temor, tomó nota de la orden imprevista. Después de colgar suavemente, permaneció un momento mudo delante del negro teléfono. Seguidamente, pasó a la acción.

—¡Malditos estúpidos! —bramó—. ¿No habéis comprendido aún que el general de Infantería Wilhelm Burgdorf acaba de aterrizar y quiere un automóvil? ¡Despertad de una vez, malditos seáis, si no queréis que os mande al frente ahora mismo!

En aquel momento, el comandante Mike y el teniente Frick entraron en la estancia. Hoffmann transmitió la orden.

—Conque Burgdorf, ¡maldita sea...! —dijo Mike—. ¿Quiere un coche? Se lo daremos. ¿Y un chófer? Le daremos varios, si así lo quiere ese cerdo presumido, pues tendrá que cruzar una zona peligrosa, donde los pequeños *spaghetti* podrían tener la buena idea de hacerle saltar por los aires. —Lanzo una risita irónica y prosiguió, dirigiéndose al teniente Frick—: ¿Qué te parece, Frick? ¿Le damos mi «Kübel»?

El teniente Frick rió maliciosamente.

—Brillante idea, Mike. Y tendrá a Porta como chófer.

El comandante Mike asintió con la cabeza, entusiasmado.

—Y a *Hermanito* como escolta.

El ayudante Hoffmann palideció. En dos ocasiones equivocó el número del teléfono. Su lengua no le obedecía.

Mike y el teniente Frick se habían plantado delante de su mesa escritorio y le

observaban con visible satisfacción.

Por fin, logró ponerse en comunicación con el jefe de garaje. Diez minutos más tarde, se hallaba en la cama con una violenta jaqueca. Pero, antes, hizo saber al primer chupatintas que él no era responsable de la designación de los hombres.

Mike y el teniente Frick prefirieron separarse y emboscarse hasta que hubiera pasado el peligro.

Cincuenta hombres iniciaron la busca de Porta y de *Hermanito*, los cuales, de acuerdo con el plan debían hallarse de servicio en el garaje. Pero, de manera misteriosa, se habían hecho enviar a otro lugar.

Encontramos a Porta en el depósito de armas, en el preciso momento en que raspaba una enorme vasija, ganada al suboficial armero, al furriel y capellán Emmanuel.

Hermanito fue descubierto en las dependencias de la cantina, en compañía del cocinero y de dos muchachas de la cocina. Precisamente entonces se estaba abrochando la bragueta. Se dirigió al garaje sin apresurarse, con una caja de municiones a la espalda. Vio a Porta desde lejos.

—¡Acompañaremos a un general! —gritó—. ¡Vamos a visitar a un mariscal!

No tenían precisamente el aspecto de soldados en día de desfile. El comandante del aeropuerto recibió una fuerte impresión cuando se presentaron a él.

El general Burgdorf lo encontró divertido. Le gustaba esa clase de soldados. Les dio un puñado de cigarros a cada uno, y no dirigió una sola mirada al comandante.

Cruzaron Roma a cien kilómetros por hora. El oficial ayudante de Burgdorf, un capitán, tenía los ojos cerrados y hubiera querido apearse, mientras el general apreciaba aquella loca carrera. Desde el primer momento, había comprendido que Porta sabía manejar un volante. Pero no dejó de pestañear cuando oyó que Porta le decía a *Hermanito* que vigilase el camino y le advirtiera de los baches, pues el eje delantero seguía averiado.

Esquivaron dos tranvías por un pelo, bajo una lluvia de insultos y maldiciones por parte de los conductores y los pasajeros.

Un agente de Policía, todo salpicado de barro, tuvo que dar un salto para no ser aplastado, y decidió pasarse al *maquis* aquella misma noche.

El general escuchaba, con interesada sonrisa, la conversación entre Porta y *Hermanito* en la parte delantera del coche. Tenía que confesarse que eran los soldados más duros que jamás hubiera visto. No parecían en manera alguna impresionados por el hecho de llevar a un general en el coche. Éste comprendió, por sus palabras, que habían resuelto robar un cerdo. Y, por añadidura, un cerdo del Cuartel General.

Burgdorf no daba importancia a estas pequeñeces. Él no había venido a Italia para ocuparse de raterías.

Porta explicaba minuciosamente a *Hermanito* cómo prefería las morcillas. De cuando en cuando, soltaba el volante y hacía grandes ademanes para explicar mejor sus ideas.

—Hay que llenar bien las tripas —vociferaba, para dominar el ruido del motor—. Se ponen pasas sin pepitas. Y, cuando se revuelve la sangre, hay que hacerlo con movimientos regulares. No hay que echar demasiada harina ni esas otras porquerías que suelen meter los campesinos avariciosos. Después, hay que mojarlas en melaza y espolvorearlas con azúcar moreno y canela. Existen bárbaros que las hinchan con compota de manzana. Es algo que desapruébo en absoluto.

—¿Prefieres las morcillas calientes o tibias? —preguntó *Hermanito*, lamiéndose los labios—. Yo las prefiero tibias, pues así puedes comerlas más de prisa.

—¡No, no! —exclamó Porta—. Tienen que estar bien calientes. Sólo tienes que soplar un poco y regarlas con cerveza fresca.

Con un gran chirrido de frenos, el «Kübel» se detuvo ante el Cuartel General, en Frascati.

Un teniente aviador, bajo la escalera, lanzándose prácticamente al espacio, abrió la portezuela y ayudó al general y a su ayudante a apearse.

El general miró de soslayo a Porta y a *Hermanito*, los cuales, despreciando la disciplina, habían permanecido sentados. Se encogió de hombros con aire resignado, y subió la escalera. Aquella caza no valía la pena.

El teniente no comprendió el motivo de la risa del general.

Cuando llegó Burgdorf, se estaba celebrando una conferencia de Estado Mayor en el cuartel del comandante del Ejército del Sur. Tres oficiales y dos suboficiales se apresuraron a ayudar al general a despojarse de su sucio abrigo de cuero. Burgdorf les detuvo con un ademán.

—Mi general, ¿desea usted que redacte un informe sobre la falta de disciplina de los cabos del «Kübel»? —preguntó servilmente el teniente.

El general Burgdorf sonrió, sarcástico.

—Escuche, teniente: si deseo hacer alguna observación, se lo haré saber a su debido tiempo. El bolsillo derecho de su guerrera está desabrochado, y, ¿desde cuándo tienen derecho los tenientes de Infantería a llevar espuelas? ¿Acaso las llevo yo, que soy general? Tenga la bondad de entregar a mi ayudante, antes de mi partida, una nota referente a su poco reglamentario uniforme.

El teniente murmuró algunas palabras incomprensibles. Antes de la guerra, había sido maestro en un *bled* perdido en las montañas de Bohemia, donde era el terror de los muchachos.

Burgdorf le miró de arriba abajo.

—¿Tiene usted pistola? —preguntó.

—Sí, mi general —ladró el teniente, haciendo chocar sus espuelas

antirreglamentarias.

—Magnífico —sonrió Burgdorf—. Sin duda, sabrá cómo emplearla. Hasta la vista, teniente.

La palidez de los presentes se acentuó. Burgdorf tocó, con su bastón de mando, el hombro de un capitán de Caballería.

—¿Quiere usted informar al comandante en jefe de que deseo hablar con él a solas?

—Mi general, lamento tener que informarle respetuosamente que esto será imposible. El mariscal está celebrando una conferencia secreta de Estado Mayor. Están elaborando los planes del próximo ataque y de la defensa de la Línea Gustav —añadió el capitán, después de reflexionar un momento.

El general Wilhelm Burgdorf rió de buena gana, al comprobar que el capitán no sabía que tenía ante él al hombre más poderoso de la Wehrmacht.

Se volvió a un ayudante.

—Vaya inmediatamente en busca de los dos hombres del «Kübel».

—A la orden, mi general.

—A propósito —dijo Burgdorf—, dígales que traigan sus pistolas ametralladoras.

Tres minutos después, Porta hacía su ruidosa entrada, seguido de cerca por *Hermanito*.

Burgdorf sonrió brevemente.

—Vosotros, los dos bandidos, seréis hasta nueva orden mi guardia personal. Si arrojo mis guantes querrá decir que tenéis que disparar sobre todo bicho viviente.

—No será la primera vez que lo hacemos —dijo *Hermanito*, que consideró oportuno dar algunos detalles—. Una vez, acompañamos a un general de Cuerpo de Ejército. Y nos dijo lo mismo. Sólo que él tenía que arrojar el gorro, en vez de los guantes.

Burgdorf prefirió hacer caso omiso de la locuacidad de *Hermanito*. Se volvió al oficial de Caballería.

—Tengo prisa, capitán. Supongo que sabe usted que estamos en guerra. El ejército de Italia no es más que una rueda de nuestra maquinaria. Vaya a anunciar mi llegada a su comandante.

El capitán desapareció sin hacerse rogar.

Burgdorf caminaba arriba y abajo, con las manos cruzadas a su espalda. Su sonrisa se había desvanecido. Su largo gabán de cuero flotaba a su alrededor.

Porta y *Hermanito* permanecían inmóviles como dos columnas de piedra a ambos lados de la gran puerta de doble batiente, con las pistolas ametralladoras apretadas bajo el brazo y con las cartucheras abiertas de par en par.

Burgdorf se detuvo y contempló de cerca los ángeles dorados y ridículamente mofletudos que coronaban la puerta. «Si existen los ángeles —pensó—, no creo que

se parezcan a éstos». En la pared de la izquierda, había un retrato de tamaño natural del rey Víctor Manuel.

El general Burgdorf se plantó delante del retrato para examinar al pequeño rey, tocado con su enorme y grotesco quepis.

—También llegará tu turno, soldadito —gruñó—. En nuestro mundo nuevo, no habrá sitio para los reyes.

La puerta se abrió bruscamente. El mariscal Kesselring, alto, robusto, con su uniforme gris azulado de aviador, llenaba todo el marco de aquélla.

—¡Qué sorpresa, mi querido Burgdorf! ¡Naturalmente, siempre estoy libre para usted!

El general Burgdorf sonrió mientras examinaba atentamente la punta de su cigarrillo.

—Señor mariscal, le doy las gracias por su acogida. Esto facilitará mi labor. Deseo hablar a solas con usted.

A una seña del mariscal, los oficiales se apresuraron a salir. Porta y *Hermanito* se quedaron.

—Señor mariscal, circulan por Berlín los rumores más extravagantes sobre nuestras tropas de Italia. ¿Ha entablado usted negociaciones con los americanos? Por ejemplo, sobre la retirada de las tropas alemanas en Roma. Quiero decir: ¿Ha cedido usted a la idea fija de hacer de Roma una ciudad abierta? Sabemos que un general americano se encuentra allí.

—Imposible, Burgdorf. Yo lo sabría también.

—Imposible no, señor mariscal. Pero no se trata de esto. Se trata de saber si está usted al corriente de ello y si se ha entrevistado usted con ese general enemigo.

—Le doy mi palabra de honor, Burgdorf, de que no es así.

—Le creo, pero ¿tampoco hubo negociaciones secretas?

El mariscal Kesselring movió negativamente la cabeza; pero su curtido rostro había perdido su hermoso color.

—¿Es verdad que las santas reliquias de Monte Cassino han sido retiradas de allí? Debe estar usted enterado de lo que hace el general Conrad, ¿no? Hace unos días, la radio aliada informó al mundo entero de que la División «Panzer» «Hermann Goering» estaba saqueando el Monasterio. Parece, en cambio, que el comandante en jefe no sabe nada de este saqueo. ¿Acaso duermen sus oficiales de información? Propongo que celebremos un Consejo de Guerra dentro de media hora. Sabemos en Berlín que el teniente coronel Schlegel, de la División «Panzer» «Hermann Goering», celebró una conferencia con Conrad, el cual dio todas las facilidades para que fuesen saboteadas las órdenes del Führer. Éste quería que todas las antiguallas del Monasterio fuesen destruidas por los bombardeos americanos. El general Freyberg, de Nueva Zelanda, pedía precisamente bombarderos americanos para destruir el

Monasterio. Sus colegas del otro lado no se mostraban muy entusiasmados; pero nuestro amigo de Nueva Zelanda es muy terco y, sin duda, acabará por convencerlos. Y, ahora, su maldito general de División y un teniente coronel que es un cretino vienen a estropearlo todo. ¿No comprende lo que buscamos? Imagínese los titulares de todos los periódicos del mundo. Los gángsters angloamericanos destruyen las preciosas reliquias del Occidente católico. Incluso tenemos comandos dispuestos a liquidar ese viejo loco de Diamare. Lo cierto es que acabarán por bombardear el Monasterio. Pero importa, sobre todo, que todos los tesoros perezcan al mismo tiempo. Pueden remplazarse los monjes y reconstruiré los edificios, ¡pero no los objetos! Freyberg está firmemente convencido de que nuestros agentes dicen la verdad cuando cuentan que estamos convirtiendo el Monasterio en una fortaleza inexpugnable. Y, en el momento antes de que los otros saqueen, pediremos a los buenos padres que declaren que ningún soldado alemán puso jamás los pies en el Monasterio. ¡Una propaganda formidable! La única ventaja del transporte de Schlegel es que la columna de camiones fue vista y fotografiada por los aviones de reconocimiento aliados. Esto es agua para el molino de Freyberg. Ahora debemos asegurarnos de que hasta la última reliquia está a salvo. El Führer está furioso. El *Obergruppenführer* Müller se encuentra ya en Roma. Tiene un usted un pie en el Consejo de Guerra, señor mariscal. Habrá que hacer ver que estaba usted perfectamente al corriente de estos malditos transportes. En otro caso, el mundo entero nos acusaría de pillaje. Es un lujo que no podemos permitirnos ahora.

El mariscal había palidecido intensamente.

—No comprendo, Burgdorf.

Éste sonrió aviesamente.

—Sin embargo, creo haberme explicado con toda claridad. ¿Quiere usted comparecer ante un Consejo de Guerra, acusado de alta traición, o prefiere sacar usted mismo las castañas del fuego? El *Gruppenführer* Müller está en la Via Tasso. No le disgustaría pillar a un mariscal en sus redes.

—Me ofende usted, general. Esto es una injuria grave, —gritó el mariscal, fuera de sí.

—Temo que sus ideas sobre la época actual son un poco confusas. La Alemania de hoy no es la del Káiser. Somos un Estado nacional-socialista. Todos los medios son buenos para el Reich, con tal de alcanzar sus fines.

»El Führer quiere resolver la cuestión judía. Yo no comparto personalmente todas las ideas políticas del Führer. Pero soy soldado y juré fidelidad, lo mismo que usted. (Dejó caer su puño cerrado sobre la mesa veneciana).

»Si recibo una orden, la cumplo al pie de la letra. Me gustan los niños, sobre todo, los pequeños. Sin embargo, si dentro de una hora recibo la orden de matar a todos los niños de Europa menores de dos años, los haré matar, sean cuales fueren mis

sentimientos personales. Y, si uno de mis oficiales DO cumple estrictamente mis órdenes, le llevaré ante el Consejo de Guerra. ¡Conocemos sus convicciones religiosas!

—¿No cree usted en Dios, general Burgdorf?

—Prescinda de lo que yo creo. Soy soldado, desde que tenía dieciséis años. Y el oficio del soldado es la guerra. Y, en la guerra, hay que matar. Cualquiera diría que usted no lo ha comprendido aún. Le pongo sobre aviso. En este momento, tenemos a treinta y seis generales en Torgau. Mañana por la mañana, algunos de ellos serán pasados por las armas. Como puede usted ver, me acompañan dos cabos. Fueron puestos casualmente a mi servicio hace una hora y media. Pertenecen a un regimiento «Panzer» especial de su ejército. Son soldados que crucificarían a Jesús por segunda vez, si les diesen orden de hacerlo.

Burgdorf se acercó al mariscal y blandió el *quepis* ante su rostro, con ademán amenazador.

—Tampoco vacilarían en llevarse a un mariscal y comandante en jefe detrás de las barracas y meterle una bala en la cabeza.

—Burgdorf, le advierto, a mi vez, que daré cuenta de su absurda conducta al *Reichmarschall*.

Burgdorf le respondió con una risa despectiva.

—Supongo que no creerá que he venido por mi propia iniciativa —dijo—Tengo órdenes directas del Führer, y no estoy solo. En lo que atañe al *Reichmarschall*, no espere nada de él. Ya hace tiempo que cayó en desgracia. Dicho sea entre nosotros, el Führer no puede verlo ni en pintura. A decir verdad, la aviación no goza ahora de sus preferencias. El Führer considera que el Ejército del Aire está constituido por un hatajo de fracasados.

—Mis cazadores paracaidistas se baten como diablos en Italia. Si esto continúa como hasta ahora no habrá supervivientes.

—Lo cual no hará verter lágrimas al Führer —replicó Burgdorf, secamente—. Puedo llevarle a usted a Berlín y encerrarle en Torgau. Desde allí, pasará por dulcemente a la vida eterna, un día al amanecer, por no haber sabido impedir este asunto de Monte Casino. Mañana, a las once, tengo una reunión muy importante con dos generales de División y algunos comandantes de regimiento para tratar la operación «Rabat». Y si llega la menor noticia al Vaticano, le haré a usted responsable señor mariscal. El *Oberführer* Müller, del Servicio de Seguridad, está que echa chispas. Contamos con agentes en el Vaticano que nos tienen al corriente de todo. Queremos provocar a Pío XII, para que proteste de las persecuciones de los judíos, ¡y lo lograremos!

—¿Pretenden arrestar al Papa? ¡Pero esto es una locura! ¡Supongo que está usted bromeando, general!

—Jamás hablé más en serio. ¿Cree usted que tengo tiempo para bromas?

—Es imposible —jadeó el mariscal, con voz enronquecida, mientras jugaba nerviosamente con su Cruz de Caballero.

—Es muy posible —dijo Burgdorf, en tono despectivo, zanjando la cuestión—. No será la primera vez en la Historia que el Papa es hecho prisionero.

—¿Y qué pretenden lograr con ello?

—Lo mismo que cuando quemamos las sinagogas y los judíos. Su labor consiste en ejecutar las órdenes que recibe de Berlín. —Burgdorf apoyó las manos en la mesa veneciana y concluyó—: ¡Si se lo ordenan, matará usted al Papa de un balazo en la nuca!

—Es algo diabólico —murmuró el mariscal.

—Transmitiré sus palabras al Führer, cuando le presente mi informe. ¿No sabe usted que el Führer está por encima de toda crítica? Tenemos varios hombres para remplazarle a usted. Pero vayamos al grano: ¿cumplirá usted, o no, su juramento? Usted es creyente, y juró sobre la Biblia.

—Jamás renegaré de mi juramento, general.

—No esperábamos menos de usted, señor mariscal. Berlín sabrá justificar la liquidación del Pontificado. El catolicismo es nuestro adversario más peligroso.

—Cualquiera diría que viene usted de la casa de Stalin, general.

Burgdorf golpeó sus botas brillantes con la fusta. Las franjas rojas de su pantalón relucían como sangre.

—Nuestra guerra no es una guerra nacional. Si la perdemos, será el final de nuestro papel de gran potencia, es decir, de nuestra propia existencia. Por esto la conducimos con dureza y una brutalidad como jamás se vieron. Ya le he dicho que no retrocederemos ante ningún medio, con tal de lograr nuestro fin. Cuando Berlín le transmita la palabra clave «Rabat», su deber de comandante en jefe del Ejército del Sur es asegurar su ejecución. —Burgdorf miró, pensativamente, a través de la ventana—. El plan «Rabat» es totalmente secreto, no existe ningún documento que pruebe su existencia. —Sonrió y dio un fuerte golpe en sus botas con la fusta—: El Kremlin y la Prinz Albrecht Strasse tienen una buena cosa en común: ambos cuentan con el criterio desprovisto de imaginación del burgués medio. Una operación debe ser colosal para que parezca absolutamente increíble. Y, si algunos cerebros lúcidos piensan que la operación tuvo lugar, la cosa carece de importancia, desde el momento en que la gran masa es demasiado lerda para concebirlo. Cuando la verdad histórica empiece a manifestarse, la gente se llamará a engaño.

El mariscal miraba fijamente a Burgdorf, como si estuviera pensando que el general estaba loco o que era un emisario del diablo.

—Si perdemos la guerra —dijo con voz quebrada—, la verdad histórica nos juzgará según nuestros méritos, en toda su brutalidad.

Burgdorf negó con la cabeza.

—Berlín sabrá obrar con tal eficacia que rebasará los límites de la más fértil imaginación. Ante todo, el mundo quedará bajo los efectos de la impresión. En seguida, vendrá la duda, y, antes de diez años, la burguesía se negará pura y simplemente a reconocer los hechos. El Papa teme a Stalin y a Hitler, para lo cual no le faltan razones. Le llevaremos a Berlín. Razón oficial: asegurar su protección.

—¿Después de la ocupación del Vaticano por las tropas alemanas? —preguntó el mariscal, incrédulo—. Nadie nos creará.

—¿De veras cree que somos tan torpes, en Berlín? —Burgdorf sonrió, despectivamente—. Las tropas alemanas ocuparán el Vaticano después de un ataque a éste por una banda de partisanos al mando de los judíos y los comunistas. ¿Por qué cree usted que hemos reorganizado un Batallón disciplinario en Roma?

—¿Y no existe el peligro de que esa gente nos delate? —preguntó, inquieto, el mariscal.

—Ninguno de ellos sobrevivirá. El regimiento «Panzer» especial cuidará de ello.

—¿Soldados alemanes disparando sobre soldados alemanes?

—El regimiento «Panzer» no disparará sobre soldados alemanes, sino sobre bandidos con uniforme italiano.

—El mundo no aceptará jamás la exterminación de los católicos —replicó, tercamente, el mariscal—. Se producirá una violenta reacción.

—El exterminio ha empezado ya —respondió Burgdorf—. En Dachau, hemos ejecutado a mil doscientos curas. En Plotzensee, hay muchos de ellos que esperan su próximo fin. ¿Ha oído usted alguna protesta? Yo, no.

—Pero ¿y el concordato? Supongo que significa algo.

—No tiene el menor valor —respondió Burgdorf—. ¡Como nuestras promesas a los judíos! Si se quiere evitar que cunda el pánico entre las reses a sacrificar, hay que tranquilizarlas antes de llevarlas «matadero. El Führer dijo, en 12 de septiembre de 1933: «El concordato no me interesa en absoluto, pero nos da tranquilidad en nuestra lucha contra los Judíos y nos servirá más tarde para otros fines».

—No comprendo cómo pudo el Vaticano firmar un concordato que más tarde podía volverse contra él.

—¡Bah! El Vaticano no tenía más remedio que correr el riesgo —respondió Burgdorf, impaciente—. Había que impedir cosas mucho peores que la muerte de unos cuantos millones de judíos. Hay treinta millones de católicos en Alemania, y piense en sus correligionarios de otros países. En cambio, todo esto son bagatelas para el *Reichsführer*. Tenemos en Alemania a diez millones de librepensadores fanáticos, que degollarían encantados a todos los católicos si el *Reichsführer* SS les da carta blanca el día de mañana.

—Entonces, no comprendo, Burgdorf, por qué Berlín tiene tanto empeño en que

el Papa proteste contra las persecuciones de los judíos.

Burgdorf sonrió con indulgencia.

—Y, sin embargo, está clarísimo, e incluso temo que sospechen algo en el Vaticano. Si el Papa eleva una protesta hoy, mientras ocupamos Italia, vulnerará las leyes sobre seguridad del Estado. Con ello, nos dará un excelente motivo para apoderarnos de su persona, ya que habrá manifestado oficialmente su actitud hostil. Una vez alejado el Papa de Roma, nos ocuparemos de todo lo demás.

—Esto implicaría la guerra contra cuatrocientos millones de católicos fervientes. ¡Es una monstruosidad irrealizable!

—No hay nada irrealizable, con tal de no plegarse a un humanitarismo mal comprendido. Nosotros estamos todavía en una fase experimental, en lo tocante a la supresión de los elementos indeseables. Y el mariscal Stalin verá esta liquidación con simpatía. En Berlín, como en Moscú, se sabe que no podrá establecerse un mundo nuevo sin el total exterminio de la Cristiandad.

—El mundo se rebelará en cuanto lo sepa —gritó el mariscal, desesperado.

Burgdorf meneó la cabeza.

—Las cifras son ya muy elevadas, y no impresionan. El hombre medio no puede creerlo. En Kiev, eliminamos en dos días a treinta y cuatro mil judíos y gitanos. En Polonia, ejecutamos diariamente de cuatro a seis mil personas. En Oswiecim, liquidamos unas seiscientas mil, y en Auschwitz, unas ochocientas mil. Desde 1940, hemos matado unos dos millones de judíos. Si hubiéramos tenido tiempo, habríamos matado seis, o diez, o veinte millones. El mundo conoce ya estas cifras espantosas. Pero la población ha llamado embusteros a los periodistas que las han revelado. Por el contrario, si hubiésemos ejecutado a ochocientos niños, en vez de ciento treinta y cinco mil, el mundo entero habría empezado a rugir. Pues ochocientos es una cifra comprensible para cualquier cretino.

Burgdorf se puso la fusta bajo el brazo, se abrochó los guantes y se ladeó el quepis sobre la sien.

—Señor mariscal —prosiguió—, si su conciencia le impide cumplir su juramento, escribanos y será inmediatamente relevado de su cargo. Creo innecesario recordarle las consecuencias que tendría esta actitud. Un soldado no debe reflexionar sobre las órdenes que recibe, sino limitarse a ejecutarlas. Sucede, en ocasiones, que el soldado se ve obligado a hacer una labor desagradable. Pero, para nosotros, sólo cuentan las órdenes del Führer. Su voluntad es nuestra voluntad. Su confianza en la victoria es nuestra confianza en la victoria.

Burgdorf levantó la fusta, saludó brevemente y se marchó.

Plantado en medio de la estancia, el mariscal siguió con la mirada al fogoso general.

Porta tensó la cuerda de su arco. La larga flecha partió. Se hundió en el cuello y salió por la nuca del alto y desgarbado capitán americano. Éste vaciló y cayó de bruces. La flecha se rompió.

Porta explicó:

—Soy un gran jefe. Si esto continúa así, me haré llamar Ojo de Halcón.

En el transcurso de los dos días siguientes, repitió ocho veces la misma operación.

Los americanos nos interpellaron. Querían saber quién era el arquero. Un negro había desertado de sus filas. Creían que era él y nos ofrecían un montón de cosas si se lo devolvíamos.

—No hay negros entre nosotros —gritó Heide—, y menos de esos malditos judíos.

Les hicimos una señal, con trapos blancos atados a la punta de nuestras bayonetas. Porta salió de la trinchera.

—Alejad a vuestros oficiales —gritó Heide—. ¡Ojo de Halcón sólo dispara contra los oficiales!

Porta agitó su arco. Sus cabellos rojizos brillaron bajo el sol.

—Te saludo, Rostro Pálido —gritó.

Los americanos lanzaron sus cascos al aire, celebrando la ocurrencia. Un sargento gigantesco, de lustroso uniforme, asomó en la trinchera americana.

—Aquí, Oso Gris, de Alaska. ¿Cuántos años has cumplido, Ojo de Halcón?

—Ocho años.

—¡Qué arrapiezo! ¡Yo llevo veinticuatro! Maté al cerdo de tu padre en Verdún.

—Esto es una asquerosa mentira —gritó Porta—. Mi viejo está cumpliendo su tercer año de encierro en Moabit, celda 840, sección disciplinaria. ¡Es un duro, y de los buenos!

El sargento puso un pedazo de madera sobre su casco.

—Imbécil de Kraut, has usurpado un nombre de piel roja. Yo represento aquí a mi tribu. Dispara sobre este pedazo de madera y te saludaremos. Somos tres indios en nuestro regimiento. Si fallas el blanco, iremos a buscarte esta noche y te cortaremos las pelotas.

Porta sacó una flecha del carcaj que llevaba a la espalda. Tensó la cuerda y apuntó con gran cuidado

—Déjalo —le aconsejó El Viejo—. Si le matas, los otros se vengarán.

—Que la santa Virgen guíe tu mano —murmuró el padre Emmanuel, santiguándose.

Centenares de gemelos enfocaron el madero puesto sobre el casco del sargento indio.

En medio de un silencio mortal, la flecha silbó, se clavó en el madero y lo arrastró en su vuelo.

Gritos de entusiasmo brotaron de ambas trincheras.

Cascos y carabinas fueron lanzados al aire. Llevamos en triunfo a nuestro vencedor a lo largo de la trinchera.

El sargento levantó las manos por encima de la cabeza saludando a Porta vencedor. En aquel momento, apareció el Tuerto.

—¡Mierda de burdel! Parece que os hayan mordido monos rabiosos. Merecéis que os lleven ante el Consejo de Guerra.

Y la guerra proseguía...

LA GUERRA PERSONAL DEL COMANDANTE MIKE

La lluvia mezclada con nieve nos inundaba el rostro, caía del borde de nuestro casco, se fijaba en los pelos de la barba, formaba una dolorosa gotera sobre nuestros labios.

—¡Ya esto llaman la Italia soleada! —se quejó Porta.

Marchábamos en columna de a dos por la falda de la montaña. Encaramado en lo alto, encima de nuestras cabezas, se hallaba el Monasterio. Pero no era éste nuestro objetivo, íbamos al otro lado, hacia monte Caira. Los exploradores nos habían señalado la presencia de japoneses en esta zona.

—¡Apretad las filas —ordenó Mike—, y no chilléis tanto!

La oscuridad nos envolvía como un edredón. La artillería tronaba en el Sudeste. Bengalas de bellos colores de cola de pavo real surcaban el cielo. El espectáculo era tan admirable que de buen grado nos hubiéramos detenido a contemplarlo, si no hubiese sido tan peligroso.

Llevábamos una misión especial. Lo cual no tenía nada de extraordinario; estábamos acostumbrados. Habíamos cavado tres grandes fosas comunes justo antes de abandonar el rincón donde descansábamos. Esto nos importaba poco, pues ninguno de nosotros pensábamos reposar allí jamás.

Porta había dispuesto un lugar de dimensiones especiales, destinado a *el Verraco*. Éste acababa ser despedido de la oficina. El ayudante había sin puesto de patitas en la

calle. Su regreso a las filas había sido recibido por Mike con una risotada.

—Estás demasiado gordo, Stahlschmidt. Tendrías que adelgazar. Te nombro mi correo personal ^[32].

Porta y *Hermanito* empezaron inmediatamente consolar a *el Verraco*.

—No tienes que hacer más que cabalgar, pasando en zigzag entre los obuses, y evitar poner tu cabezota al alcance de los fusiles de los francotiradores.

El Verraco tuvo el tiempo justo de echar una mirada al correo a quien había de remplazar. El cerebro le salía del cráneo. Aún vivía, pero murió antes de nuestra partida. *El Verraco* se hizo cargo de su cartera.

Un obús estalló muy cerca. La Compañía se dispersó en un segundo. Lo había oído llegar. Mike estuvo a punto de tragarse su enorme cigarro.

—«¡Hombre! ^[33]» —exclamó *Barcelona*—. ¡Estos malditos obuses llegan tan bruscamente...!

Reemprendimos la marcha. Nadie había sido herido. Porta y *Hermanito* flanquearon a *el Verraco*, obligándole así a integrarse en el segundo grupo.

—No tienes suerte, ¿he, Stahlschmidt? Obuses, bengalas, bayonetas dentadas y horribles sables de samurai, que apuntan a tus partes. ¡Lanzallamas para afeitarte! ¡Ah, ja, ja! Se estaba mejor en tu jaula, en Altona ^[34]. En la guerra, es como en el cine: las mejores localidades son las de atrás. En las de delante, le escuecen a uno los ojos. Pero, consuélate: te hemos reservado un lugar muy calentito en la fosa común. ¡Por algo somos amigos!

—¡Y un cuerno! —gruñó *el Verraco*—. ¡Reirá bien quien ría el último!

—¿Cuánto es lo máximo que puede durar un correo de Compañía? —preguntó *Hermanito*.

—Si va con los Exploradores, hay que calcular siete días —dijo Heide, riendo satánico—. Con la Infantería, de cinco a diez. Pero, con nosotros, nunca dura más de cuarenta y ocho horas.

Hermanito trazó la señal de la Cruz sobre el rostro de *el Verraco*.

—¿Eres católico? —le preguntó.

—¿Qué diablos puede importarte? —gruñó *el Verraco*.

—Yo creo que deberías ir en busca del capellán y pedirle que te administre la extremaunción, pues estoy seguro de que no saldrás de ésta.

Y *Hermanito* relinchó de gozo, riendo su propia gracia. Un cuarto de hora más tarde, seguía riendo.

—En el fondo, es lástima que un graduado de tanto porvenir deba morir en la flor de su juventud —filosofó *Barcelona*.

—Es la dura ley de la guerra —decretó Porta, y miró fijamente a *el Verraco*—. ¿Acaso piensas en soltar las armas, Stahlschmidt?

Hermanito asió a *el Verraco* por la barbilla.

—Todavía no —anunció—, pero todo llegará.

El Verraco le propinó furiosos golpes con su cartera.

—¡Soy soldado desde hace más tiempo que tú, saco de mierda!

—Soldado de pacotilla —dijo *Hermanito* riendo—. Lástima que Walt Disney no te conociese. ¡Le habrías servido de modelo para su lobo feroz!

Hermanito había visto cuatro veces una cinta de Walt Disney y se había revolcado por el suelo, muerto de risa, las cuatro veces. Era uno de esos seres afortunados que pueden divertirse eternamente con la misma cosa.

Poseíamos un viejo aparato de proyección. Una especie de monstruo enorme. Sin embargo, lo arrastrábamos con nosotros.

Habíamos llegado a un bosque, todos cuyos árboles habían sido heridos por los obuses. Hay que haberlo visto para creerlo. Los cadáveres de aquellos árboles se erguían acusadores, apuntando al cielo.

Bromeamos mientras lo cruzábamos. *El Verraco* seguía siendo nuestro mejor blanco. Cuando Gregor Martin descubrió el cadáver de un suboficial de cuchara de palo, traspasado por un tronco de árbol, lleno de sangre, y apestando, fue el disloque.

—Mira —rió Gregor—, ¡uno de tus colegas! Es curioso, pero la mayoría de ellos la palman de este modo.

—En cuanto a mí, prefiero ser un soldado raso que un suboficial carcelero degradado —gritó Porta, desde la última fila, donde estaba cambalacheando con unos cigarrillos de opio.

—Hemos visto a algunos de esta raza despidiéndose del mundo —añadió *Barcelona*, en tono lleno de amenaza.

—¿Os acordáis de aquel imbécil de Minsk? —gritó *Hermanito*, muy satisfecho—. Murió con un pedazo de alambre alrededor del cuello.

Señalando hacia atrás con el pulgar, *El Viejo* dio un codazo a *el Verraco*.

—Esto no pinta muy bien, Stahlschmidt. Cualquiera diría que van detrás de tu pellejo.

—Después de las vacas gordas, vienen las vacas flacas —citó sentenciosamente *Hermanito*.

Varios obuses cayeron a poca distancia detrás de nosotros.

—No me gusta —murmuró *El Viejo*—. La cosa está que arde.

Todo silbaba. Estallaba. Retumbaba. Nos acercábamos a la sima de la muerte, el sector más temido del frente de Casino, una zona angosta y descubierta. Estaba sembrada de centenares de cadáveres hinchados de hombres y caballos. Sólo un cinco por ciento de las secciones de Intendencia lograban cruzarla.

Tirados por el suelo, había víveres bastantes para alimentar a cinco Divisiones.

—¡Abrid las filas, abrid las filas! —se oyó gritar—. ¡Atención a los cigarrillos!

Estalló una nueva salva. Empezamos a correr. Jadeando como locomotoras, nos

echábamos al suelo y avanzábamos a rastras.

Alguien se desprendió de su bolsa de granadas. Era Brandt *el-tiro-al-flanco*. El Viejo le amenazó con dejarlo seco si no iba a buscarla en seguida.

Un 75 mm se hundió en el suelo. Brandt cayó de rodillas. La sangre manó como una fuente del lugar en que, dos segundos antes, había estado su cabeza. Después, se derrumbó sobre las granadas.

El Viejo y yo lo empujamos brutalmente y asimos la bolsa. Brandt ya había sido olvidado.

Los obuses caían como granizo. Algunos hombres chillaban. Cada cual sólo pensaba en sí mismo. Las piernas avanzaban maquinalmente. Sólo teníamos un pensamiento: salir de la sima de la muerte. ¡Ponernos a cubierto! Ya no sentíamos el choque de la ametralladora contra el casco, ni advertíamos las correas que nos segaban los hombros. Las pesadas cargas de municiones parecían ligeras. ¡Adelante! ¡Adelante! No hacía falta que nos animasen.

Un ayudante que corría a mi lado quedó con ambos pies destrozados.

El suboficial Schrank de la 7.^a sección se detuvo y miró, con asombro, la ametralladora y sus dos brazos arrancados que yacían en el suelo, ante él. En mitad del sendero, el soldado primera Lazio se sentó y trató de introducir de nuevo los intestinos en su abdomen desgarrado.

El teniente Gehr corría en círculo, gritando como un loco y apretando los puños sobre lo que habían sido sus ojos.

Por fin, cruzamos la sima de la muerte... Habíamos dejado en ella una cuarta parte de la Compañía.

¡*El Verraco* no era el único que se había cagado en los calzones!

Descansamos. Nuestros semblantes habían cambiado. Habíamos llegado: justo detrás de la línea de combate. La dama de la guadaña nos había dado unas palmadas en la espalda. No éramos los mismos, No podíamos explicar lo que nos había ocurrido. En aquel momento, éramos homicidas peligrosos. Es posible protegerse contra un obús, pero es difícil escapar a un soldado del frente, que mata por temor a que le maten.

Comprobarnos nuestras armas por última vez. Qué diferente era esto de nuestros desfiles en el puesto de guarnición, cuando cantábamos:

Ein Tiroler wollte jagen

Einen Gemsbock silbergrau...

Los francotiradores se apostan en los árboles con su fusil telescópico. Apuntan siempre entre los ojos. Y uno muere..., cae el telón. Un proyectil cualquiera o un casco de granada se hunden, a veces, en el casco. Si hay suerte, le mondan a uno la

cabeza. Pero si el trozo de metralla penetra en la base del cráneo, entonces, camarada, vendrá a buscarte la ambulancia. Todavía tendrás una posibilidad de salvarte, aunque muy remota. Si no están demasiado ocupados, lo médicos te sacarán del apuro, pero tendrás que permanecer meses enteros en el hospital. Habrá que «reeducarte». Pues, sí, lo habrás olvidado todo: hablar, caminar, tocar. No sentirás nada. ¡Te digo lo habrás olvidado todo! Tal vez te volverás loco antes de volver a aprenderlo todo.

*Die blauen Dragoner sie reiten
mit klingendem Spiel durch das Tor...* [35]

Amigo, tú sabes lo que es tener dolor de muelas. Lleno de temores, fuiste a casa del dentista. Éste muy amable. Te anestesió. Te dio un par de sellos para que los tomaras en tu casa, si te dolía. En cambio, ahora, no has tenido anestesia ni sellos cuando un casco de obús te ha hecho saltar todos los dientes y un buen pedazo de mandíbula. Asombrado, contemplas tus dientes ensangrentados en el barro, a tus pies. Cuando te hayan remendado, ni tu madre te reconocerá, y, si tu amiguita no está ciega, no querrá saber nada más de ti. Las muchachas con alma de hermana de la caridad abundan poco, y tú asustas a todos.

*Wenn die Soldaten durch die Stadt marschieren
offnen die Mädchen Fenster und die Turen...* [36]

También pueden darle a uno en plena columna vertebral. En este caso, te quedas paralítico o vas a la deriva. Si te ocurre esto, jamás volverás a ser como antes. Durante innumerables noches, rugirás de dolor, y la guerra será eterna para ti. No volverás nunca a tu casa. Si sales del hospital, morirás. De momento dices: antes morir que vivir así. Pero, ya lo verás, llegará un día en que preferirás «vivir así» a morir.

*Ich bin ein freier Widbretschütz
und hab' ein weit' Revier...* [37]

¿Qué soldado alemán no ha cantado la alegre balada del cazador furtivo que ridiculiza al guardabosque? Pero, si un día te sientas en un hoyo lleno de barro, apretando los dedos sobre una arteria abierta del muslo, no cantarás esta canción. Será tu vida lo que tendrás bajo la mano. Llamarás desesperadamente al camillero, al buen Samaritano, con su brazal de la Cruz Roja. Pero éste no llega. Tiene otras cosas que hacer. Está muy ocupado socorriendo a los que pueden salvarse. En cuanto a ti,

estás perdido. Todavía no lo comprendes. Tu herida no tiene el aspecto muy grave; pero no se puede suturar. Contemplas asombrado la sangre que corre por encima de tu mano. Al cabo de media hora, mueres dulcemente. Te has vaciado.

*Auprès de ma blonde,
Qu'il fait bon dormir...* [38]

¿Has probado alguna vez a verter una gota de ácido sobre tu mano? Duele. Escuece y quema. Pero puedes ponerte pomada para aliviar el dolor. Imagínate, camarada, lo que será el gemir a solas en un cráter de obús lleno de agua, con el bajo vientre perforado por un casco de bomba de fósforo que te roe lentamente las entrañas. Tardarás tres o cuatro horas en morir, y te aseguro que ni un solo instante tendrás ganas de canturrear:

*We've been working on the railroad
All the live long day,
Just to pass the time away...* [39]

¿Has estado alguna vez a punto de asfixiarte? Es horrible. Imagínate lo que será que te arranquen la nariz y los labios, y que tu garganta se llene de polvo que levantan los carros de combate al pasar. Poco a poco, tu rostro se pone azul. Emites un extraño estertor. Al rato, mueres, ahogado por el polvo del camino.

*Sonce nysenko
Wetchir bkysenko,
Spischu do tebe...* [40]

Si recibes una ráfaga de ametralladora en el vientre, caes hacia atrás como un saco. Jamás hacia delante. Después, te incorporas y permaneces sentado, las piernas separadas, plegado en dos por un dolor ardiente, atroz. Algo te devora interiormente. De momento, no te das cuenta de que vas a morir. Al cabo de tres horas, sufres una sed espantosa, pero nadie te dará de beber. Los heridos del vientre no pueden beber jamás. Uno de tus camaradas restaña la sangre de tu herida. Tal vez un enfermero tendrá tiempo de hacerte una transfusión de sangre, alargando unas horas tu agonía. Si tienes un verdadero amigo en la Compañía, éste apoyará su pistola en tu nuca y apretará el gatillo. Pero estos amigos escasean, y esta acción se llama asesinato.

Es ist so schön Soldat zu sein! Rosemarie... [41]

Podría contarte muchas otras cosas. Un casco de obús en la rótula; un ojo extirpado que cuelga de un tendón y roza tu mejilla; el rostro destrozado por un fragmento de bomba explosiva. Los órganos genitales hundidos en el vientre; la mitad de una hoja de puñal entre las costillas; los brazos y las piernas arrancados en un campo de minas; la parte inferior del cuerpo aplastada bajo la oruga de un tanque; asarse en una fogata de aceite inflamado; una bala en los pulmones o en los riñones.

Me preguntas por qué te cuento estos horrores que te producen náuseas. Es preciso. Debes saberlo. ¡Qué hermoso es ser soldado! Rosemarie...

En el frente, no hay tambores ni trompetas. Suplicas alternativamente a Dios y al diablo que te ayuden... Sin resultado. Ambos tienen demasiadas cosas que hacer en una guerra. Me dirás: ¿por qué Dios ha permitido esto? Y se lo echarás en cara. Pero Dios no lo permitió. Él solo dio libertad a los hombres, incluso para hacer la guerra. Un ladrón y un asesino no pueden culpar a la Policía de que ellos sean ladrones y asesinos. Tampoco tú puedes culpar de la guerra a Dios.

Hemos sustituido a los paracaidistas. Estaban agotados. Ni siquiera se han despedido al alejarse en formación de marcha. Sólo tenían una idea: partir.

Una hora más tarde sufrimos el primer ataque. Eran japoneses. Rodamos por el suelo, enzarzados en furiosos combates cuerpo a cuerpo.

El legionario y yo logramos emplazar una ametralladora.

Lanzamos una andanada a lo largo de la trinchera. Esto causó pérdidas a los dos bandos, pero ¿qué otra cosa podíamos hacer? Había que obligar a los amarillos a salir, y lo conseguimos. Gracias al legionario. Éste desprendió la ametralladora de su soporte, la apretó contra su cadera y lanzó su:

—*Allah el akbar! ¡Viva la Legión! ¡Adelante! ¡Adelante!*

Le seguimos, como habíamos hecho tantas veces en Rusia; incluso Mike le siguió.

Hermanito cogió una azada de zapador, agarró a un japonés por el tobillo y le aplastó el cráneo contra una piedra.

Unos minutos más tarde, los amarillos se retiraban, presa del pánico.

Habíamos encontrado a *Barcelona* en un *bunker*, con una cuchillada en el vientre. Su agresor yacía en un rincón, con el cráneo hendido. *Barcelona* fue enviado a la retaguardia con los enlaces. Esto nos costó seis cigarros, un reloj, tres bolsitas de opio y doce fotos francesas. Era un precio excesivo, pero *Barcelona* era un buen compañero.

El médico le administró una fuerte dosis de morfina.

Esto significaba un hombre menos en nuestra sección. Un momento antes de su partida, le dio a *El Viejo* la reseca y arrugada naranja que había traído de España. Tenía una idea fija: nada podía ocurrirle, mientras la naranja permaneciese en poder de la 5.^a Compañía. *El Viejo* tuvo que jurar sobre un crucifijo, pedido prestado al

capellán, que guardaría la naranja en el bolsillo derecho hasta el regreso de *Barcelona*. Después, éste nos dijo adiós, desde su camilla improvisada: un capote entre dos fusiles. Les seguimos con la mirada hasta que hubieron cruzado la sima de la muerte.

Aquella noche, apresamos a un chiquillo. Cruzaba el río y cayó en manos de una patrulla. Imposible hacerle hablar. Al ser registrado en el *bunker* del Estado Mayor, encontraron en sus bolsillos granos de diferentes clases. Nada más. Sometido a interrogatorio, acabó declarando que se llamaba Gigi, un diminutivo común a millares de chiquillos italianos de diez años.

El oficial de información de la División acudió personalmente, pero tampoco él pudo sacarle nada al muchacho. Lo enviaron a retaguardia, con una patrulla. Por la noche, supimos que lo habían fusilado. Habían descubierto el significado de los granos: el trigo representaba los tanques, el maíz, los cañones; las pipas de girasol, las ametralladoras; las pepitas de manzana, los regimientos. A sus diez años, el rapaz era el mejor espía de Italia. Había visto morir a su padre y a su madre en una calleja de Roma. Su odio contra los alemanes era tan feroz que él mismo había cortado el cuello a un policía militar.

Dos días más tarde, los americanos pidieron noticias del pequeño. Les dijimos lo que sabíamos. Nos maldijeron y mataron a cinco de los nuestros como represalia.

En la sima de la muerte, una pequeña campesina pendía de un árbol desde hacía ocho días. La habían sorprendido cuando estaba enterrando minas. A la orilla del río, había dos soldados sentados y atados, espalda contra espalda, con alambre espinoso. Habían sido sorprendidos detrás de línea del frente. Los cazadores de cabezas los habían conducido hasta allí y les habían disparado un balazo en la nuca. Arrojamlos los cadáveres lo más cerca posible de la trinchera de los americanos para impresionarlos. Empezaban a descomponerse, pero no podían ser enterrados. Ahora, ya no se veían. Formaban parte del paisaje, como aquel viejo sauce que estaba a punto de caer al río.

Nuestro instinto nos ponía sobre aviso. El instinto seguro del combatiente de primera línea. Sin que nadie nos lo ordenase, empezamos a cavar pozos individuales, el mejor refugio del infante contra los carros blindados.

Los granaderos del 134.º se reían de nosotros.

—No vendrán carros por aquí. Vosotros, los blindados, veis carros por todas partes.

—¡Ve y que te frían un huevo! —gruñó el legionario—. Vendrán. ¡Ya lo veréis!

Y vinieron. Cuando menos lo esperábamos, después de medianoche. Encendieron sus proyectores y persiguieron a los granaderos como a liebres.

Salimos de las trincheras y nos metimos en nuestros pozos individuales. Después, diezmamos las primeras oleadas de Infantería y pusimos fuera de combate a un carro

detrás de otro.

Treinta y seis braseros ardían en la noche. Diez carros lograron regresar.

Mucho antes de terminar el ataque, Porta y *Hermanito* salieron a la caza de dientes de oro. Les habían dicho que los japoneses los llevaban en abundancia. Sufrieron un terrible desengaño: sólo nueve dientes. Resolvieron probar suerte al amanecer. Con la oscuridad, podían haber pasado muchos por alto.

Por vigésima vez, al menos, Mike les amenazó con el Consejo de Guerra. Pero esto no les daba frío ni calor. Nada podía detenerles. *Hermanito* me mostró, con orgullo, una pieza excelente, un enorme canino.

Nos hicieron avanzar hasta nuevas posiciones, en la cota 593. Frente a nosotros se hallaba la 3.^a División de Texas. Divisábamos hasta Rocca Junula, donde llovían los obuses.

Mike se pasó muchas horas con los gemelos pegados a los ojos. Buscaba antiguos conocidos. El 133.º de Infantería americana ocupaba una posición frente a nosotros, un poco a la izquierda. Mike había seguido sus cursos en él.

Presentimos que Mike estaba rumiando una charranada. Odiaba aquel regimiento. De pronto, reconoció algunos rostros. Empujando al observador artillero, cogió el teléfono y llamó al comandante de Artillería.

El teniente Frick quiso impedírselo.

—No hagas eso, Mike. ¡Nos aplastarán!

Mike mostró su dentadura de lobo y se puso uno, sus grandes cigarros en la boca.

—¡Déjame en paz! Ésta es mi guerra personal. Hace años que sueño en este momento.

Llamo a Porta. Éste se pavoneaba con un arco de dos metros y medio que había encontrado al lado de un americano muerto. Mike le mostró un blanco:

—¿Ves aquellos tres arbustos al lado de la roca?

Porta asintió con la derecha.

—Un poco a la derecha —prosiguió Mike—, hay una abertura. ¿La ves?

Porta miró con los gemelos. Lanzó un silbido.

—Ya está. Es un *bunker* de observación.

Mike rió entre dientes, mascando su cigarro.

—No exactamente. Es el *bunker* de su Estado Mayo. Allí dentro hay un cerdo que estaba conmigo en la Compañía F. ¿Serías capaz de enviarle una flecha con un mensaje?

—No es imposible —dijo Porta.

Mike arrancó una hoja del carnet de observación y escribió a toda prisa:

Joe Dunnawan, ¿te acuerdas de Michael Braun? Estuvimos juntos en los cuarteles de Shuffield. Te chivaste, Dunnawan, y por tu culpa me echaron a la

calle. Ahora, soy comandante.

Iremos a arrancarte la piel desde el culo hasta las orejas. Hay una cuenta pendiente entre los dos, Joe. Dios me es testigo de que te encontraré, aunque te ocultes en el cuartel del general Clark.

Dentro de tres minutos justos, os mandaré una andanada de abusos. Escóndete bien, Joe si no quieres que te hagan papilla. Lo sentiría. Te quiero vivo. Te aseguro, Joe, que chillarás como chillábamos todos en el calabozo de la guarnición, cuando Sólo-una-pata, el comandante, nos daba de latigazos.

Hasta pronto, Joe.

MIKE BRAUN,
Comandante
y jefe de Compañía

Porta fijó la carta a la flecha, tendió la cuerda y apuntó con gran cuidado. La larga flecha emprendió el vuelo.

Mike puso su cronómetro en marcha, corrió al teléfono y, con una sarcástica risita, dio la orden a la batería pesada «Haubitz». Después, llamó a la batería lanzacohetes.

Hacía tres minutos exactos que Porta había lanzado su flecha cuando todo el campo empezó a retumbar, como si centenares de locomotoras pasasen sobre nuestras cabezas. Automáticamente, pusimos rodilla en tierra. Un muro de fuego, de tierra y de piedras se había levantado sobre las trincheras enemigas. Era la «Haubitz»: diez andanadas. Cinco segundos más tarde, la batería lanzacohetes entró en acción. Las «Haubitz» eran terribles, pero parecían juguetes al lado de los cohetes de 30 centímetros con sus largas colas de llamas. Los habíamos visto actuar en otras ocasiones, y siempre nos habíamos pegado al fondo de nuestra trinchera. Sabíamos que la batería constaba de tres lanzacohetes, y que cada uno de éstos tenía diez bocas. Tres veces diez de esos terribles ingenios, y todo porque Mike estaba personalmente resentido con un hombre. Mike estaba sentado en el fondo de la trinchera y reía diabólicamente.

Después del ataque de la artillería, se hizo un silencio siniestro.

—¡Atención! —nos previno el teniente Frick—. Responden.

Durante un cuarto de hora, nos lanzaron obuses de todos los calibres. Después, se hizo de nuevo el silencio.

Mike estaba en su *bunker*, maquinando nuevas tretas. Poco después de cerrar la noche, pidió voluntarios para una misión de reconocimiento. Una patrulla de

«asalto», nos dijeron. Pero todo el mundo había oído hablar de la guerra personal de Mike.

Nadie se ofreció. Mike nos trató de gallinas y de cobardes. Nos importaba un bledo.

—¡Yo me pondré al frente de la patrulla! —declaró Mike, como si esto pudiera cambiar las cosas.

Mike no nos inspiraba confianza como jefe de patrulla nocturna. Por su parte, no se atrevía a designarnos de oficio. Si el golpe fallaba, podía tener desagradables consecuencias. Los de enfrente no eran precisamente niños de pecho.

Nadie quiso salir de patrulla aquella noche, a pesar de que Mike llegó a prometer sesenta cigarrillos de opio y una autorización a Porta y a *Hermanito* para salir a la caza dientes de oro.

El hombre hizo cuanto pudo. Pero ni las promesas ni las amenazas sirvieron para nada.

Al día siguiente, por la mañana, los americanos empezaron a burlarse de Mike. Nos enviaron una bota vieja y agujereada, conteniendo una rata muerta. Todos comprendimos la alusión.

Después, gritaron en su altavoz.

—No te hemos olvidado, Braun. Jamás un canalla más grande vistió el uniforme americano. Ahora, estás en el sitio que te corresponde, con los *Kraut*. Te espero. No tardes en venir. Mike Braun, comandante de mierda, prometemos veinte mil dólares y tantos cigarrillos como puedan transportar dos hombres a los muchachos de tu Compañía dispuestos a liquidarte y enviarnos tu cabeza. Y, si ellos no lo hacen, ¡lo haremos nosotros!

Sus comandos permanecieron en su puesto durante todo el día y nos causaron once bajas. Un poco después de medianoche, pillaron a nuestros centinelas. Gracias al legionario no llegaron a nuestras trincheras. Éste salía del *bunker* para hacer una necesidad, cuando vio unas sombras que corrían. Disparó inmediatamente. Sólo después de diez minutos de duro combate logramos ponerlos en fuga; pero habíamos perdido otros diez hombres. No había derecho. Era una cuestión entre ellos y Mike, que para nada nos afectaba. Se habían pasado de la raya.

Mike se frotó las manos entusiasmado cuando el legionario le hizo saber que se había formado la patrulla de asalto. Querían ir en busca del compañero de Mike a las siete, en el momento del rancho. Estarían entretenidos soplando la sopa y, como también para nosotros era la hora del yantar, se creerían seguros durante un rato. Esto había sido idea del legionario. Sin embargo, hubo un poco de oposición. Porta, en especial, que sólo vivía para tragar, maldecía como un loco.

Ni el propio Mike parecía entusiasmado con el plan. Pero el legionario se salió con la suya. *Hermanito* y Heide cortaron las alambradas y, rápidos con el rayo,

pasamos al otro lado y nos metimos en los cráteres de los obuses, precisamente enfrente de las posiciones enemigas. Habíamos quitado el seguro a las granadas de mano y a las ametralladoras. Oíamos las risas de los americanos.

Con sus gemelos infrarrojos, Mike, descubrió a su amigo. En voz baja, ordenó a *Hermanito* que le ayudase a apresar a Joe Dunnawan.

Al parecer, los americanos sólo pensaban en su comida. Mike dio la señal de ataque.

Nos lanzamos adelante. Una granada cayó sobre un barreño y éste salió despedado por los aires. Lanzamos minas y granadas de mano al interior de sus refugios y barrimos la trinchera con nuestras pistolas ametralladoras.

El tumulto se generalizó. Unos minutos más tarde emprendimos la retirada. De paso, habíamos podido inutilizar sus ametralladoras. Jadeantes, nos refugiamos en nuestras trincheras.

Mike estaba verde de furor. *Hermanito* había tratado a Dunnawan con excesiva brutalidad y lo había estrangulado. Todo lo que Mike podía hacer era patear furiosamente el cadáver. Y lo que aumentaba todavía su rabia era la imposibilidad de castigar a *Hermanito*, ya que la operación había sido completamente ilícita.

Durante los días siguientes, nos divertimos tirando al blanco con arco y con cerbatana.

Empezó a llover. Teníamos frío, con nuestros trajes camuflados. Mirábamos el monasterio, que parecía un puño amenazador erguido sobre nuestras cabezas. Una mañana, muy temprano, el horizonte del Sudoeste se inflamó de pronto. El cielo resplandeció. Se veía como una serie de altos hornos. Las montañas vacilaban. Todo el valle temblaba de espanto. Ocho mil toneladas de acero caían sobre nosotros. Empezaba el mayor bombardeo de artillería de la Historia. En un solo día, cayeron sobre nuestras posiciones tantos obuses como en Verdún durante toda la batalla, y esto, sin descanso, hora tras hora.

Nuestros refugios se hundían sin cesar. Con las manos, con los pies y con los dientes, nos abríamos camino hacia la luz. Nos habíamos transformado en topos. Nos apretábamos contra el muro de la trinchera, o mejor dicho, contra lo que quedaba de él. Un infierno de artillería, el más atroz que jamás hubiéramos visto. Un carro de treinta y ocho toneladas saltó por el aire. Apenas había aterrizado sobre la torreta, patas arriba, cuando la presión del aire le hizo recobrar su antigua posición.

Una Compañía entera, que cruzaba una trinchera, fue enterrada viva en pocos segundos. Aquí y allá, sobresalían el cañón de un fusil. Y eso era todo.

Por la noche, se dieron los primeros casos de locura. Los infelices eran golpeados hasta que parecían comprender. Pero no siempre podíamos atraparlos antes de que se echaran de cabeza en aquel infierno de acero ardiente.

El teniente Sorg se desangraba. Tenía ambas piernas amputadas. Nuestros dos

enfermeros habían muerto. Uno de ellos, aplastado por una viga; el otro, cortado en dos por un obús que estalló delante de él. Precisamente, iba a socorrer al teniente Sorg. *Hermanito* estuvo a punto de quedarse sin nariz. El legionario y Heide se la aguantaron mientras Porta la cosía. Esto ocurrió en un rincón del refugio, detrás de un montón de cadáveres. El bombardeo prosiguió toda la noche y todo el día siguiente. Hacía ya tiempo que nuestras baterías habían sido destruidas y nuestros carros de combate ardieron antes de que pudiésemos utilizarlos.

De pronto, el bombardeo cesó, para proseguir en seguida a nuestra espalda. ¡Fuego de barrera! Los otros salieron de sus agujeros y de sus refugios: verdaderos diablos. Gritaban, aullaban. Seguros de su victoria, se lanzaban adelante, convencidos de que no había supervivientes. Nosotros permanecíamos pegados a los agujeros y a las rocas, con nuestras ametralladoras y nuestros lanzallamas.

Pasaron corriendo, y nosotros seguimos haciendo el muerto. Venían otros, continuamente. Uno de ellos dio una patada a mi casco. Me zumbó la cabeza. ¡Ya verás, cerdo! ¡No saldrás de ésta con vida! Por el rabillo del ojo veía pasar muchos pies: altas botas americanas con cordones; polainas blancas francesas; polainas inglesas. Todos estaban allí. Había también algunos negros, con los semblantes grises de terror.

Una voz ronca ordenó:

—¡Adelante! ¡Adelante!

Una ametralladora empezó a vomitar plomo. Yo rodé sobre mí mismo y saqué la mía de entre el barro. *Hermanito* sostuvo la cinta. ¡Carguen, fuego! Las balas se hundieron en la espalda de los soldados de uniforme caqui. Una carnicería. Trataron de rendirse. Pero la muerte hacía su siega.

Les atacamos con bayonetas y con azadas. Caminábamos sobre cadáveres; resbalábamos sobre intestinos; estrangulábamos a nuestros semejantes con las manos desnudas.

¡Mata, soldado, mata por la patria y por la libertad... que nunca alcanzarás!

Con mi azada, hendí la cara de un sargento negro. Su sangre me salpicó. Me refugié en un hoyo Profundo y fangoso. Algo rebullía allí. Bajo un casco plano, apareció un rostro. Lancé un grito de horror, golpeé con la azada y vacié mi pistola sin alcanzar al hombre. Se levantó, vacilante. Le golpeé en el vientre. Volvió a incorporarse, con una bayoneta en la mano. Di un salto, le arranqué la bayoneta y le golpeé varias veces el rostro con mi afilada azada.

¡Pro patria! ¡Adelante, oh, héroe, adelante con tu azada y con tu bayoneta!

Pusimos una barrera en la Via del Capuccino. La idea fue de Carl. El agente de la circulación nos echó una mano. Colocamos unas vigas a ambos extremos de la calle. Mario fue a buscar las bolas. Después, jugamos una partida de petanca.

Naturalmente, no faltó gente que protestara; pero el guardia se puso a chillar. Toda la calle participó de nuestro juego. Nos divertimos como chiquillos, aparte de algunas discusiones con conductores de taxi y cocheros, que no comprendían el motivo de que la calle estuviera vallada.

El silencio sólo era interrumpido por el ruido de las bolas. Tirábamos de rodillas. Tomábamos las medidas y discutíamos de firme. La lluvia nos impidió continuar.

No quitamos la barrera. Ésta podría servirnos al día siguiente.

Después, echamos a andar en dirección al burdel de Maria de'Fiori, pero, durante el trayecto, reñimos con unos bersaglieri. Fue delante de la gran pastelería de la Via del Corso. Rompimos una de las grandes puertas de cristal. Entonces, acudieron los carabinieri. Sólo detuvieron a los bersaglieri. Nosotros nos habíamos refugiado en un burdel.

—Se está bien en Roma —dijo Carl.

DE PERMISO, EN ROMA

El camión estuvo a punto de volcar en un cráter de obús, varias veces.

Oímos crujir los permisos en el bolsillo del pecho, bajo el áspero tejido de la chaqueta de camuflaje. Unos pedazos de papel que significaban quince días de olvido, en Hamburgo. El ayudante había hablado vagamente de la posibilidad de obtener un permiso para el extranjero. Pero el regimiento no los daba. Si, por casualidad, lograba que me extendiesen uno en Hamburgo, podría ir a Copenhague. Para hacer..., ¿qué? ¿Continuar hasta Suecia, para que los suecos me entregasen al recibir la orden de extradición? Pues se daba el caso de que eran especialistas en la materia. Hacía sólo tres días que habíamos pasado por las armas a dos aviadores que habían desertado de Roma y llegado a Suecia, hasta Estocolmo. Habían regresado, esposados y escoltados hasta Helsingborg por la Policía sueca, la cual los había entregado a la Policía Militar. Los ejecutamos: un pelotón del Regimiento «Panzer»

disciplinario. Uno de ellos empezó a lanzar maldiciones contra Suecia.

—¡En, tú! ¿Adonde vas? —me preguntó un viejo cabo, con las charreteras blancas de los granaderos.

Le miré, sin responder. No tenía ganas de hacerlo.

—Te he preguntado adonde vas —insistió, como un campesino testarudo.

—¿Te importa algo, viejo chocho? ¿Acaso te pregunto yo adonde vas tú?

—Mereces una buena corrección, hijito. ¿Podría ser tu padre!

—Bien, ¡adelante! Te espero.

Me desabroché el cinturón y lo enrollé en mi mano.

El hombre vaciló, sin comprender el motivo de mi furia. Yo necesitaba pelearme con alguien. El viejo me venía de perillas. Si se decidía a dar el primer paso, le mataría. Le haría trizas. ¡Y al diablo las consecuencias! Sentía la necesidad de hacer cosas desesperadas. Después, todo iría mejor. Sesenta y dos horas en la torreta de un carro apestando a aceite; valía la pena.

Estaba rodeado de caloyos. Pero, al fondo, vi a dos marinos de sucio y desteñido uniforme. Los botones de sus chaquetas estaban cubiertos de cardenillo. Uno de ellos había perdido la cinta de su gorra, y ni con la mejor voluntad del mundo hubiera podido leer lo que estaba escrito en la de su compañero. Por sus insignias comprendí que pertenecían a los submarinos. Me hubiera gustado discutir con ellos, y advertí que el sentimiento era recíproco. Pero, como yo, tenían miedo de dar el primer paso. Tal vez no cruzaríamos nunca una sola palabra, aunque hiciésemos sesenta kilómetros juntos en un camión saltarín.

A falta de una ocupación mejor, empecé a limpiarme las uñas con mi bayoneta. Esto hubiera hecho saltar a Porta. Un verdadero soldado de vanguardia no se limpia jamás las uñas. Cuando Porta tomaba un baño, cuidaba muy bien de no mojarse las manos para no quitarse su pátina. A *Hermanito* no se le planteaba nunca este problema; él, por cuestión de principio, no se bañaba nunca: se le olía a cinco kilómetros a la redonda. Y tenía el récord de los piojos en la División. Un granadero del 433.º lo había detestado durante casi tres meses: trescientos doce piojos en dos horas. *Hermanito* lo había batido con trescientos cuarenta y siete piojos en una hora y media. Porta y él habían intentado criar una nueva raza, cruzando piojos con una cruz en la espalda con otros rayados. Desgraciadamente, los rayados se comían a los otros. *Hermanito* era también el único de nuestro grupo que tenía ladillas. Estaba muy orgulloso de ello. De buen grado le habríamos comprado algunas, pero pedía demasiado: veinticinco gramos de oro la pareja.

La historia de las ladillas había empezado con los americanos. Durante nuestras patrullas nocturnas, les habíamos oído hablar. Un cabo de Infantería de Marina sostenía que no se podía ser buen combatiente sin haber tenido ladillas. Cuando atacamos su trinchera, unas horas más tarde, Porta le cortó el cuello a aquel cabo. Al

registrar los bolsillos del muerto, *Hermanito* encontró una cajita de hojalata llena de ladillas.

Aquel cabo tenía que producirnos no pocas preocupaciones. En 1916, había servido en la Legión Extranjera, en Flandes. El legionario estaba furioso. Cargó con el cadáver y lo enterró en el huerto, detrás del monasterio. Él y *Barcelona* confeccionaron una cruz. A esto, siguió una gran discusión para decidir lo que había que escribir en la cruz. La mayoría eran de la opinión de que había que poner: «Cabo de marines U.S. Robert Kent». Pero el pequeño legionario se emperraba en poner: «Legionario de 1.^a clase Robert Kent».

Quería también pintar de verde los brazos de la cruz, pues era el color de la Legión. Nosotros queríamos pintarlos de rojo y blanco, los colores de la Infantería de Marina de los Estados Unidos.

Por fin, nos pusimos de acuerdo: un hábil monje grabó en la cruz:

Aquí yace el legionario de 1.^a clase Robert Kent, del 3.^{er} Regimiento extranjero, muerto bajo el uniforme de los fusileros de Marina de los Estados Unidos, El 2.º Regimiento extranjero te saluda: ¡Viva la Legión!

El día siguiente, el furor del legionario fue terrible cuando advirtió que, aprovechando la oscuridad de la noche, alguien había grabado el águila americana en el centro de la cruz. Durante tres días, él y *Hermanito* buscaron, sin encontrarlo, al culpable.

Yo disponía en Roma del tiempo justo para coger el expreso del Norte. Pero tenía que hacer un encargo de *el Tuerto* en el Hospital Militar. Consistía en entregar un paquete a una doctora. Algo increíble: nuestro general estaba enamorado. Tenía curiosidad por conocer a su amiguita. Si era como él, no sería una vista muy agradable. El propio Wallace Beery, el más basto de los actores feos, era un dios, comparado con *el Tuerto*.

Pero era hermosa, extraordinariamente bella. ¡Y sustituí a *el Tuerto* en el lecho de la dama!

Llevaba los bolsillos atiborrados de cartas pasarlas de contrabando, sin que la censura metiese las narices en ellas. Había materia para acusar de alta traición a toda la Compañía. La carta más peligrosa era la que dirigía Porta a un amigo desertor que estaba emboscado desde hacía cinco años. Con la ayuda de un agente de Policía, había organizado una «red» para ayudar a los que estuvieran en condiciones de pagar. Pero ¡ay del pobre incauto cayese en manos de aquella banda! Porta sostenía relaciones de negocios con ellos, aunque no sabíamos de qué «negocios» podía tratarse. Después de la guerra, el compañero de Porta llegó a ser comisario de Policía de una importante ciudad alemana. Para no exponerme a un juicio por calumnia,

prefiero no revelar el nombre de aquel pillastre.

El camión llegó a Roma y se detuvo en el patio de un cuartel. Una jaula inmundada de paredes desconchadas. Sus primitivos huéspedes brillaban por su ausencia. Estaban en los arenales de África o se pudrían en los campos de prisioneros de Libia. Un centinela gritó:

—¡Déjanos en paz! —respondió uno de los marinos, saltando del camión.

Uno al lado de otro, y con la mochila a la espalda, los marinos cruzaron la puerta del cuartel, moviendo las caderas. Les alcancé, haciendo oídos sordos a los gritos del patán.

Olían a aceite y a agua salada.

Caminamos largo tiempo, con una breve parada en la escalera de la plaza de España.

En la Via Maria de'Fiori, entramos en un bar; una especie de angosto pasadizo con un largo mostrador.

Dos rameritas, que no tenían aire de novicias, descansaban apoyadas en la barra.

Un agente de la circulación, con las gafas colgadas del cuello, hablaba a voz en grito. Tenía un cigarro en la comisura de la boca. Llevaba el uniforme salpicado de barro. Al vernos, enmudeció.

El dueño del local, un hombre rudo con jersey y servilleta atada al cuello, limpiaba negligentemente un vaso.

El policía murmuró en voz baja:

—*Attenzione!* ¡Son sucios *boches!*

Uno de los marinos, el más bajito, se aproximó al polizone, llevándose la mano derecha a la empuñadura de su machete.

—Camarada —dijo—, tú eres romano. Nosotros tres somos alemanes. Somos unos buenos chicos que no nos metemos con nadie, a menos que nos busquen las cosquillas. Creo que el amo, detrás del mostrador, estará de acuerdo conmigo. No exige más que lo que se le debe. Ese par de damas son señoras bien, cuando se les da lo que les es debido. —Se interrumpió, sacó el machete, se limpió los dientes con la punta y se abalanzó materialmente sobre el policía. Su cuello se alargó, mostrando la piel roja y tostada. La clase de piel que tienen los supervivientes cuando son sacados en el último momento de un lugar lleno de vapor—. Pero ¿lo ves?, ninguno de nosotros va sucio.

Soltó el machete y golpeó el mostrador con la palma de la mano.

—¡Sírvanos cerveza! ¡Tres cuartos y un cuarto de *slibowitz!* Después, ¡champaña de pobre! ^[42]

El amo rió, complaciente. Después, se enjugó la panza con la servilleta.

—Quieren achisparse de prisa, ¿eh?

Se frotó las nalgas y, a continuación, descorchó con los dientes una botella de

champaña.

Contemplamos los cuadros colgados detrás del dueño del bar; mujeres desnudas, salpicadas de cagadas de mosca; esas ilustraciones que sólo advierten los parroquianos nuevos. Los habituales del establecimiento habían dejado de mirarlas.

Aún no habíamos cruzado una palabra. Es algo que nunca debe hacerse antes de tomar la primera copa. Hay que respetar ciertos ritos. ¿Qué pueden decirse unos hombres antes de haber brindado juntos?

El dueño del bar tardó un cuarto de hora en preparar la mezcla. Se estaba rajando.

Brindamos y echamos un largo trago. Uno de los marinos, largo como una pértiga, ofreció cigarrillos «Camel». Se rascaba entre los muslos, observando a las dos ramera.

—Tenemos que llegarnos al hospital —explicó—. Carl se rompió algo. Uno de esos malditos anguilas ^[43] cayó encima de él. Además, necesitamos un poco de engrase.

Se abrió la blusa de marinero para mostrarme a carne quemada.

—Nos han dado en la chola cerca de Chipre. Hacía cuarenta y ocho horas que estábamos sumergidos. El comandante perdió la paciencia. No quiso escuchar al segundo de a bordo. Hizo que sacasen el periscopio. Era demasiado joven; quería hacer el gallito. Veintiún años. Nuestro segundo ^[44] tenía cuarenta y siete, y la experiencia de un viejo lobo de mar. Cuando lo retiraron de la cabina, la carne no se aguantaba sobre sus huesos. Aceite hirviendo. Del comandante, ni rastro. Fundido como una vela. —El marino acariciaba su Cruz de Caballero—. Treinta y siete de los nuestros quedaron allí, pero logramos llevar el bote a puerto. Gracias al primer mecánico.

—¿Por qué cuentas todo eso? —chilló el bajito que era el llamado Cari—. ¡Brindemos!

Cada cual hizo su brindis. El dueño también. Incluso el polizante recibió nuestros cumplidos. Vaciamos el fondo de los vasos en los escotes de las muchachas.

Entró una nueva ramera.

—¡Caray, Otto! —murmuró Carl, dándole un codazo al largo—. Quiero zumbármela. ¿Cuánto crees que puede costar? De buena gana le daría quinientos por una noche.

Empezó a discutir el precio con la chica. Cerraron el trato a base de quinientos marcos y diez paquetes de «Lucky Strike». Vivía en el tercero. Otto y yo les seguimos.

El dueño del bar nos puso varias botellas de cerveza bajo el brazo.

—Iré a verles dentro de media hora —nos gritó—, cuando cierre la tienda.

Subimos por una escalera angosta, precedidos por la chica. Podíamos ver, bajo su vestido, unas bragas rojas con puntillas negras.

Carl emitió unos pequeños gruñidos, tocándole los muslos.

—¡Me gustas una burrada!

Avanzamos riendo por un largo y oscuro pasillo, chocando contra toda clase de obstáculos. Encendíamos cerillas por riguroso turno. De cuando en cuando, nos deteníamos a echar un trago.

Detrás de una puerta, gemía una mujer. Un hombre soltó una risotada lasciva; una cama crujió. Algo rodó por el suelo. Sin duda, una botella.

—Los hay que no se andan por las ramas —murmuró Otto, mirando por el ojo de la cerradura.

—*Sbrigatevi!* ^[45] —murmuró la chica, impaciente—. ¿Por qué os quedáis ahí? Si no venís, encontraré a otros. La noche es corta. Y tengo prisa.

—Eché hacia atrás sus cabellos negros como el azabache.

¿Y bien? ¿Queréis, o no?

—Ya vamos —gruñó Otto—. Sólo el tiempo de beber un trago. ¿Has observado, Cari, que todas las putas tienen prisa? Más que todos los hombres de negocios del mundo. ¿Te acuerdas de aquella chica larga y seca de Salónica, que tomaba sus clientes a pares?

—No me llaméis puta —chilló la muchacha, que comprendía un poco el alemán—. Para ti, marinero, soy una chica, un ratoncito, una nenita, todo lo que quieras, pero no una puta.

—Bueno, bueno... —otorgó Otto—. Vamos a rectificar la brújula. ¿Cómo te llamas?

—Lolita.

—Lolita —repitió Otto, a quien le gustó el nombre—. Lolita... Dime, Carl, ¿te has acostado alguna vez con una Lolita?

—No lo recuerdo. Lolita, ¡muéstranos tu hamaca!

—¿Dónde nos juergueamos la última vez, Carl?

Carl se rascó la oreja, pensativo.

—¿No fue cuando estuvimos de parranda en Bonn? ¿O fue en Brest?

Otto se echó a reír.

—No, fue en Trondheim. Tú resbalaste escaleras abajo y yo no podía salir. ¡Qué noche!

—¡Qué charlatanes sois! —gritó Lolita, desde el extremo del pasillo—. ¡Venid, y acabemos de una vez!

—No tienes que darme prisa —protestó Otto—. Te he pagado para la noche, y lo demás, es cuenta mía. ¿Quién te ha dicho que quería acostarme contigo? ¿Y si lo único que quiero es cantarte una nana?

Una botella de cerveza resbaló de los brazos de Otto, rodó por el pasillo y cayó escalera abajo. Al tratar el hombre de alcanzarla, soltó las otras, perdió el equilibrio y

rodó por la escalera con un estruendo ensordecedor.

Carl y yo corrimos en su auxilio. Empezaron a abrirse puertas. Hombres y mujeres chillaban a la vez, como sólo saben chillar los italianos. Un hombrecillo menudo, al lado de una muchacha enorme, nos prometió una buena paliza; pero, al ver a Otto, se retiró precipitadamente y se atrincheró detrás de la puerta, con ayuda de una cómoda y un bidet.

Apareció el dueño al pie de la escalera. Su cuerpo brillaba de sudor. Llevaba una porra en la mano.

—*Per Bacco! Accidenti!* ¿Os han faltado, muchachos? ¡Yo me ocuparé de ellos!

—No, no, sólo he perdido mi botella —respondió Otto.

—¿Se ha roto? —aulló el hombrón.

—No, por suerte. Pero ¡vaya porquería de escalera! Esto me recuerda Nagasaki. También había una mierda de escalera. Fue una noche en que pillé la viruela, con una japonesa que solamente tenía tres dedos en el pie derecho.

—¡La viruela! —chilló Lolita—. Gracias, no me conviene.

Echó a correr por el pasillo, y una puerta se cerró de golpe.

—¡Menudo idiota! —masculló Carl—. ¿Por qué tenías que hablar de tu viruela? ¿No comprendes que estas cosas son estrictamente confidenciales? ¿Acaso hablo yo de la blenorragia que me contagiaron en El Pireo? Todo ha sido por tu culpa, Otto. Tú te empeñaste en entrar en este maldito bar. Si hubiésemos abordado a las trotonas, como yo quería, no habría pasado nada.

—¿Y sabes tú si las trotonas llevan el culo limpio? —se defendió Otto—. Si estás de mala pata, atraparás lo que tengas que atrapar, aunque vayas a fornicar a un palacio con una princesa.

Nos sentamos en los peldaños de la angosta escalera para descorchar algunas botellas; después, volvimos a subir, muy despacio, deteniéndonos en cada escalón para echar un trago.

—La cerveza ya no vale nada —se quejó Otto—. Huele a cerveza, se llama cerveza y cuesta el precio de la cerveza, pero no es más que aguachirle. Cuando la cerveza empieza a hacerse mala, ha llegado el momento de poner fin a la guerra. No se puede hacer la guerra sin buena cerveza.

—¿Estáis en activo? —pregunté.

—¡Claro! —gruñó Carl. Y escupió en la pared—. Otto y yo fuimos juntos a la escuela, y juntos recibimos buenos palos. Nos enrolamos en la Marina en 1924. Era el único trabajo fijo que podían ofrecernos. Nos alistamos por doce años. ¿Por qué dividir la vida en pequeños retazos? Y esto es todo.

—¿Y no sois más que marineros? —pregunté, extrañado.

—Si hubiésemos querido —dijo Otto riendo—, haría ya tiempo que seríamos contramaestres. Peor nos degradaron cinco veces. Demasiadas historias de nalgas,

demasiada cerveza y... demasiados oficiales idiotas. Pero, hasta que vino esta puta guerra, nos divertimos mucho. Ahora, somos los únicos supervivientes de los trescientos setenta y cinco chicos de la vieja escuela de submarinos de Kiel.

—¿Y qué haréis cuando hayamos perdido la guerra y disuelvan la Marina?

—¡Charlas demasiado, hijito! —dijo Carl, moviendo la cabeza—. Nadie disuelve jamás a la Marina. A vosotros sí que os mandan al diablo. Naturalmente, nos quitarán los submarinos por una temporada. Nos emplearán en dragar minas. Ya lo heme ensayado. Y todo el mundo nos querrá. Beberemos cerveza a chorros, cuando estemos en tierra. Las dificultades serán para vosotros, los chicos de los tanques. Si quieres un buen consejo, ¡inscríbete en un cursillo de limpieza de minas! Será muy útil cuando esto termine. Vivirás a cuerpo de rey.

Otto había encontrado la puerta de Lolita. La amenazó con disparar contra la cerradura, si se negaba a abrir. Para hacerle comprender la gravedad de la situación, cargó ruidosamente su pistola.

—¡Aléjate de la puerta, voy a disparar! —gritó.

Lolita corrió dos cerrojos y prorrumpió en injurias.

Se abrió una puerta, al otro extremo del pasillo y una amable muchacha nos invitó a entrar.

Otto volvió la pistola a la funda. Lolita quedó olvidada, como si jamás hubiese existido.

Nos presentamos y estrechamos la mano de la chica. Se llamaba Isabelle. Tenía un tonel cerveza al lado del lavabo. Las jarras estaban colgadas del techo.

Otto se desnudó en seguida. Llevaba grandes agujeros en los calcetines y manchas de humedad en el pantalón. Señaló sus botas.

—¡Imposible secarlas! Tuve que hacer los últimos metros a pie. El barco de víveres no podía atracar. ¡Qué vida más perra!

—¿Y tú? —preguntó luego Isabelle, a mí—. ¡Aprovéchate, ahora que estoy en forma!

De momento, traté de escurrir el bulto. Los otros lo atribuyeron a timidez y me echaron una mano. Más vale que no diga cómo, pues podría incurrir en la ley contra la pornografía.

Carl nos interrumpió en plena acción, con una exclamación abominable:

—¡Muéstrame el brazo! Supongo que no estarás marcado, ¿eh?

Maquinalmente, alargué el antebrazo. Pero enseguida me subió la mosca a la nariz.

—¡Cerdos! ¿Qué os importa eso a vosotros?

Cogí un orinal medio lleno y lo arrojé sobre Carl. Éste se agachó, y el orinal alcanzó a Mario en plena cara. Este fue el principio de una batalla épica. Incluso Isabelle participó en ella.

Desde el fondo del patio subió el ruido de una botella al romperse contra una cañería. Pasos rápidos en la escalera. Botas claveteadas que procuraban no hacer ruido.

Mario pegó un salto.

—¡Oh! ¡Ya están ahí, muchachos! La ciega los ha oído y nos avisará. Salid a la cornisa. *Sbrigatevi!*

Me metí debajo de la cama, pero tiraron de mis pies.

—¡Cretino! —silbó Isabelle—. ¡Es el primer sitio donde mirarán!

Mario nos empujó hacia la ventana.

—¡Fuera, pazguatos! ¡Nada de vacilaciones! Si os encuentran, cerrarán el bar y todo el burdel. ¡Malditos alemanes! Podéis mataros entre vosotros. ¡Pero dejad en paz a los romanos!

Yo llevaba la pistola entre los dientes y un par de granadas de mano colgadas del cuello. Al mirar hacia abajo, sentí vértigo.

Carl estaba detrás de mí. Había olvidado su chaqueta y reía como un imbécil.

Los marinos arrojaron sus sacos al fondo del patio. No éramos los únicos que teníamos complicaciones en la casa. Estábamos agarrados a la fachada como racimos.

—No miréis abajo —nos aconsejó Isabelle.

¡Qué miedo tenía! ¡Verme perseguido por los míos! ¡Maldita sea la Policía de todos los países!

¿Por qué será la vida tan complicada? ¿Qué habíamos hecho? Una noche de libertad. Esto era todo. Y nos cazaban como asesinos.

—Me he dejado ahí dentro la cartuchera y el quepis —murmuré, excitado.

—¡Idiota! —silbó Cari, dando una patada en la ventana.

Mario asomó la cabeza.

—*Per Bacco!* Vosotros, alemanes, ¡sois una pandilla de imbéciles!

Y nos pasó los objetos olvidados.

Dos minutos más tarde, oímos cómo los dogos derribaban puertas. Injuriaban a Isabelle, golpeando a Mario, maldecían de Italia.

Arrancaron la ventana. Nos pegamos al muro, convirtiéndonos en ladrillos silenciosos. Si nos descubrían allí, sería la muerte cierta. Ninguna explicación podría salvarnos.

Quitó el seguro de mi «0'8». Carl tenía la anilla de su granada de mano entre los dientes.

A la luz de la ventana, vi un rostro de granito bajo un casco de acero brillante. Los rayos de una linterna de bolsillo barrieron el patio.

—¡Jesús, si es que existes, ayúdanos, sólo por una vez! ¡Mañana iremos a misa!

¡Oh! ¡Lo que llegué a rezar! Los policías vociferaban. Alguien gritó. Golpes de porra sobre carne.

Resonó un tiro de pistola. Cristales rotos. Juramentos.

—¡Atrapad a ese cerdo! —ordenó un vozarrón.

Las botas claveteadas bajaron ruidosamente la escalera. ¿Encontrarían al tipo que había disparado? No le dejarían un solo hueso entero. No se dispara impunemente contra un dogo. Motores de camión retumbaron en la calle silenciosa.

Pulgada a pulgada, fuimos avanzando a lo largo de la estrecha cornisa. Cuando ya nos disponíamos a volver a entrar por la ventana, Otto nos puso en guardia:

—¡Cuidado! ¡Tal vez han simulado que se marchaban!

Me ahogaba. Mi cerebro había dejado de funcionar. Me rompí una uña. La punta no se desprendió del todo y me molestaba terriblemente en cuanto movía los dedos.

Se abrió de nuevo una ventana. En ella asomó un casco brillante. Andaban, sobre el tejado. Los tres dejamos de respirar.

Después, Mario e Isabelle aparecieron en la ventana y nos ayudaron a entrar.

—¡Seréis mi perdición, malditos *boches*! ^[46] —gritó Mario—. ¡Nos hemos escapado de una buena! —Estaba empapado en sudor—. Si me tropiezo alguna vez con uno de esos tipos, lo estrangularé con mis propias manos. Mañana iré a misa. No creo en esto, pero por si acaso. —Se secó la frente—. Rita, la muy imbécil, tenía un tipo escondido en el armario. Un inglés, escapado hace tres meses de un campo de prisioneros. Yo lo había echado ya una vez a la calle. Le habían facilitado documentos italianos. Habría podido salir con bien, si no se hubiera metido en el armario. Pero el más lerdo sospecharía de un hombre oculto en un armario.

La habitación se llenó de gente parlanchina. Una verdadera torre de babel. Estábamos amontonados sobre el enorme lecho. La mayoría reíamos aliviados. Sin embargo, en un rincón, había una muchacha muy linda, cuyo rostro permanecía inexpresivo. El inglés era su amigo.

—Lo arrastraron por los pies escaleras abajo —murmuraba—. Su cabeza golpeaba todos los peldaños.

El agente de circulación a quien habíamos conocido al iniciarse la velada le ofreció una botella de licor. Ella rehusó, murmurando palabras indistintas.

—¿Dónde encontraron a Heinz? —preguntó un hombre de nariz puntiaguda.

—Debajo del lavabo de los retretes —explicó una muchacha gorda y de ojos enrojecidos—. Ya iban a marcharse, cuando uno de ellos se volvió y enfocó su linterna de bolsillo debajo del lavabo. No se enfadó ni mucho menos. Se echó a reír a carcajadas y le dio a Heinz: «Ven acá, pequeño. Debe de ser muy triste estar solo ahí dentro». Heinz debió de sufrir un ataque de locura. Disparó su pistola y le dio a un policía en el brazo. Acudieron los otros y mataron a Heinz a culatazos. Después, lo echaron a patadas escaleras abajo, como una pelota de fútbol.

—¿Estás segura de que Heinz murió? —preguntó Mario, entre dos tragos.

La gorda asintió con la cabeza.

—Detesto a los dogos —dijo Otto, convenido.

Y se disponía a explicar su idea, cuando Carl le interrumpió.

—¡Me importa un pepino! ¡Viva la guerra! ¡La paz será larga y terrible! ¿Acaso no tienes chicas, licor y buenos amigos? ¡Y los dogos se han marchado! ¿Qué más quieres todavía?

Isabelle puso un disco. Bailábamos como queríamos, sin preocuparnos de seguir la música. Una mujer salió con un ojo a la funerala. Mario rompió una botella sobre el cráneo del guardia. Orinábamos por la ventana. Esto no era fácil para las chicas. Teníamos que aguantarlas para que no cayesen. Nadie quería salir de la habitación, por miedo de que ocurriese algo interesante durante su ausencia.

El guardia y una muchacha tomaron la grave decisión de marcharse de este mundo. Prepararon su suicidio. Les ayudamos a llenar la bañera y les mantuvimos la cabeza debajo del agua durante un rato. Pero cambiaron bruscamente de opinión. Carl se enfadó, hizo chocar sus cabezas y les trató de idiotas y de faltos de carácter.

Las parejas yacían en el suelo, e incluso en la escalera. Mario me pisó los riñones con sus pies sucios. No porque quisiera molestarnos, a Anne y a mí, sino porque no tenía otro lugar donde ponerlos. Con la cabeza entre los enormes senos de Luisa, empezó a cantar:

Du hast Glück bei den Frauen, bel ami.

Gar nicht elegant, gar nicht charmant... [\[47\]](#)

Más que una canción, era una serie de berridos. Cada dos compases, el hombre echaba un trago. Se le había remangado la camiseta, dejando al descubierto un vientre velludo.

Otto y una chica salieron de debajo de la cama. Con su pie descalzo y no muy limpio, Otto empujó a la muchacha a su lugar de procedencia y se sentó de espalda contra la cama. Otra chica le acarició los hombros con sus largas piernas desnudas. Él la asió de las rodillas y cantó:

Wir lagen vor Madagascar,

Und hatten die pest an Bord... [\[48\]](#)

Dos muchachas de la buena sociedad, acompañadas de sus amigos, se unieron a nuestra pandilla. Estaban cansadas de las alfombras de Oriente y de las copas de cristal. Querían ver uñas negras y oír palabrotas. Una de ellas contó que su madre se había suicidado, envenenándose con su amante.

Otto entró tambaleándose, apoyado en dos muchachas desnudas.

Die Neger in Afrika sie rufen alle laut:

Wir wollen heim ins Reich! ^[49]

—¿Eres comunista? —bramó Otto, dirigiéndose a uno de los gigolós.

Éste asintió con la cabeza. Levantó el puño y gritó algo como: «Frente Rojo».

—¡Eres un bebé! —gruñó Otto. Y, sacándose del bolsillo una pistola «P. 38», prosiguió—: Baja a la calle, busca un tipo de la Gestapo o a un dogo, y líquidalo con esto. ¡No te atreverás a hacerlo, mierdecita de salón! ¡Os conozco bien! ¡Bah! Un viejo matón romano vale más que diez de vosotros.

Todo el mundo escuchaba. Otto seguía zahiriendo a aquel tipo. Otto era el clásico submarinista, que detestaba todo lo que olía a burguesía acomodada. La palabra intelectual le producía el efecto de un capote rojo.

El joven salió, con la pistola en el bolsillo. Una pareja intentó detenerle.

La chica que me había hablado últimamente volvió a mi lado.

—Quítate el uniforme y ven conmigo —me propuso—. La guerra terminará muy pronto.

—¡Comunistas! ¡Y un cuerno! ¡Se rinden en cuanto ven a un polizone de la reserva con la cruz gamada en el culo! —farfullaba Otto.

Todo rezumaba cerveza. Una muchacha vomitó.

De pronto, estalló una discusión entre Mario y el guardia, que se acusaban mutuamente de haber hurtado una cerveza. Después, se hizo el silencio.

Unas horas más tarde, nos despedimos de Mario y de las chicas. Y empezamos nuestro recorrido de la ciudad, con las mochilas al hombro. Visitamos numerosas tabernas.

También entramos en un burdel. Y, en un momento dado, aterrizamos en una exposición de pinturas; por equivocación, naturalmente. Carl se encaprichó de un desnudo de mujer. Cuando supo lo que costaba, la emprendió con el comité de la exposición. Nos amenazaron con llamar a la Policía. Esa gente amenaza siempre con la Policía. Si nos hubiesen ofrecido un vaso de cerveza, habrían evitado la rotura de cuatro grandes espejos.

En un restaurante elegante de la Via Cavour, disputamos con un *maître* y con cuatro camareros. Para empezar, se habían negado a aceptar nuestras mochilas en el guardarropa: primeras voces. La cosa fue de mal en peor cuando Otto quiso cambiarse de calcetines en el vestíbulo; pero, cuando tuvieron la osadía de negarse a servirnos, aquello fue el disloque. Carl se precipitó a la cocina, empujando al personal como un huracán en pleno bosque, y se apoderó de una enorme fuente de raviolis.

Dos guardias de edad madura se hicieron cargo de nosotros y nos condujeron a otro restaurante, situado en una calleja y donde la gente era más acogedora. Carl seguía con los raviolis bajo el brazo. Obsequio del restaurante de lujo. Se dieron por contentos con librarse de nosotros.

Antes de entrar en el otro restaurante, Carl advirtió a los agentes que nos custodiaban:

—Espero, almirantes de acera, que se habrán dado ustedes cuenta de que les acompañamos voluntariamente.

Ante sendos vasos de cerveza, los dos agentes nos aseguraron que se daban perfecta cuenta de ello.

Por la noche, muy tarde, nos encontramos delante de una fuente. Carl saltó dentro de ella para mostrarnos como se utilizaba una boya de salvamento durante una tempestad. Otto y yo hacíamos el oleaje.

Se abrió una ventana. Una voz adormilada nos acuso groseramente de ser demasiado ruidosos.

—¡*Spaghetti* del diablo! —gritó Carl, desde la taza de la fuente—. ¿Cómo te atreves a interrumpir un ejercicio de salvamento de la Marina de guerra de la gran Alemania?

Otto agarró una piedra y la lanzó a la cara del romano. Éste habría saltado por la ventana, si su mujer no lo hubiese sujetado por un brazo. Vivían en un tercer piso.

Otto arrojó otra piedra, pero esta vez alcanzó la ventana contigua. Toda la calle se despertó.

Siguió un tumulto descomunal. Parecía una pequeña revolución. Nos retiramos cuando el alboroto general había alcanzado su grado máximo. Habíamos olvidado por qué había empezado todo aquello.

El día siguiente, por la mañana, resolvimos ir los tres al hospital. Pero no siempre se hace lo que uno ha proyectado. Para desgracia nuestra, tropezamos con un marinero italiano que iba a incorporarse a su base en Génova. Le acompañaba un cabo del *bersaglieri* que salía del hospital con una pierna de palo. Pero al hombre no le gustaba la prótesis. Le hacía daño. La llevaba bajo el brazo y caminaba apoyándose en una muleta. En realidad, le habían dado dos al salir del hospital, pero había vendido una de ellas a un pastor. Y no era que éste tuviera necesidad de ella, sino que era un hombre previsor.

—Nunca se sabe lo que puede pasar en una guerra —le había dicho al militar—. Algo me dice que, más pronto o más tarde, escasearán las muletas.

Cuando se acercaron a nosotros, estábamos sentados en una escalera de la Via Torino, comiendo sardinas asadas. Les invitamos a sentarse y les ofrecimos sardinas.

Charlamos un poco. De pronto, nos dio un antojo de limpieza. Corrimos a un establecimiento de baños que estaba cerca de allí. ¡Menudo jaleo se armó cuando

entramos en el departamento reservado a las mujeres! Desnudos, con la ropa bajo el brazo y la mochila al hombro, huimos por una ventana y nos vestimos detrás de una empalizada.

En Ponte Umberto, nuestros caminos se separaron. Los otros dos no se atrevían a quedarse más tiempo. Ya hacía un mes que estaban en camino. Sus documentos estaban sellados, pero con sellos' falsos.

—Bueno, muchachos, volveremos a reunirnos aquí el 3 de noviembre, cuando la guerra haya terminado —gritó el marino italiano desde un callejón.

—¡No me conviene, marinero! —gritó Carl a su vez—. Imagínate que la guerra termine el 4 de noviembre. Propongo que nos reunamos a los tres meses justos del final de la guerra y en este mismo lugar.

—¿Quieres decir donde estáis vosotros o donde estamos nosotros? —gritó el marino.

Estábamos ya tan alejados los unos de los otros que apenas nos comprendíamos. La gente se paraba, asombrada, a nuestro alrededor. Carl hizo bocina con las manos.

—Nos encontraremos en la mitad del Ponte Umberto, donde nos hemos separado, y cada cual traerá una caja de cerveza.

—Está bien. ¿A qué hora? —gritaron los italianos.

—A las once y cuarto —respondió Carl.

—¿Vendréis en tren o en barco?

—¡No hagas preguntas estúpidas! ¿Acaso tomas tú el tren, si no es en caso de necesidad?

—Hay autocares cada hora, de Anzio a Roma —gritó todavía el marino.

Al día siguiente, temprano por la mañana, llegamos al hospital de la Via di San Stefano. Llegamos en coche de punto. Habíamos colocado al cochero en el asiento de atrás, muy a su pesar, y habíamos conducido el coche por turnos.

—Ahora hay que pasar con cuidado el canal —dijo Carl, cuando cruzábamos la puerta.

—Viro a babor. Creo que así irá bien —dijo Otto.

El centinela nos contemplaba, pasmado. El muchacho jamás había presenciado una entrada semejante.

Otto se detuvo delante de la escalera.

—¡Echa el ancla! —ordenó Carl.

—¿Adonde van? —gritó el centinela.

—¿Te hemos preguntado a dónde vas tú? —replicó Carl—. ¿Qué te importan nuestros asuntos?

—Estoy aquí para preguntarles adonde van —insistió el centinela.

—¡Esto se acabó! ¡Cierra el pico! —rugió Carl.

El centinela se encogió de hombros y volvió a su sitio.

Una flecha indicaba el camino de las oficinas. Entramos sin hacer caso del rótulo: «Llaman y esperen».

Un oficial de Sanidad, con uniforme confeccionado a medida, sentado en un sillón de balancín y con ambos pies sobre la mesa, estaba muy entretenido esparciendo brillantina sobre sus cabellos. En la pared, detrás de él, había un gran retrato de Adolf Hitler.

—¿Cómo le va? —dijo Carl, arrojando su mochila al suelo.

El perfumado sanitario no se dignó otorgarnos una sola mirada.

—¡Eh! ¡Que han llegado clientes!

El héroe del hospital empezó a mondarse los dientes con un laringoscopio. Imperturbable, miró hacia la ventana y escupió:

—¡Habéis equivocado el camino!

—¡Mierda! ¿No es esto el hospital?

—¡Exacto! En este instante os encontráis en el «Ospedale Militare». Delante del responsable de la oficina. Aquí hay que cuadrarse y presentarse según mandan los reglamentos.

—¡Y un cuerno! —dijo Otto.

—¿No te lo decía yo? —bromeó Carl—. Démosle una buena paliza. ¡Menudo pájaro!

—Vamos, camarada, muéstrate razonable... —terció Otto—. Hemos venido para una reparación.

—No me habéis comprendido. Estáis en el hospital y no en el astillero.

—No le hables más —gritó Carl—. Si quiere que le rompa la jeta, tanto peor para él.

Otto insistió una vez más:

—¿Cómo lo decís vosotros cuando uno tiene necesidad de reparación, de cuidados?

El sanitario examinó con gran interés su brillante cabellera en un espejo que había en la pared de enfrente. Después, se refrescó la cara con agua de colonia.

—¿Quieres decir que tenéis que ser hospitalizados? En tal caso, traeréis los papeles necesarios, firmados por el médico de vuestro regimiento, ¿no? ¿Habéis sido heridos acaso?

—Sí —respondió Carl—, pero de esto hace mucho tiempo. Hoy, venimos para otra cosa.

—Tengo mal en cierto sitio —dijo Otto.

—Os habéis equivocado —dijo, riendo despectivo, el suboficial—. Esto es un hospital quirúrgico.

—Es inútil discutir con él —gritó Carl, aburrido—. Dale una patada en la barriga, échale por la ventana y larguémonos.

El suboficial fingió no haber oído estas amenazas.

—Tenéis que presentaros en el servicio de enfermedades de la piel, el cual se encuentra en la clínica médica. Será mejor que os informéis en la *Ortskornmandantur*. Para saber dónde se encuentra ésta, preguntad en la *Kommandantur* de la estación, y, para encontrar la estación, basta con que lo preguntéis a un agente.

—¿Y cómo no sabes tú, patán de mierda, dónde se encuentra ese maldito hospital? —preguntó Otto.

—¡Claro que lo sé! Es mi deber.

—Entonces, ¡desembucha de una vez!

—Marinero, yo soy el responsable de los ingresos en el hospital, y no una oficina de información.

—¿Qué fabricabas antes de ser soldado? —preguntó Otto.

—No creo que esto te importe —respondió el suboficial, con altanería—. De todos modos, no es probable que volvamos a encontrarnos en un salón. En fin, ya que te interesa tanto, haré por una vez una excepción a la regla. Soy magistrado de la Audiencia de Berlín.

—¡Con esto basta! —rugió Carl, subiéndose el pantalón—. ¡Magistrado! ¡Responsable! Un lavaplatos, esto es lo que es.

Cogió un frasco de tinta y lo arrojó contra la pared, justo detrás del suboficial. Una gran biblioteca quedó vacía de su contenido en un tiempo récord.

Carl y yo saltamos por encima de la mesa y, agarrando al «responsable» por los pelos, le apretamos la cabeza sobre el pupitre. Otto abrió un pote de confitura de fresa y vertió todo su contenido sobre la cabeza de aquel tipo. Después, rasgamos varios cojines y las plumas volaron por la estancia; el suboficial recibió otros dos potes de confitura sobre el melón. Y, por último, se lo llenamos de plumas.

Una enfermera asomó la cabeza por la puerta entreabierta, pero la cerró precipitadamente cuando un grueso diccionario emprendió el vuelo en su dirección.

Antes de marcharnos, Carl aplicó un montón de documentos sobre la jeta del oficial, que no dejaba de aullar.

Muy contentos de nuestra hazaña, abandonamos la saqueada oficina. El centinela nos dejó pasar sin la menor dificultad.

—Estaremos curados antes de llegar al hospital —gimió Otto—. Hace tres semanas que nos pusimos en camino.

Ya lejos de allí, en la Via Claudia, un «Kübel» se detuvo a nuestra altura y dos policías militares provistos de cascos de acero descendieron de él.

—Quedáis arrestados —gritó uno de ellos.

—Menos bromas —rió Carl.

La hebilla de su cinturón alcanzó al primero en plena cara. El dogo se revolcó por

el suelo, cegado y aullando de dolor. En pocos segundos, la calle quedó desierta. Un coche de alquiler ocupado por dos damas desapareció al galope.

El segundo dogo estaba sacando su pistola. Le salté sobre la espalda y le mordí una oreja. Otto le lanzó un directo en mitad del rostro.

Salté al «Kübel», puse el motor en marcha y, después de poner la segunda, me apeé de un salto. El vehículo fue a estrellarse contra una casa de la esquina.

Cerca del «Coliseo», Carl tuvo una buena idea. Hurgando en su mochila, sacó una botella de ron. Después, volvimos en busca de los dos policías desvanecidos.

—¡A vuestra salud! —dijo Carl, vertiéndoles una buena dosis en el gaznate.

Luego, derramamos el resto de la botella sobre sus uniformes y dejamos ésta en el asiento delantero del «Kübel».

—El tapón —murmuró Carl.

Otto se mondaba de risa. Volvió junto a los dos dogos y puso el tapón en el bolsillo de uno de ellos.

—Y ahora, vamos a telefonar —dijo Carl, entusiasmado.

Encontramos una cabina y, después de una larga conversación con la telefonista, logramos que nos diese el número de la *Ortskommandantur*. Otto pidió la comunicación. Era el que tenía la voz más persuasiva.

—Mi general... ¡ah, bien...! Mi teniente, ¡lo mismo da...! ¿Quién está majareta? ¿Te imaginas que me impresionas? ¡Estoy harto de ver tipos como tú! ¿Quién está al aparato? ¿Te imaginas que estoy loco? ¿Que por qué llamo? ¡No te importa un comino! ¡Oiga! ¡Oiga! El marrano ha colgado.

Otto no salía de su asombro.

—Esos tipos son unos globos hinchados —gruñó Carl—. Déjame a mí. ¿Tienes el número? Voy a demostrarte cómo se hace.

«Póngame en comunicación con el responsable —dijo, secamente—. El profesor Brandt al aparato. ¿Que qué pasa? Hasta hace un momento, creí que la Policía Militar alemana estaba aquí para mantener el orden, y ahora resulta que sus hombres, borrachos, se pelean con los paisanos. ¡Esto no puede seguir así, capitán! Dos de sus agentes están tumbados en la calle, borrachos como cubas, en la esquina de la Via Marco Aurelio y de la Via Claudia, ¡después de haber estrellado su vehículo!

Y Carl colgó y sonrió satisfecho.

Resistimos la tentación de presenciar el desarrollo de los acontecimientos. Pasamos otras veinticuatro horas juntos. Después, nos despedimos delante del servicio de venereología y enfermedades de la piel de la clínica médica, recordando la cita que nos habíamos dado en el Ponte Umberto, para tres meses después de que terminase la guerra.

Caminé de espalda hasta la esquina de la calle para verles el mayor tiempo posible. Me saludaban agitando la gorra y cantando la despedida del marinero.

Me senté en un parque. El viento soplaba del Sur. Se oían los cañones de Monte Cassino, tronando amenazadoramente y sin parar. Fui a la *Kommandantur* de la estación para hacer rectificar mi permiso y dirigirme seguidamente al aeropuerto en busca de un avión de transporte.

Un suboficial me examinó atentamente.

—¿No sabe usted lo que pasó ayer?

Tenía mis papeles en la mano. Los rasgó, muy lentamente.

—Gran ofensiva. Han quedado suspendidos todos los permisos en el Ejército del Sur.

La mancebía de Ida la Paliducha no era un burdel como los otros. Oficialmente, ni siquiera era un prostíbulo, aunque era conocido de todos los soldados, desde Sicilia hasta el Brenner.

Entre las profesionales de Ida, se hallaban emboscadas numerosas damas «bien», a quienes la Gestapo pisaba los talones. Otras, por el contrario, eran buscadas por los partisanos. Ida les proporcionaba falsos pasaportes amarillos. Las clasificaba según su físico y su clase social. En casa de Ida, había cuatro categorías de chicas: para soldados rasos, para suboficiales, para oficiales subalternos y para oficiales superiores.

Sólo las mujeres muy hermosas eran admitidas en esta última clase. Y, además, tenían que ser capaces de citar a Schiller y a Shakespeare. Ida sentía debilidad por Schiller. Su entusiasmo era tal, que había pintado en la pared del salón de presentaciones:

Und setzet Ihr nicht das Leben ein,
Nie wird Euch das Leben gewonnen sein! [\[50\]](#)

Porta y Hermanito habían cambiado dos palabras de esta cita, para que se adaptase mejor al lugar.

Ida era americana. Poco antes de la guerra, había hecho el clásico viaje a París. Los alemanes avanzaron tan de prisa, que no tuvo tiempo a salir de Francia. Se olió, empero, que la guerra podía ser larga, Y cuando los americanos decidieron intervenir, no se asombró en absoluto. Se valió de un teniente alemán para llegar a la cama del comandante alemán. De esta manera, se había cubierto por todos lados.

A primeros de 1942, salió de París hacia Roma, llevando consigo a seis ramera francesas. Un buen principio.

PATRULLA DE HOMICIDAS

Menudeábamos las bravatas; fachendeábamos a más y mejor delante de los granaderos y los paracaidistas, íbamos en comando a retaguardia de las líneas

enemigas. Los otros nos miraban con cierta aprensión. Sabían cómo solían terminar estos comandos.

—Vosotros, los especiales, ¿sois voluntarios? —preguntó un suboficial que lucía la cruz de caballero colgada del cuello.

—Sí, para irnos al cuerno —dijo Porta riendo.

Nos dieron arpilleras para disimular nuestros negros uniformes de «Panzer».

Hermanito afilaba su cuchillo de combate contra una tosca piedra.

—Con esto puedo cortarle las pelotas a un coronel sin que se dé cuenta —dijo—, riendo.

Agitábamos los brazos y las piernas para ablandar la arpillera. Los gorros parecían capuchas y se abrochaban hasta el cuello. Podían desdoblarse hacia delante para cubrir el rostro. Tenían dos aberturas para los ojos.

Durante dos días y dos noches, habíamos estado de juerga en casa de *Ida la Paliducha*. Habíamos tenido tres chicas cada uno, entre ellas algunas de las reservadas a los oficiales. Lo mejor de la fiesta había sido una pelea contra los artilleros.

Porta y un italiano habían hecho un concurso a ver quién comía más. Porta había ganado, zampándose dos ocas y media. El italiano se había puesto tan enfermo que hubo que hacerle un lavado de estómago. Porta había salido con bien, pero se había quedado palidísimo. Si uno vomitaba, estaba perdido. Porta conocía el truco: permanecer inmóvil, con la boca bien cerrada. Porta era campeón de tragones. Su reputación era grande a ambos lados del frente. Los americanos le habían retado tres veces. Las dos primeras, había rehusado. La tercera, aceptó. Él y un gigantesco cabo negro se aflojaron el cinturón en un cráter de obús de la *No man's land* ^[51], estrechamente vigilados desde los dos campos.

Porta ganó. El negrito murió del atracón. Estábamos inclinados sobre los planos, en el refugio de Mike. Los habíamos desplegado en el suelo y los consultábamos, tumbados de bruces. *El Tuerto* yacía entre *El Viejo* y yo.

—Os apostaréis aquí —explicó *el Tuerto*—. A las doce y media, abriremos fuego de diversión a un kilómetro al Norte.

—¿Y el comandante de Artillería? —preguntó Heide—. ¿No será uno de esos que lo echan todo a perder?

—No temas —le tranquilizó *el Tuerto*—. Le conozco bien. Estudió en la escuela de tiro de Leningrado. Conoce su oficio. En diez minutos, habrá arrojado ochocientos obuses sobre esos tipos. Nuestros amigos, los yanquis de ahí enfrente, dormirán a pierna suelta al ver que dirigimos nuestras salvas de artillería contra sus colegas hindúes.

Porta se caló el sombrero de copa amarillo encima de su gorro.

El Tuerto pestañeó. Aquel payaso tenía el don de exasperarle; pero hacía tiempo

que había renunciado a meterse con él. Sin embargo, cuando vio que *Hermanito* se ponía el hongo gris claro, no pudo contenerse:

—¡Estáis chalados! —dijo.

Hermanito empezó a cortarse las uñas con las cizallas de cortar alambradas. Los recortes volaban sobre los planos.

—Ya que te gusta tanto emplear las cizallas —prosiguió *el Tuerto*, con su vozarrón—, tú y tu maldito hongo seréis los primeros en cruzar las alambradas. Cortarás los dos hilos inferiores.

—No sé cortar —declaró *Hermanito*, zumbón.

El Tuerto fingió no oírle.

—Porta seguirá a *Hermanito* —continuó—. A los tres minutos exactos. Amanecerá un poco antes de las cinco. Nuestro comandante de Artillería vendrá aquí personalmente. Tenemos que enviarles el acostumbrado saludo matinal, pues, en otro caso, podrían desconfiar. Por consiguiente, tenéis que colocaros en vuestro sitio, que está indicado exactamente en el mapa del comandante. Sólo se dispararán proyectiles del 10'5. Las piezas de la sección de artillería están ya preparadas. El tiempo crucial, para vosotros, será desde las 6'30 a las 14 horas. Escuchadme, y tú también, *Hermanito*. Os lo digo por última vez. Si cometéis un error, quedaréis hechos papilla. A las 5'32, fuego de diversión con los 10'5. El fuego cesará a las 5'48. A las 12'43, fuego de mortero sobre las narices de los americanos. A las 12'59, fuego automático de cobertura. Duración: treinta segundos. Después, actuaréis vosotros. Debéis espabilaros y, ¡adelante! Sven tomará el nido de ametralladora avanzado, en el cual hay un hombre solo. Será remplazado a las 13 horas. Cinco metros más atrás, hay un refugio ocupado por seis hombres. En cuanto hayas liquidado al hombre de la ametralladora, te ocuparás del reducto, con granadas de mano. Heide tomará las dos últimas ametralladoras. Las dos están montadas, pero cubiertas con una vieja lona en el fondo de la trinchera. Los hombres se encuentran en un refugio, tres metros a la derecha de las ametralladoras. Penetran en él por una pequeña abertura a la izquierda. Han construido tres reductos falsos, pero no podéis equivocaros. Delante de la entrada, hay un montón de latas de conserva vacías. Bastará con dos granadas. Una, al fondo, y la otra, en mitad del agujero. En cuanto Sven y Heide hallan llegado, los otros se pondrán en movimiento. Tendréis que recorrer diez metros en dos segundos y medio. Ni uno más, ni uno menos. Dispararéis sobre la trinchera, pero de un modo disperso. Tenéis que observar dónde se encuentra cada cuál, para no mataros entre vosotros. Disparad sobre todos los que no lleven vuestra arpiller de camuflaje con topos verdes y negros. Sois los únicos veintidós hombres del mundo que llevan este diseño. Aunque vieseis un mariscal alemán, deberíais tumbarlo en el acto. No quiero supervivientes en esa trinchera. Nadie que pueda contar lo que ha pasado. Debéis atemorizarlos, darles la impresión de que son atacados por fantasmas. En todo caso,

esto les dará el pego a sus tropas de color. Tú, *Barcelona*, no te muevas del hoyo de cobertura. Pégate a él, y observa, mientras los otros limpian la trinchera. Por último, disparad una bengala verde y echad a correr como si tuvierais fuego en el culo.

—Esto es lo que hacemos siempre —dijo Porta, riendo insolente.

—¡Silencio! —gritó el general—. Y escuchad bien. Dos segundos después de la bengala verde, lo barreremos todo, y tú *Barcelona*, tendrás que batir el record mundial de carrera a pie para alcanzar a los otros. Los de su sector más próximo no comprenderán lo que sucede. Si las cosas se desarrollan según lo previsto, se producirá un desconcierto general. Tendréis cinco segundos para bajar la colina. Nuestra artillería hará fuego de barrera. Quedaréis cubiertos hasta llegar al río. Allí, los partisanos os lo harán cruzar. Después, tendréis que hacer ciento cuarenta y cinco kilómetros hasta vuestro punto de destino. Tendréis que apañaros como podáis. ¡Pero es precisó que os apañéis! —Señaló un punto en el mapa—: Exactamente en este lugar, recibiréis granadas anticarros y minas. Si hay heridos, tendrán que espabilarse por sí mismos. Prohibido transportar heridos. Ocultadlos y ved si siguen allí a vuestro regreso. Sólo una cosa tiene importancia: el éxito de la empresa, ¡aunque sólo regrese uno de vosotros! Aquí, en el bosque, se encuentra el cuartel del Estado Mayor. Y aquí, en la encrucijada, los carros camuflados. Hay quince técnicos, como máximo, al servicio de los carros. Se alojan en tiendas.

—¿No tienen mas medidas de seguridad? —dijo *el Viejo*, asombrado.

—No. Se consideran fuera de peligro. Cuando hayáis puesto los carros fuera de combate, dos de vosotros asaltaréis el cuartel, mientras los otros dispararán desde el lado Sur. Hay que traer a un oficial vivo. Liquidaremos a los otros. Nadie debe sospechar lo que ha pasado. Si no, todo se habrá perdido. Después, os encaminaréis al puente. ¡Ah! Olvidaba deciros que debéis dejar dos hombres en el puente. Éstos colocarán minas en él, mientras vosotros os ocupáis del cuartel y de los carros. En cuanto haya pasado el último, los dos muchachos harán saltar el puente. Pero, si el enemigo os sigue de cerca, habrá que sacrificar un grupo de ametralladoras para asegurar el paso al oficial de Estado Mayor. Marcharéis hacia el Norte, hasta llegar al río. Después seguiréis hacia el Este. —Sus gordos dedos señalaron un punto—. Aquí, hay un Estado Mayor divisionario. Hay que liquidarlo. —Mostró varias fotos de uniformes aliados—. Éstas son las insignias del Estado Mayor general.

—Esperemos que no estén en pijama —bromeo Heide—. ¡A menos que lleven insignias en el culo!

—Esto, ya lo veréis —le atajó *el Tuerto*.

Pusimos nuestros relojes en hora y comprobamos por ultima vez nuestras armas. Estábamos dispuestos.

—No olvidéis las cartillas y las insignias de los muertos —nos advirtió *el Tuerto*—. En otro caso, cualquier astuto SD podría sospechar algo Y un último consejo,

dirigido especialmente a Porta y a *Hermanito*. ¡Nada de pillaje! Si os sorprenden con dientes de oro en el bolsillo, ¡os ahorcarán en el acto! No les gustan los buscadores de oro.

—Pero ellos también lo hacen —se defendió Porta.

—Sí, pero nadie lo sabe. —*El Tuerto* asió a Porta por el cuello de la guerrera—. Y aquí, tampoco lo sabe nadie. ¿Me has comprendido, Porta?

—Perfectamente, mi general.

—Hoy, no soy tu general. Soy *el Tuerto*. Tres días de arresto por haberlo olvidado. Te presentarás para cumplirlos cuanto regreséis.

—Listos —murmuró *El Viejo*

Un minuto más tarde, *Hermanito* desapareció sobre el borde de la trinchera. Numerosos cañones tronaban hacia el Norte. Yo observaba las saetas fosforescentes de mi reloj. Noventa segundos. Deslicé las manos sobre mi equipo. Sesenta segundos. Me flaquearon las piernas. Cuarenta y cinco segundos. Me eché a temblar como una hoja. Treinta segundos. Miré a los otros, a los que conocía desde hacía tanto tiempo.

El legionario, como de costumbre, tenía su cuchillo árabe entre los dientes. Me guiñó un ojo. Sabía que yo tenía miedo.

Sólo faltaban cinco segundos. ¡Qué lenta era aquella aguja...! Tres... Dos...

Alguien me dio una palmada en el hombro. Salté, recogí las cizallas donde Porta y *Hermanito* las habían dejado, y empecé a cortar. El maldito alambre me laceraba la espalda. Después, volví a dejar las cizallas.

Necesite un momento Para recobrar aliento después del violento esfuerzo. Consulté mi reloj. Habían pasado ya dos minutos. El legionario se disponía a saltar. Menos mal que estaba allí; su presencia me tranquilizaba.

Empecé a arrastrarme hacia las posiciones americanas. Llegué al matorral donde debía ocultarme hasta el mediodía siguiente. Mi mano tropezó con algo resbaladizo. Un olor dulzón y nauseabundo se pego a mi garganta. Era un cadáver, hinchado. Vomité. Después, coloqué los gemelos delante de mí, disimulándolos y hierbas. Mientras fuera de noche, los gemelos no resultaban peligrosos; pero bastaría que los rayos del sol los hiriese un segundo para que los otros me descubrieran. Y, entonces, sabrían que en la *No man's land* había alguien que no debía estar allí.

Se acercaba una silueta. Empuñé mi cuchillo y saqué mi pistola de la funda.

—¡Miau! —dijeron a mi espalda.

Estuve a punto de chillar de miedo. Después, percibí, a la luz de la luna, un bombín gris, y dos hileras de dientes de caballo se abrieron en una sonrisa.

Era *Hermanito*, el muy imbécil.

—¿Te has cagado en los calzones? —me preguntó en voz baja—. Se te ve desde varios kilómetros de distancia, borrico.

Después, se desvaneció en la oscuridad.

Empecé a cavar un agujero con la azadilla. Un trabajo de topo. No podía hacer el menor ruido.

Hacia el Norte, había cesado el fuego de artillería. Sólo unos aislados disparos de fusil y el breve ladrido de una ametralladora rompían el pesado silencio de la noche.

Un proyectil luminoso cruzó el negro cielo. Eran casi las tres. Pronto sería la hora del relevo.

Ahí está. Un ruido de acero. Alguien que ríe. Brilla una llamita. ¡Hatajo de imbéciles! ¡Mira que fumar en una posición avanzada! Sentí verdadera comezón en los dedos, y presumí que los otros del grupo debían de tener los mismos deseos que yo. Semejante locura merecía ser castigada con la muerte. Serían novatos, llegados al frente por primera vez. No nos coscaría mucho sorprenderlos.

El cielo enrojeció hacia el Este. Cada minuto cambiaba de color. El ojete del mundo, la sucia montaña, era casi hermosa aquella mañana. Me entraron ganas de entonar una canción:

Et chacun part librement! ^[52]

Ojala pudiese yo partir, y ahora mismo. Probablemente ya nunca podré partir en libertad. Había apestado al negro, ¡y había salido el negro! Cada cual sigue su suerte. Y la suerte estaba echada. Tenía que matar al tipo de enfrente.

Ya casi eran las ocho. Otro relevo. Brillaron los cascos. Gradué mis gemelos. Ahí estaban. Yo debía matar a aquel que se acercaba. Lo relevarían a las diez y volvería al mediodía. Lucía dos cintas de color sobre el pecho. Sus ojos eran de un chocante azul. Aquel a quien relevaba le mostró algo. Fotos francesas. Oí su nombre. Se llamaba Robert, pero le llamaban Bob, como a mí. Curiosa coincidencia. He aquí a un Bob que debía matar a otro Bob.

Quisiera que te rompieras una pierna, Bob, ahora mismo. Te enviarían al hospital, y sería para ti una suerte. Te pido excusas por tener que matarte. Espero que me perdonarás, cuando estés en el cielo. Eres soldado y lo comprenderás.

Intenté avisarle por sugestión. Había leído en un libro que era posible hacerlo. Pero no me dio resultado. El autor del libraco era un embustero.

¡Maldición! ¡Dispárate una bala a un pie, Bob *el-Americano*! A veinte metros de ti, te acecha una fiera. Si no te hieres, pronto sonará tu última hora.

No prestaba la menor atención a mis sugestiones. Permanecería despreocupadamente apoyado en su ametralladora, mientras el humo azul de su cigarrillo ascendía en el aire. Se había echado el casco sobre la nuca.

De pronto, la sangre se heló en mis venas. El muchacho tomó los gemelos que llevaba colgados sobre el pecho y los enfocó en mi dirección. Contuve el aliento. Una mosca se posó sobre mi párpado, La dejé estar Un hombre que tiene una mosca sobre

un párpado tiene que estar muerto. Era mejor que cesara en mis experimentos telepáticos. No quería sacrificar mi breve existencia por Bob *el-Americano*. Él no era nada para mí. Y yo aún no había tenido tiempo de vivir. Tal vez aquel tipo había ido ya a un buen restaurante con una mujer bonita, a beber champaña. Tal vez tenía un smoking blanco. Yo quería vivir para tener un día un smoking blanco, con un clavel rojo en el ojal.

El sol empezaba a quemarme la nuca. Los insectos me volvían loco. Ya estaba ahí el relevo. A menos de que sucediera algo especial, mi Bob estaría de regreso dentro de dos horas. Me pregunté si tendría novia en su país, *in the States* [53].

Si al menos pasaran al ataque... Entonces, habría terminado nuestro comando. Iba a volverme loco. Necesitaba moverme. Hacía diez horas que permanecía inmóvil. Es posible que hubiera faquires capaces de hacerlo; pero ellos no tenían delante la boca de la ametralladora de un Bob americano. Por fortuna, el médico nos administraba una lavativa antes de la acción. Durante las últimas cuarenta y ocho horas, sólo habíamos comido chocolate. Un chocolate drogado. Un chocolate horrible. Imposible cerrar un ojo durante ocho días, aunque uno se cayera de sueño. Nuestros intestinos, nuestros riñones, todo dejaba de funcionar. Aquel chocolate era un «arma secreta». Prohibido hablar de él, bajo pena de muerte. *Hermanito* nos metió en un buen lío un día en que llevó una caja entera de este chocolate a las muchachas de Ida. Nosotros intentamos en vano impedir que lo comieran.

¡Menuda música cuando volvimos a casa de Ida! Los muebles quedaron reducidos a serrín. Dos muchachos tuvieron que ser hospitalizados. Las pupilas estaban convencidas de que habíamos querido burlarnos de ellas. Querían ahogar a Porta en la bañera. *Hermanito* era demasiado robusto para que se atrevieran con él. Por fin, tuvimos que contarle la verdad a Ida. Pero, a partir de aquel día, ninguna de las chicas de la casa aceptó obsequios en forma de chocolate.

¡Ahí estaban los cascos! El último relevo. Pero ¿qué pasaba? Eran más numerosos. Bob también estaba allí. Le reconocía sin lugar a dudas. ¡Ah! Ya comprendía. Inspección por el jefe de sección. Este gritaba, gesticulaba, le estaba dando un baño al responsable del grupo. Yo conocía bien a los jefes de su especie: unos cochinos, unos gomosos de cuartel, incapaces, incluso en primera línea, de dejar en paz a sus muchachos.

¡Espera un poco, cerdito mío! No tienes posibilidad de escapar. ¡Te quedan exactamente cincuenta y siete minutos de vida! *Hermanito* y Heide darán cuenta de tu refugio.

Ahora, pasaba lista a sus hombres, los cuales iban a morir dentro de unos minutos. Claro que él no lo sabía; pero incluso así... Era de esos cuya ambición suprema consiste en ascender a *First Sergeant*. Aunque tuviera que pasar sobre los cadáveres de sus muchachos. La cuestión era obtener los seis galones con la estrella.

Bob se mantenía en actitud de firmes, dejando que los otros se mearan en los calzones. Un tábano zumbaba alrededor de mi cabeza. Se posó en mi mano. ¿Podría aguantar yo, si me picaba? Siempre me habían dado miedo los tábanos y las abejas. Pico. Le miré, sin moverme. Un dolor lacerante corrió por mi brazo.

Me mordí los labios hasta hacerme sangre. ¿Que era una picadura de tábano, comparada con un hombro roto o con un vientre perforado? Bob se puso a silbar, no muy fuerte, sólo para sí. El tiempo debía parecerle largo. Estaba lejos de pensar que vivía su último cuarto de hora.

*My bonnie is over the ocean,
My bonnie is over the sea,
Bring back, oh bring back my bonnie to me...* [54]

Dentro de diez minutos, los cañones entrarían en juego. El comandante de Artillería estaría ya consultando sus tablas. Ocho minutos. Las bocas de los cañones empezarían a apuntar hacia lo alto.

Observé a Bob con los gemelos. Ahí estaba, el *Private First Class U.S.*, encendiendo su último «Camel».

¡Aprovéchate, camarada! Sólo te quedan siete minutos. Confío en que enviarán la medalla del Congreso a tu madre. Se la merece: enviar a su hijo a Italia, a hacerse matar, a sus veinte años, en la flor de la edad. Después, cae el telón... ¡Sólo era un soldado! ¡Sólo era un soldado! ¡Cuántas veces no habré oído estas palabras! Con acento despectivo. Y, sin embargo, somos nosotros quienes pagamos con la vida vuestras fábricas, vuestra industria. Cuando esto haya terminado, trataréis de negocios en bellas oficinas; firmaréis contratos; cursaréis pedidos a Krupp, Armstrong y otros Schneider. Cantó en voz baja:

*Show me the way to go home...
Roll out the barrel,
We'll have a barrel of fun...* [55]

De nuevo, enfocó sus gemelos en mi dirección.

¡Dios mío! ¡No permitáis que me descubra dos minutos antes de tiempo!

Soltó los gemelos y reanudó su canto.

Empezó a tronar detrás de mí. El cielo se abrió. Era la batería de cobertura. Los proyectiles cayeron ante las posiciones americanas. Una experiencia capaz de inspirar a Listz una rapsodia heroica. Contraje los músculos. El hormigueo en una pierna podía ser fatal. Estiré la pierna izquierda, plegada debajo de mí. Era la que tenía más fuerza.

Bob U.S. ignoraba las reglas del juego. Por miedo a los obuses, se aplastaba en el fondo de la trinchera. No tenía los nervios del veterano del frente, capaz de permanecer entre el fuego, mirando por encima de su agujero.

Yo observaba con el rabillo del ojo. Allí estaba Porta, el desgarrado. Su sombrero amarillo hería los ojos en medio del campo de trébol verde. Así mi cuchillo. El cuchillo que le había birlado a un tirador siberiano.

¡Upa! Salté hacia delante.

Los proyectiles de las armas automáticas zumbaban como enjambres de tábanos furiosos. Pero no me daban miedo. Era el fuego de barrera de nuestra artillería.

Bob U.S. asomó sobre el borde de su trinchera. Choqué con él en mi carrera. Lanzó un grito estridente y trató de rechazarme. Dos balas de pistola pasaron rozando mi cabeza. Mi cuchillo se hundió en la garganta de Bob. Se retorció, convulso. Una sangre viscosa brotó de su boca. Derribé la ametralladora y lancé una última mirada a Bob U.S., cuyos dedos se aferraban al borde de la trinchera.

Show me the way to go Home... [\[56\]](#)

Con la cabeza torcida, y los ojos abiertos de par en par, me observaba.

Sentí deseos de tumbarme a su lado para consolarle, pero no tenía tiempo ni derecho a hacerlo. Yo sólo era un soldado. Di una patada a su casco.

Dos hombres salieron de un refugio. Levanté la metralleta y disparé, apoyándola en la cadera. Vi a Porta, que hacía un movimiento con la mano. Volaron dos granadas. Sonó una sorda detonación en el interior del refugio.

El sombrero amarillo de Porta sobresalía de la trinchera. Aquel imbécil desafiaba al destino. Llegaban dos americanos a paso de carrera. Se habían despertado. Menudeaban las explosiones.

Heide aterrizó a mi lado. Un sargento y tres soldados se pusieron a tiro de nuestras metralletas. Pasamos por encima de sus cadáveres. Llegamos al refugio del cual nos había dicho *el Tuerto* que debíamos desconfiar. Unas llamas amarillas lamían la disimulada abertura.

Tuve la impresión de que una sombra saltaba sobre mí. Instintivamente, me agaché y rodé sobre mí mismo. Un cuerpo pesado se tambaleó a mi lado. Le envié dos ráfagas de mi pistola ametralladora. Disparaba mientras rodaba por el suelo.

Pero no fue bastante. El hombre se levantó como movido por un resorte. Mis botas golpearon su rostro por dos veces. Había perdido mi metralleta. Sus dedos se cerraban alrededor de mi cuello. Le solté una patada en el bajo vientre. Aflojó su presa por un segundo, lo suficiente para permitirme desenfundar el revólver. Vacíé el cargador. Estaba loco de miedo. El hombre tenía dos veces mi talla. Se me echó encima de nuevo. Yo estaba cubierto de sangre. La hoja de un cuchillo se hundía

entre mis costillas. Logré sacudirme y coger mi cuchillo que llevaba en la bota. Golpeé, una y otra vez. La presión se iba aflojando. Empecé a respirar.

Vi que *Hermanito* agarraba a un tipo por el pecho, lo derribaba y empezaba a patearle. Recogí mi metralleta, la cargué y disparé contra un refugio. Alguien gritó.

Una bengala verde se elevó en el cielo: la señal de *Barcelona*. Nuestra Infantería avanzaba. Cubierto: por ella, debíamos seguir adelante. Vi que los otros; salían de sus trincheras. Aquí, surgía el sombrero amarillo de Porta; allí el bombín de *Hermanito*. Les seguí lo mejor que pude. Era una carrera contra la muerte. Los obuses de nuestra artillería estallaban detrás de nosotros. Alcancé a *El Viejo*, que descendía la cuesta jadeando. No estaba mal para un tipo de su edad.

Por fin, llegamos al río. Nos esperaban dos soldados italianos de comandos, disfrazados de campesinos.

—*Avanti, avanti* ^[57] —masculló uno de ellos, cogiendo su metralleta oculta entre las cañas.

Partieron como corredores de maratón. Nos costaba seguirlos. Los obuses estallaban cada vez más cerca. Al rato, los italianos se detuvieron y señalaron el río:

—Debéis pasar por aquí. Nosotros os esperaremos cerca del calvero, al otro lado.

El legionario contempló el agua sucia y, volviéndose a los italianos, dijo:

—¿Estáis seguros? Yo no veo nada.

Uno de los italianos renegó furioso y entró en el río. El agua le llegaba a la barriga.

—Nosotros mismos construimos este puente subacuático: ¿creen que podemos equivocarnos?

Cruzamos en fila india. Cargas explosivas azotaban el agua. Nos ocultamos en los cañaverales de la otra orilla. *El Viejo* tenía una larga herida en un brazo. Heide le puso una venda.

—Lo hemos pasado bien —dijo Porta, riendo.

—¿Tú crees? —murmuró *El Viejo*—. Para mí jamás será un placer derribar a un muchacho.

—¡Soldados de alfeñique! —ladró *Hermanito*, desdeñoso.

El Viejo quitó, con decisión, el seguro a su pistola ametralladora.

—Di una palabra más, loco asesino, ¡y te mataré como a un perro!

—¿Qué te pasa? —intervino el legionario—. Matas al otro, o es él quien te mata a ti. ¡Es la guerra!

—He matado a un viejo suboficial, a un padre de familia —sollozaba *El Viejo*—. Mirad sus papeles.

Nos alargó una foto descolorida. Un hombre con uniforme de sargento nos miró desde ella. Había una mujer a su lado. Delante de ellos, tres niñas pequeñas y un muchacho sonriente sentados en el suelo. A través de la foto, alguien había escrito:

Good luck, Daddy! [58].

El Viejo estaba fuera de sus casillas. Maldecía al mundo entero en general y a nosotros en particular. Le dejamos que se desfogase. Esto ocurría a veces, cuando uno se daba cuenta de que había matado. Era algo que destrozaba los nervios. Y lo único que podíamos hacer por el interesado era evitar que cometiera alguna estupidez: Desertar, suicidarse o hacer otra tontería, cosas que acarrearían graves consecuencias a su familia.

Veinticuatro horas más tarde, llegamos al puente. Dos soldados de Infantería montaban la guardia; dos canadienses.

Hermanito y *Barcelona* los mataron en menos que canta un gallo. Dejamos a dos de los nuestros en el puente. El avión, un «Ju 52», fue puntual; pero, casi inmediatamente, aparecieron dos «Mustang».

El «Ju» cayó envuelto en llamas. Una silueta se separó de él, pero el paracaídas no se abrió.

—Amén —suspiró Heide.

Nos emboscamos más lejos, más allá de las colinas. Un batallón desfiló muy cerca de nosotros. Escoceses que se ejercitaban. No dejaban de hacer chascar sus ametralladoras.

Hermanito apuntó a un sargento mayor de enorme y rojo mostacho. *Hermanito*, dispuesto a cargárselo, decía que maltrataba a sus soldados. Logramos calmarle con mucho trabajo.

Al día siguiente avanzamos hasta los carros. Resolvimos descansar antes de pasar al ataque. Penetramos en el bosque. Allí *El Viejo* advirtió que *Porta* y *Hermanito* habían recogido dientes de oro, a pesar de la prohibición de *el Tuerto*. Esto equivalía a nuestra muerte segura, si nos apresaban.

Después de un gran jaleo, buscamos el olvido en las botellas. Pero todo volvió a empezar cuando el legionario nos trató de soldados de alfeñique, de chusma prusiana.

—¡Perro con viruelas de la Legión! —gritó *Porta*, a todo pulmón, olvidando que no debíamos hacer ruido—. Dices que te castraron en Fagen. Pero no te creemos, viejo mochuelo capado. ¡Fue la charanga turca quien te los sopló!

—¡Me cago en ti! —gritó el legionario, arrojando su cuchillo, que fue a clavarse en el cilindro amarillo de *Porta*.

A este le dio un ataque.

—¡Que Dios castigue con la viruela a todas las putas francesas! —rugió.

Y, cogiendo su metralleta, vació el cargador a los pies del legionario.

Saltamos para protegernos de los rebotes de las balas. Nuestros centinelas llegaron corriendo asustados. *Porta* disparó contra ellos, lanzando aullidos salvajes. *Olle Karlsson* estuvo a punto de hacerse matar.

Poco después, renació la calma. Hubiéramos querido dormir un poco, pero el

chocolate drogado nos lo impedía.

Percibimos una columna de camiones, a lo lejos.

—¿Vamos allá? —propuso Porta—. No son más que camioneros. Después, nos repartiremos el botín.

Pero *El Viejo* se negó. Como de costumbre, era el artesano obstinado, desprovisto de fantasía, que prescindía del propio interés y se ceñía a la consigna. ¡Sabían bien lo que se hacían al nombrar ayudantes a los íntegros artesanos! En cuanto a nosotros, estos detalles nos tenían sin cuidado. Más de una vez habíamos presentado informes falsos, que costaban varios millones. Era para mondarse de risa.

Estalló una nueva disputa.

—¡Eres el más cobarde de todos los maricas de la tierra! —le gritó Porta a *El Viejo*—. ¡Ni siquiera un mono homosexual querría saber nada contigo! Considérate dichoso de que te queramos bien, pero ten en cuenta que nuestra paciencia tiene sus límites. ¡Un día arrastraremos tus despojos!

Pasaron los camiones. Los miramos con ojos codiciosos. *El Viejo* había dicho, como siempre, la última palabra. Dieron en el clavo cuando lo nombraron *Feldwebel*. Cualquiera que no hubiese sido él, la habría diñado mucho tiempo atrás. *El Viejo* ni siquiera sospechaba que llevaba dinamita en el bolsillo.

Cuando se ocultó el sol, nos pusimos en camino. Una Compañía desfiló tan cerca de nosotros que percibimos el olor de sus «Camel».

—¡Huy! Podríamos cargarnos a esos fantoches con toda facilidad —murmuró Porta.

—Podríamos confeccionarnos una bayoneta de oro —dijo *Hermanito*, soñador.

—Dinos, *Viejo* —empezaron a camelarle—, ¿podemos ir? Cuando estemos de regreso, juraremos que los liquidaste tú solo. Te darán la cruz de caballero, ¿sabes? Piensa un poco en tu mujer. Tendrá pensión vitalicia.

Pero *El Viejo* no se dejó convencer. Ni siquiera les respondió.

Porta y yo, que íbamos en cabeza, estuvimos a punto de darnos de narices con las tiendas. Nos ocultamos rápidamente detrás de los árboles, y les hicimos señales a los otros para que se detuvieran. Había tres tiendas. Se oía roncar a los muchachos.

A una señal de *Barcelona*, arrancamos las estacas. Los ocupantes de las tiendas quedaron como encerrados en un saco. Fue cosa de pocos minutos. Sólo algunos gritos ahogados dieron testimonio de la batalla. Los muchachos murieron cuando aún dormían. Nos acercamos a los carros andando de puntillas. Liquidamos a los centinelas en silencio, y arrojamos sus cuerpos entre los arbustos. Examinamos los carros con gran interés. Eran M 4 y M 36, «Jackson», que parecían vagones de ferrocarril.

Empezamos a colocar cargas explosivas en ellos. Algunos volarían en pedazos al ponerse en marcha el motor; otros, al abrirse una trampa.

El legionario dio muestras de un ingenio diabólico. Un cartucho de obús, colocado como por casualidad encima de la placa delantera de un coche, provocaría una explosión si caía o era quitado de allí. Enterramos minas «S».

Hermanito, que buscaba cadáveres provistos de dientes de oro, tropezó con el depósito de gasolina. Lo habían disimulado con tal astucia que *Hermanito* sospechó algún truco.

Colocamos granadas anticarro en un árbol. Gracias a un juego de cordeles, estallarían en la gasolina en cuanto las barricas se tocaran. Dispusimos otras tres granadas en el cruce de caminos. Porta gemía en voz alta:

—Esto no es democrático. Todo ese oro, sin nadie que lo aproveche... ¿Qué te parece, *Viejo*? ¿Y si *Hermanito* y yo nos quedáramos a recogerlo?

—¡Cierra el pico! —gruñó *El Viejo*.

Dejamos un casco francés en el suelo y ocultamos una lata de *spaghetti* y un tarjetero de un soldado italiano entre unos arbustos. Esto les daría que pensar. Creerían que todo había sido obra de los partisanos y de los desertores italianos. Podríamos terminar nuestra labor en paz.

Caía ya la tarde cuando llegamos al puente. Estábamos contentos. Ningún placer mayor que volar un puente. Todos queríamos accionar el detonador. *El Viejo* gruñó. *Barcelona* vociferó, diciendo que le correspondía hacerlo a él, por ser experto en puentes. En España, había servido en Ingenieros. En definitiva, decidimos echar suertes.

Un enorme camión avanzaba lentamente por el camino que conducía al puente. Un poco más lejos, venía un jeep.

—Dejaos de tonterías y acabemos de una vez —gruñó *El Viejo* disponiéndose a apretar el detonador.

Pero *Hermanito* le golpeó los dedos con su metralleta.

—¡Abajo las patas! ¡Nadie tocará el puente, mientras no hayan hablado los dados!

Julius Heide contaba los puntos. Yo fui el primero y sólo hice siete. Porta tuvo más suerte y sacó dieciocho. *Hermanito* saltó de gozo al lograr veintiocho. Nadie prestó atención a *El Viejo*, que hizo catorce. Rudolph Kleber obtuvo diecinueve. *Hermanito* quiso matar a Heide cuando éste hizo veintiocho.

—¡Sádico verdugo de judíos! ¡Has hecho trampa! ¡He intentado darte dos veces! ¡Serías capaz de pisotear el vientre de tu madre por tener la piel de un judío!

—¡Ah! —silbó Heide, pensativo—. ¡Con que fuiste tú quien...!

—¡Así es! —gritó *Hermanito*—. ¡Y no pararé antes de verte colgado en Torgau!

Siguieron insultándose, pero nadie les prestó atención. Cada cual pensaba sólo en su propio juego. Pero nadie superó los veintiocho.

Heide y *Hermanito* tenían que desempatar. El camión pasó la curva.

Hermanito alzó el cubilete por encima de la cabeza, mirando hacia el camión. Dio

tres veces la vuelta al detonador y, después, frotó la nariz en el poste indicador. Dijo que esto le traería suerte. Sacudió el cubilete y, con un impulso circular de profesional, arrojó los dados sobre el tapete verde de Porta. Seis veces seis. ¡Increíble! Pero allí estaban los dados, *Hermanito* bailó de alegría.

—¡Te he ganado, Julius!

—Todavía no —dijo Heide, riendo y recogiendo los dados.

—¿Habéis terminado? —gritó *El Viejo*—. El camión está casi en el puente.

No le escuchábamos. Heide escupió en los dados los sacudió cuatro veces a la derecha y dos a la izquierda. Con el cubilete encima de la cabeza, saltó alrededor del tapete verde, con las rodillas encogidas. Después, volvió el cubilete boca abajo, ocultando los dados. Levantándolo poco a poco, trató de mirar por la rendija.

—Si mueves el cubilete un solo milímetro, habrás perdido —le advirtió *Hermanito*.

—Lo sé —gruñó Heide, malhumorado—. ¡Pero tengo derecho a darle un golpecito con el dedo!

Hermanito asintió.

El camión y el jeep habían llegado a cincuenta metros del puente. Empezamos a apostar sobre el resultado de la jugada. Heide no se daba prisa. Golpeó tres veces sobre el cubilete volcado. Después, lo levantó, muy despacio. Seis veces uno, ¡el mínimo!

Hermanito se revolcó por el suelo.

—¡He ganado, he ganado! —gritaba—. ¡Ea, muchachos! ¡Menudo estruendo vais a escuchar!

Acarició el detonador.

El camión entró en el puente. *Hermanito* se apercibió para la acción.

Eine Strassenbahn ist immer da! ^[59]

El camión había llegado casi al otro lado.

—¿Qué espera ese cretino? —masculló *Barcelona*.

—También quiere pillar el jeep —dijo Rudolph Kleber.

—¡Está chalado! —murmuró *El Viejo*.

—¡Diablos! ¿Habéis visto el camión? ¡Lleva la bandera roja! ¡Deteneos! —gritó Heide, aterrorizado.

Tratamos, en vano, de llamar la atención de *Hermanito*. Éste nos respondió con grandes ademanes de alegría.

Sería una catástrofe. ¡Un camión de quince toneladas, lleno de municiones!

Hermanito agitó los brazos, saludando al camión y al jeep.

—¡Hola, yanquis! ¡Voy a mostraros dónde compraba Moisés la cerveza!

Dos hombres se irguieron en el jeep, mirando en dirección a *Hermanito*. Un negro muy corpulento asomó la cabeza en la ventanilla de la cabina del camión.

—¡Saluden! —gritó *Hermanito*, apretando el detonador.

Nos arrojamos al suelo. Sonó una explosión que debió oírse a centenares de kilómetros. El jeep salió disparado por los aires como un balón. Una columna de fuego ascendió cielo arriba. El camión desapareció; ni más, ni menos.

El desplazamiento del aire proyectó a *Hermanito* a unas decenas de metros de donde se hallaba. Cascotes de acero incandescentes llovían sobre nosotros. Una rueda de camión, salida del puente, remontó la cuesta de la colina. Chocó contra una roca y volvió a bajar con la misma velocidad infernal. *Barcelona* estuvo a un pelo de la muerte, al pasar aquélla junto a su cabeza. Después, la rueda avanzó hacia *Hermanito*. Éste se había sentado y se enjugaba el rostro ensangrentado. En vez de saltar a un lado, empezó a bajar la cuesta, seguido por la rueda. Jamás hubiera creído que un hombre podía correr a tal velocidad. Tropezó y siguió rodando como una bola hacia el puente en ruinas, perseguido siempre por la rueda.

Una nube de polvo lo ocultó a nuestra vista. Oímos un fuerte chapaleo cuando cayó al río junto con la rueda. Jurando y maldiciendo, remontó la orilla.

—¡Pandilla de asesinos! —rugió—. ¡Queríais matarme! ¡Habéis doblado la carga y el hilo era demasiado corto! ¡Por esto me habéis dejado ganar!

Con vigor extraordinario, subió la cuesta, empuñando su largo cuchillo. Se precipitó sobre *Barcelona*.

—¡Perdiste adrede! ¡Querías mi pellejo!

Barcelona corrió para salvar el suyo, gritando desesperado:

—¡Deja que te explique...! ¡Deja que te explique...!

—Tendrás tiempo de explicarte mientras te rajo los atributos.

Ciego de furor, lanzó su cuchillo contra *Barcelona*. Todos nos afanábamos para impedir que *Hermanito* matase a *Barcelona*, según había resuelto.

El Viejo se cogió la cabeza con ambas manos.

—¡Vais a volverme loco! Esto no es un comando, ¡es un manicomio!

Fue el legionario quien salvó a *Barcelona*. Con una llave de judo, hizo morder el suelo a *Hermanito*, y le apretó la garganta con su puño de acero. Pero no era tan fácil dominar a *Hermanito*. Tuvimos que intervenir seis de nosotros para calmarle. *Barcelona* quería patearle el vientre, pero *El Viejo* se lo impidió.

El legionario se esforzó en explicar a *Hermanito* que había sido víctima de un lamentable error.

—¿Quieres decir que transportaba municiones? —*Hermanito* no volvía de su asombro—. ¡Los muy cerdos no llevaban bandera roja!

—Sí que la llevaban, amigo mío, aunque muy pequeña —dijo el legionario, sonriendo.

Hermanito se indignó al saber que el camión sólo llevaba un pequeño gallardete.

—¡Vaya cara más dura! —exclamó, furioso—. ¡Habría podido matarme! Esto es un asesinato con circunstancias agravantes. ¡Creo que escribiré al general Clark denunciando el hecho!

El Viejo se impacientaba; nos amenazó con su metralleta.

—En marcha, en columna de a uno y detrás de mí. ¡De prisa!

Le seguimos, sudorosos y murmurando. Teníamos que subir la montaña. Cada vez que llegábamos al final de una pendiente y creíamos que habíamos llegado, descubríamos que había otra detrás. Por último, después de la décima o de la vigésima, no lo recuerdo muy bien, nos dejamos caer sobre la hierba, empapados en sudor. Nadie reparó en el espléndido paisaje. Como de costumbre, nos peleamos por bagatelas. Un lagarto corrió sobre la bota de Gregor y éste se encolerizó. Se arrojó sobre el ágil animalito y lo desmenuzó y pisoteó como un loco.

De pronto, Heide y *Barcelona* empezaron a disputar. *Barcelona* había insinuado que Julius tenía sangre judía. Nos pusimos del lado de *Barcelona*, descubriendo numerosos rasgos que demostraban que Heide debía de ser judío.

—Yo estoy convencido de que lo es —bramó Porta—. Ahora comprendo mejor su odio por las narices ganchudas. A partir de hoy, te llamarás Isaac. Ven, Isaac Heide, ¡ven con papá!

—Y, para su cumpleaños, ¡le regalaremos el Talmud! —se chanceó Rudolph.

—Le tatuaremos la estrella de David en las nalgas —aulló *Hermanito*—. Y, después, le recortaremos la pinga para que pueda mostrar sus colores.

Heide sacó el cuchillo y persiguió a *Hermanito*.

—Da los pasos más largos, mi pequeño Isaac —gritó *Hermanito*, ahogándose de risa—. Si no, gastarás demasiado las suelas y tu papá Moisés se enfadará.

Heide arrojó una piedra que, destinada a *Hermanito*, alcanzó a Gregor. Éste vaciló, medio desvanecido. El dolor le enfureció. Logró mantenerse en pie y, asiendo una granada de mano, la lanzó contra Heide. Le dio en mitad del pecho. Afortunadamente, estaba tan enfurecido que se había olvidado de contar.

Nos dispersamos como gorriones en todas direcciones, buscando refugio. La granada estalló con ruido sordo. Por puro milagro, no mató a nadie.

—Liquidémosle —gritó *Hermanito*.

Veinte pistolas le apuntaron. Gregor sacó la suya y la amartilló, presto a disparar al menor movimiento.

Heide se le acercó por la espalda. Cayeron agarrados, rugiendo, mordiéndose, arañándose.

Gregor rodó por la pendiente, con velocidad acelerada. Si chocaba contra una piedra, se haría añicos.

—Le esta bien empleado —dijo *Barcelona*, riendo.

—Le dejaremos allá abajo, con los huesos rotos —añadió Porta—. Así tendrá tiempo de arrepentirse de su puerco carácter, antes de ser quemado vivo por el sol.

Pero Gregor logró frenar su loca carrera. Goteando sangre, emprendió la subida. Pensando en el asesinato, observaba los menores movimientos de Heide y pretendía pillarle por la espalda.

Heide procuró golpearle en la cara y lo logró en dos ocasiones. Gregor aguantó, obstinado. Su rostro estaba cubierto de sangre. Y nosotros, de bruces en el suelo, seguíamos con interés aquel arreglo de cuentas.

—¡Ríndete! —dijo Heide, victorioso y despectivo.

—¡Ni pensarlo, cerdo! —aulló Gregor.

Cambió de táctica; lanzó su cuchillo. Y tuvo éxito. Distraído por el cuchillo, Heide falló el golpe a la cabeza de Gregor. Éste consiguió agarrarle por un tobillo, y ambos rodaron pendiente abajo, entre un alud de cantos y de grava. Se pusieron en pie empuñaron sus cuchillos y empezaron a descargarse salvajes golpes.

Después de herir a Gregor en el bajo vientre, Heide se dispuso a darle el golpe de gracia. Pero Gregor, que había aprendido el truco del legionario, dio un salto peligroso hacia atrás, y después, hacia delante. Heide recibió el impacto de sus dos botas en plena cara. Chilló como un marrano al que estuvieran degollando. Gregor le asió por las orejas y le golpeó la cabeza contra la roca. Heide se hundió en la inconsciencia. Gregor vaciló un instante, y cayó a su vez.

Hermanito se frotó las manos.

—Voy a darles el golpe gracia. —Jugó con sus tenazas de dentista—. Heide tiene la boca llena de ellos, y Gregor lleva dos. Hace tiempo que los tengo en mi lista.

Empezó a bajar, pero aún no había llegado a la mitad del camino cuando los otros dos volvieron en sí.

Gregor fue el primero en advertir las tenazas en la mano de *Hermanito*. ¡Y hete aquí a Heide y Gregor convertidos en aliados! *Hermanito* se sintió burlado en sus derechos.

—¡Estáis hechos cisco! ¡Dame tus colmillos! —gritó, lanzándose sobre Heide, que era el mas próximo.

Comenzó una nueva riña. Los otros dos eran más ágiles que el gigante. Pero nada pudieron contra su hercúlea fuerza. Gregor tuvo que declararse vencido, pero *Hermanito* no lo soltó hasta haberle quitado cuanto llevaba en los bolsillos.

Heide trató de huir. Corría como una ardilla, pero *Hermanito* lo alcanzó.

—¡Dámelos! ¿O quieres que te mate a palos?

Heide capituló. Logró conservar sus dientes, pero a cambio de apoquinar 275 dólares, la sortija del Papa y su «Kalashnikov» ^[60]. Esto último era lo peor. Sólo teníamos dos ejemplares de esta arma magnífica. El legionario poseía una, y *Hermanito* tenía ahora la otra. Hubiéramos hecho cualquier cosa para apropiarnos de

una «Kalashnikov», y más de uno había perdido la vida por intentarlo. El que poseía una de ellas, dormía siempre con el arma bajo el brazo. A pesar de todo, a veces se producía el robo. Nosotros teníamos también cuatro pistolas ametralladoras rusas, modelo 41. Una sola de éstas valía lo que una batería pesada «Haubitz». Pero, como había dicho Porta a un artillero que precisamente quería cambiar una batería por una 41:

—¿Y cómo quieres que ande por ahí cargado con un «Haubitz»?

Cinco veces intentó Heide recobrar su pistola y su sortija. La última vez le faltó poco para lograrlo. Fue la noche en que salimos de Monte Cassino. *Hermanito* estuvo a punto de matar a Heide, salvado en el último momento por la llegada de *el Tuerto*.

Heide había asistido en tres ocasiones a la misa del padre Emmanuel, para asegurarse el apoyo del Buen Dios en su lucha contra *Hermanito*. Pero, por lo visto, el Buen Dios no quiso intervenir en esta historia.

Nos costó bastante encontrar el barracón del Estado Mayor inglés. Los centinelas estaban medio dormidos. Los pasamos a cuchillo antes de que tuvieran tiempo de decir una palabra. Rodeamos el barracón. Habíamos comido ya todo nuestro chocolate drogado. Sólo nos quedaba un poco de haxix indio para calmarnos los nervios. Estábamos en misión desde hacía seis días y seis noches.

Un débil resplandor se filtraba a través de las contraventanas.

—Llamemos a la puerta como personas bien educadas —propuso *Hermanito*—. Se cagarán en los calzones cuando vean mi «Kalashnikov» comunista.

—¡Haremos prisionero a un coronel! —declaró Porta—. ¡Será la primera vez que lo hacemos!

—Yo lo conduciré —declaró *Hermanito*—. Le ataremos una cuerda al cuello y tendrá que trotar detrás de mí como una cabra a la que llevan al establo para ordeñarla.

—Calma —dijo *El Viejo*—. Tenemos que actuar de prisa —murmuró.

—Todo lo hacemos de prisa —replicó Porta.

Hermanito señaló la barraca.

—¿Habéis visto, muchachos? ¡Tienen botellas!

Nos callamos, pasmados. Una mujer cruzó la explanada a largos pasos.

—¡Ésta sí que es buena! —suspiró *Hermanito*—. ¡Tienen mozas!

—Es una «Waf» ^[61] —explicó Heide.

Hermanito le miró, abriendo mucho los ojos.

—¿Acaso ladran?

—¡Cretino! —silbó Heide, furioso.

La muchacha abrió la puerta; a la luz que salía del barracón, pudimos ver que era bonita. Una linda chica en un horrible uniforme.

Barcelona había reparado en los hilos del teléfono.

—Voy a cortarlos —anunció.

El Viejo le felicitó y dio sus órdenes:

—Tres hombres se quedarán de guardia, mientras vamos a visitarles.

—Tienen con qué divertirse —farfulló Porta.

—La chica tendrá que lavarse el culo antes de que nos metamos con ella —declaró *Hermanito*.

—Claro ^[62] —relinchó *Barcelona*—. Es lo menos que puede hacer cuando unos extranjeros le hacen el honor...

—No os olvidéis de llevaros las latas de *corned beef* cuando los hayáis dejado secos —advirtió Porta.

Se abrió una ventana. Un hombre miró hacia el exterior.

—Ahí está nuestro hombre —murmuró Heide—. Nos espera.

Una figura surgió en la noche. Nos estremecemos. Venía en derechura hacia nosotros.

El legionario empuñó su cuchillo, después de dejar su metralleta. El hombre que se acercaba era un inglés gigantesco.

El tipo emitió un gruñido que nos era familiar.

—¡Pero si es *Hermanito*! —exclamó *Barcelona*, incrédulo.

—Sí, soy yo —rió *Hermanito*. Llevaba capote y casco ingleses—. Me tropecé con una especie de guardia, allá abajo. Lo tumbé con mi honda.

Nos mostró dos dientes de oro. *El Viejo* masculló:

—Más pronto o más tarde, os ahorcarán.

—Era negro —dijo *Hermanito*, a guisa de explicación. Nos mostró una oreja cortada limpiamente—. Me dio el santo y seña. Dentro de diez minutos llegará su colega. Me basta con murmurar: «Wellington», antes de estrangularle y de cortarle una oreja si también es negro.

—Estáis locos —murmuró *El Viejo*—. Me pone enfermo ver esas orejas.

—¿Por qué? —preguntó Porta, con genuino asombro—. Los árabes suelen cortar las nuestras. Esto no es más que una justa represalia.

—Esto acabará mal —dijo *El Viejo*.

—¿No tiene alguien un aparato fotográfico? —preguntó *Hermanito*—. Me hubiera gustado verme vestido de soldado de Churchill. Es curioso lo que uno llega a pensar, al hallarse solo en la noche. Me he preguntado si no sería buena idea liquidaros y dar la alarma a los Tommies. Con vosotros en la fosa común, nadie podría desmentirme. ¡Y quién sabe lo que podría conseguir con ello! Salvar a todo un Estado Mayor de Churchill es algo que no ocurre todos los días.

—Es una buena idea —dijo Porta, con una mirada extraña en los ojos—. Pero no pienses demasiado, *Hermanito*, pues ya has oído lo que dijo *El Viejo*: esto podría acabar mal.

—Me pregunto por qué querrán que les llevemos un oficial vivo —dijo Heide.

—Para mostrarlo a los PK ^[63] —explicó Porta, dándoselas de listo.

—¿Y qué dirán si les llevásemos un cabo en vez de un oficial?

—Nos harían volver —dijo, secamente, *El Viejo*.

—Ya es hora de que vaya a cortarle la oreja al otro —dijo *Hermanito*, despreocupadamente.

—Me da miedo —murmuró el legionario—. Iré con él. Seguramente, habrá olvidado la palabra «Wellington».

Fue una suerte que el legionario fuese un hombre previsor. *Hermanito* se dejó llevar por un loco furor en cuanto el inglés le lanzó una maldición en *cockney*. Resultado: *Hermanito* perdió los estribos y le gritó en teutón:

—¡Cierra el pico, cerdo a rayas! ¡Si quieres hablarme, hazlo en alemán!

El inglés se echó atrás, instintivamente. Un segundo después, expiraba entre los dedos de acero del legionario.

No había instante que perder. Nos lanzamos al ataque, hundiendo puertas y ventanas. Nuestras metralletas sembraron la muerte. Porta y Heide se apoderaron de un oficial superior, dejándolo inconsciente a culatazos. Matamos a todos los demás. *Hermanito* llegó al galope, luciendo todavía su uniforme inglés.

—¡Quítate inmediatamente esa ropa! —le gritó el legionario.

—¡He cogido catorce dientes de oro! —exclamó *Hermanito*, entusiasmado.

A nuestra espalda retumbaron armas automáticas. El legionario me arrastró consigo hasta un agujero, al lado del camino. Porta y Heide arrastraron al oficial inconsciente. Olle Karlson salió también. Gritó unas palabras incomprensibles y se volvió en dirección a los fogonazos que brillaban en la noche. Disparó. Después, lanzó un grito agudo, se dobló por la mitad y cayó.

—¡Por mil diablos! —silbó el legionario—. No podía ocurrir de otra manera.

Tres de los nuestros aparecieron y se esfumaron en la oscuridad. Después, salió Rudolph Kleber. Rodilla en tierra, empezó a disparar breves ráfagas.

De pronto, dejó caer su arma, se tocó la cabeza y cayó de bruces.

Los otros tres retrocedían, tratando de llevárselo. Yo quise disparar. Pero el legionario negó con la cabeza y se llevó un dedo a los labios.

Cayó uno de los tres, prácticamente cortado en dos por una ráfaga. Los otros dos echaron a correr. De pronto, uno de ellos lanzó un grito horrible.

—¡Estoy ciego, cie-e-go...!

Apareció un inglés, descubierto y en mangas de camisa. Llevaba una ametralladora ligera bajo el brazo. Le siguieron siete u ocho ingleses más. Uno de ellos llevaba una moderna carabina «Mark 1 T».

El legionario hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. El ciego había caído de rodillas. El inglés más alto apoyó su metralleta sobre su nuca. Retumbó una serie

de disparos. El inglés rió.

—*Damned Kraut!* ^[64].

Apoyé la culata de mi «PPSH» en el hombro.

Un nuevo grupo salió de entre los árboles. Jadeaban y vomitaban insultos. La palabra Kraut se repetía sin cesar.

Rudolph gemía. Un cabo levantó su metralleta y vació el cargador en el cuerpo tembloroso.

Una nube roja pasó por mis ojos. ¡Ahora verían! El legionario canturreó entre dientes:

—¡*Ven, muerte, ven!*

El inglés se irguió en el sendero. De lo más hondo de la garganta del legionario, surgió el grito de guerra árabe:

—*Allah-el-akbar!*

Al mismo tiempo, disparó su «Kalashnikov».

Cayeron como bolos.

Nos levantamos, sin dejar de disparar sobre los que aún se movían. El legionario reía como un salvaje. Mojando el dedo en un charco de sangre, dibujó una cruz sobre la frente de cada uno de los muertos.

Nos reunimos con los otros. El oficial de Estado Mayor, un teniente coronel, había vuelto en sí. Le atamos una cuerda al cuello y le dijimos que, si hacía el menor movimiento, le estrangularíamos.

—¿Quién es su jefe? —preguntó, con arrogancia.

—Esto no te importa —le respondió Heide—. Y será mejor que te calles, si no quieres que te ocurra alguna desgracia.

—¡Oh, cierra el pico! —gruñó *El Viejo*, empujando a Heide.

—Soy el *Feldwebel* Willie Beier, jefe de este comando, mi coronel.

—¡Enseñe a sus hombres cómo han de dirigirse a un oficial!

—¡Cagándonos en él! —gritó Porta.

El oficial inglés no se dignó mirar a Porta.

—Tendrá que mantener la disciplina entre su gente, *Feldwebel*, o me quejaré a sus superiores.

Porta levantó ceremoniosamente su sombrero amarillo, se ajustó el roto monóculo, sacó su cajita de tabaco de mascar y se sirvió. Después, se dirigió al oficial, guiñándole un ojo:

—Sir coronel, permita que me presente. —Y, con voz ligeramente nasal—: Tiene ante usted al famoso *Obergrefreiter* por la gracia de Dios, Joseph Porta de Weding. ¿Puedo hacer algo por usted? ¿Qué le parecería una patada en el culo? —Porta dio una vuelta alrededor del prisionero, observándolo con grandísimo interés—. *Feldwebel* Beier, ¿dónde ha pescado esa sardina? ¡Es un curioso ejemplar!

El oficial británico perdió su sangre fría. Furioso, se volvió a *El Viejo*.

—No admito que me traten de esta manera.

—Temo que no tendrá más remedio que admitirlo —se chancó *Barcelona*.

Porta se acercó de nuevo al prisionero y contó en voz alta:

—Una, dos, tres.

El oficial le miró, boquiabierto.

—¿Cuántos dientes de oro lleva usted, Sir? Sólo he visto tres.

La voz del teniente coronel se quebró de rabia. Amenazó a *El Viejo* con todos los males del mundo.

—Suéltalo. Podría causarnos dificultades —dijo *El Viejo*, irritado.

A pesar de las protestas de *Hermanito*, le quitamos la cuerda. El legionario se pegó a él.

—Mi coronel —le dijo—, si pronuncia una sola palabra, le clavo mi cuchillo en el vientre.

Y le mostró el cuchillo árabe, con una sonrisa amenazadora.

Oímos el ruido de los cañones del frente. Empezaba a haber movimiento a nuestro alrededor. Largas columnas de camiones y de Infantería en marcha.

En un momento dado, avanzamos al lado de un batallón de soldados marroquíes, que nos tomaron por tropas especiales. Con dar un salto, el oficial inglés hubiera estado a salvo; pero la punta del cuchillo del legionario tocaba sus costillas, y sentía en la espalda el cañón de la metralleta de *Barcelona*. Delante de él se erguía la enorme espalda de *Hermanito*. Tratar de huir era correr a una muerte cierta.

Nos ocultamos detrás de las líneas americanas, esperando la noche.

El frente no estaba en calma. Las bengalas surcaban el cielo hasta donde alcanzábamos a ver.

Poco antes de medianoche cruzamos las líneas, saltando de un cráter de obús a otro. Dos hindúes que intentaron detenernos fueron liquidados en el acto. Perdimos tres hombres bajo el fuego de nuestra propia Infantería.

Llegamos, extenuados, al refugio del comandante de batallón. *El Tuerto* vino a visitarnos y nos abrazó uno a uno. Mike nos convidó con sus grandes cigarros. El padre Emmanuel nos estrechó largamente la mano. Habíamos perdido la mitad de nuestros nombres. Entre ellos, Rudolph y Olle Karlson.

Nos dieron cinco días de permiso en la retaguardia. Al partir y enfilarse la carretera del frente, un gran «Mercedes» gris nos adelantó. En el asiento de atrás se hallaba el oficial inglés al lado de un general alemán. El coche de lujo nos llenó de barro. Le escupimos.

Después, empezamos a hablar de lo bien que lo pasaríamos en el burdel de Ida la *Paliducha*. Las muchachas de Ida hicieron que olvidásemos todo lo demás.

La montaña temblaba como un animal moribundo. Encima del Monasterio, se hallaba suspendida una nube, de polvo amarillo que, lamida por las altas llamas, se volvía roja poco a poco. Sabíamos que aún había monjes allá arriba. Pero ignorábamos que, en aquel preciso instante, se estaba celebrando la misa en la basílica.

—Deben de estar pulverizados —murmuró Barcelona, contemplando las ruinas.

El comandante Mike salió de un pozo de barro, en compañía del padre Emmanuel.

—Voluntarios para el monasterio —ordenó Mike.

Desde la trinchera enemiga, los americanos nos hacían señas.

—¡Hola, Kraut! —gritaban.

—Largaos de aquí, sucios yanquis —les replicó Mike, a grandes voces.

—Esconded la jeta, si no queréis que os la hagamos pedazos.

Sin hacer caso de la advertencia, señalaron el monasterio en llamas.

—Go up and help the holy men, Kraut ^[65]. ¡Descargaremos los fusiles mientras lo hacéis!

E izaron bandera blanca.

Dejamos nuestras carabinas. Las ametralladoras guardaron silencio. Salimos corriendo. Americanos, ingleses y franceses nos seguían con la mirada. Saltamos por encima de los escombros del muro. El padre Emmanuel y el médico nos precedían.

Nos pusimos las máscaras de gas. Hicimos salir a los monjes y los reunimos en lo que había sido patio central.

En silencio y en hilera, salieron del Monasterio. El primero de la fila enarbolaba un gran crucifijo de madera. Los acompañamos hasta el recodo del camino. Entonaron un cántico. El sol traspaso las nubes. Era como si Dios nos estuviese mirando desde lo alto de su cielo.

Sentados en los bordes de sus trincheras, los americanos contemplaban también la insólita procesión.

—¡Fuera cascos! —ordenó una voz.

¿Era inglesa o alemana? Todos los hombres se descubrieron y se inclinaron respetuosamente...

La última cosa que vimos fue el crucifijo, que parecía flotar en el aire.

Saltamos de nuevo a nuestras trincheras. Las bocas de las ametralladoras volvieron a apuntar hacia delante.

A mi lado, cayó el cabo Schenk. Un destacamento de lanzallamas americanos murió a doscientos metros de nosotros. Un teniente francés bajó corriendo la cuesta. Había perdido la razón.

¡Habíamos vuelto a ser hombres durante un breve instante! Pero esto quedaba ya olvidado.

—¡Mata, camarada, mata! ¡Muere, soldado! ¡Es bello morir por la patria! ¡Incluso en un hoyo lleno de barro del apestoso —frente de Monte Cassino!

EL FIN DEL MONASTERIO

El Monasterio era un montón de ruinas. Estaba bajo el fuego constante de la artillería. Ardía por todas partes.

Uno a uno, cruzamos corriendo la plaza descubierta delante de la puerta. Los paracaidistas, que estaban excavando agujeros, se echaron a reír al vernos.

—¿Habéis vendido vuestros tanques? —preguntaron, con desdén.

Las llamas lamieron la palabra *Pax*, grabada encima de la puerta. El patio central, con sus estatuas, era un amasijo de ruinas. Empezamos a cavar.

Por la noche, doscientos bombarderos pesados pasaron al ataque. En pocas horas, descargaron dos mil quinientas toneladas de bombas. Nuestros refugios fueron destruidos.

Porta estaba a mi lado. Un gran lienzo de pared fue proyectado en el aire. Lo seguimos con los ojos.

—¡Salta! —grito Porta.

Saltamos. Con un estruendo ensordecedor, el muro cayó sobre el lugar en que nos hallábamos unos segundos antes, sepultando a un tercio de nuestros j hombres. No pudimos rescatarlos.

Cuando despuntó la aurora, sacamos nuestras ametralladoras del barro y las comprobamos minuciosamente. Funcionaban.

—Pronto llegarán —predijo Porta.

Mike trepó hasta nosotros. Había perdido su casco y tenía cubierto uno de sus ojos con un colgajo de piel.

—¿Cómo va eso? —preguntó, chupando su enorme cigarro.

—Vamos tirando —respondió Porta, con amplia sonrisa.

—¡Todavía no ha terminado! —decretó Mike, pesimista, enjugándose la sangre que goteaba sobre su rostro.

Mike tenía razón. La cosa aún no había terminado. La montaña sagrada tenía convulsiones de toro de lidia moribundo. Piedras monumentales volaron en todas

direcciones. Había fuego en todas partes. Abandonamos nuestras posiciones y nos refugiábamos en los sótanos del Monasterio. Ningún ser viviente podía permanecer en el exterior.

Nuestro músico, el cabo Brans, divagaba. Cogió su trompeta y empezó a tocar un aire de jazz. Después, resolvió hacernos saltar a todos. *Hermanito* logró arrancarle la granada que tenía en la mano y arrojarla al patio, donde su explosión fue ahogada por el retumbar de los obuses.

Un paracaidista, a quien las ruinas del muro habían quebrado ambas piernas, gemía inmerso en un mar de sangre.

—¡Matadme! ¡Matadme! ¡Dejadme morir!

Heide tenía ya su «P. 38» en la mano, pero *El Viejo* hizo que la soltase con un golpe seco. El cabo enfermero Gläser se inclinó sobre el soldado que no dejaba de gemir y, a través del uniforme, le dio una inyección de morfina.

—Es todo lo que puedo hacer por ti, camarada. Si hubieses sido un caballo, te habrían dado el tiro de gracia. Pero eres un hombre y tienes derecho a toda la parada. Dios lo quiere.

Gläser escupió sobre un crucifijo. El capellán Emmanuel se abrió paso entre los escombros. Estaba blanco de cal. Se inclinó sobre el herido, acercó el crucifijo a sus labios y rezó una oración. Tenía el rostro herido por un pedazo de obús. Gläser quiso vendarle, pero el padre Emmanuel lo rechazó con irritación y se dirigió a asistir a un herido gravísimo, un SS *Hauptsturmführer* que tenía un enorme agujero en el bajo vientre, producido por un proyectil de fósforo.

—¡Lárgate, cura! —gimió el oficial moribundo—. ¡No quiero saber nada de tu Dios!

El padre Emmanuel no quiso escucharle. Inclino el crucifijo sobre el rostro del *Hauptsturmführer*, el cual mostraba los intestinos.

El herido rugía. Porta jugaba con su pistola. *Hermanito* recogió una porra. Si aquel tipo no moría de una vez estaba dispuesto a matarlo. Sus gritos nos atacaban los nervios.

Gläser andaba corto de morfina.

—¡Mátalo! —gritó Porta, desesperado.

El padre Emmanuel se dirigía hacia otros agonizantes. Había muchos. En cuanto exhalaban el último suspiro, los echábamos fuera. La visión de las ratas atacando a los cadáveres era algo infernal.

Una bomba cayó sobre la cripta. Quedamos aprisionados detrás del altar.

Explotaron nuevas bombas. Estábamos medio ahogados por el polvo. Y así continuamos, hora tras hora. Habíamos perdido la noción del tiempo.

El capellán estaba sentado en el suelo. Se le había desgarrado el uniforme, tenía el rostro ensangrentado. Buscando un lugar donde empezar el desescombro, empezó a

tirar de una enorme viga. Era fuerte como un león.

Le mirábamos con desdén mientras tiraba de la viga. Se hubiera necesitado un tractor para moverla.

—El hombre de Dios parece tener mucha prisa en abandonar la casa de su maestro —dijo Heide, riendo—. Siéntate, y espera tranquilamente la muerte, curita. Estaremos bien allá arriba, ¡en casa del Buen Dios! Pero es posible que tampoco tú creas en todas esas monsergas.

(Era una idea fija de Heide. Detestaba a Dios tanto como a los judíos).

El padre Emmanuel se volvió hacia Heide. Sus labios sonreían, pero sus ojos lanzaban chispas. Lentamente, se acercó a Heide, el cual se pegó, nervioso, al altar, empuñando un cuchillo.

De una patada, el padre Emmanuel hizo caer el cuchillo. Después, agarrando a Heide por el cuello de la guerrera, le golpeó la cabeza contra el muro, al lado del gran crucifijo.

—Si vuelves a burlarte de Dios, Julius, te aplasto la cabeza contra esta pared, ¡te lo prometo! No serás el primero a quien hundo el cráneo, por muy cura que sea. Si alguien debe temer comparecer ante Dios, ¡éste eres tú, Julius!

El desplazamiento de aire provocado por una enorme bomba nos arrojó a los unos encima de los otros. El padre Emmanuel movió la cabeza, escupiendo sangre. *El Viejo* le alargó su cantimplora, y él la aceptó con gratitud.

Una piedra grande pasó a pocos centímetros de su cabeza. Heide se disponía ya a lanzarle otra.

El capellán se irguió. Sujetó el crucifijo sobre su pecho, se abrochó la guerrera y avanzó hacia Heide, con los movimientos lentos del luchador avezado.

Heide dirigió una patada entre las piernas del capellán y saltó a un lado. Pero éste había sido formado con un material muy resistente: se arrojó sobre Heide, lo derribó y lo mantuvo contra el suelo, apretándole la garganta.

Al cabo de unos momentos, Heide se rindió.

El capellán volvió al trabajo como si nada hubiera ocurrido. *Hermanito* se escupió en las manos y fue a ayudarlo: el hombre de Dios y el homicida colaboraban. Y sucedió lo increíble: la viga se movió. Rieron, orgullosos; nadie más lo hubiera logrado. Pudimos abrirnos paso y salir de allí.

Un centenar de ratas enloquecidas corrían por la basílica. Lanzaban gritos agudos y trataban de subir por nuestras piernas. Las atacamos con nuestras palas. Al oler sangre fresca, se lanzaron unas contra otras.

El fuego se calmó un instante, para reanudarse a más y mejor. Después, supimos que más de dos mil fortalezas volantes habían participado en los bombardeos. En veinticuatro horas, habían lanzado más proyectiles sobre aquel lugar que en toda la guerra sobre Berlín. El general Juin le dijo al general Clark, durante el ataque aéreo:

—Ignoro lo que sentirán los alemanes que están en el monasterio, pero yo tengo la piel de gallina.

—Esa montaña se ha convertido en otro Verdún que hay que conquistar. No queremos revivir lo que hemos vivido en Francia. Cuando hayamos lanzado nuestras bombas, todo habrá terminado. No habrá supervivientes allá arriba.

El general Juin no estaba tan seguro.

—Mi general —dijo Clark, riendo—, cuando nuestras fortalezas volantes hayan terminado, tres mil cañones pesados harán el relevo. Será una batalla de artillería como jamás se habrá visto en el mundo. El general Freyberg exigió el bombardeo aéreo. Le damos, por añadidura, dos millones de obuses. Atacaremos sin cesar durante cuatro días y cuatro noches. Y, entonces, podremos informar a Washington y a Londres: «No hay supervivientes en Monte Cassino».

El general rió, seguro de sí. Ni Dios sobreviviría si estaba entre las ruinas.

En el mismo momento, el padre Emmanuel enarbolaba su crucifijo sobre nuestras cabezas. Habíamos construido un altar valiéndonos de cajas y de vigas rotas. Esto había provocado bastante jaleo. Pero no había habido nada que hacer. El capellán quería celebrar la misa.

Nos colocamos a su alrededor.

—Fuera los cascos —ordenó—, y arrodillaos Vamos a rezar.

Algunos tipos hicieron ruido. El padre se volvió.

—Perros sarnosos, no os imaginéis que Dios os tiene miedo. Lloriqueáis ante la idea de morir, pero no tenéis escrúpulos cuando se trata de matar a los otros. La Compañía ha tenido ochenta y seis muertos en tres días. Es mucho. Y habrá mas todavía. Es mejor que os pongáis en las manos de Dios, mientras estéis a tiempo.

Y siguió hablando en el mismo tono durante un cuarto de hora.

—Habría tenido que ser general de División —murmuró Porta—. ¡Es todo un jefe!

Una ráfaga de obuses cayó sobre el Monasterio.

El capellán fue lanzado de su improvisado púlpito. De una profunda herida producida en su rostro empezó a brotar sangre. Volvió a su sitio, blandiendo una pistola ametralladora.

—Sobre todo, no creáis que ésta es el arma más poderosa del mundo. Perros, ¡no rechazéis a Dios! La vida nos ha sido prestada. Las pistolas no tienen importancia delante de Dios. Os conozco. Sé lo que estáis pensando. No te burles, Porta. No encontrarás una sola palabra que decirle a Dios, a pesar de tu boca de berlinés. No creáis lo que está grabado en la hebilla de vuestro cinturón. Dios no está con vosotros. Como tampoco está con los del otro bando. La guerra es el punto culminante de la estupidez humana. Es la obra del diablo. Algunos llaman cruzada a esta guerra. Es una blasfemia. Es la carnicería más grande que se haya visto jamás.

Una detonación espantosa puso punto final a su sermón. La basílica se derrumbó. Intentamos salir de la estancia llena de humo. El bombardeo producía ahora un ruido diferente. Ya no se oía el silbido enervante de las bombas. Dominaban los obuses. Era un bombardeo de artillería, diferente, más concentrado; un ruido regular, más simpático.

Excavamos refugios. El Monasterio había desaparecido. ¿Cómo podía Dios permitir una cosa semejante? El sol se ocultó. Volvió a salir. Las ruinas fueron proyectadas millares de veces en el aire.

Permanecíamos enterrados en nuestros agujeros. ¿Por cuánto tiempo?

Alguien llegó corriendo por el pequeño sendero. Con un salto magistral, aterrizó entre nosotros.

Era *el Verraco*, nuestro correo. Jadeaba, agotado por la carrera. Mike le dio unas palmadas en la espalda.

—¿Qué pasa?

—El batallón ha sido liquidado, mi comandante —replicó.

—Absurdo —gruñó Mike. Y, haciendo una señal a Porta—. Sven y tú iréis a ver lo que pasa.

Tomamos nuestras metralletas y unas cuantas granadas, y asimos a *el Verraco*.

—Nos mostrarás el camino, compañero.

—No puedo —gimió, dejándose caer, enfermo de miedo, en el fondo del agujero.

Porta empezó a darle patadas.

—¡Levántate, cerdo! ¡No puedes, pero debes hacerlo!

El Verraco era como un pelele. Le golpeamos con las culatas. Todo inútil. Pero, lo que no lograron nuestros golpes y amenazas, lo consiguió la voz de Mike.

—Stahlschmidt, ¡en marcha! ¡Es una orden!

El Verraco se levantó de un salto, se cuadró bajo la granizada de obuses y gritó:

—¡A la orden, mi comandante! —Y echó a correr, tan de prisa que a Porta y a mí nos costaba seguirle—. ¡Seguidme, camaradas! —gritó.

Creyó ver a un americano y vació su cargador; pero sólo era un cadáver.

Un silbido agudo nos sobresaltó. Nos echamos de bruces en el barro. Sólo nuestros ojos asomaban sobre la máscara de fango que nos cubría el rostro. Lo que había sido posición de la 3.^a Compañía ya no era más que un paisaje lunar; aquí y allá, un brazo salía del suelo.

—Les dio de lleno —explicó *el Verraco*—. Yo acababa de dejar el grupo de comando cuando ocurrió esto. Debió de ser un treinta centímetros.

Porta descubrió una enorme mina en un agujero.

—¿Has visto, Sven? ¡Ah! Eso puede resultar muy provechoso. ¿Me echas una mano? Tendremos para pagarnos, al menos, tres noches en casa de Ida.

Tragué saliva. Si la mina estallaba, nada quedaría de nosotros. Pero no me atreví a

negarme. Entre los tres, logramos ponerla en pie. Porta escupió encima, hizo la señal de la cruz y, a continuación, tres genuflexiones. *El Verraco* estaba pálido como la cera, y yo también.

—Sujetadla bien, o habréis bebido vuestro último trago —nos advirtió Porta, sacando unas herramientas de su mochila y depositándolas cuidadosamente al lado de la máquina infernal.

Nos daban veinticinco pfennig por kilo de cobre, y allí había cien kilos como mínimo.

Porta sopesó concienzudamente sus tenazas. En el momento en que iba a aplicarla a la punta de la bomba, oímos un silbido encima de nuestras cabezas. Volvimos rápidamente a nuestro agujero. Piedras, tierra y pedazos de acero cayeron sobre nosotros.

Porta escupió y ordenó a *el Verraco* que se sentara a horcajadas sobre la bomba. Éste lloró, imploró piedad repetidas veces.

—Es un asesinato —gimió.

—Lo será si te mueves de aquí —le respondió Porta, secamente, empezando a desmontar el aparato.

Me pasó las otras tenazas para que desenroscase en sentido inverso. Porta se aplicaba al trabajo con todas sus fuerzas. *El Verraco* se aferraba desesperadamente al artefacto para sostenerlo en pie.

Porta sudaba copiosamente, no de miedo, sino de cansancio.

—Si esto empieza a hacer ruido, tenemos que echar a correr. En otro caso, nos encontraremos en la Luna. ¿Entendido, *Stahlschmidt*?

El Verraco sollozaba.

—¡Maldito sea el día en que llegué a vuestra compañía!

—Ya está —dijo Porta, riendo y haciendo girar la tenaza.

Quitó el capuchón, se puso de rodillas, miró el interior del artefacto y hundió la mano en él.

Yo esperaba la explosión a cada segundo. Ningún ser normal, que apreciase la vida, habría desmontado una mina de esta manera.

El Verraco se mordía los labios hasta hacerse sangre. Tenía los ojos fuera de las órbitas y el aspecto de un cerdo atacado de cólera.

—¡Por mil diablos! —gritó Porta, con el brazo hundido hasta el hombro en el interior de la mina—. No lo entiendo. Esto está lleno de engranajes. ¡Ah! Ahora empieza a hacer tictac... ¿Lo oís?

—Es de explosión retardada —chilló *el Verraco*, fuera de sí.

Porta encendió el mechero para ver mejor.

Se me puso la piel de gallina desde la cabeza hasta los pies.

—¡Qué cosa más rara! —exclamó Porta—. ¿Qué habrán metido ahí dentro, que

marche de este modo? ¡Parece un despertador!

El Verraco emitió un grito ronco y echó a correr a grandes zancadas. Porta ni siquiera lo advirtió, tan absorto estaba en el curioso ingenio. Extrajo un tubo. Y la bomba emitió un ruido estridente.

Presas de pánico, huí a mi vez y me refugié en un novo, a veinte metros de distancia. Veía el sombrero amarillo de Porta subiendo y bajando al lado de la bomba.

Pasaron cinco minutos. Después, me hizo una seña.

—¡Ven a ayudarme, gallina mojada! ¡He sacado el despertador!

Me aproximé, un poco avergonzado. *El Verraco* había desaparecido sin dejar rastro. Delante de Porta, había un montón de tornillos y de ruedas.

—¡Curioso artefacto! —dijo Porta, asombrado—. No encuentro la espoleta de ojiva. Debió de quedarse dentro.

—¿Crees que eso puede explotar? —le pregunté, nervioso.

—¡Claro que sí! —respondió Porta—. Ojalá tengamos tiempo de quitar el cobre.

Habíamos recogido una cantidad impresionante cuando, por fin, Porta se dio por satisfecho. Antes de marcharnos, se agachó para escuchar un ruido procedente del interior de la bomba.

—Ya vuelve a hacer tictac. ¿Y si lo desmontásemos del todo para ver qué lleva en el vientre? Podríamos volver a encontrarnos con un artefacto de la misma clase.

—¡Ah, no! Ya basta, date prisa —grité.

Y partí sin esperarle. Porta me siguió despacio; el peso del cobre entorpecía su marcha. Pero, apenas me había alcanzado, cuando la tierra se levantó y fuimos arrojados al suelo. El juguete había estallado.

Porta, a cuatro patas, buscaba su sombrero amarillo. Lo encontró detrás de unos matorrales calcinados, perforado por un trozo de metralla y con la cinta arrancada.

El Verraco estaba tumbado en un embudo y lloraba, completamente alelado. Al vernos, pareció volverse loco y empezó a chillar. Tuvimos que golpearle la cabeza con las palas.

De la 2.^a Compañía sólo quedaban cuarenta hombres, al mando de un suboficial, único jefe superviviente. La 3.^a Compañía había quedado totalmente aniquilada. De la 4.^a quedaban siete hombres, cuatro de ellos gravemente heridos. El jefe de Compañía, un teniente de dieciocho años, estaba sentado en un rincón de la trinchera, ceñido el vientre por una venda ensangrentada.

—¿Cómo va eso, mi teniente? —le preguntó Porta.

El teniente esbozó una sonrisa. Acarició una ametralladora que tenía al lado.

—Estamos preparados para recibir a esos maricas. ¡Sabrán con quién tienen que habérselas!

De los setecientos hombres del batallón, quedaban ciento diecisiete. Las tropas enviadas para rescatarlos eran diezmadas en la sima de la muerte. Llovían obuses

sobre el Monasterio.

Desaparecían batallones y regimientos. Otros nuevos los remplazaban. Ninguno de nosotros estaba ileso. Pero sólo eran atendidos los heridos graves. El cabo Knuth se presentó en el puesto de socorro con tres dedos amputados y fue rechazado por el médico: al menos, había que perder un brazo para que se cuidaran de uno.

Inmediatamente después de amanecer cesó el estruendo. Una nube amarilla y envenenada envolvía la montaña sagrada. Aguzamos el oído. Escuchamos una especie de silbido que no conocíamos.

Un comandante de paracaidistas blandió su máscara de gas.

—¡Los gases! ¡Los gases!

El grito se transmitió de refugio en refugio. Los obuses estallaron produciendo un ruido extraño, sordo, soltando un vapor amarillento.

Empezamos a toser. Se nos quemaban los pulmones. Nos dolía la garganta. Teníamos la impresión de que nos ahogábamos. Los ojos vertían lágrimas. Algunos, enloquecidos, saltaron al abismo.

Nos arrancamos el casco y nos pusimos la máscara. Estábamos como ciegos. Sudábamos, y la angustia nos retorció las entrañas.

La noche sucedió al día. Teníamos un aspecto terrorífico, con nuestras máscaras negras.

No eran gases, sino obuses de niebla. Pero era suficiente. Muchos perecieron ahogados por aquel humo «inofensivo».

Se acercaban, seguros de su victoria. Percibimos el ruido de los tanques oruga, heraldos de la muerte. En apretados enjambres, se contoneaban entre la niebla. Hundían el morro en los cráteres de obús y emergían en sentido vertical. Las orugas aplastaban a los muertos y los heridos. Los tanquistas avanzaban, con las escotillas abiertas, de pie en las torretas, buscando su presa a través del humo amarillo.

Unos soldados de Infantería gritaron y arrojaron sus armas en señal de rendición; pero fueron igualmente aplastados.

Los comandantes de los tanques reían.

—*Go to hell, Kraut, here we are with the «Shermans»!* ^[66].

Dispararon una andanada, una tempestad de fuego. Arrasaron la zona con sus ametralladoras. Los lanzallamas escupieron, sobre una Compañía de granaderos, los cuales, paralizados, se apretujaban contra la roca.

Pero se habían olvidado de los soldados de los tanques que luchaban con la Infantería. Sus orugas no nos impresionaban. Sabíamos cómo acabar con ellas.

Heide sacó el cañón de su ametralladora ligera y comprobó el punto de mira. Los otros prepararnos nuestras granadas, arrancando los seguros con los dientes.

Los monstruos de acero estaban ya muy cerca. Nos invadía un odio feroz, íbamos a vengarnos de sus millares de obuses.

Hermanito echó a correr. Llevaba granadas bajo ambos brazos y una mina «T» en la mano derecha. Se detuvo ante un «Sherman» y lanzó la mina, que pasó muy cerca del rostro del joven comandante que iba en la torreta. Una explosión ensordecedora. El comandante saltó por los aires. El pesado vehículo volcó. Las orugas siguieron girando en el vacío.

Hermanito había pasado ya al siguiente. Porta había subido encima del cañón del siguiente. Deslizó dos granadas de mano por la abertura de la máquina y se dejó caer. El tanque le pasó por encima; pero Porta sabía pegarse bien al suelo. Se levantó sin un rasguño.

Heide tomó posiciones entre los rodillos de un carro calcinado y nos cubrió con la ametralladora.

Los americanos se detuvieron. No comprendían lo que pasaba. Uno tras otro, ardían sus carros.

—*Allah-el-akbar!* —El grito de guerra del legionario, perforó los aires—. ¡Viva la Legión!

Agarró a un comandante de tanque y echó sus granadas por la escotilla.

Yo cogí una mina «T» y me arrojé contra el tanque más próximo. La mina quedó enganchada en las cadenas. La onda explosiva me lanzó debajo de un carro en llamas donde había dos cadáveres calcinados. ¡En pie! ¡Al siguiente! Otra mina.

Después, los combates cuerpo a cuerpo. Matanzas salvajes, horribles.

Una torreta cayó entre nosotros; la mitad de su comandante había quedado en la trampa; giró el cañón, arrojando restos humanos.

Apareció Mike, con una pistola en una mano y un sable de samurai en la otra.

—¡Seguidme! —gritó.

Paracaidistas, infantes, granaderos, artilleros, enfermeros y un capellán siguen al comandante vociferante que enarbola su sable de samurai por encima de la cabeza.

El legionario, Porta y *Hermanito* se lanzan al ataque. *El Verraco* está entre ellos, con la cabeza descubierta. Ha perdido su casco y debe de haber enloquecido, pues se bate como un león. Armado con una de esas nuevas ametralladoras inglesas provistas de bayoneta, dispara sobre todo lo que encuentra.

Unos hindúes con turbante levantan los brazos y se rinden. Un segundo más tarde, quedan convertidos en antorchas vivientes.

Heide se ha apoderado de un lanzallamas y lanza gritos salvajes.

En el Estado Mayor de la División reina el mayor desorden. Un oficial ordenanza, cubierto de sangre, llega hasta *el Tuerto* y le da cuenta de la situación.

—La mayor parte de las Compañías han sido aniquiladas, mi general. Todas las posiciones han sido barridas. Las baterías han dejado de funcionar. No hay enlaces, pero se lucha en todas partes.

—¿Todo ha sido destruido, y se lucha en todas partes? ¡Por el cielo! ¿Quiénes

luchan? —gritó *el Tuerto*, con voz delirante—. ¿Cómo quiere usted que mande una División que no existe?

Sonó el teléfono. Era el observador de artillería del Monasterio. Estaba herido.

—Mi general, unidades de carros pesados atacan desde el Nordeste y desde el Sur. Carecemos de armas contra los blindados. ¡Manden refuerzos, por el amor del cielo!

Unos sollozos de demente interrumpieron la conversación. Los nervios del oficial se habían quebrado. *El Tuerto* se dirigió al gran mapa de Estado Mayor clavado en la pared y escupió en él. No había nada a hacer. Todo era desorden y confusión.

—¡Por mil diablos! Quiero refuerzos, ¿me oís? ¡Hombres! ¡Los cocineros, los enfermeros! Vaciad los hospitales, ¡dadles carabinas en vez de muletas! —le gritó a su ayudante.

Quitaron los mapas de allí. Ya no servían para nada. Había empezado la danza macabra.

Fueron despachados unos oficiales de órdenes hacia el Monasterio. *El Tuerto* les amenazó con el Consejo de Guerra si no llegaban a su destino.

—¡Os prohíbo caer! —gritó.

Un teniente, mortalmente herido, entró tambaleándose y se desplomó. Antes de expirar, tuvo tiempo de balbucir:

—La 4.^a Compañía ha sido aniquilada, mi general. Siguen los combates.

El Tuerto asió al teniente muerto por el cuello de la guerrera:

—Respóndeme antes de morir: ¿quién combate?

Pero la cabeza del teniente cayó sin vida. La sangre manchó a *el Tuerto*, el cual soltó el cadáver de aquel muchacho de dieciocho años.

—Debería estar prohibido morir en estas condiciones —farfulló.

En todas partes reinaba el mismo desorden. Los americanos y los neozelandeses estaban bajo el mando del general Freyberg, el general más obstinado que jamás haya vestido uniforme caqui. Por orden suya, el Monasterio fue demolido hasta la última piedra. Quería su Verdún, ¡y lo tuvo! Cuando le hablaron de la resistencia encontrada por sus tanques y por sus granaderos blindados, arrojó su casco al suelo.

—¡Imposible! —rugió—. Allí no queda nada. ¡Veis visiones! ¡Veis fantasmas!

Pero los fantasmas iban armados con ametralladoras y lanzallamas. Nuevos regimientos fueron enviados al asalto y murieron ante los derruidos muros del Monasterio.

Ahora subían unos tanques ingleses balanceándose en el camino. Soldados escoceses de Infantería iban colgados de las torretas como racimos de uva. Una ráfaga de ametralladora les hizo caer a todos.

El general Freyberg juró sobre la Biblia que tomaría el Monasterio. Costase lo que costase.

Se formaron nuevas unidades. Escoceses, galeses, texanos, australianos, montañeses marroquíes, hindúes, negros de las riberas del Congo, japoneses. Al frente, marchaba una División polaca.

Lloraban, aullaban, maldecían. Caían bajo el tiro diabólico de las ametralladoras. Ya no había posiciones y, sin embargo, se combatía.

Los tanques se atascaban. Las fotos aéreas no les servían para nada. Su propia artillería lo había transformado todo.

Porta, *Hermanito*, el legionario y yo nos habíamos refugiado en un embudo.

Apareció un «Sherman». Con ojos desorbitados, vimos asomar su morro por encima de nosotros. Dentro de unos segundos, oscilaría y nos aplastaría.

Porta dio un salto y lanzó una mina «T». Surgió una columna de fuego y el carro se convirtió en una horna. Un hombre lanzó un grito de agonía. Era el comandante, metido en la torreta; sus piernas ardían. Un soldado americano de Infantería le dio el tiro de gracia. Cambiamos de posición. Dos paracaidistas provistos de granadas anticarro se unieron a nosotros.

El legionario estaba de rodillas detrás de su lanzallamas.

—*Allah-el-akbar! Vive la France!* —gritaba estúpidamente, como si no supiese que nos estábamos batiendo contra un general francés.

Después, *el Tuerto* vino a reunirse con nosotros.

Llevaba una pistola ametralladora en una mano y su bastón en la otra.

—Seguidme —ordenó.

Había perdido su venda negra y la órbita vacía estaba sanguinolenta.

Mike se colocó a su derecha, con un enorme cigarro en la boca. A su izquierda, Porta, con el sombrero amarillo sobre el cogote. Un general obeso con su guardia personal.

Se luchaba cuerpo a cuerpo, mordiendo, rugiendo; con el cuchillo y con los pies.

Un comandante francés, sentado contra una roca pugnaba por meterse las tripas en su sitio. Un sargento americano negro, con las piernas trabadas y aplastadas por la oruga de un carro, enviaba ráfagas de su metralleta calentada al rojo. Un hachazo le hundió el cráneo.

Me vi lanzado al fondo de un embudo con un GI. Nos miramos, mudos de pánico, pensando quién sería el primero en disparar. De pronto, él arrojó su pistola ametralladora, lanzó una maldición y me alargó un paquete de «Camel». Me eché a reír tranquilizado, y le ofrecí, a mi vez, uno de grifa, sonrió. Después nos abrazamos, muertos de risa. Cambiamos nuestras cantimploras.

Dos soldados cayeron de cabeza en el embudo Eran Porta y *Hermanito*. Al ver al GI, se echaron atrás.

Hermanito soltó el seguro de su «Kalashnikov». Le quité el arma de las manos. Nos embutimos en lo más hondo del agujero. Cambiamos insignias y botones con el

GI. Mi estrella roja de comisario le entusiasmó.

Jugamos una partida de dados, fumamos grifa y «Camel», y vaciamos nuestras cantimploras. El GI nos mostró un tatuaje que llevaba en el pecho: el pato Donald. Contrayendo ciertos músculos abría el pico. Era para mondar de risa.

Había cesado el fuego. Miramos con precaución por encima del borde del agujero: tres alemanes y un americano.

—*Now I am going home* ^[67] —dijo el GI.

Nos despedimos calurosamente. Y se marchó cubierto por nuestras armas.

—Si alguien le tumba, tendrá que habérselas conmigo —prometió *Hermanito*.

Vimos cómo saltaba dentro de un embudo; después, una ametralladora volvió a ladrar a nuestro lado. Proseguía el combate.

Un paracaidista, en un ataque de locura, empezó a trepar colina arriba. Trepaba como un mono. Una proeza que, en tiempo normal, habría sido publicada en todos los periódicos del mundo. Allí, nadie le prestó atención.

Los aliados atacaron. En cabeza, los polacos, los cazadores de los Cárpatos.

—¡Por Varsovia! —gritaban.

Retrocedimos hasta el Monasterio. Nos apostamos en los embudos. Aparecieron los primeros soldados de uniforme caqui y fueron aniquilados. Cadáveres, cadáveres, montones de cadáveres.

Los hombres morían, mientras los generales admiraban el fantástico espectáculo.

—Formidable —murmuró Alexander.

—¡Maravilloso! —exclamó Freyberg.

—¡Espléndido! —clamó Kesselring.

Grababan las palabras que habían de ennegrecer las páginas blancas de sus Memorias. El sueño de todo gran general. El punto final de la jornada de trabajo de los expertos en materia de guerra.

Un teniente polaco, acribillado de heridas, se irguió y gritó a los veinte hombres que quedaban de su regimiento:

—¡Adelante, soldados! ¡Viva Polonia!

Se había anudado la bandera polaca al cuello.

—Mi corazón está contigo —murmuró el legionario, mientras le apuntaba—. Serás colocado a la derecha de Alá, bravo polaco.

Vació el cargador en el vientre del oficial polaco.

Después llegaron los «Gurka». Y perecieron bajo el fuego de las ametralladoras.

Los marroquíes cortaban las orejas de sus enemigos muertos, para demostrar, al volver con los suyos, el número de sus víctimas.

El legionario sintió un enorme gozo al verlos y lanzó su grito de guerra.

—¡Matadlos! —gritó, riendo como un loco—. ¡Adelante, adelante! ¡Viva la Legión!

Le seguimos, como tan a menudo le habíamos seguido en el pasado. *El Tuerto* quiso detenernos; era una locura. Disparábamos apoyando el arma en la cadera. Volvíamos a cargar mientras corríamos.

Los marroquíes nos miraban boquiabiertos. Nos arrojamos sobre ellos, golpeando con nuestras palas y con las culatas de los fusiles. *Hermanito* lanzo a una docena de ellos por encima de la peña.

Marroquíes y gurkas corrieron en busca de refugio.

Cuando fue de noche, salimos de patrulla, siguiendo órdenes del legionario. Los degollamos sin ruido.

Heide había vuelto a su antiguo juego de tiro al blanco. Se divertía horrores cada vez que hacía diana.

El teniente Frick le amonestó, furioso:

—¡Idiota! ¡Si tiras otra vez, serás castigado por desobediencia!

—Comprendido, mi teniente —dijo Heide, riendo—. ¿Debo cursar su orden a los del otro lado y organizar un partido de fútbol con ellos?

El teniente Frick pestañeó.

—Suboficial Heide, sé que eres el soldado más ordenancista de la Wehrmacht. Sé, también, que tienes amigos en el Partido. Eres el mayor asesino que me he echado a la cara. Ese sucio uniforme te sienta perfectamente.

—¡Vete al diablo! —dijo Heide, riendo.

El teniente Frick se agachó, cogió una escudilla llena de *spaghetti* y lanzó su contenido al rostro de Heide, el cual retrocedió con un grito de sorpresa. Sin decir palabra, el teniente dejó de nuevo la escudilla al lado de Porta. Después, se dirigió a Heide:

—Y ahora, suboficial Heide, puedes cursar tu denuncia. Tu jefe te ha atacado y ha pronunciado frases derrotistas. Creo que es suficiente para que me ahorquen cinco o seis veces.

Dicho lo cual, giró sobre sus talones y se reunió con Mike, el cual estaba muy ocupado matándose los piojos.

—¡Vosotros sois testigos! —gritó Heide.

—Testigos, ¿de qué? —preguntó Porta.

—¡No te hagas el idiota! Habéis oído que ha dicho que vamos a perder la guerra, y tendréis que firmar mi informe. No pararé hasta verle ahorcado.

—Pero ¿de quién estás hablando? —dijo *Barcelona*, en tono de asombro—. No he visto a ningún teniente desde hace rato. ¿Has visto tú algún teniente, *Hermanito*?

—¿Yo? Sí, pero hace mucho tiempo —dijo *Hermanito*, después de engullir un pedazo de salchicha.

—Y ahora, dime —exclamó Porta, poniéndose en pie—, ¿cómo te atreves a embadurnarte con mis *spaghetti*? Te costará caro, tendrás que pagar por ellos.

¡Incluso había salsa de tomate! ¡Dame unos «Grifas!».

—Me meo en tus *spaghetti* —rugió Heide, pálido de ira—. Y me cargaré a ese estúpido oficial. —Miró a su alrededor, en busca de testigos más dóciles, y vio al padre Emmanuel—. ¿Juraría usted, padre, sobre la Santa Cruz, que no ha oído blasfemar del Führer? Debo advertirle que esto terminará ante el Consejo de Guerra.

—Si no he entendido mal, Heide has robado los *spaghetti* de Porta para embadurnarte la cara.

Heide soltó el seguro de su metralleta.

—¡Usted ha visto, padre como ese teniente de los demonios me los ha arrojado a la cara!

—Estas loco, Heide —dijo el Padre Emmanuel, fingiéndose atemorizado—. ¿Qué teniente se atrevería a arrojar *spaghetti* a la cabeza de un inferior?

Heide estaba loco de furor.

—¡Pandilla de traidores! ¡Os llevaré yo mismo a Torgau! ¡Ésta os pesará!

—Menos discursos, Julius —le interrumpió Porta, punzándole la barriga con un lanzallamas—. Pásame dos «Grifas». Así aprenderás a no robar los *spaghetti* de la gente honrada.

—Tú, al menos, puedes echar a correr —le dijo Heide, seguro de sí.

—Si lo tomas de esta manera... —dijo Porta, enviando una llama por encima de la cabeza de Heide, y a tan poca distancia que percibimos el olor a cabellos quemados.

—¡Basta de tonterías! —gruño Mike.

Heide corrió a refugiarse detrás de una roca.

Otra llama.

Heide asomó, chamuscado y con ojos angustiados.

—¡Basta ya! ¡Vas a quemarme!

—¡Ah! ¿Ahora te das cuenta? —suspiro Porta diabólicamente, disponiéndose a lanzar un nuevo chorro.

Un paquete de cigarrillos opiáceos voló por el aire. Porta lo cogió, resoplando.

—Bueno. Ahora tendrás que buscar otra escudilla llena de *spaghetti* y de salsa de tomate. ¡Unas cuantas cebollas tampoco me irían mal! Gracias.

Heide se puso en camino, maldiciendo con rabia. Porta gritó, dándole consejos.

—¡Dios mío! —exclamó el padre Emmanuel, señalando el cielo.

Levantamos la cabeza. No podíamos dar crédito a nuestros ojos. Un enjambre de abejas gigantescas... Pero no eran abejas, sino bombarderos.

Nos disputamos los gemelos.

—¡Al menos hay un millar! —murmuró *Barcelona*—. Fortalezas volantes americanas. No quisiera encontrarme donde arrojen su carga.

Mike soltó un piojo y escrutó el cielo.

—Pero ¿de dónde salen? ¡Vienen del Norte!

Ignorábamos que aquellos bombarderos habían despegado de Inglaterra aquella misma mañana. Aparatos de caza los habían escoltado al pasar sobre Francia. Con la mayor desfachatez, habían violado la neutralidad de Suiza. Los «Focke-Wulf» los habían atacado, pero sin resultado.

Los jóvenes pilotos de veinte años mascaban chicle. Llevaban el rostro cubierto con máscaras de oxígeno.

Hora tras hora, roncaban los motores. Los aviones cruzaban las barreras de artillería antiaérea como si fuesen tormentas de verano. Arrancábanse las máscaras, los tripulantes de uno de ellos, bebiendo el contenido de un termo. El que hacía de jefe se puso cinco «Camel» en la boca, los encendió y los distribuyó entre sus camaradas. Fumaban con la mirada fija en el letrero rojo: *Smoking prohibited*. Un «Focke-Wulf» atacó al «B-17» del joven capitán Boye Smith.

—¡Envíale unas píldoras a ese maldito *Kraut*! —le gritó al artillero de cola.

La primera ráfaga alcanzó al caza «Focke-Wulf», el cual empezó a descender en espiral, mientras una espesa humareda brotaba de la carlinga. Se estrelló en mitad del pueblo de Puntoni, al oeste de Florencia. Dos niños y una joven que lavaba la ropa resultaron muertos. El piloto, barón Von Nierndorf, había muerto en el aire.

—*Go to the worms!* ^[68] —dijo el capitán Boye Smith, riendo.

Y escupió en el suelo.

No sabía que, tres cuartos de hora más tarde, sería linchado por un grupo de campesinos, porque la víspera, un «Jabo» había matado a dos mujeres, un anciano y cinco niños.

Cuando se estrelló el avión de Boye, el capitán, único superviviente del equipo, buscó refugio en el pueblo. Allí le ataron a un poste, detrás de la granja de Bruno Garini, lo rociaron con gasolina y le prendieron fuego.

Cuando las llamas empezaban a lamer las piernas de Boye Smith, una patrulla de Policía Militar entraba en tromba en el pueblo. La mandaba el oficial ayudante Stein, un bandido redomado.

—¡Eh! ¡Eh! —exclamó—. ¿A qué están jugando? —Y señalando al piloto, envuelto ahora en llamas—: ¿Es una broma? —Después, con cierta campechanía, asió a una anciana por el mentón, pero sus ojos permanecieron fríos—: ¿O debo llamarlo asesinato?

—Si, *Signor Maggiore* —dijo ella, esforzándose en sonreír y sin haber comprendido una palabra de lo que había dicho el otro.

Una de las mujeres que había muerto el día anterior era su hija pequeña. Para su lento cerebro de lugareña, no había duda de que el piloto a quien estaban matando había sido el autor de aquella muerte.

Stein apartó a la vieja. Con aire pensativo, encendió un cigarrillo y se ajustó el

casco. El sol brillaba. Un perro dormía a la sombra de un ciprés. Un gato se lamía dentro de un carretón. En un viejo cochecito con ruedas de madera, un bebé tendió los brazos hacia el jefe de cazadores de cabezas. Éste le pellizcó la mejilla.

—*Bambino, bambino.*

La madre permanecía inquieta a su lado. El hombre sacó su pistola. Una «P. 38». Concienzudamente, verificó el cargador. Con un ruido seco, volvió a ponerlo en su sitio.

El oficial Stein reía. El piloto americano ardía. Flotaba un olor a carne quemada. El oficial arrojó el cigarrillo e hizo una señal con la cabeza.

—¡Liquidad a toda esa gente! ¡De prisa!

Ocho «PM 38» hicieron fuego sobre los italianos que gritaban y trataban de escapar en el último momento.

Los paisanos cayeron unos encima de los otros; los vivos procuraban refugiarse debajo de los muertos.

Los policías volvieron a cargar sus armas y soltaron una nueva ráfaga sobre aquel montón de seres humanos.

El oficial encendió otro cigarrillo.

El niño, en el cochecito, empezó a llorar. El oficial cogió un cartucho vacío y lo dio al pequeño. El bebé se echó a reír, mostrando su único diente.

—En marcha —ordenó Stein.

Los coches anfibios emprendieron la marcha entre una nube de polvo.

Aquel mismo día, más tarde, un pastor encontró al niño que jugaba con el cartucho.

La punta de los bombarderos «50 B-17» se hallaba precisamente encima de Monte Cassino. Un gran rugido flotaba en el aire agitado por una tempestad de acero.

—¡Mierda! —gritó Mike, que acababa de mostrarnos un ejemplar de sus piojos.

Nos acurrucamos bajo una roca, esperando la muerte. Los americanos estaban tan sorprendidos como nosotros.

—*Damned, they are bombing!* ^[69] —aullaron.

Las primeras bombas barrieron la montaña. Varias casas del valle fueron proyectadas a gran distancia. Una batería pesada, oculta detrás de la estación de Cassino, quedó destruida en un segundo.

Nuevas bombas cayeron sobre el Monasterio. Todo quedó envuelto en una bruma amarilla. La montaña sagrada se transformó en un huracán de fuego y de llamas. Después de los «B-17», los bombarderos ingleses del tipo «Michell» pasaron al ataque.

Por la noche, *el Tuerto*, acompañado de su ayudante el teniente Hartwig, vino a nuestro encuentro.

El Tuerto llamó a los jefes de Compañía.

—Vamos a largarnos esta noche —explicó—. Pero hay que evitar que los otros lo adviertan. Saldrán los paracaidistas. Después, el primer batallón. A continuación la 5.^a Compañía. Los restantes partirán a las dos y cinco en punto. Dejaremos un grupo. Dos baterías abrirán fuego de diversión más arriba.

—¿Y el último grupo? —gritó Porta—. ¡Será el segundo! ¿Todavía no estáis cansados, oh héroes? Alegraos, porque, en la escuela, los niños aprenderán nuestras hazañas. Mi sombrero amarillo y mis pinzas de dentista serán expuestos en una vitrina de museo.

El Tuerto le miró, pensativo.

—Ya que tú mismo lo propones, Porta... Está bien, ¡será el segundo grupo!

—¿Cuándo aprenderás a cerrar tu boca? —murmuró *Barcelona*.

Las Compañías partieron a la hora señalada. Abandonaron las trincheras sin el menor ruido.

—¡Buena suerte! —murmuró el teniente Frick, un momento antes de desaparecer. El comandante Mike apoyó una mano en el hombro de *El Viejo*.

—Hasta pronto, Beier.

Nerviosos, nos apretujamos detrás de las ametralladoras.

—Si se enteran de que los compañeros se han marchado —murmuró Porta—, ¡van a prodigarnos sus caricias!

—Serán bien recibidos —dijo *Barcelona*.

—Si se ponen pesados, yo me largo —prosiguió Porta, en voz baja—. Me escabulliré como una liebre. ¡Salud, compañeros! No quiero ir a Texas a picar piedra.

El Viejo consultó su reloj.

—Dentro de cinco minutos, disparará la artillería —murmuró—. Estad preparados. Tú, *Hermanito*, coge el lanzagranadas.

—Estás soñando —protestó *Hermanito*—. Si quieres llevarte esa vieja chimenea de estufa, tendrás que cargar con ella. El legionario *Barcelona* me ha ordenado que lleve la bebida.

—Aquí mando yo. Llevarás el mortero —dijo *El Viejo*, furioso—. Me importa un bledo vuestra bebida. ¿Has oído?

—Todavía no estoy sordo —gruñó *Hermanito*.

—Entonces, repítelo.

—Que repita, ¿qué?

Hermanito se hacía el tonto. Uno de sus trucos habituales, cuando quería librarse de un servicio.

Tronó la artillería. Porta cogió la ametralladora. Yo agarré la cureña. Se distribuyeron las cartucheras. Porta envió un beso a los americanos con la punta de los dedos.

—Good bye, Sammy, see you later! ^[70]. No llores cuando encuentres nuestros

agujeros vacíos.

—¡Cuánto nos queremos! —dijo *Barcelona*, riendo.

—Este amor será nuestra perdición —dijo Heide.

Bajamos la cuesta sin hacer ruido. Un chirrido nos hizo dar un respingo.

—¿Qué ha sido? —farfulló *El Viejo*.

La voz de *Hermanito* respondió en la oscuridad:

—Perdona, Viejo. Se me ha escapado de las manos este maldito mortero. La culpa es tuya, pues me has obligado a llevarlo con el licor.

—¿Has perdido también el aguardiente? —preguntó Porta, inquieto.

—¡No! Por santa Bárbara, patrona de los artilleros, que no se ha perdido ni una gota. Yo sé cómo hay que manejar las cosas preciosas.

—¡Tres veces idiota! —gruñó *El Viejo*—. ¡Conseguirás otro mortero!

—Alquilaré uno en casa de Sam —respondió *Hermanito*, satisfecho—. Ellos tienen de sobra.

Reemprendimos la marcha, sudorosos.

—No puedo más —suspiré—. Voy a tirar la cureña.

—No lo hagas, dámela —dijo *Barcelona*, dándome, a cambio, el lanzallamas, que era tan pesado como aquélla, pero más manejable.

Una bengala iluminó el cielo. Nos echamos al suelo. El menor movimiento significaría nuestro fin.

La luz se extinguió con increíble lentitud. Hacia el Este, gruñó la artillería. Era en Castellona, cota 771. Nosotros ignorábamos que era el principio de la penetración americana. El 168.º regimiento de Infantería aplastó al 134.º nuestro. Al propio tiempo, el regimiento 142.º de Infantería U.S. aniquiló a nuestro 200.º regimiento de Granaderos Blindados.

—Coged las armas —ordenó *El Viejo*— y seguidme. En columna de a uno.

La Compañía había excavado hoyos entre algunas casas. Con mucho cuidado, *Hermanito* dejó el garrafón en el suelo.

—¿Abrimos el baile? —preguntó al legionario, el cual asintió con la cabeza.

Porta se sentó en una caja y depositó una campanilla de altar delante de él. *Hermanito* se situó a su espalda empuñando un lanzallamas. Nuestro nuevo músico levantó la trompeta y tocó asamblea.

Varias cabezas curiosas asomaron en diversos agujeros.

Mike llegó corriendo, con uno de sus gruesos cigarros en la boca.

—¿Qué significa este jaleo? Los americanos también comprenden este toque. Nos exponemos a que nos caigan encima.

—No tengo la menor aversión a los clientes de ultramar —suspiró Porta—. Los dólares son dinero seguro.

—¡No presumas! —gruñó Mike—. ¡Jamás has visto un billete verde!

Sin pronunciar palabra, Porta sacó dos gruesos fajos de dólares de una de sus botas.

Mike se quedó sin resuello.

—¿De dónde has sacado eso?

—De algunos muchachos de los generales Ryder y Walker. Nos encontramos por casualidad detrás del Monasterio. Les persuadí de que el dinero no les haría ninguna falta.

—Sabes que hay que entregar las divisas extranjeras al jefe de Compañía o al oficial político.

Porta volvió los billetes a su bota, con una sonrisa irónica.

—Lo sé, mi comandante. El oficial político es buen amigo mío. —Mostró un diminuto aparato fotográfico—: Gracias a esta cajita. Soy un fanático de la fotografía, y nunca recuerdo dónde guardo mis rollos. Hace algunos días, y sin hacerlo adrede, retraté a nuestro político cuando se dedicaba a seducir a un muchachito italiano. Después, discutimos un poco sobre las fotos. ¡Y acordamos no enviar el rollo a la Prinz Albrecht Strasse!

Mike lanzó un silbido, mientras miraba fijamente las botas de Porta.

—Un día te ahorcarán, Porta —predijo de buen grado.

—Tal vez también a usted, mi comandante. Mi aparatito es un buen amigo. Yo soy un pobre cabo, sin más bienes que mi sombrero amarillo. Un compañero de Texas, el mismo que me regalo este aparato, me dijo que el mundo está lleno de truhanes. Y que, si uno no tiene alguna arma secreta para defenderse, tiene que procurársela. —Acarició el aparato fotográfico—. Por ejemplo, hace unos días, hacía un tiempo espléndido. Yo observaba una mariposa mientras tomaba algunas fotos aquí y allá. Imagínese mi asombro cuando vi la película: había retratado a un comandante que llevaba un cigarro en la boca, en el momento en que estaba registrando los bolsillos de los muertos, amigos y enemigos. Sí, la cosa me impresionó muchísimo. Un comandante debe ser forzosamente un patriota. Sin duda, entregó todo cuanto había encontrado al oficial político.

—¿Dónde tienes ese rollo, Porta? —preguntó, esforzándose en dominar su voz.

—¿El rollo? ¡Veamos! —Porta fingió reflexionar—. ¡Ah, sí! Me lo guarda mi amigo, el oficial político. Cuando termine la guerra, pensamos hacer una exposición de fotografías. La titularemos: «Patriotas en guerra». Estoy seguro de que suscitará gran interés, mi comandante.

Mike, fatigado, se sentó en el fondo de la trinchera. Lo hizo sobre el casco de *el Verraco*, que éste, obsequioso, había colocado bajo sus nalgas.

—¿Un trago, mi comandante? —dijo Porta, sonriendo amablemente.

Mike vació el vaso de un trago. Agua de arroz al 88 por ciento. Después, el comandante irguió lentamente su enorme estatura y se puso en la boca un nuevo

cigarro, que *el Verraco* encendió servilmente.

El comandante no se dignó mirarle. Acariciando su pistola, se esforzó en reír:

—Porta, hubieras debido ser jefe de Estado Mayor. Serías capaz de darle lecciones a un mariscal.

—¡Oh, no, mi comandante! No soy más que un soldado que ha aprendido a guardarse. Mi divisa es: considera a cada cual como un bandido, mientras no se demuestre lo contrario. Y esta demostración... se produce pocas veces.

El comandante Mike respiró con tal fuerza que estuvo a punto de tragarse el cigarro.

—Te lo repito, Porta. Te estoy viendo colgado de una cuerda.

Porta encogió los hombros con indiferencia. Después, empezó a tocar la campanilla como un loco, vociferando:

—¡El cuartillo en la mano derecha, y el dinero en la mano izquierda! Se paga por anticipado.

El precio del aguardiente variaba, aunque la ración fuese la misma. Un *Oberscharführer* SS debía pagar más que un oficial ayudante de los «Panzer». Por el contrario, un oficial de oficinas militares debía apoquinar el doble que un *Oberscharführer*.

Hermanito tuvo que intervenir en tres ocasiones para atajar las riñas. Un sólo disparo de lanzallamas y se restablecía la calma.

Los marroquíes llegaron en medio del copeo. Habían degollado a nuestros centinelas sin que lo advirtiéramos. Bajaron de las rocas y abrieron fuego desde tres lados.

Un momento más tarde, estábamos luchando cuerpo a cuerpo. *Hermanito* fue, ante todo, a poner el garrafón a buen recaudo; después, se lanzó a la lucha con su lanzallamas.

El legionario, sentado y apoyando la espalda en una pared, se defendía con un hacha.

Después picaron los «Jabos», barriendo el campo de batalla. Los árabes habían avanzado demasiado. Fueron diezmados por el fuego mortífero de los aviones americanos.

Ardían las casas. Un viejo campesino trataba desesperadamente de luchar contra las llamas con una cacerola que saltó en pedazos al pasar la sombra del «Jabo» por encima del lugareño.

Fuego de artillería. Llegada de la Infantería. Nos retiramos. Es decir, nos retiramos los pocos que aún podíamos arrastrarnos.

Había varias ambulancias disimuladas junto a la orilla de la carretera. Metimos a *El Viejo* en una de ellas, pagando su plaza con nuestros «Grifas» y los dólares de Porta. A cada respiración de *El Viejo*, aparecía uno de sus pulmones. Le estrechamos

la mano.

Mike, que tenía destrozado el brazo derecho, fue embutido en un camión con otros cuarenta heridos graves. Pusimos a su lado su caja de cigarros. Nos sonrió, agradecido.

Cavamos una fosa para enterrar a *el Verraco*. Una granada de mano le había arrancado los dos pies. La fosa no era muy profunda, y *el Verraco* no tuvo casco en su tumba, ni cruz encima de ella.

—Quémate a fuego lento en el infierno —maldijo *Barcelona*.

El teniente Frick, con la cabeza envuelta en un vendaje que sólo dejaba ver sus ojos y su boca, se acercó a nosotros.

—¡Coged las armas! ¡Están avanzando! Los granaderos se han retirado. Hay que mantener la posición a toda costa.

Nos cargamos las ametralladoras al hombro. Llovían los obuses.

Barcelona cayó. Dos sanitarios se lo llevaron. Metralla en el bajo vientre. Heide rodó por el suelo; su nuca y su espalda no eran más que un agujero ensangrentado. Lo enviamos con los granaderos.

Un casco de metralla arrancó la cabeza al teniente Frick. La sangre salía a borbotones de su garganta.

Nos apostamos en un embudo lleno de barro. Porta, *Hermanito*, Gregor Martin y yo. El último cuarteto de la 5.^a Compañía de cuatro hombres. Algunos puñados de soldados, supervivientes de Compañías y Batallones, se unieron a nosotros. Resistimos durante cinco días. Después, unos camiones vinieron a buscarnos. Los paracaidistas cubrieron nuestra retirada.

Había terminado el último combate de Monte Cassino.

Querido lector, si algún hermoso día de vacaciones pasas por el pueblo de Cassino, detente unos instantes al llegar al camino que conduce al Monasterio. Apéate de tu coche e inclina la cabeza en homenaje a los que cayeron allí, en la montaña sagrada. Escucha con atención, y tal vez oirás aún el trueno de los obuses y los gritos de los heridos.



SVEN HASSEL, (nacido en Frederiksborg, Dinamarca, el 19 de abril de 1917) es el seudónimo del escritor danés Boerge Villy Redsted Pedersen. Es hijo del oficial austriaco Peder Oluf Pedersen, y Hansinge Hassel (danesa), más tarde el joven Boerge tomó el apellido de soltera de su madre y desde entonces se llamó Sven Hassel.

La crisis generalizada de 1930 le obliga a emigrar a Alemania en busca de trabajo. En 1931, a los 14 años de edad, se enrola en la marina mercante como mozo de cabina, dando la vuelta al mundo. En 1937 se alista en el ejército alemán y es destinado al 7.º Regimiento de Caballería, donde se le obliga a nacionalizarse para permanecer en filas. En cuanto lo hace, es trasladado al Panzerregiment 2 (2.º Regimiento de Carros de Combate) en Eisenach. Su regimiento participó en 1939 en la invasión de Polonia. En 1941 sirve como Gefreiter (Cabo) de su regimiento cuando deserta y es condenado a rehabilitación en una prisión militar. Tras su paso por un campo de trabajos forzados, es reincorporado al ejército en el 27.º Regimiento de Panzers, un Batallón Disciplinario. Hasta el final de la guerra, Sven participó en todos los frentes del ejército alemán a excepción de África (debido a que su barco es hundido en el trayecto a África). Herido múltiples veces, llega a recuperar sus galones y acaba la guerra como Leutenant (Teniente), recibiendo la Cruz de Hierro de 1.ª y 2.ª Clase, además de otras condecoraciones Finlandesas e Italianas.

Al finalizar la guerra, se rinde a los rusos en el Parque Tiergarten de Berlín, a un paso del búnker de Hitler en la Cancillería y es internado en varios campos de prisioneros. Mientras está en prisión, comienza a escribir su historia, como un

homenaje a sus camaradas muertos en combate. Al ser liberado en 1949, ingresa a la Legión Extranjera donde conoce a Dorthé Jensen con quien se casa en 1951, luego de cambiarse el nombre por Villy Arbing, en 1950. Consigue trabajo en una fábrica de automóviles y luego su esposa lo anima a publicar su primer libro, apareciendo así «De Fordometes Legion» (La Legión de los Condenados), en 1953.

En 1957 una enfermedad que contrajo durante la guerra le postra en cama durante casi dos años. Al recuperarse continúa escribiendo sus novelas. En 1964 se muda a Barcelona donde sigue viviendo hasta la fecha. En total ha vendido más de 50 millones de copias en 18 idiomas.

En sus apasionantes libros narra la historia de seis soldados alemanes que viven siempre al borde del reglamento, algunos de ellos provenientes de batallones de castigo. Es un equipo de compañeros y camaradas en el frente, que viven el horror del combate en varios escenarios (Messina, Stalingrado, Francia, ...) donde con una imaginativa y apasionante narrativa describe las vivencias del soldado alemán común, representadas en sus personajes, y de como salvan, presencian o viven situaciones que afectaron al combatiente alemán en los más difíciles escenarios de guerra.

Un aspecto peculiar destaca de este grupo de soldados y es que están en contra del antisemitismo que normalmente mantenían muchos soldados de la Wehrmacht, en algunos capítulos incluso llegan a ocultar judíos perseguidos por las SS.

La canción que tararean en los labios antes del combate es: —"Ven, dulce muerte, ven a mí..."—

Sus personajes:

El legionario: Soldado de vasta experiencia en el frente, con un sin fin de ardidés y tretas que usa para su beneficio. Sirvió en la Legión Extranjera francesa. Un cigarrillo Caporal permanentemente encendido en sus labios es su seña de identidad.

El viejo: El combatiente alemán de mayor edad, es el jefe de la sección (sargento). Por su experiencia y humanidad representa un seguro de vida para todos los demás miembros de su sección. El frente de combate es su refugio para ocultar una tragedia personal, sin guerra él no existe.

Hermanito: Es el soldado bruto del equipo, gigantón de fuerza hercúlea, pero de cerebro minúsculo, que actúa casi por instinto. Compañero de aventuras de "Porta" y habitual saqueador de cadáveres, su especialidad son los dientes de oro y las reyertas de taberna.

Julius Heide: Es el típico soldado nazi fanático, que aplica el reglamento hasta en las situaciones más inverosímiles, lo cual no es obstáculo para que sea un soldado

insuperable en combate. Terminó siendo un alto oficial de Alemania del este.

Porta: Es el típico soldado buscavidas, juerguista y mujeriego, frío para actuar en combate, pero que cohesiona el grupo con su cálida amistad y camaradería. Es, además, un consumado trompetista y cocinero. Su característica es usar un sombrero alto de copas amarillo cuando no hay oficiales presentes. Muchas de las historias orbitan en torno a sus vivencias.

Barcelona: Sargento, al igual que "el Viejo", ha participado en la Guerra Civil Española. De ella proviene su apodo, muchas expresiones en castellano y una vieja naranja arrugada que siempre tiene en el bolsillo.

Gregor Martin: Chofer del mariscal de campo Von Kluge en "General SS". Amigo y compañero de aventuras, sobrevivió a la guerra.

Sven: Sven Hassel se representa a si mismo en este personaje que es como el joven soldado granadero adjunto al grupo.

El más extraño personaje de todos es sin duda alguna, el Stabsgefreiter Albert Mumbuto, por ser de raza negra. Antes que comenzara la Segunda Guerra Mundial en Alemania había unos doscientos mil negros procedentes de las ex colonias alemanas en África, las cuales les fueron quitadas a Alemania por el Tratado de Versalles. Algunos otros habitantes de raza negra procedían del Sarre, descendientes de miembros de la Legión Extranjera que vivieron en esa zona francesa que luego volvió a ser parte del territorio alemán. En unas entrevistas realizadas por la televisión inglesa a personas de raza negra, que vivieron en Alemania durante la época hitleriana, manifestaron que inicialmente fueron rechazados en el servicio militar, pero que al final fueron aceptados. Ninguno mostró fotografías o alguna evidencia de que efectivamente hubieran prestado servicio.

La vida de estos personajes en el frente es la esencia de los libros de Sven Hassel. En el punto de vista de Hassel, la guerra es brutal. En sus libros los soldados sólo pelean para sobrevivir, la Convención de Ginebra es un papel inútil para ambos bandos. Personas son asesinadas sin justicia ni razón. Pequeños eventos pacíficos y encuentros amistosos pueden ser rotos en segundos. Antipáticos oficiales prusianos constantemente amenazan a sus hombres con ejecutarlos sin ninguna provocación. Enfadados soldados en ocasiones asesinan a sus propios oficiales.

Su obra hizo que mucha gente en todo el mundo se interesara por la II Guerra Mundial desde el punto de vista alemán, un punto de vista en principio poco conocido.

Sus detractores:

El polémico periodista danés Erik Haaest ha estado años intentando rechazar la bibliografía de Sven Hassel. Según él, Sven Hassel es realmente un nazi danés que nunca peleó en el frente ruso. De acuerdo a Haaest, el autor estuvo la mayor parte de la guerra en la Dinamarca ocupada, y su conocimiento de la guerra viene de veteranos de las SS danesas que encontró después del conflicto.

De acuerdo con Haaest, Sven pasó la época de la guerra desempleado en Dinamarca, vestido con uniformes robados de oficial pretendiendo ser Himmler o algo por el estilo. Según Haaest, Hassel también robaba bicicletas en Copenhagen y las donaba al Partido Nacionalsocialista Danés. Después de ingresar a un cuartel vestido de oficial comenzó a dar órdenes a los reclutas hasta que fue descubierto y encerrado en una prisión por impostor y robo de uniformes.

En 1941-1942 fue arrestado nuevamente por intimidar a una mujer, vestido con uniforme y fingiendo ser un oficial. Episodios similares a este se cuentan por docenas, según Haaest. En 1944 Hassel viste un verdadero uniforme como miembro de la HIPO (Nacionalsocialistas daneses), en apoyo de la policía alemana, para desactivar a la Resistencia danesa. Siempre según Haaest, el autor pasó un tiempo en prisión después de la guerra, donde conoció a muchos ex combatientes daneses que lucharon en divisiones de las Waffen-SS.

Según Haaest, con esos testimonios, Hassel inventó cientos de historias sobre la guerra. Luego se buscó un escritor (probablemente su esposa, porque él es incapaz de escribir una línea, según Haaest) para que le ayudara a escribir "sus" historias en la primera novela. "Legión de los Condenados" fue un éxito rutilante y fue traducida a muchos idiomas lo que le aseguró a Hassel los medios para sobrevivir con comodidades y escribir sus siguientes obras.

Fue en esos días, dice Haaest, que Sven Hassel se casó. Según el periodista, la esposa de Hassel se vio involucrada en un enorme negocio de pornografía en toda Europa, actividad que le dio muchos dividendos.

Los profesionales nunca han considerado seriamente su obra como auténtica. Por ejemplo, había un regimiento 27 en el ejército alemán, pero no era un batallón de castigo. No había muchos tanques Tiger, y estaban organizados en batallones especiales, unidos a unas pocas divisiones de élite. No eran entregados a batallones de castigo.

Por esos fallos foros históricos y militares en internet, como Feldgrau.com y AxisHistory.com, no consideran sus obras como auténticas.

Verdad o no su biografía, lo cierto que es que estamos ante un personaje que ha sabido transmitir «su historia» a través del punto de vista de un puñado de soldados

alemanes y que estas historias se han traducido a varios idiomas, vendiéndose millones de ejemplares en todo el mundo.

Sus libros:

La legión de los condenados (1953)

Los panzers de la muerte (1958). *Llevada al cine en 1988 International, filmada en Belgrado, Yugoslavia.*

Camaradas del Frente (1960)

Batallón de castigo (1962)

Gestapo (1963)

Monte Cassino (1963)

¡Liquidad París! (1967)

General SS (1969)

Comando Reichsführer Himmler (1971)

Los vi morir (1975)

La ruta sangrienta (1977)

Ejecución (1979)

Prisión GPU (1981)

El comisario (1985)

Notas

[1] Caza bombarderos. [Volver](#)

[2] Donde Aníbal derrotó a los romanos. [Volver](#)

[3] Término despectivo aplicado a los miembros de la comunidad judía. [Volver](#)

[4] Pistola rusa. [Volver](#)

[5] Italianos partidarios del mariscal Badoglio y, por lo tanto, de los ejércitos aliados.

[Volver](#)

[6] Comandante supremo del Ejército austrohúngaro en 1914-18. [Volver](#)

[7] En ruso: túnica de victoria. [Volver](#)

[8] No disparéis, camaradas. Nosotros no judíos, no Japoneses. Nosotros de Texas. Nosotros O.K. [Volver](#)

[9] Bala en el cuerpo que permite regresar a casa. [Volver](#)

[10] *Schützenpanzerwagen*: tanques de protección. [Volver](#)

[11] SD, Miembro del Servicio de Seguridad Política. [Volver](#)

[12] *Geheine Kommandosache*: alto secreto. [Volver](#)

[13] Véase *Gestapo*, del mismo autor, publicada también por «Plaza & Janes». [Volver](#)

[14] Primer oficial de operaciones. [Volver](#)

[15] Alusión a la conocida tragedia de Eugenie O'Neill. [Volver](#)

[16] En español en el original. [Volver](#)

[17] Señor, en ruso. [Volver](#)

[18] En español en el original. [Volver](#)

[19] Véase: *La legión de los condenados*. [Volver](#)

[20] En África ruedan los tanques. [Volver](#)

[21] *Sobre el Escalda, el Mosa y el Rin*
entran los tanques ingleses
¡Adelante, infantería de marina norteamericana!
Las p... esperan en Berlín. [Volver](#)

[22] *Todo pasará,
el aguardiente de diciembre
recibiremos en mayo.
Primero, caerá el Führer
y después el Partido [Volver](#)*

[23] *Oberkommando Heer*: mando supremo del Ejército. [Volver](#)

[24] Véase: *La legión de los condenados*. [Volver](#)

[25] Célebre regimiento de Caballería SS. [Volver](#)

[26] Véase: *Camaradas del frente*. [Volver](#)

[27] *Sí, somos los de la Guardia,
los portaestandartes SS,
los que quieren a Adolf Hitler.* [Volver](#)

[28] *Hilfsfreiwillige*: voluntarios auxiliares. [Volver](#)

[29] Panzerdivisión Hermann Goering (División «Panzer» Hermann Goering). [Volver](#)

[30] Un tirolés quería cazar
Una gamuza gris plateada. [Volver](#)

[31] Apodo dado a los judíos. [Volver](#)

[32] El trabajo más duro de la compañía. [Volver](#)

[33] En español en el original. [Volver](#)

[34] Véase: Gestapo. [Volver](#)

[35] *Los dragones azules cabalgan,*
tintineando, por el portón. [Volver](#)

[36] *Cuando los soldados marchan por la, ciudad,*
las chicas abren puertas y ventanas. [Volver](#)

[37] *Soy un libre cazador de venados
y tengo un coto muy extenso.* [Volver](#)

[38] *¡Qué agradable es dormir!*
¡Al lado de mi rubia! [Volver](#)

[39] *Hemos estado trabajando en las vías del tren
Todo el santo día
Sólo para pasar el tiempo. [Volver](#)*

[40] *El sol está bastante bajo,
El viento es agradable,
Me precipito a tu encuentro. [Volver](#)*

[41] ¡Qué hermoso es ser soldado! Rosemarie... [Volver](#)

[42] Mitad cerveza, mitad champña. [Volver](#)

[43] Torpedo, en argot. [Volver](#)

[⁴⁴] *Kapitänleutnant*: teniente de navío. [Volver](#)

[45] ¡Daos prisa! [Volver](#)

[46] Cuando visité a Mario, después de la guerra, me contó que los americanos le hablan ocasionado más tarde los mismos disgustos que los alemanes. [Volver](#)

[47] *Tienes suerte con las mujeres, bel ami.*
Ya que no eres elegante, ni charmant... [Volver](#)

[48] *Estamos ante Madagascar.*
Y tenemos la peste a bordo... [Volver](#)

[49] *Todos los negros gritan en Africa:*
¡Queremos regresar al Reich! [Volver](#)

[50] *Y no arriesguéis vuestra vida*

Porque, entonces, no habréis vivido nunca. [Volver](#)

[51] Tierra de nadie. [Volver](#)

[52] ¡Y cada uno parte libremente! [Volver](#)

[53] Se refiere, naturalmente, a The United States (los Estados Unidos). [Volver](#)

[54] *Mi bello navega por el océano,
Mi bello navega por el mar,
¡Devuélveme, oh devuélveme a mi bello...! [Volver](#)*

[55] *Muéstrame el camino hacia el hogar,
Saca el barril,
Y tendremos un barril de chanzas...* [Volver](#)

[56] *Muéstrame el camino hacia el hogar...* [Volver](#)

[57] Adelante, adelante. [Volver](#)

[58] ¡Buena suerte, papáito! [Volver](#)

[59] *¡Siempre hay un tranvía!* [Volver](#)

[60] Pistola ametralladora rusa. [Volver](#)

[61] WAF: Women Army Forces. [Volver](#)

[62] En español en el original. [Volver](#)

[63] Compañía de propaganda. [Volver](#)

[64] ¡Maldito *Kraut*! [Volver](#)

[65] ¡Subid y ayudad a los santos hombres, *Kraut!* [Volver](#)

[66] ¡Vete al infierno, *Kraut!* Aquí estamos nosotros con los «Sherman». [Volver](#)

[67] Ahora, voy a casa. [Volver](#)

[68] ¡Vete con los gusanos! [Volver](#)

[69] ¡Mierda! ¡Ahora, son bombas! [Volver](#)

[70] ¡Adiós, Sammy, hasta la vista! [Volver](#)